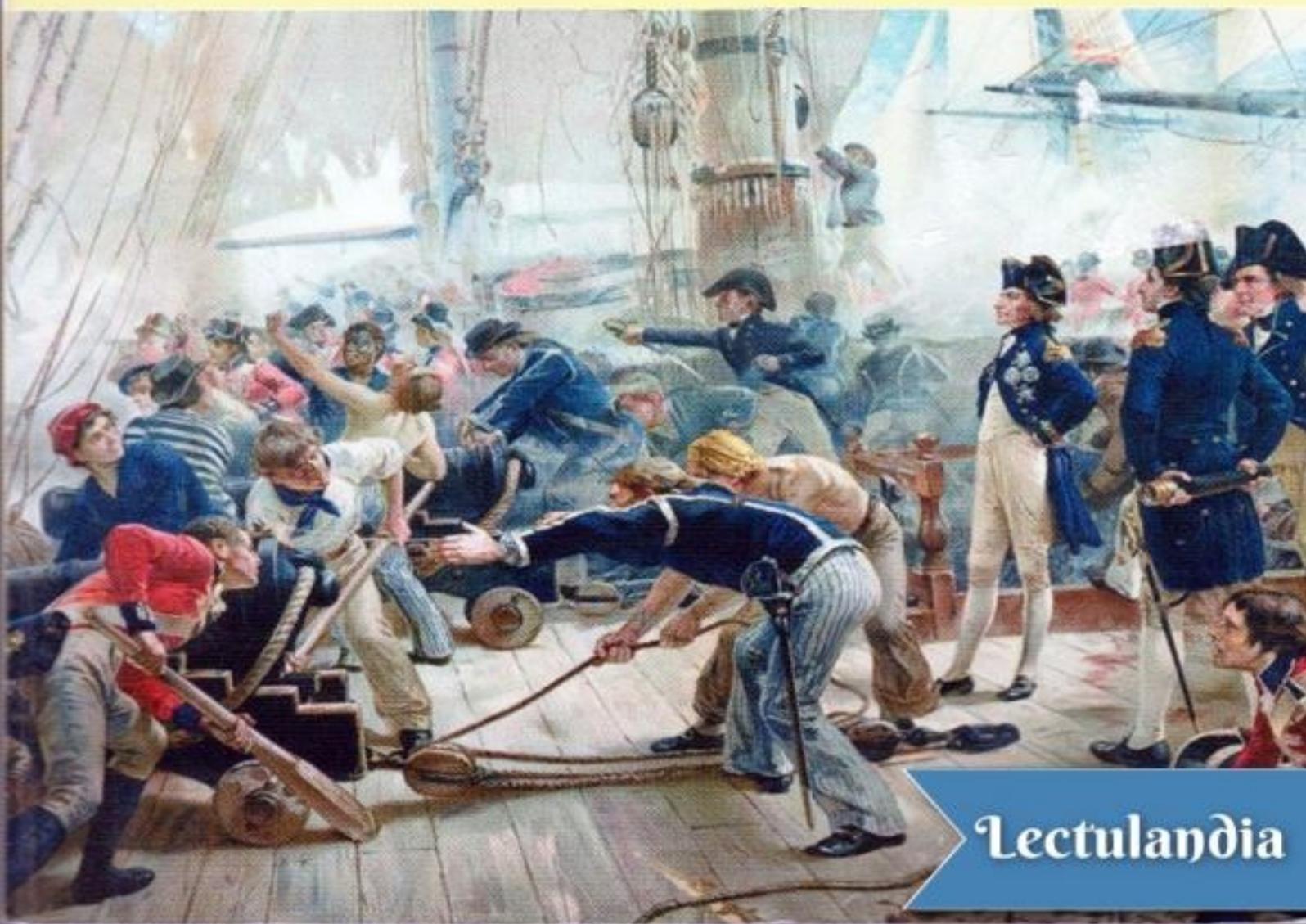


C. S. FORESTER

HORNBLOWER Y EL HOTSPUR

UN OFICIAL Y AVENTURERO EN TIEMPOS DE NELSON



Lectulandia

Justo después de casarse, Hornblower se hace de nuevo a la mar para intervenir en el bloqueo de la costa francesa y recabar información de los movimientos de la flota napoleónica. Además, tiene la orden no escrita de no hacer nada para evitar un conflicto con Francia que desemboque en una guerra declarada. El Canal de la Mancha es un escenario de lo más apropiado para que Hornblower muestre su pericia como marino, sobre todo en las maniobras nocturnas, pero además tiene ocasión de hacer gala de su talento militar y de sus innatas dotes para intervenir en misiones secretas. Una novela que combina a la perfección las escenas bélicas con una apasionante trama de espionaje militar.

Lectulandia

C. S. Forester

Hornblower y el Hotspur

Hornblower - 03

ePub r1.1

Ronstad 27.08.14

Título original: *Hornblower and the Hotspur*

C. S. Forester, 1962

Traducción: Ana Herrera Ferrer

Editor digital: Ronstad

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO 1



—Repitan conmigo —dijo el sacerdote—: Yo, Horatio, te tomo a ti, María Ellen...

Se le ocurrió a Hornblower que aquéllos eran los últimos segundos que tenía para retractarse de hacer algo que, sin lugar a dudas, sería mal visto. María no era la mujer adecuada para casarse, suponiendo que él fuera adecuado para casarse con alguien. Si tuviera un ápice de sentido común, interrumpiría la ceremonia en aquel preciso instante, anunciaría que había cambiado de opinión y se alejaría del altar, y del párroco, y de María, y abandonaría aquella iglesia todavía como hombre libre.

—Para amarte y respetarte... —seguía todavía, como un autómatas, repitiendo las palabras del sacerdote. Y allí estaba María junto a él, con aquel vestido blanco que tan poco la favorecía. Estaba radiante de felicidad. Ella le adoraba, por muy equivocado que pudiera estar su amor. Él no podía, sencillamente no podía, asestarle un golpe tan cruel. Era consciente del temblor del cuerpo de ella junto al suyo. No podía destrozar la confianza de ella, igual que no habría podido rechazar el mando del *Hotspur*.

—Y así te desposo —repitió Hornblower. «Aquello lo decidía todo», pensó. Aquéllas eran las palabras finales que otorgaban fuerza legal a la ceremonia. Se había comprometido y ya no iba a retractarse. Había un extraño consuelo en el pensamiento de que realmente su compromiso databa de una semana antes, cuando María se echó en sus brazos sollozando y jurándole su amor, y él fue demasiado blando para reírse de ella y demasiado... ¿débil? ¿honesto? para aprovecharse de ella con la intención de traicionarla. Desde el momento en que la escuchó y devolvió sus besos con suavidad, el resultado final (el vestido de novia, la ceremonia en la iglesia de Santo Tomás Beckett y un futuro vago de empalagoso afecto) se había convertido en algo inevitable.

Bush tenía ya el anillo preparado, y Hornblower lo introdujo en el dedo de María y se pronunciaron las palabras finales.

—Os declaro marido y mujer —dijo el sacerdote, y les bendijo, y luego transcurrieron cinco segundos en silencio hasta que María lo rompió.

—Oh, Horry —dijo, y apoyó su mano en el brazo de él.

Hornblower se obligó a sonreírle, ocultando el hecho recién descubierto de que detestaba que le llamaran «Horry», más aún que el hecho de que le llamaran Horatio.

—Es el día más feliz de mi vida —replicó él. Si hay que hacer una cosa, se hace con todas las de la ley, así que continuó—: El más feliz hasta ahora.

Fue realmente doloroso observar la ilimitada felicidad de la sonrisa que respondió

a esa frase galante. María levantó su otra mano hacia él, y él se dio cuenta de que esperaba que la besara, allí mismo, frente al altar. No parecía una cosa demasiado adecuada, en un lugar sagrado (en su ignorancia él temía ofender a los fieles) pero tampoco había escapatoria posible, así que besó los suaves labios que ella le ofrecía.

—Tienen que firmar en el registro —indicó el párroco, y les condujo hasta la sacristía.

Firmaron.

—Ahora ya puedo besar a mi yerno —anunció la señora Mason en voz alta, y Hornblower se encontró apretado entre dos poderosos brazos y recibió dos sonoros besos en las mejillas. Pensó que, inevitablemente, todo hombre siente disgusto por su suegra.

Pero allí estaba Bush para liberarle, con la mano extendida y una sonrisa poco habitual en él, ofreciéndole su enhorabuena y sus mejores deseos.

—Muchas gracias —dijo Hornblower, y añadió—: Gracias por muchas cosas.

Bush estaba incómodo, y trató de rechazar la gratitud de Hornblower con los mismos gestos que habría usado para espantar una mosca. Había representado un firme punto de anclaje en aquella boda suya, igual que lo había sido también en la preparación del *Hotspur* para zarpar.

—Nos veremos a la hora de almorzar —dijo, y se retiró de la sacristía, dejando tras él un extraño vacío.

—Contaba con el brazo del señor Bush para que me acompañara a la salida —protestó la señora Mason con retintín.

Ciertamente, no era propio de Bush dejar a todo el mundo en la estacada de aquella manera. Aquel comportamiento contrastaba vivamente con su conducta durante los últimos y febriles días.

—Podemos acompañarnos mutuamente, señora Mason —intervino la mujer del párroco—. El señor Clive nos seguirá.

—Es usted muy amable, señora Clive —contestó la señora Mason, aunque su tono no se correspondía con la amabilidad de sus palabras—. Y la pareja feliz ya puede salir. María, coge el brazo del capitán.

La señora Mason ordenó la pequeña procesión muy profesionalmente. Hornblower notaba la mano de María que se había colgado de su brazo, notaba la ligera presión que ella ejercía sobre él, y (no podía ser tan cruel como para pasar por alto el gesto) le apretó también la mano en correspondencia, entre las costillas y el codo, y fue recompensado con otra sonrisa. Un pequeño empujón desde atrás de la señora Mason le hizo volverse hacia la iglesia, para ser saludado con un rugido del órgano. Media corona para el organista y un chelín para el fuelle le había costado aquella música a la señora Mason. La verdad es que se podía haber ahorrado aquel dinero. La idea ocupó la mente de Hornblower durante unos segundos, e

inmediatamente le siguió la sorpresa de cómo se podía encontrar placer alguno en aquellos ruidos desagradables. María y él estaban ya recorriendo la nave central cuando volvió a la realidad.

—Los marineros se han ido todos —dijo María con la voz rota—. No queda casi nadie en la iglesia.

A decir verdad, sólo había dos o tres personas en los bancos, y obviamente se trataba de gente que estaba allí por casualidad. Los pocos invitados habían acudido en tropel a la sacristía para la firma, y los cincuenta marineros del *Hotspur* que Bush había llevado (todos aquéllos que confiaba en que no desertasen) se habían esfumado ya. Hornblower sintió un vago disgusto porque parecía que Bush no había sabido controlar la situación.

—¿Qué nos importa? —preguntó, buscando algunas palabras de consuelo para María—. ¿Por qué tiene que oscurecer sombra alguna el día de nuestra boda?

Fue bastante doloroso ver y oír la instantánea respuesta de María, y su paso vacilante transformarse en una animada marcha mientras caminaban por la iglesia vacía. La radiante luz del sol les esperaba en la puerta este, tal como pudo observar él. Pensó en alguna cosa más que pudiera decir un novio cariñoso.

—La novia que recibe la luz del sol, será feliz.

Salieron de la oscuridad a plena luz, y la transición fue tanto moral como física, porque Bush no les había fallado. Al final no había faltado nada. Hornblower oyó una áspera orden y un estridente entrechocar de acero; allí estaban los cincuenta marineros en una doble fila que se extendía ante la puerta, formando un arco con sus sables desenvainados para que la pareja pasara bajo ellos.

—¡Oh, qué bonito! —dijo María, con infantil deleite. Además, la formación de marineros en la puerta de la iglesia había atraído a muchos espectadores, que se ponían de puntillas para ver al capitán y su novia. Hornblower dirigió una mirada profesional primero a una de las filas de marineros, y luego a la otra. Todos iban vestidos con las nuevas camisas a cuadros azules y blancos procedentes de la ropa de trabajo del *Hotspur*. Sus blancos pantalones de dril estaban bastante desgastados, pero muy limpios, y eran bastante largos y anchos, de modo que ocultaban las posibles deficiencias de sus zapatos. El conjunto era muy adecuado.

Al otro lado de la avenida de sables había una silla de posta sin caballos, y Bush de pie junto a ella. Un poco sorprendido, Hornblower condujo a María bajo el arco; Bush, galante, ayudó a la joven a subir al asiento frontal y Hornblower trepó tras ella, encontrando un momento para quitarse su tricornio de debajo del brazo y colocárselo en la cabeza. Había oído el sonido de los sables que se enfundaban de nuevo. Ahora, la guardia de honor avanzaba marcando el paso disciplinadamente. Había unas cuerdas de arrastre blanqueadas en lugar de los arreos para los caballos, y los cincuenta hombres agarraron las cuerdas, veinticinco en cada una, y se prepararon

para tirar. Bush hizo una señal hacia Hornblower.

—Suelte el freno, por favor, señor. Esa palanca de ahí, señor.

Hornblower obedeció y Bush se volvió y lanzó un grito. Los marineros colocaron las cuerdas tirantes con media docena de rápidos pasos y luego empezaron a trotar; la silla de posta traqueteaba sobre los guijarros, mientras la multitud agitaba los sombreros y les vitoreaba.

—Nunca pensé que llegaría a ser tan feliz... Horry... cariño —dijo María.

Los hombres con las cuerdas de arrastre, con el entusiasmo habitual de los marineros en tierra, doblaron la esquina de la calle mayor y se dirigieron a toda marcha hacia la calle George, y al girar, María cayó sobre él y se le agarró con regocijado terror. Cuando empezaron a correr más deprisa se vio que corrían el riesgo de que la silla alcanzase a los marineros y los atropellase, y Hornblower tuvo que pensar rápidamente y agarrar la palanca del freno, liberándose rápidamente del brazo de María. Se quedó allí quieto un momento, pensando qué hacer a continuación. La ocasión merecía que hubiera un grupo de bienvenida esperándoles: el dueño de la posada y su mujer, los mozos, el caballero, el camarero y las criadas, pero no había nadie. Tuvo que saltar de la silla sin ayuda de nadie y con una sola mano ayudó a bajar a María.

—Gracias, chicos —dijo a los marineros que respondieron a su agradecimiento llevándose la mano a la frente y murmurando unas palabras mientras se alejaban. Bush aparecía ya a la vuelta de la esquina, corriendo hacia ellos. Hornblower pudo dejar a Bush a cargo de todo mientras conducía a María hacia la posada con una triste ausencia de ceremonia.

Pero allí estaba por fin el posadero, que salía a toda prisa con una servilleta en el brazo, y su mujer detrás.

—Bienvenido, señor, bienvenida, señora. Por aquí, señor, señora —abrió la puerta del salón y allí estaba el almuerzo nupcial, servido sobre un mantel níveo—. El almirante ha llegado hace cinco minutos, señor, así que por favor, excúsenos.

—¿Qué almirante?

—El honorable almirante sir William Cornwallis, señor, comandante de la flota del canal. Su cochero dice que la guerra es segura, señor.

Hornblower estaba también convencido de ello desde que nueve días atrás había leído el mensaje del rey al Parlamento y presenciado las actividades de las patrullas de reclutamiento, y le habían notificado su nombramiento al mando del *Hotspur*... y (recordó) se había comprometido con María. La poco escrupulosa conducta de Bonaparte en el continente significaba...

—¿Un vaso de vino, señora? ¿Un vaso de vino, señor?

Hornblower era consciente de la mirada inquisitiva de María cuando el posadero les hizo aquella pregunta. No se atrevería a responder hasta que supiera qué pensaba

su flamante marido.

—Esperaremos a los demás —dijo Hornblower—. Ah...

Unos pasos que resonaban ya en el umbral anunciaban la llegada de Bush.

—Estarán todos aquí dentro de dos minutos —anunció Bush.

—Ha preparado muy bien el transporte con los marineros, señor Bush —dijo Hornblower, y pensó qué más podía decir en un momento como aquél un marido atento. Deslizó su mano bajo el brazo de María y añadió—: La señora Hornblower dice que la ha hecho usted muy feliz.

Una risita encantada de María le indicó que había encontrado un especial placer en oírse llamar por su nuevo nombre, tal como él había supuesto.

—Señora Hornblower, le deseo la mayor felicidad —dijo Bush, solemnemente, y luego se volvió hacia Hornblower—. Con su permiso, señor, volveré al barco.

—¿Ahora, señor Bush? —preguntó María.

—Me temo que debo hacerlo, señora —replicó Bush, volviéndose de nuevo hacia Hornblower—. Llevaré a los hombres conmigo, señor. Siempre existe la posibilidad de que lleguen ahora las barcasas con las provisiones.

—Sí, creo que tiene razón, señor Bush —asintió Hornblower—. Manténgame informado, se lo ruego.

—Sí, señor —dijo Bush, y se fue.

Llegaban ya los demás, y cualquier traza de extrañeza en la celebración desapareció cuando la señora Mason, precediendo a los invitados, se hizo cargo del almuerzo nupcial. Saltaron los tapones de las botellas y brindaron. Hubo que cortar el pastel, y la señora Mason insistió en que María debía hacer el primer corte con la espada de Hornblower. La señora Mason estaba segura de que con ello María seguía el ejemplo de los marinos londinenses de la buena sociedad. Hornblower no estaba tan seguro como ella. Había vivido diez años cumpliendo la norma estricta de que el acero nunca debía ser desenvainado bajo techo ni en cubierta. Pero sus tímidos reparos fueron descartados de inmediato, y María, cogiendo la espada con ambas manos, cortó el pastel entre el aplauso general. Hornblower recuperó su arma, impaciente, y rápidamente limpió el azúcar que manchaba la hoja, preguntándose ceñudamente qué pensarían los presentes si supieran que alguna vez había enjugado sangre humana de aquel mismo objeto. Todavía estaba realizando esta operación cuando escuchó el áspero susurro del posadero junto a él.

—Le ruego que me perdone, señor. Perdón, por favor.

—¿Sí?

—Con los saludos del almirante, señor, le gustaría mucho verle cuando usted lo considere oportuno.

Hornblower se puso de pie, espada en mano, mirándole con momentánea estupefacción.

—El almirante, señor. Está en el primer piso, en la que nosotros llamamos «la habitación del almirante».

—Quiere decir sir William, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Muy bien. Presente mis respetos al almirante y... No, voy ahora mismo. Gracias.

Hornblower volvió a envainar su espada y miró a los presentes. Éstos estaban entretenidos observando a la doncella, que repartía trozos de pastel de boda, y no estaban pendientes de él en aquel momento. Colocó la espada en su costado, se ajustó el corbatín y salió de la habitación discretamente, recogiendo su sombrero al pasar.

Cuando llamó a la puerta del primer piso una profunda voz que recordaba muy bien dijo: «Adelante». La habitación era tan grande que la cama de cuatro postes que estaba al fondo apenas ocupaba espacio. Tampoco molestaba un secretario sentado en un escritorio junto a la ventana. Cornwallis estaba de pie en medio de la habitación, al parecer dictando algo hasta que le interrumpió.

—Ah, es usted, Hornblower. Buenos días.

—Buenos días, señor.

—La última vez que nos vimos fue por un asunto bastante feo con los rebeldes irlandeses. Recuerdo que tuvimos que colgarlos.

Cornwallis, «Billy Blue», no había cambiado apenas en aquellos cuatro años. Todavía seguía siendo aquel hombre robusto de modales sosegados, muy bien preparado para resolver cualquier emergencia.

—Por favor, siéntese. ¿Una copa de vino?

—No, gracias, señor.

—Ya lo esperaba, viendo la ceremonia que acaba de celebrarse. Discúlpeme por interrumpir su banquete de boda, pero la culpa es de Boney, no mía.

—Por supuesto, señor —Hornblower se dio cuenta de que hubiera quedado bien un discurso algo más elocuente en aquella ocasión, pero no se le ocurrió qué decir.

—Le entretendré el menor tiempo posible. ¿Sabe que me han encomendado el mando de la flota del canal?

—Sí, señor.

—¿Sabe que el *Hotspur* está bajo mi mando?

—Me lo imaginaba, pero no lo sabía, señor.

—La carta del Almirantazgo a este respecto ha llegado con mi coche. La encontrará usted esperándole a bordo.

—Sí, señor.

—¿Está listo para zarpar el *Hotspur*?

—No, señor —la verdad, sin excusas. No había otra posibilidad.

—¿Cuánto tardará?

—Dos días, señor. Más si se retrasan las provisiones reglamentarias.

Cornwallis le miraba con mucha intensidad, pero Hornblower le devolvió firmemente la mirada. No tenía nada que reprocharse. Hacía nueve días, el *Hotspur* estaba todavía desarmado.

—¿Lo han puesto en dique y limpiado el fondo?

—Sí, señor.

—¿Tiene ya tripulación?

—Sí, señor. Una buena tripulación... la crema del reclutamiento.

—¿Aparejos listos?

—Sí, señor.

—¿Arboladura?

—Sí, señor.

—¿Han designado ya oficiales?

—Sí, señor. Un teniente de navío y cuatro suboficiales.

—Necesitará agua y provisiones para tres meses.

—Puedo estibar ciento once días de raciones completas, señor. La tonelería proporcionará los barriles a mediodía. Lo tendré todo estibado por la noche, señor.

—¿Lo ha remolcado fuera?

—Sí, señor. Está anclado en Spithead.

—Bien hecho —dijo Cornwallis.

Hornblower trató de no traicionar su alivio al oír esto. Viniendo de Cornwallis, aquello no era una simple aprobación: era una calurosa alabanza.

—Gracias, señor.

—Entonces, ¿qué necesita ahora?

—Equipo para los contramaestres, señor. Cabos, lona, repuestos...

—No es fácil que los astilleros se desprendan de esas cosas en este momento. Hablaré con ellos. ¿Y dice que también necesita pertrechos de artillería?

—Sí, señor. Los de artillería están esperando un cargamento de proyectiles del nueve. No tenemos nada en estos momentos.

Diez minutos antes, Hornblower pensaba en unas palabras que complacieran a María. Ahora estaba eligiendo sus palabras para hacer un informe honesto a Cornwallis.

—Ya me encargaré también de eso —dijo al fin Cornwallis—. Puede estar seguro de zarpar pasado mañana si el viento es bueno.

—Sí, señor.

—Y ahora, sus órdenes. Las tendrá por escrito en el transcurso del día, pero preferiría decírselo antes, para que pueda hacerme las preguntas que desee. La guerra es inminente. Todavía no ha sido declarada, pero Boney puede anticiparse a nosotros.

—Sí, señor.

—Voy a sitiar Brest tan pronto como pueda tener la flota en el mar, y usted irá en cabeza.

—Sí, señor.

—No hará nada que pueda precipitar la guerra. No le proporcionará excusa alguna a Boney.

—No, señor.

—Cuando se declare la guerra, por supuesto, usted emprenderá las acciones adecuadas. Hasta entonces, se limitará a observar. Vigile bien Brest. Observe todo lo que pueda sin provocar el fuego. Cuente los barcos de guerra..., el número y el tipo de los barcos con aparejo redondo, barcos todavía desarmados, barcos en los fondeaderos, barcos preparándose para zarpar...

—Sí, señor.

—Boney envió a sus mejores barcos y tripulaciones a las Indias Orientales el año pasado. Tendrá aún más problemas que nosotros para tripular su flota. Quiero que me informe tan pronto como llegue al puesto de servicio. ¿Qué calado tiene el *Hotspur*?

—Trece pies a popa cuando está con las bodegas llenas, señor.

—Entonces podrá pasar por el Goulet con bastante libertad. No tengo ni que decirle que no debe acercarse a tierra.

—No, señor.

—Pero recuerde bien esto que voy a decirle. Le será difícil cumplir su deber sin arriesgar su barco. Por un lado están la locura y la temeridad; y la audacia y la precaución por otro. Elija usted correctamente y encontrará la manera de salir de todos los problemas que se le presenten.

Los grandes ojos azules de Cornwallis se clavaban, penetrantes, en los ojos pardos de Hornblower. A éste le pareció muy interesante lo que Cornwallis acababa de decir, y también lo que quedó sin decir. Cornwallis le había prometido su apoyo, pero no había pronunciado la amenaza que era el corolario obvio. No se trataba de un recurso retórico, ni de un truco fácil de líder... Era una simple expresión del estado de ánimo natural de Cornwallis. Era un hombre que prefería inducir a reprimir; era más interesante.

Hornblower se dio cuenta, sobresaltado, de que llevaba unos segundos mirando fijamente a su comandante en jefe, con descaro, mientras su pensamiento seguía estos derroteros. Tal vez esa conducta no era demasiado educada.

—Comprendo, señor —dijo, y Cornwallis se levantó de su silla.

—Nos encontraremos en el mar. Recuerde: no debe hacer nada que provoque la guerra antes de que se declare —dijo, con una sonrisa... y la sonrisa reveló al hombre de acción. Hornblower comprendió que el almirante era de esas personas a quienes la perspectiva de acción les resulta estimulante y deseable, y que nunca buscaría razones o excusas para posponer decisiones.

De repente, Cornwallis se quedó con la mano levantada.

—Por Júpiter —exclamó—, me había olvidado. Es el día de su boda.

—Sí, señor.

—¿Se ha casado esta misma mañana?

—Hace una hora, señor.

—Y le he sacado de su banquete nupcial.

—Sí, señor —hubiera sido un poco pomposo añadir algún tópico como «por mi rey y por mi país», o «lo primero es el deber».

—Su esposa no estará nada contenta.

«Ni mi suegra», pensó Hornblower, pero tampoco sería muy educado decirlo.

—Intentaré arreglarlo, señor —se contentó con decir.

—Soy yo quien debo arreglarlo —replicó Cornwallis—. ¿Podría quizás unirme al festejo y brindar a la salud de la novia?

—Sería muy amable por su parte, señor —dijo Hornblower.

Si algo podía reconciliar a la señora Mason con su infracción de las normas de comportamiento sería la presencia del honorable almirante sir William Cornwallis en la mesa del almuerzo.

—Iré, entonces, si me asegura que seré bienvenido. Hachett, busque mi sable. ¿Dónde está mi sombrero?

Así que cuando Hornblower apareció de nuevo en la puerta del salón, los instantáneos y amargos reproches de la señora Mason murieron en sus labios en el momento en que vio que Hornblower estaba escoltando a un invitado de categoría. Vio las charreteras doradas y la cinta roja con la estrella que Cornwallis se había puesto para la ocasión, con gran tacto. Hornblower hizo las presentaciones.

—Larga vida y mucha felicidad —dijo Cornwallis, inclinándose sobre la mano de María—, a la esposa de uno de los oficiales más prometedores al servicio de Su Majestad.

María sólo pudo mover la cabeza, abrumada por la emoción de aquella brillante presencia.

—Encantada de conocerle, sir William —dijo la señora Mason.

El párroco y su mujer, y los pocos vecinos de la señora Mason que constituían los únicos imitados, se vieron enormemente gratificados cuando les dirigió la palabra personalmente el hijo de un conde, un caballero de la orden de Bath y un comandante en jefe, todo en una sola persona.

—¿Una copa de vino, señor? —ofreció Hornblower.

—Encantado.

Cornwallis tomó la copa en su mano y miró a su alrededor. Resultó muy significativo que se dirigiera precisamente a la señora Mason.

—¿Se ha brindado ya a la salud de la joven pareja?

—No, señor —respondió la señora Mason, en éxtasis.

—¿Podría hacerlo yo, entonces? Señoras, caballeros. Les pido que se pongan de pie y se unan a mí en esta ocasión tan feliz. Que nunca conozcan la tristeza. Que siempre disfruten de salud y prosperidad. Que la esposa siempre encuentre consuelo sabiendo que el marido está cumpliendo con su deber al servicio de su rey y su país, y que el esposo se sienta apoyado en su deber por la lealtad de su esposa. Y esperemos que el porvenir traiga consigo muchos jóvenes caballeros que vistan el uniforme del rey siguiendo el ejemplo de su padre, y muchas jóvenes damas que sean madres de otros jóvenes caballeros. Brindo a la salud de los novios.

Brindaron y hubo aclamaciones y todos los ojos se volvieron a la sonrojada María, y de ella, todos los ojos se volvieron hacia Hornblower. Él se levantó. Se había dado cuenta, antes de que Cornwallis llegase a la mitad de su discurso, de que el almirante estaba empleando unas palabras que él mismo había empleado muchas veces, con ocasión de las bodas de sus oficiales. Hornblower, animado ante aquella situación, miró a Cornwallis a los ojos y sonrió. Daría tanto como había recibido; respondería con un discurso similar a los muchos que había escuchado Cornwallis.

—Sir William, señoras y caballeros, sólo puedo daros las gracias en nombre de... —Hornblower se inclinó y tomó la mano de María— mi esposa y de mí mismo.

Cuando se apagaron las risas (Hornblower ya sabía que todos reirían ante aquella mención de María como esposa suya, aunque él no veía que aquello fuese cosa de risa) Cornwallis miró su reloj, y Hornblower se apresuró a agradecerle su presencia y a escoltarle hasta la puerta. Ya traspasado el umbral, Cornwallis se volvió y le dio un golpecito en el pecho con su larga mano.

—Añadiré otra orden para usted —dijo. Hornblower era muy consciente de que la sonrisa amistosa de Cornwallis iba acompañada por una mirada inquisitiva.

—¿Sí, señor?

—Le daré mi permiso por escrito para dormir fuera del barco esta noche y mañana por la noche.

Hornblower abrió la boca para replicar, pero no salió ninguna palabra de ella. Por una vez en su vida, su rapidez mental le había abandonado. Su mente estaba tan ocupada evaluando de nuevo la situación que no pudo dirigir orden alguna a sus órganos de fonación.

—Ya imaginaba que se habría olvidado —repuso Cornwallis, sonriendo—. El *Hotspur* es ahora parte de la flota. Su capitán tiene prohibido por ley dormir en otro lugar que no sea a bordo, sin permiso del comandante en jefe. Bueno, pues ya lo tiene.

—Gracias, señor —replicó Hornblower, capaz al fin de articular palabra.

—Quizá no vuelva a dormir en tierra hasta dentro de un par de años. O quizá más, si Boney busca pelea.

—Creo que lo hará, señor.

—En este caso, nos encontraremos usted y yo en Ushant dentro de tres semanas. Adiós, una vez más.

Durante un buen rato después de marcharse Cornwallis, Hornblower se quedó de pie junto a la puerta medio cerrada del salón, sumido en profundos pensamientos, cambiando su peso de un pie al otro, que era la forma que tenía de pasear arriba y abajo. La guerra se acercaba; él siempre había estado seguro de ello, porque Bonaparte nunca se retiraría de las posiciones que había tomado. Pero hasta aquel momento Hornblower aún pensaba de forma irresponsable que no le enviarían a la mar hasta que se declarase la guerra, al cabo de dos o tres semanas, cuando las negociaciones finales se hubiesen roto. Se había equivocado completamente en aquella idea, y estaba furioso consigo mismo por ello. Los hechos de que tenía una buena tripulación (la mejor del reclutamiento), de que su barco podía estar listo rápidamente para hacerse a la mar, de que era pequeño y no contaba demasiado a la hora del balance de fuerzas, incluso de que era de ligero calado y por tanto muy adecuado para la misión que Cornwallis le había encomendado, deberían haberle advertido de que sería enviado a la mar enseguida. Tenía que haber previsto aquello, pero no lo hizo.

Aquello era lo primero, el primer trago amargo que debía apurar. A continuación tenía que averiguar por qué su juicio había sido tan erróneo. Sabía ya la respuesta, pero (y esto hizo que se despreciara a sí mismo aún más) se resistía a expresarlo. Era cierto, sin embargo. Había dejado que María nublase su juicio. Había evitado herirla, y en consecuencia no había permitido a su mente que previera el futuro. Se había lanzado imprudentemente hacia adelante con la loca esperanza de que la buena suerte le evitara tener que asestarle a ella este golpe.

En ese momento reaccionó bruscamente. ¿Buena suerte? Tonterías. Estaba al mando de un barco propio, y le iban a enviar al frente de batalla. Era una oportunidad de oro para distinguirse. Eso sí que era buena suerte..., habría sido una espantosa mala suerte que le dejasen en tierra. Hornblower sentía la emoción que recordaba tan bien al pensar en volver a la acción, en arriesgar la reputación (y la vida) cumpliendo con su deber, en conquistar la gloria y (esto era realmente lo que contaba) justificarse ante sí mismo. Ya estaba cuerdo de nuevo; podía ver las cosas en sus verdaderas proporciones. Ante todo era un oficial de la marina, y sólo en segundo lugar un hombre casado, y para colmo, no muy bueno como marido. Pero... eso no facilitaba las cosas en absoluto. Seguía teniendo que liberarse de los brazos de María.

Tampoco podía quedarse más tiempo allí, fuera de la habitación. Debía volver, a pesar del torbellino de su mente. Volvió a entrar y cerró la puerta tras él.

—Aparecerá, seguro, en el *Naval Chronicle* —decía la señora Mason— que el comandante en jefe brindó a la salud de la feliz pareja. Ahora, Horatio, algunos de tus

invitados tienen los platos vacíos.

Hornblower estaba tratando de comportarse como un buen anfitrión cuando volvió a ver aparecer la cara preocupada del posadero. Mirando con más detenimiento vio la causa. El posadero precedía al nuevo timonel de Hornblower, Hewitt, un hombre muy bajo, que quedaba oculto a la mirada al entrar en la habitación. Hewitt era más ancho que alto, y llevaba un par de magníficas patillas de un negro brillante, al estilo del entrepunte. Atravesó la habitación con el sombrero en la mano, y, llevándose la mano a la frente, dio una nota a Horatio. Era la letra de Bush. Iba dirigida a su nombre de forma correcta, aunque un poco pasada de moda: Horatio Hornblower, Esq., Comandante. El silencio se adueñó de toda la reunión, un poco bruscamente, pensó Hornblower, mientras leía las escasas líneas.

Bergantín de Su Majestad Hotspur

2 de abril de 1803

Señor:

Me dice el astillero que la primera de las barcas está lista para abarloar. No se ha autorizado todavía una paga extra para el personal de los astilleros, así que este trabajo cesará al caer la noche. Respetuosamente le propongo ocuparme yo mismo de supervisar el embarque de las provisiones, si no considera usted conveniente volver a bordo.

Su humilde servidor,

W. Bush

—¿Está en el Hard el barco? —preguntó Hornblower.

—Sí, señor.

—Muy bien. Estaré allí en cinco minutos.

—Sí, señor.

—Oh, Horry —exclamó María, con un tono de reproche en su voz. No, era desilusión, no reproche.

—Querida... —dijo Hornblower. Se le ocurrió que podía citar en aquel momento: «No puedo amarte tanto, querida», pero instantáneamente desechó la idea. No sería adecuado precisamente entonces, con su mujer.

—Te vas otra vez al barco —dijo María.

—Sí.

No podía permanecer lejos del barco mientras hubiera cosas que hacer. Aquel día, haciendo trabajar intensamente a los hombres, podían llevar al menos la mitad de las provisiones a bordo. Al día siguiente podían acabar, y si artillería respondía a la intervención del almirante, cargar la pólvora y las municiones también. Entonces

podrían zarpar al amanecer del siguiente día.

—Volveré esta tarde —prometió. Se esforzó en sonreír, en parecer disgustado, en olvidar que estaba en puertas de una gran aventura, y que ante él se abría una carrera de posibles honores—. Nada podrá apartarme de ti, querida —dijo.

Le puso las manos en los hombros y le dio un sonoro beso que provocó el aplauso de los demás. Ésa era la forma de introducir una nota de comedia en todo el asunto, y, amparado por las risas, salió. Mientras corría hacia el Hard, dos pensamientos ocupaban su mente entrelazados, como las serpientes del caduceo médico: el tierno amor que María estaba dispuesta a derrochar en él y el hecho de que al cabo de dos días se haría a la mar, al mando de un buque.

CAPÍTULO 2



Alguien debía de llevar un buen rato llamando a la puerta del dormitorio. Hornblower era consciente de ello, pero estaba demasiado somnoliento para pensar. Pero al fin la puerta se abrió con un ruido metálico del pasador, y María, despertándose sobresaltada, se agarró a él con súbita alarma, y él se despertó de golpe. Un débil rayo de luz se colaba a través de las gruesas cortinas del lecho. Se oyeron unos pasos en el suelo de roble de la habitación y luego una voz aguda y femenina.

—Ocho campanadas, señor. Ocho campanadas. Las cortinas se abrieron unos centímetros y penetró un rayo de luz más intenso, y María se apretó aún más contra él, pero las cortinas volvieron a unirse de nuevo mientras Hornblower recuperaba la voz.

—Muy bien. Ya estoy despierto.

—Les encenderé unas velas —dijo agudamente la voz, y los pasos se movieron por la habitación y la luz tras las cortinas se hizo más viva.

—¿Qué viento hay? ¿De dónde sopla? —preguntó Hornblower, ahora tan despierto que podía oír el rápido latido de su corazón y notar la tensión de sus músculos al percatarse de lo que significaba para él aquella mañana.

—Eso no puedo decírselo, señor —dijo la voz—. Yo no sé cuartear la aguja, y no se ha despertado aún nadie más.

Hornblower resopló con irritación por no haber recibido esa vital información, y sin pensarlo apartó las ropas de la cama para levantarse y salir. Pero María se agarraba a él, y se dio cuenta de que no podía levantarse de la cama así, sin más. Tenía que cumplir con el ritual adecuado y soportar aquel retraso. Se volvió y la besó, y ella le devolvió los besos, con ansiedad, y sin embargo de forma diferente a otras ocasiones. Notó algo húmedo en la mejilla: era una lágrima, sólo una, pues María se esforzó por controlarse. Su abrazo, bastante rutinario, cambió entonces de intensidad.

—Querido, nos van a separar —susurró María—. Oh, querido, sé que tienes que irte. Pero... pero... no sé cómo voy a vivir sin ti. Tú eres toda mi vida. Tú eres...

Una gran corriente de ternura brotó del pecho de Hornblower, y también sintió remordimientos, una punzada de mala conciencia. Ni el hombre más perfecto de la tierra podía merecer aquella devoción. Si María supiese la verdad, se apartaría de él, todo su mundo se derrumbaría. Lo más cruel que podía hacer era consentir que ella lo averiguara. Nunca debía suceder. Y sin embargo la idea de ser amado tan apasionadamente fue haciendo brotar manantiales de ternura en su pecho, cada vez más profundos, y él le besó las mejillas y buscó los suaves labios ansiosamente. Y

entonces los suaves labios se endurecieron, se apartaron.

—No, ángel mío, querido. No debo retenerte. Te enfadarías conmigo... después. Oh, vida mía, dime adiós ahora. Dime que me amas... dime que siempre me amarás. Y luego dime adiós, y dime que pensarás en mí a veces, igual que yo pensaré siempre en ti.

Hornblower dijo las palabras, las palabras correctas, e invadido por la ternura, supo usar el tono adecuado. María le besó una vez más y luego se apartó de él y enterró la cara en el lado más alejado del lecho. Hornblower se quedó quieto, tratando de endurecer su corazón para poder levantarse, y María habló de nuevo. Su voz se oía medio sofocada por la almohada, pero aun así era evidente su forzado cambio de humor.

—Tienes una camisa limpia en la silla, y los zapatos junto a la chimenea.

Hornblower saltó de la cama y apartó las cortinas. El aire de la habitación era más frío que el del interior del lecho. El pasador de la puerta volvió a sonar y tuvo el tiempo justo de coger el camisón y taparse antes de que asomara la cabeza de la vieja camarera. La mujer dejó escapar una risita ante el apocamiento de Hornblower.

—El posadero dice que sopla un aire ligero del sur, señor.

—Gracias.

La puerta se cerró tras ella.

—¿Es eso lo que querías, cariño? —preguntó María, todavía a través de las cortinas—. Aire ligero del sur... ¿es eso?

—Sí, puede servir —dijo Hornblower, yendo deprisa hacia el lavabo y preparando las velas para que iluminasen su cara.

Las brisas suaves del sur en aquella época, a finales de marzo, no podían durar mucho. O bien cedían o se desviaban, pero ciertamente no se harían más intensas a lo largo del día. Si el *Hotspur* se portaba tan bien como él esperaba, podía doblar el cabo por barlovento y estar preparado para tomar su rumbo, con mucho espacio para maniobrar. Pero por supuesto (como siempre en la marina), no podía permitirse perder tiempo. La navaja de afeitar le rozaba las mejillas y, mientras se miraba en el espejo, era vagamente consciente de que el reflejo de María se encontraba detrás del suyo, mientras ella se movía por la habitación, vistiéndose. Vertió un poco de agua en la palangana para lavarse y se sintió mucho más fresco, y se volvió con su habitual presteza de movimientos para ponerse la camisa.

—Oh, te vistes muy rápido —dijo María, consternada.

Hornblower oyó el sonido de los pasos de ella en el suelo de madera. María se estaba poniendo a toda prisa una cofia nueva en la cabeza, y se vestía todo lo rápido que podía, aun a riesgo de alguna informalidad.

—Tengo que bajar a ver si está listo el desayuno —repuso, y salió antes de que él pudiera protestar.

Se ató el corbatín cuidadosamente, con pericia, y se puso la casaca, miró su reloj de bolsillo, lo guardó y se puso los zapatos. Guardó sus útiles de aseo en el neceser y ató las cintas que lo cerraban. La camisa que había llevado el día antes, junto con la camisa de dormir y el camisón, los metió en la bolsa de lona, y colocó el neceser encima de todo. Una mirada a la habitación le bastó para comprobar que no se había dejado nada, aunque tuvo que mirar con más cuidado del habitual, porque había artículos pertenecientes a María esparcidos aquí y allá. Hirviendo de excitación, abrió las cortinas de la ventana y miró al exterior. Todavía no había amanecido. Con la bolsa en la mano, bajó las escaleras y se dirigió al salón, que olía a rancio y estaba débilmente iluminado por una lámpara que colgaba del techo. María le miró desde la puerta más alejada.

—Éste es tu sitio, cariño —informó—. Sólo falta un momento para el desayuno.

Sujetaba el respaldo de una silla para que él se sentara.

—Me sentaré después que tú —dijo Hornblower. No le parecía bien que María le esperase.

—Oh, no —protestó María—. Tengo que atender yo misma a tu desayuno... sólo se ha levantado la criada mayor.

Consiguió que se sentara en la silla. Hornblower notó cómo le besaba en la cabeza, un toque rápido de la mejilla de ella contra la suya, pero antes de que pudiera sujetarla, ella se había ido ya. Dejó tras de sí el recuerdo de algo entre un suspiro y un sollozo. Al abrirse la puerta de la cocina, se escapó de allí olor a comida, el crepitar de algo en una sartén y un momentáneo brote de conversación entre María y la mujer mayor. Y allí estaba María de nuevo. La rapidez de sus pasos indicaba que el plato que traía estaba demasiado caliente. Lo colocó con rapidez ante él, un enorme bistec todavía crepitando en el plato.

—Aquí tienes, cariño —dijo, y diligentemente le fue acercando el resto de la comida, mientras Hornblower miraba la carne con aprensión.

—Lo elegí especialmente para ti ayer —anunció ella, orgullosa—. Fui al carnicero mientras estabas en el barco.

Hornblower se contuvo para no dar un respingo al oír a la esposa de un oficial naval hablar de estar «en el barco». También tuvo que hacer un esfuerzo para tomar un bistec para desayunar, cuando en realidad el bistec no era, ni mucho menos, uno de sus platos favoritos, y estaba tan nervioso que no hubiera comido ni un bocado. Oscuramente pudo entrever un futuro (si conseguía volver, y si alguna vez, de forma inconcebible, se establecía para llevar una vida tranquila) en el que le ponían un plato con un bistec delante en todas las ocasiones especiales. Aquel pensamiento fue la gota que colmó el vaso. Sintió que no podría probar ni un bocado de la carne, y sin embargo no quería herir los sentimientos de María.

—¿Y tu desayuno? —preguntó, para hacer tiempo.

—Oh, yo no tomaré bistec —replicó María con un tono de voz que dejaba claro que para ella era inconcebible que una esposa comiera lo mismo que su marido. Hornblower alzó la voz y volvió la cabeza.

—¡Eh! —llamó—. ¡En la cocina! ¡Traigan otro plato... caliente!

—Oh, no, querido —protestó María, confusa, pero Hornblower se había levantado ya de su silla y la había hecho sentar en su sitio.

—Ahora, siéntate aquí —ordenó Hornblower—. Ni una palabra más. No quiero motines en mi familia. ¡Ah!

Allí llegaba el otro plato. Hornblower cortó el bistec en dos partes, y le puso a María en su plato el más grande.

—Pero querido...

—He dicho que no toleraré ni un asomo de amotinamiento —gruñó Hornblower, parodiando la voz áspera que usaba en el alcázar.

—Oh, Horry, querido. Eres tan bueno conmigo, demasiado bueno...

Al momento, María se retorció las manos y se llevó un pañuelo a los ojos, y Hornblower temió que finalmente se derrumbara; pero entonces ella dejó caer las manos en el regazo y enderezó la espalda, controlando sus emociones en un acto del más puro heroísmo. Hornblower sintió que su corazón se acercaba a ella. Se inclinó y apretó la mano que ella le tendía con entusiasmo.

—Ahora quiero ver cómo desayunas con ganas —dijo él. Seguía usando su tono burlesco, pero aun así era evidente la ternura que sentía. María cogió el cuchillo y el tenedor y Hornblower hizo lo mismo. Se obligó a comer unos cuantos bocados, y desmenuzó el resto del bistec para que no pareciera que se dejaba demasiado. Dio un sorbo a su jarra de cerveza. No le gustaba beber cerveza con el desayuno, ni siquiera una tan floja como aquélla, pero se dio cuenta de que la criada mayor no estaba autorizada a preparar té.

Unos golpecitos en la ventana atrajeron su atención. El posadero estaba abriendo los postigos, y pudieron ver confusamente su cara durante un momento, pero todavía estaba demasiado oscuro fuera. Hornblower miró su reloj. Eran las cinco menos diez, y había dado órdenes de que su bote estuviera en el puerto de Sally a las cinco. María vio el gesto y levantó la mirada hacia él. Sus labios temblaron un poco, una ligera humedad empañó sus ojos, pero se mantuvo serena.

—Voy a por mi capa —dijo ella, bajito, y salió de la habitación. Volvió al momento, con la capa gris envuelta en torno a su cuerpo, y la cara medio oculta en la capucha. Llevaba al brazo el grueso abrigo de Hornblower.

—¿Se va ya, señor? —dijo la vieja, entrando en el salón.

—Sí. La señora arreglará las cuentas cuando vuelva —dijo Hornblower. Sacó una moneda de media corona del bolsillo y la puso en la mesa.

—Muchas gracias, señor. Y que tenga buen viaje, y dinero de presa en

abundancia. —El tono como de cantinela le indicó a Hornblower que seguramente aquella mujer había servido a cientos de oficiales navales que dejaban el George para embarcar... Sus recuerdos seguramente se remontarían a Hawke y Boscawen.

Se abrochó el abrigo y recogió la bolsa.

—Haré que el posadero venga con nosotros con una linterna para que te acompañe luego, a la vuelta —dijo, considerado.

—Oh, no, querido, no hace falta. Es muy cerca, y conozco bien el camino —rogó María, y él no insistió, comprendiendo que tenía razón.

Salieron. El aire era frío y penetrante, y sus ojos tuvieron que acostumbrarse a la oscuridad, aun después de aquella habitación tan mal iluminada. Hornblower se dio cuenta de que si él fuese un almirante o incluso un capitán distinguido no tendría que partir con tan poca ceremonia. El posadero y su mujer se habrían levantado y vestido para verle partir. Dieron la vuelta a la esquina y se dirigieron abajo por la empinada pendiente hacia el puerto de Sally, y de pronto, por primera vez, Hornblower comprendió que se iba a la guerra. Su preocupación por María le había distraído realmente de esa idea, pero ahora se encontraba tragando saliva con excitación.

—Querido —dijo María—. Tengo un pequeño regalo para ti.

Sacó un objeto del bolsillo de su manto y lo colocó en su mano.

—Son sólo unos guantes, cariño, pero con ellos te entrego todo mi amor —siguió ella—. No he podido preparar nada mejor en tan poco tiempo. Me habría gustado bordar algo para ti... regalarte algo valioso... Pero he estado tejiendo hasta este preciso momento desde... desde...

No pudo continuar, pero una vez más enderezó la espalda y consiguió no abatirse.

—Pensaré en ti cada momento que los lleve puestos —prometió Hornblower. Se los puso a pesar de lo incómodo que resultaba llevando la bolsa en la mano. Eran unos estupendos guantes de lana gruesa, con separaciones para el pulgar y el índice—. Me van perfectos. Te agradezco mucho este presente, cariño.

Habían llegado al final del empinado talud que bajaba al Hard, y aquella horrible prueba acabaría enseguida.

—¿Tienes bien guardadas las diecisiete libras? —preguntó Hornblower, una pregunta innecesaria.

—Sí, gracias, querido. Creo que es demasiado...

—Y podrás recibir también mi media paga mensual —siguió Hornblower ásperamente para alejar la emoción de su voz, y entonces, dándose cuenta de que su tono era excesivamente rudo, continuó—: Bueno, es el momento de decirnos adiós, cariño.

Se esforzó por pronunciar esa última palabra tan poco usual para él. El nivel del agua estaba muy por encima del Hard. Eso significaba, tal como imaginó cuando dio las órdenes, que la marea estaba en pleamar. Sabría sacar partido del reflujó.

—¡Cariño! —exclamó María, volviéndose y levantando la cara hacia él en su capucha.

El la besó. Abajo, en la superficie del agua, se oía el familiar golpeteo de los remos en las bancadas, y el sonido de voces masculinas cuando, en la sombra, la tripulación de su bote vio las dos figuras en el Hard. María oyó esos sonidos tan claramente como Hornblower, y rápidamente apartó los fríos labios que había levantado hacia los de él.

—Adiós, ángel mío.

No había nada más que decir. No se podía hacer nada más. Aquél era el final de esa breve experiencia. Él le volvió la espalda a María, le volvió la espalda a la paz y a la civilizada vida de casado y se encaminó con paso firme hacia la guerra.

CAPÍTULO 3



—Marea muerta, señor —anunció Bush—. Empezará el reflujo dentro de diez minutos. Y el ancla virada a pique, señor.

—Gracias, señor Bush —había suficiente luz grisácea en el cielo para ver la cara de Bush como algo más que un simple borrón. Junto a Bush estaba de pie Prowse, el piloto, el oficial de derrota y el pilotín. Éste competía discretamente con Bush para atraer la atención de Hornblower. Prowse estaba encargado, según las instrucciones del Almirantazgo, de «navegar y conducir el barco de puerto a puerto bajo la dirección del capitán». Pero no había razón alguna para que Hornblower no diera a sus demás oficiales alguna oportunidad de demostrar sus habilidades; más bien al contrario. E incluso era probable que Prowse, con treinta años de servicio en el mar, se esforzase más para tomar la dirección del barco de las manos de un capitán joven e inexperto.

—¡Señor Bush! —dijo Hornblower—. Leve anclas, por favor. Establezca un rumbo para doblar el cabo por barlovento.

—Sí, señor.

Hornblower miró agudamente a Bush, intentando por todos los medios aparentar que no le miraba. Bush dirigió una mirada final en torno, estimando la débil brisa y el curso probable del reflujo.

—Alerta ahí, en el cabrestante —ordenó—. Suelten los foques. Que suban unos hombres a soltar las gavias.

Hornblower supo de pronto que podía confiar plenamente en la habilidad marinera de Bush. Sabía que no debió dudarle, pero sus recuerdos tenían ya dos años, y podían haberse deformado por el transcurso del tiempo. Bush daba las órdenes en la secuencia adecuada. Con el ancla suelta, el *Hotspur* adquirió un momentáneo retroceso. Con el timón todo a la banda y los hombres en el castillo de proa tirando de las escotas de los foques, viró por la proa. Bush cazó escotas y mandó unos hombres a las brazas. Suavemente, el *Hotspur* recogió la débil brisa, derivando apenas más de un grado o dos. Al momento estaba navegando, deslizándose hacia adelante por el agua, con el timón equilibrado contra la presión de las velas, como un ser vivo y maravilloso. No hubo necesidad de pronunciar ninguna palabra de alabanza a Bush por la simple operación de ponerse en camino. Hornblower se dedicó a saborear el placer de estar a bordo mientras los hombres corrían para largar los juanetes y luego las velas bajas. Entonces, de repente, recordó algo.

—Páseme ese catalejo, por favor, señor Prowse.

Acercó el pesado catalejo a su ojo y lo dirigió hacia el puerto. Todavía no era

plenamente de día y, como de costumbre, estaba velado por un jirón de niebla, y el *Hotspur* había dejado su fondeadero a media milla o más a popa. Aun así, pudo verla. Una solitaria mancha gris al borde del agua, allá arriba, en el Hard. Quizá (sólo quizá) hubiera una pincelada blanca. A lo mejor María estaba agitando su pañuelo, pero no estaba seguro. De hecho, no creía que fuese así. Sólo estaba la solitaria mancha gris. Hornblower miró de nuevo, y bajó entonces el catalejo. Era muy pesado y le temblaban un poco las manos, de modo que la imagen se movió. Era la primera vez en toda su vida que se hacía a la mar dejando en tierra a alguien a quien le importaba su suerte.

—Gracias, señor Prowse —dijo ásperamente, devolviéndole el catalejo.

Sabía que tenía que pensar en otras cosas, que rápidamente encontraría algo que ocupara sus pensamientos. Afortunadamente, como capitán de un barco que está haciéndose a la mar, no faltaban asuntos que atender.

—Ahora, señor Prowse —ordenó, mirando la estela y la orientación del velamen—. El viento es estable por el momento. Quiero rumbo a Ushant.

—¿Ushant, señor? —Prowse tenía una cara larga y lúgubre como la de una muía, y se quedó allí, de pie, rumiando aquella información sin mostrar cambio alguno en su expresión.

—Ya ha oído lo que he dicho —exclamó Hornblower, súbitamente irritado.

—Sí, señor —respondió Prowse, rápidamente—. Ushant, señor. Sí, señor.

Por supuesto, se trataba de una excusa por su primera reacción. Nadie en el barco salvo Hornblower conocía el contenido de las órdenes que llevaban al *Hotspur* a alta mar. Nadie sabía hacia qué punto del globo se dirigía. La mención de Ushant al menos reducía las posibilidades. Podían descartar el mar del Norte y el Báltico. También Irlanda y el mar de Irlanda, y Saint Lawrence a través del Atlántico. Pero todavía podían ser las Indias Orientales o el Cabo de Buena Esperanza o el Mediterráneo; Ushant era un punto de partida para todos esos lugares.

—¡Señor Bush! —exclamó Hornblower.

—¡Señor!

—Puede despedir al guardia de abajo, y enviar a los hombres a desayunar cuando lo considere oportuno.

—Sí, señor.

—¿Quién es el oficial de guardia?

—Cargill, señor.

—Entonces, está a cargo de cubierta.

Hornblower miró a su alrededor. Todo estaba en orden, y el *Hotspur* se alejaba de la costa hacia el canal. Pero había algo raro, diferente, poco habitual. De pronto se dio cuenta de lo que era. Por primera vez en su vida iba a hacerse a la mar en tiempo de paz. Había servido durante diez años como oficial naval sin haber tenido nunca esta

experiencia. Antes, cuando su barco salía de puerto, siempre existía un peligro adicional a los azares del mar. En cada uno de sus viajes anteriores podía surgir un enemigo en un momento dado en el horizonte. En una hora podían avistar un barco y la tripulación podía estar luchando por su vida. Y el momento más peligroso de todos es cuando acabas de zarpar con una tripulación inexperta, con el adiestramiento y la organización incompletos... era muy probable encontrarse con el enemigo precisamente en ese momento, el menos conveniente.

Ahora se estaban haciendo a la mar sin ninguna de esas preocupaciones. Era una sensación extraordinaria, algo nuevo... Algo nuevo, como dejar a María en tierra. Trató de alejar de su mente ese pensamiento. Mientras una boya pasaba junto a la aleta de estribor, trató de concentrar en ella sus pensamientos. Fue un alivio ver acercarse a Prowse, con un trozo de papel en la mano mientras él levantaba la mirada hacia el gallardete de comisión y luego hacia el horizonte en un intento de predecir el tiempo.

—El rumbo es sudoeste media cuarta al oeste, señor —dijo—. Cuando cambiemos de bordada podemos conseguirlo, ciñendo.

—Gracias, señor Prowse. Puede apuntarlo.

—Sí, señor —Prowse estaba encantado ante esta muestra de confianza. Naturalmente, no tenía ni idea de que Hornblower, dándole vueltas el día antes por la tarde a todas las responsabilidades que tendría que desempeñar, había hecho el mismo cálculo y obtenido el mismo resultado. Las verdes colinas de la isla de Wight fueron acariciadas momentáneamente por un sol débil.

—Ahí está la boya, señor —anunció Prowse.

—¡Gracias, señor Cargill! Cambie de bordada, por favor.

—Sí, señor.

Hornblower se retiró a popa. No sólo quería observar cómo manejaba Cargill el barco, sino también cómo se comportaba el *Hotspur*. Cuando llegase la guerra, era muy probable que el éxito o el fracaso, la libertad o el cautiverio pudieran depender de cómo navegaba el *Hotspur* y de lo fácil de maniobrar que fuera en la virada.

Cargill era un hombre de treinta años, de cara roja y más corpulento de lo que correspondía a su edad. Estaba claro que intentaba por todos los medios olvidar que estaba siendo vigilado simultáneamente por el capitán, el teniente de navío y el piloto, mientras realizaba la maniobra. Se quedó de pie junto al timón mirando con precaución hacia arriba, a las velas, y a popa, a la estela. Hornblower miraba la mano derecha de Cargill que, caída junto a su muslo, se abría y se cerraba. Podía ser un síntoma de nerviosismo o un simple gesto mecánico o de concentración. La guardia de cubierta estaba en sus puestos. Como los hombres eran todos desconocidos para Hornblower, sería muy provechoso dedicar también un poco de atención al estudio de sus reacciones. Era obvio que Cargill se estaba preparando para la acción, y

enseguida dio su primera orden al timón.

—¡Caña a sotavento! —gritó, pero no resultó un grito muy efectivo, porque la voz se le quebró a la mitad.

—¡Escotas de los focues! —aquello estuvo mucho mejor. No hubiera servido de mucho en una borrasca, aunque bastó para la ocasión. Foque y velacho empezaron a flamear.

—¡Arriba escotas y amuras!

El *Hotspur* viró hacia el viento, nivelando su quilla. Estaba virando, virando... ¿Iba a escorar en la virada?

—¡Bracear, bracear en contra, a popa!

Aquél era el momento crucial. La tripulación conocía su oficio. Las bolinas de babor y las brazas fueron desamarradas limpiamente, y los hombres fueron balanceándose hacia las de estribor. Las vergas viraron también, pero el *Hotspur* se negó a responder. Se durmió. Se inclinó justo en el viento y luego volvió a caer a dos cuartas a babor, con todas las velas flameando y el rumbo perdido. Era incapaz de moverse, estaba indefenso hasta que se emprendiera alguna acción.

—Buena cosa si tuviéramos una costa a sotavento, señor —gruñó Bush.

—Espere —dijo Hornblower. Cargill estaba mirando a su alrededor buscando órdenes, y eso era decepcionante. Hornblower hubiera preferido a un oficial que se enfrentara solo a la situación para intentar salvarla.

—Adelante, señor Cargill.

La tripulación se estaba comportando bien. No cuchicheaban y estaban de pie, esperando órdenes. Cargill tamborileaba con los dedos en su muslo derecho, pero por su propio bien tenía que encontrar una salida sin recibir ayuda. Hornblower vio sus dedos agarrotados, vio a Cargill mirar hacia arriba y a proa mientras intentaba dominarse. El *Hotspur* iba ganando impulso lentamente mientras el viento soplaba directamente de atrás en las velas. Cargill se aventuró, haciendo un esfuerzo. Una aguda orden puso la caña todo a babor, otra orden hizo girar las vergas de nuevo. El *Hotspur* se inclinó resistiéndose durante un momento, y luego, refunfuñando, viró a estribor y se enderezó mientras Cargill, en el último momento, hacía girar la caña y tirar de las brazas. No faltaba espacio para maniobrar, no había ninguna peligrosa costa a sotavento que requiriese una acción instantánea, y Cargill pudo esperar hasta que todas las velas estuvieran plenamente hinchadas de nuevo, y el *Hotspur* tuviera espacio suficiente para que agarrase el timón. Cargill tuvo incluso el sentido común de permitirle a la proa abatirse otra cuarta para tener más impulso en su siguiente intento, aunque Hornblower notó con una leve punzada de desilusión que se apresuró en exceso. Tenía que haber esperado quizás un par de minutos más.

—¡Escotas de los focues! —ordenó Cargill de nuevo. Sus dedos empezaron a tamborilear en el muslo de nuevo con la tensión de la espera.

Pero la mente de Cargill estaba lo bastante despejada para dar las órdenes en la secuencia correcta. El *Hotspur* viró en el viento de nuevo. Escotas y brazas fueron maniobradas a la perfección. Hubo un momento de parálisis cuando el barco se durmió de nuevo, se inclinó como si estuviera decidido una vez más a perder la virada, pero esta vez hubo un poco más de impulso, y en el último segundo, una afortunada combinación de vientos y olas empujó su proa a través de los vitales grados finales del giro. Viró, por fin.

—¡Bolina franca! —dijo Cargill al timonel, con evidente alivio en su voz—. ¡Amura de trinquete, ahí! ¡Escotas! ¡Brazas!

Una vez completa la operación, se volvió para enfrentarse a la crítica de sus superiores. El sudor le corría por la frente. Hornblower notó que Bush estaba junto a él dispuesto a criticarle concienzudamente. Bush creía con sinceridad que lo mejor para todo el mundo era una severa reprimenda en cualquier circunstancia, y normalmente tenía razón. Pero Hornblower había estado observando muy de cerca el comportamiento del *Hotspur*.

—Está bien, señor Cargill —dijo, y Cargill, aliviado, se volvió de nuevo; Bush miró a Hornblower con cierta sorpresa—. El barco está demasiado estibado a proa —dijo Hornblower—. Eso hace que sea poco maniobrable en las viradas.

—Es posible —admitió Bush, dubitativo.

Como la popa se agarraba al agua más firmemente que la proa, el *Hotspur* actuaba como una veleta, persistiendo en mantener la popa hacia el viento.

—Tendremos que cambiarlo —continuó Hornblower—. Tal como está ahora, no virará bien. Tendremos que estibarlo de modo que tenga un calado de seis pulgadas más a popa. Al menos eso. Ahora bien, ¿qué podemos trasladar de proa a popa?

—Bueno... —empezó Bush.

Repasó mentalmente el interior del *Hotspur*, repleto de provisiones hasta el último pie cúbico. Había sido una hazaña hercúlea prepararlo para navegar. Encontrar espacio para todo lo necesario había requerido muchas cavilaciones. Parecía que no era posible ningún cambio. Y sin embargo...

—Quizás... —empezó Bush, y al instante se habían adentrado en una discusión altamente técnica.

Prowse se presentó y se tocó el sombrero, e informó que el *Hotspur* estaba dispuesto a tomar rumbo hacia Ushant. Bush no pudo evitar ponerse alerta al oír mencionar aquel nombre; tampoco Prowse pudo evitar verse envuelto en la discusión acerca de la alteración de la estiba del buque. Tuvieron que moverse a un lado para dejar espacio para el lanzamiento de la corredera que se efectuaba cada hora. La brisa hacía aletear sus casacas en torno a sus cuerpos. Estaban en alta mar; la pesadilla de todos aquellos días y noches de preparativos había terminado ya, y también los... ¿cómo definirlos? delirantes, quizá... delirantes días de su matrimonio. Esto era la

vida normal. La vida creativa, puesto que estaban convirtiendo al *Hotspur* en un organismo vivo, consiguiendo mejoras en material y personal.

Bush y Prowse estaban discutiendo todavía posibles alteraciones en la estiba del barco cuando Hornblower volvió al mundo presente.

—Hay una tronera vacía a popa a cada lado —recordó de pronto Hornblower. Aquella sencilla solución había aparecido en su mente de pronto, como solía ocurrirle cuando sus pensamientos se habían desviado a otros temas—. Podemos llevar dos de los cañones delanteros a popa.

Prowse y Bush hicieron una pausa mientras consideraban esa posibilidad. La rápida mente de Hornblower estaba ya haciendo cálculos matemáticos. Los cañones del nueve del barco pesaban una tonelada y un tercio cada uno. Junto con las cureñas y la munición que tendrían que llevar también a popa, eso constituiría un total de cuatro toneladas que cambiarían de lugar. Los ojos de Hornblower midieron las distancias, adelante y a popa del centro de flotación, desde cuarenta pies a proa a treinta pies hacia la popa. No, el balance sería un poco excesivo, aunque el peso muerto del *Hotspur* estuviese por encima de las cuatrocientas toneladas.

—Quizá se agarraría un poco, señor —sugirió Prowse, llegando a las mismas conclusiones que él un par de minutos más tarde.

—Sí. Tomaremos los cañones del número tres. Eso es justo lo que nos hace falta.

Y dejar un hueco, señor? —Protestó débilmente Bush.

Sí, sería algo así como la falta de un diente incisivo. Rompería la armonía de las dos filas ordenadas de cañones, dándole al buque un aspecto de provisionalidad.

—Prefiero tener un barco más feo a flote —dijo Hornblower—, que uno muy bonito contra las rocas de sotavento.

—Sí, señor —dijo Bush, tragándose esa casi herejía.

—Cuando se vayan consumiendo las provisiones, podremos volver a colocar las cosas en su sitio —añadió Hornblower conciliador—. ¿Le importaría ocuparse de este asunto ahora?

—Sí, señor. —Bush concentró su mente en los aspectos técnicos del problema de transportar un cañón en un barco en movimiento—. Yo los levantaría de las cureñas con la polea del estay y los pondría sobre una estera...

—Bien. Estoy seguro de que puede hacerlo, señor Bush.

Nadie con dos dedos de frente trataría de mover un cañón con su cureña por una cubierta inclinada... saldría volando fuera de control en un momento. Pero fuera de su cureña, yaciendo allí indefenso en una estera, con los muñones para impedir que girase, podían arrastrarlo de forma relativamente fácil, y alzarlo hasta su cureña otra vez después de haberlo transportado a su nueva posición. Bush ya había dado la orden al señor Wise, el timonel, de que preparara el aparejo del estay.

—Habrá que cambiar el plan de combate —dijo Hornblower de repente, cuando

le asaltó la idea. La dotación de los cañones tendría que ser reasignada.

—Sí, señor —repuso Bush. Su sentido de la disciplina era demasiado acusado como para permitir que el más mínimo asomo de reproche se reflejara en su voz. Como teniente de navío, era su trabajo recordar esas cosas sin que tuviera que indicárselas su capitán. Hornblower lo arregló lo mejor que pudo.

—Entonces lo dejo todo a su cargo, señor Bush. Infórmeme cuando se hayan trasladado los cañones.

—Sí, señor.

Hornblower cruzó el alcázar para ir a su camarote, pasando junto a Cargill. Éste estaba atento a los hombres que preparaban los aparejos de los estays.

—El barco será mucho más fácil de maniobrar en la virada cuando se hayan cambiado esos cañones, señor Cargill —dijo Hornblower—. Entonces tendrá usted otra oportunidad de demostrar que puede manejarlo.

—Gracias, señor —replicó Cargill. Estaba claro que le daba vueltas a su reciente fallo.

Hornblower fue a su cabina. Los engranajes de una compleja maquinaria como es un barco siempre necesitan lubricante, y era su deber como capitán que lo tuvieran. El centinela ante su puerta se puso firme cuando él llegó. Miró a su alrededor, a los escasos artículos de primera necesidad que se encontraban allí. Su coy colgaba de los baos de cubierta, había una solitaria silla, un espejo en el mamparo con una palangana de lona debajo, en un soporte. En el mamparo opuesto estaba atornillado su escritorio, con su baúl debajo.

Una tira de lona que colgaba de los baos de cubierta servía para colgar la ropa. Eso era todo; no había sitio para nada más, pero el hecho de que la cabina fuese tan pequeña era una ventaja en un aspecto. No había cañones montados en ella (estaba justo a popa) y no habría necesidad por tanto, cuando el barco entrara en acción, de quitarlo todo. Y eso era un lujo, una riqueza, una suerte extraordinaria. Nueve días antes (no, diez) él era un simple teniente con media paga, y con la paga suspendida, porque debido a la Paz de Amiens su promoción no obtuvo destino. No sabía cómo se iba a ganar la siguiente comida. Una sola noche había cambiado por completo las cosas. Ganó cuarenta y cinco libras en una partida de whist con un grupo de oficiales de alto rango, uno de ellos un lord del Almirantazgo. El rey había enviado un mensaje al Parlamento anunciando al gobierno su decisión de poner a la Armada de nuevo en pie de guerra. Le habían nombrado comandante, y le habían dado el *Hotspur* para que lo preparara para hacerse a la mar. Ahora estaba seguro de cuál sería el origen de su próxima comida, aunque se tratase solamente de buey en salazón y galletas.

Y (más que una coincidencia, una consecuencia de todo ello) se había comprometido con María y se había casado rápidamente con ella.

Las cuadernas del barco transmitían el sonido de uno de los cañones del nueve,

que estaba siendo arrastrado a popa. Bush trabajaba rápido. Éste también era un teniente con media paga hacía sólo diez días, y superior a Hornblower. Con timidez, Hornblower le había pedido que sirviera con él como teniente de navío (es decir, el único teniente permitido en la tripulación de un bergantín de guerra) del *Hotspur*, bajo el mando de Hornblower. Fue sorprendente y extraordinariamente halagador ver el placer reflejado en la cara de Bush ante aquella petición.

—Esperaba que me lo pidiera, señor —confesó Bush—, pero no creía que realmente me quisiera como teniente de navío.

—Nada me complacería más —había replicado Hornblower.

En aquel momento casi perdió pie cuando el *Hotspur* levantó la popa, cabeceó y luego alzó la proa con el movimiento típico de un barco a todo ceñir. Ahora el barco estaba ya fuera de la costa de Wight, sometido a la plena fuerza de las grandes olas del canal. ¡Qué estúpido era! Casi había olvidado aquello. En un par de ocasiones durante los últimos diez días, cuando se le había ocurrido pensar en los mareos, había imaginado despreocupadamente que aquella debilidad estaría ya superada después de dieciocho meses en tierra. No había pensado en ello aquella mañana, pues estaba demasiado ocupado. Ahora, en su primer momento de ocio, le estaba pasando. Había perdido la costumbre del mar (una nueva ola le hizo tambalearse) y estaba a punto de marearse. Empezaba a notar un sudor frío en la piel, y la primera oleada de náuseas le atenazaba la garganta. Aún tuvo tiempo para una amarga broma: acababa de decirse, con alivio, que ya sabía de dónde procedería su próxima comida, pero ahora podía estar más seguro todavía de dónde iba a ir a parar la última. Y entonces el mareo se apoderó de él por completo. Yacía boca abajo en su coy. Oía el retumbar de ruedas, y sus pensamientos se aclararon lo suficiente para deducir que, después de los cañones, Bush estaba llevando las cureñas también a popa. Pero no le importó. Su estómago se levantó de nuevo y aún le preocupó menos. No podía pensar en otra cosa que sus propios sufrimientos. ¿Qué pasaba ahora? Alguien daba fuertes golpes en su puerta, y se dio cuenta de que primero habían sido unos suaves golpecitos que él había pasado por alto, y que habían ido arreciando.

—¿Qué hay? —preguntó, con un graznido.

—Mensaje del oficial de derrota, señor —dijo una voz desconocida—. Del señor Prowse.

Tenía que escucharlo. Se levantó del coy, se tambaleó y se dejó caer en su silla, arqueando los hombros sobre el escritorio para que no pudieran verle la cara.

—¡Adelante! —dijo.

Al abrir la puerta se oyó mucho más el ruido, que sonaba cada vez con más insistencia.

—¿Qué hay? —repitió Hornblower, esperando que su actitud reflejase profunda concentración sobre los papeles del barco.

—Mensaje del señor Prowse, señor —dijo una voz que Hornblower no pudo identificar—. El viento está arreciando y cambiando. Se alterará el rumbo, señor.

—Muy bien. Ya voy.

—Sí, señor.

Efectivamente, tenía que ir. Se levantó, apoyándose en el escritorio con una mano mientras se arreglaba las ropas con la otra. Se cruzó de brazos y salió al alcázar.

Había olvidado todas aquellas cosas; había olvidado lo refrescante que era el viento del mar, cómo susurraba el viento al pasar entre las jarcias, cómo se hundía la cubierta bajo los pies inopinadamente. Cuando la popa se elevó corrió hacia adelante, luchando vanamente para preservar su dignidad y arreglándoselas para agarrarse a la batayola sin perder la compostura. Prowse llegó al momento.

—El curso es suroeste una cuarta al sur ahora, señor —anunció—. He tenido que dejar que el barco derivara un par de cuartas. El viento sigue girando al oeste.

—Ya lo veo —dijo Hornblower. Miró al cielo y al mar, obligándose a pensar—. ¿Cómo está el barómetro?

—Casi abajo del todo, señor. Pero va a soplar más fuerte antes de que caiga la noche, señor.

—Quizá tenga razón.

Bush apareció en aquel momento, tocándose el sombrero que ahora llevaba bien metido en la cabeza.

—Los cañones han sido trasladados a popa, señor. Las ataduras están bien tirantes.

—Gracias.

Hornblower se cogía con las manos a la batayola y miraba fijamente hacia adelante, sin volverse hacia Bush a un lado o hacia Prowse en el otro, para que ellos no se dieran cuenta de la palidez de su cara de marinero bisoño. Se concentró en intentar recordar el mapa del canal que había estudiado con tanta atención el día antes. Allí estaba el hueco de veinte leguas entre los Casquets y el Start. Una decisión incorrecta podía mantenerles detenidos por vientos contrarios durante días en su interior.

—Podemos doblar el Start por barlovento con este rumbo, señor —le sugirió Prowse.

Una inesperada náusea atacó súbitamente a Hornblower, y se movió inquieto mientras luchaba por contenerla. No quería que Prowse le sugiriera nada, y mientras se tambaleaba vio a Cargill de pie junto al timón. Todavía era el turno de Cargill... fue otro factor más que llevó a Hornblower a tomar una decisión, además del informe de Bush y la insinuación de Prowse.

—No —dijo—, cambiaremos de bordada.

—Sí, señor —aceptó Prowse, a regañadientes.

Hornblower miró hacia Cargill, convocándole con una mirada. No quería abandonar el reconfortante apoyo de la batayola.

—Señor Cargill —dijo Hornblower—. Veamos cómo vira usted el barco de nuevo, ahora que hemos alterado su estiba.

—Sí, señor —repuso Cargill. Era lo único que podía decir el pobre diablo, como respuesta a una orden directa. Pero se notaba que estaba muy nervioso. Volvió al timón y tomó el megáfono de las vinateras. El viento, arreciado, lo hacía necesario.

—¡Todos a sus puestos! —llamó, y la orden fue subrayada instantáneamente por los silbatos de los segundos contramaestres y los gritos del señor Wise. Los hombres corrieron a sus puestos. Cargill miró a su alrededor, al viento y al mar. Hornblower vio que tragaba saliva mientras cobraba valor. Entonces dio la orden al timón. Esta vez eran los dedos de su mano izquierda los que tamborileaban en su muslo, porque tenía la derecha ocupada con el megáfono. El *Hotspur* se elevó hasta nivelar la quilla mientras se maniobraban las escotas y brazos. Estaba virando... viraba...

—¡Largar y halar! —chilló Cargill por el megáfono. Hornblower pensó que él habría esperado tres o cuatro segundos más antes de dar esa orden, pero también sabía que podía estar equivocado. No sólo porque el mareo podía alterar su juicio, sino porque allí de pie, mirando a popa, no «notaba» el barco. Los hechos probaron que Cargill sí lo «notó», o tuvo muy buena suerte, porque el *Hotspur* giró sin vacilar.

—¡A orza todo! —gritó Cargill al timonel, y la caña giró en redondo con las cabillas convertidas en un borrón, recuperando al *Hotspur* en el momento en que estaba empezando a derivar. Un grupo de hombres que tiraban halaron la amura de trinquete. Otros amarraron las bolinas. El *Hotspur* estaba, en el nuevo rumbo, y había maniobrado con tanta suavidad, aparentemente, como se pudiera desear.

Hornblower se dirigió hacia el timón.

—¿Se agarra? —preguntó al cabo de derrota.

Éste soltó la caña un par de cabillas, mirando de soslayo el derribo de la gavia, y entonces lo condujo hacia el viento de nuevo.

—No puedo decir que lo haga, señor —decidió—. Quizá sí, un poco. No, señor, no puedo decir que se agarre. Sólo necesita un toque de caña a barlovento ahora, señor.

—Así tiene que ser —dijo Hornblower.

Bush y Prowse no habían dicho ni una palabra, y no había necesidad ni siquiera de una mirada para definir la situación, pero no estaría mal dirigir unas palabras a Cargill.

—Puede dejar la guardia sintiéndose algo más satisfecho consigo mismo ahora, señor Cargill.

—Sí, señor; gracias, señor —dijo Cargill.

La roja y redonda cara de Cargill se iluminó con una sonrisa. El *Hotspur* se alzó

con una ola, macheteó y Hornblower, cogido por sorpresa, se tambaleó en cubierta y cayó sobre el amplio pecho de Cargill. Afortunadamente, éste era un hombre robusto y de reflejos rápidos, y soportó el golpe sin moverse. De otro modo, él y su capitán habrían caído rodando por la cubierta en los imbornales. Hornblower se sintió un poco avergonzado. No estaba más avezado al mar que el más bisoño de los grumetes. Su envidia de Cargill, Bush y Prowse, que permanecían firmes y balanceándose con toda naturalidad con el cabeceo del barco, se convirtió en franco disgusto. Su estómago estuvo a punto de traicionarle de nuevo. Su dignidad estaba en peligro, y apeló a toda la que le quedaba, volviéndose hacia Bush con las piernas firmes y el cuello erguido.

—Que me avisen cuando sea necesaria alguna alteración del curso, por favor, señor Bush —dijo.

—Sí, señor.

La cubierta se movía mucho, pero él sabía que no tanto como su mente alterada le hacía crear. Se obligó de alguna forma a caminar hacia popa, a su cabina. Dos veces tuvo que detenerse y reunir fuerzas, y cuando el *Hotspur* subió a una ola casi estuvo a punto de correr (ciertamente, tuvo que caminar más deprisa de lo conveniente para un capitán) pasando junto al centinela, y fue a parar contra la puerta con cierta violencia. No contribuyó a su comodidad (de hecho, no hizo sino añadir más congoja) ver que el centinela ponía un cubo en cubierta junto a él. Abrió la puerta de golpe, se quedó quieto durante un momento mientras el *Hotspur* completaba su movimiento, con la popa en el aire, y luego se dejó caer gimiendo en su coy, con los pies arrastrando por el suelo mientras el catre se balanceaba.

CAPÍTULO 4



Hornblower se sentó ante el escritorio de su cabina, con un paquete en la mano. Cinco minutos antes había abierto su baúl y había sacado aquel paquete; al cabo de cinco minutos más, podría abrirlo... al menos, eso era lo que le indicaban sus cálculos. Era un paquete bastante pesado. Podía contener algún objeto de peso como municiones o fragmentos de metal, pero no era muy probable que el almirante Cornwallis enviase municiones o metal a uno de sus capitanes. Estaba muy bien cerrado y sellado en cuatro sitios, y los sellos permanecían intactos. Escrito con tinta sobre la lona protectora se leía lo siguiente:

Instrucciones para Horatio Hornblower, Esq., Comandante. Bergantín de Su Majestad Hotspur. Para abrir al pasar el sexto grado de longitud oeste de Greenwich.

Ordenes selladas. Hornblower había oído hablar de tales cosas en su vida profesional, pero era su primer contacto con ellas. Habían enviado aquel paquete a bordo del *Hotspur* la tarde del día de su boda, y él lo había recogido. Ahora el barco estaba a punto de atravesar el meridiano sexto. Había bajado por el canal con considerable facilidad. Sólo hubo una guardia en la que no pudo seguir bien el rumbo. Cambiar de bordada para restaurar la confianza de Cargill había sido una idea muy afortunada. El viento apenas había soplado del oeste, y cuando lo hizo fue sólo momentáneamente. El *Hotspur* había escapado de verse encerrado en la bahía de Lyme; había doblado limpiamente los Casquets por barlovento, y todo procedía de aquella afortunada orden. Hornblower era consciente de que Prowse sentía ahora por él un nuevo respeto como navegante y meteorologista. Eso era muy positivo, y Hornblower no tenía intenciones de permitir a Prowse que adivinase que la excelente travesía era el resultado de la buena suerte, de una coincidencia de circunstancias.

Hornblower miró su reloj y alzó la voz para gritar al centinela de la puerta.

—Avisé al señor Bush.

Hornblower pudo oír gritar al centinela, y cómo pasaban la voz por el alcázar. El *Hotspur* se alzó en un largo, largo cabeceo sin apenas balancearse. Ahora estaba encontrando la gran marejada, que había cambiado considerablemente sus movimientos, y para mejor, en opinión de Hornblower... pues pudo controlar rápidamente su mareo. Bush tardó mucho tiempo en contestar a su llamada; obviamente, no estaba en el alcázar, y lo más probable era que estuviese echando una siesta o bien ocupado en algún asunto privado. Bueno, no le causaría ningún daño ni

tampoco debía sorprenderle que le llamasen en esos momentos, porque así eran las cosas en la Armada.

Al final, sonaron unos golpecitos en la puerta y entró Bush.

—¿Señor?

—Ah, señor Bush —dijo Hornblower, muy ceremonioso. Bush era el amigo más íntimo que tenía, pero se trataba de un asunto formal, que debía resolverse formalmente—. ¿Puede decirme cuál es la posición del barco en este momento?

—No, señor, no exactamente —replicó el perplejo Bush—. Ushant se encuentra a diez leguas al este, según creo, señor.

—En este momento —repuso Hornblower—, nos encontramos a seis grados y algunos segundos de longitud oeste. La latitud es de 48° 40', pero en estos momentos no nos debe importar, curiosamente. Es la longitud lo que cuenta. ¿Sería usted tan amable de examinar este paquete?

—Ah, ya veo, señor —comentó Bush, después de leer la inscripción.

—¿Observa usted que los sellos están intactos?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿será también tan amable, cuando salga de esta cabina, de asegurarse de que ésa es realmente la longitud del barco, para que, si fuera necesario, pudiera usted testificar que he cumplido las órdenes?

—Sí, señor, lo haré —dijo Bush, y después de una pausa bastante larga, dándose cuenta de que Hornblower daba la entrevista por concluida, añadió—: Sí, señor.

La tentación de burlarse de Bush era muy fuerte. Hornblower se dio cuenta cuando éste salió de la cabina. Era una tentación que debía resistir. Si cedía demasiado a ella, podía llegar a causar resentimientos y, en cualquier caso, Bush era un blanco demasiado fácil.

Pensando en todo esto, consiguió posponer unos segundos más el excitante momento de abrir las órdenes. Sacó su cortaplumas y cortó el cordón que lo cosía. Ahora se explicaba el peso del paquete. Había tres cartuchos de monedas... monedas de oro. Hornblower las esparció sobre su escritorio. Había cincuenta monedas pequeñas, de la medida de las monedas de seis peniques, veinte un poco más grandes, y diez más grandes todavía. El atento examen reveló que las de tamaño mediano eran monedas francesas de veinte francos, exactamente como las que había visto en poder de lord Parry hacía un par de semanas, con la inscripción «Napoleón primer cónsul» en una cara y «República Francesa» en la otra. Las pequeñas eran monedas de diez francos, y las mayores, de cuarenta. En conjunto representaban una suma importante, por encima de las cincuenta libras, teniendo en cuenta la gran importancia que se concedía al oro en una Inglaterra que sufría una gran depreciación del papel moneda.

Y allí estaban las instrucciones suplementarias, explicando cómo debía emplear el dinero. «Se le ordena por tanto...», decían las instrucciones, después de las frases

preliminares. Hornblower tenía que entrar en contacto con los pescadores de Brest y averiguar si alguno de ellos aceptaría sobornos. Tenía que recoger de ellos toda la información que pudiera relativa a la flota francesa de aquel puerto, y finalmente se le informaba de que en caso de guerra debería recabar todo tipo de información, incluso periódicos.

Hornblower leyó dos veces esas instrucciones. Volvió a consultar las órdenes sin sellar que había recibido al mismo tiempo, las que le habían conducido a alta mar. Había que meditar bien aquello, y automáticamente se puso en pie y volvió a sentarse de nuevo, porque no era posible dar ni un paso en aquella cabina. Debía posponer un momento su paseo. María había cosido con todo cuidado unas bolsas de tela para colocar sus cepillos del pelo... algo bastante inútil, por cierto, considerando que él siempre guardaba los cepillos en el neceser. Cogió una de esas bolsitas y puso el dinero dentro, colocó la bolsa y las órdenes en su baúl y estaba a punto de cerrarlo cuando un pensamiento le asaltó y entonces apartó diez monedas de diez francos y se las guardó en el bolsillo del pantalón. Una vez cerrado su baúl, pudo salir a cubierta.

Prowse y Bush caminaban por el costado de barlovento del alcázar conversando animadamente. Sin duda, las noticias de que su capitán había abierto las órdenes selladas se habrían extendido rápidamente por todo el barco... y nadie a bordo, salvo Hornblower, podía estar realmente seguro de que el *Hotspur* no iba a tomar rumbo a la India. Sintió la tentación de mantenerlos a todos en ascuas, pero la rechazó. Además, no tendría ningún sentido; después de un día o dos de remolonear por las afueras de Brest, todo el mundo podría adivinar la misión del *Hotspur*. Prowse y Bush se movían apresuradamente hacia la banda de sotavento, dejando la banda de barlovento a su capitán, pero Hornblower les detuvo.

—¡Señor Bush! ¡Señor Prowse! Vamos a echar un vistazo en Brest, para ver qué está tramando nuestro amigo Boney.

Esas pocas palabras explicaban la historia completa a unos hombres que habían servido en la última guerra y se habían fogueado en las tormentosas aguas de la costa británica.

—Sí, señor —dijo sencillamente Bush.

Juntos examinaron la bitácora y luego el horizonte, hacia el gallardete de comisión. Era bastante sencillo establecer un rumbo; Bush y Prowse podían hacerlo con toda facilidad, pero no sería tan sencillo lidiar con los problemas de las relaciones internacionales, problemas de neutralidad, de espionaje.

—Estudiemos el mapa, señor Prowse. Ya verá que tendremos que mantenernos bien apartados de Les Fillettes.

Las Islas de las jovencitas, en mitad del canal navegable hacia Brest. Era un extraño nombre para unas rocas que podrían albergar perfectamente emplazamientos para baterías de cañones.

—Muy bien, señor Prowse. Puede usted prepararse y establecer el rumbo.

Soplaba una suave brisa del noroeste aquel día, y era la cosa más fácil del mundo retirarse hacia Brest. El *Hotspur* apenas se balanceaba y cabeceaba sólo moderadamente. Hornblower se había acostumbrado enseguida al mar y podía pasear por cubierta con toda seguridad y confiar casi plenamente en retener el contenido de su estómago en su sitio. Una cierta sensación de bienestar acompañó a la remisión de su mareo. El aire de abril era fresco y cortante, pero no helado. Los guantes de Hornblower y su grueso abrigo apenas eran necesarios. De hecho, a Hornblower le resultaba difícil concentrarse en sus problemas. Estaba deseoso de posponer sus consideraciones, y detuvo sus pasos y miró a Bush con una sonrisa que hizo que este último se acercara a él con rápidos pasos.

—¿Tiene usted algún plan para ejercitar a los hombres, señor Bush?

—Sí, señor —Bush no dijo: «Por supuesto, señor» porque era un buen subordinado. Pero sus ojos se iluminaron, porque no había nada que disfrutara más Bush que arrizar y zafar las gavias, arriar las vergas de juanete e izarlas de nuevo, llevar cabos a popa muy deprisa para usarlos como esprín y en definitiva ensayando todas las docenas (centenares) de maniobras que el tiempo o la guerra podían hacer necesarias.

—Bastará con dos horas por hoy, señor Bush. Creo recordar que sólo se ha hecho un corto ejercicio con los cañones, ¿verdad?

Torturado por el mareo mientras pasaban por el canal, no estaba seguro de ello.

—Sólo uno, señor.

—Entonces, después de comer pasaremos una hora con los cañones. Es posible que un día de éstos tengamos que usarlos.

—Podría ser, señor —repuso Bush.

Bush afrontaba con bastante frialdad la perspectiva de una guerra que podía cambiar el mundo entero.

Los silbatos de los contramaestres llamaron a la tripulación y muy pronto se empezaron a llevar a cabo los ejercicios, los marineros sudorosos corriendo arriba y abajo de las jarcias, balanceándose en los cabos, apremiados por los oficiales de mar y en medio de una gran nube de blasfemias por parte del señor Wise. Todo aquello servía también para entrenar a los hombres, para que hicieran ejercicio, pero no hubo que corregir graves deficiencias. El *Hotspur* se había beneficiado de ser el primer barco aparejado después de que la leva se hiciese obligatoria. De sus ciento cincuenta tripulantes no menos de un centenar estaban clasificados como «marineros de primera». Había también veinte marineros corrientes y sólo diez novatos, y no más de veinte grumetes. Era una proporción extraordinaria, que nunca se volvería a repetir si continuaban reclutando gente para la flota. Y no sólo eso, sino que más de la mitad de los hombres habían servido en tiempos de guerra, antes de la Paz de Amiens. No sólo

eran buenos marineros, sino marineros de la Armada, que apenas habían tenido tiempo de hacer un solo viaje en un barco mercante durante la paz, antes de ser alistados de nuevo. Como consecuencia, la mayoría de ellos tenían experiencia en buques de guerra, y veinte o treinta habían participado directamente en acciones bélicas. El resultado fue que cuando se ordenó un ejercicio con los cañones, se dirigieron a sus puestos de servicio de una forma muy profesional. Bush se volvió hacia Hornblower y se tocó el sombrero, en espera de la siguiente orden.

—Gracias, señor Bush. Ordene «silencio», por favor.

Los silbatos atronaron toda la cubierta, y el barco se quedó mortalmente silencioso.

—Ahora voy a hacer una inspección, si es tan amable de acompañarme, señor Bush.

—Sí, señor.

Hornblower empezó a mirar ceñudamente la carroñada de estribor del alcázar. Todo estaba en orden allí, y caminó por el combés para inspeccionar los cañones del nueve de estribor. En cada uno se detuvo para comprobar el equipo. Cartuchos, alzaprima, palanca. Escobillón, cuña. Fue de cañón en cañón.

—¿Cuál es su posición si hay que disparar los cañones de babor?

Había elegido al marinero más joven que había a la vista para preguntarle, y éste movió incómodo los pies al verse interpelado directamente por el capitán.

—¡Atención, marinero! —exclamó Bush.

—¿Cuál es su posición? —repitió Hornblower, tranquilo.

—Allí, señor. Yo manejo el atacador, señor.

—Me alegro de que lo sepa. Si puede recordar su posición cuando el capitán y el teniente le están hablando, confío en que lo recordará también cuando las balas de cañón pasen por encima de la borda.

Hornblower continuó. Un capitán siempre provocaba risas cuando hacía una broma. Entonces se detuvo de nuevo.

—¿Qué es esto? ¡Señor Cheeseman!

—Señor.

—Aquí tiene un cuerno de pólvora más de la cuenta. Tendría que haber sólo uno para cada dos cañones.

—Eh... sí, señor. Es que...

—Ya sé cuál es la razón. Una razón no es una excusa, sin embargo, señor Cheeseman. ¡Señor Orrock! ¿Cuántos cuernos de pólvora tiene usted en su sección? Ah, ya veo.

Al cambiar los cañones número tres habían privado a la sección de Orrock de un cuerno de pólvora y le había dado uno adicional a la de Cheeseman.

—Su trabajo, caballeros, es comprobar que los cañones de su sección están

adecuadamente equipados. No tienen que esperar órdenes para ello.

Cheeseman y Orrock eran dos de los cuatro «jóvenes caballeros» de la Academia Naval destinados a bordo, para ser entrenados como guardiamarinas. A Hornblower no le gustaba nada de lo que había visto de ello hasta el momento. Pero los tenía que usar como oficiales de mar, y por su propio bien debía entrenarlos para convertirlos en tenientes útiles. Sus necesidades correspondían con su deber. Tenía que modelarlos, y no destrozarlos.

—Confío en que no tendré que hablar con ustedes de nuevo, caballeros —dijo. Estaba seguro de que sí tendría que hacerlo, pero era mejor una promesa que una amenaza. Siguió andando, completando la inspección de los cañones de estribor. Subió al castillo de proa para examinar las dos carroñadas de allí, y luego volvió a bajar a la cubierta principal de babor. Se detuvo ante el infante de marina que estaba ante la escotilla de proa.

—¿Qué órdenes tiene?

El infante de marina se puso firme y en guardia, con los pies en un ángulo de cuarenta y cinco grados, el mosquete junto a su costado, el dedo índice de la mano izquierda a lo largo de la costura de sus pantalones, el cuello rígido y erguido, así que, como Hornblower no estaba directamente delante de él, miraba por encima del hombro de Hornblower.

—Guardar mi posición... —empezó, y continuó con un monótono soniquete, repitiendo de memoria la fórmula de la guardia que probablemente había dicho mil veces antes. El cambio de su tono se hizo evidente cuando llegó a la frase final y añadió para aquel puesto en particular—: No permitir que nadie baje, a menos que lleve un cubo lleno de cartuchos vacíos.

Eso era para que los cobardes no pudieran buscar refugio debajo de la línea de flotación.

—¿Y los hombres que lleven heridos?

El asombrado marino no supo qué contestar; incluso le costó pensar, después de años de entrenamiento.

—No tengo órdenes al respecto, señor —dijo al fin, dejando finalmente que se movieran sus ojos, aunque no su cuello.

Hornblower miró a Bush.

—Hablaré con el sargento de infantes de marina, señor —dijo Bush.

—¿Quién está en el sollado para atender a los heridos?

—Cooper y su ayudante, señor. El velero y su ayudante. Cuatro en total, señor.

Confiaba en que Bush conociera todos esos detalles al dedillo, aunque Hornblower había encontrado dos pequeños fallos, de los cuales Bush era el responsable último. No era necesario insistir en aquellos temas con Bush, pues estaba ardiendo de vergüenza, en silencio.

Abajo por el escotillón hacia el pañol de pólvora. La luz de una vela brillaba débilmente a través de la ventana de cristal del pañol de faroles, proyectando la luz suficiente para que los grumetes servidores de la pólvora vieran lo que estaban haciendo, mientras recibían los cartuchos cargados a través de las cortinas dobles de sarga abiertas hacia la santabárbara. En el interior de ésta, el artillero y su ayudante, con zapatillas de tela, estaban listos para distribuir, y, si fuera necesario, rellenar cartuchos. Abajo por la escotilla posterior, hacia donde el cirujano y su ayudante estaban preparados para atender a los heridos. Hornblower se dio cuenta de que él mismo podía verse arrastrado allí en algún momento, con la sangre chorreando de algún miembro amputado... Fue un alivio volver a subir de nuevo a cubierta.

—Señor Foreman —Foreman era otro de los «jóvenes caballeros»—, ¿cuáles son sus órdenes con respecto a los faroles durante una acción nocturna?

—Tengo que esperar hasta que el señor Bush me dé órdenes expresas, señor.

—¿Y a quién enviaría si recibiese esas órdenes?

—A Firth, señor.

Foreman señaló hacia un joven marinero de aspecto agradable que estaba junto a él. Pero ¿hubo acaso un leve titubeo en su respuesta? Hornblower se volvió hacia Firth.

—¿Y adonde iría usted?

Los ojos de Firth se volvieron hacia Foreman por un momento. Podía ser el nerviosismo; pero Foreman se tambaleó un poco, como si estuviera señalando con un hombro, y una mano hizo un pequeño gesto junto a su cintura, como si estuviera señalando a la rotundidad abdominal del señor Wise.

—Adelante, señor —dijo Firth—. El contraмаestre los entrega. En la abertura del castillo de proa.

—Muy bien —aprobó Hornblower.

No tenía duda de que Foreman se había olvidado prácticamente de pasar las instrucciones de Bush acerca de los faroles de batalla. Pero Foreman fue lo suficientemente listo como para salir airoso de la situación, y Firth no solamente había sido listo, sino también lo bastante leal como para apoyar a su oficial. Sería mejor no perder de vista a esos dos, por varios motivos. La abertura del castillo de proa había sido una inspiración acertada, ya que estaba contigua al cajón del contraмаestre.

Hornblower subió al alcázar de nuevo, con Bush detrás, y miró inquisitivo a su alrededor, fijándose en el último cañón sin inspeccionar: la carronada de babor del alcázar. Eligió una posición donde sus palabras pudieran llegar al mayor número posible de oídos.

—Señor Bush —dijo—, tenemos un buen barco. Si trabajamos duro, tendremos también una tripulación excelente. Si Boney necesita una lección, nosotros se la

daremos. Pueden continuar con los ejercicios.

—Sí, señor.

Los seis infantes de marina del alcázar, el timonel, los hombres de las carronadas, el señor Prowse y el resto de la guardia le habían oído. Se dio cuenta de que no era la ocasión adecuada para hacer un discurso formal, pero podía estar seguro de que sus palabras serían transmitidas cuidadosamente. Que ese «nosotros» sería interpretado como una apelación a la unidad. Mientras tanto, Bush continuaba con los ejercicios: «Suelte los cañones. Apunte. Quite los tapabocas», y todo lo demás.

—Estarán en forma muy pronto, señor —dijo Bush—.

Y entonces sólo tendremos que acostarnos al enemigo.

—No necesariamente al costado, señor Bush. Cuando quememos pólvora en el próximo ejercicio, quiero que los hombres estén entrenados para disparar a larga distancia.

—Sí, señor. Por supuesto —asintió Bush.

Pero Bush hablaba por hablar. En realidad no había pensado en el manejo del *Hotspur* en batalla. La acción directa, cuando los cañones no podían fallar y sólo había que cargarlos y disparar lo más rápidamente posible, era el ideal de Bush. Muy adecuado para un barco de línea en una acción de la flota, pero quizá no demasiado adecuado para el *Hotspur*. Éste sólo era un bergantín de guerra, su maderamen y sus tabiques eran más frágiles que los de una fragata. Sus veinte cañones del nueve que le daban su «rango» (las cuatro carronadas no contaban), eran «cañones largos», mejor adaptados para trabajar a una distancia de un par de cables que para la acción cercana, cuando los cañones enemigos no tenían más oportunidades de errar que los suyos. Era el barco más pequeño con alcázar y castillo de proa de la lista de la marina. Había muchas posibilidades de que cualquier enemigo que se encontrasen fuese superior en medida, en peso, en descarga de la andanada, en número de hombres... con toda probabilidad, inmensamente superior. Brío y coraje podían conseguir una victoria, pero la habilidad, la premeditación y el buen gobierno eran más seguros. Hornblower sentía la excitación de la acción correr por su cuerpo, acentuada por el vibrante estruendo de los cañones que entraban en batería.

—¡Tierra! ¡Tierra! —gritaba el vigía del mastelero de proa—. ¡Tierra a una cuarta a proa por sotavento!

Sería Francia, Ushant, la escena de sus futuras hazañas, quizás el lugar donde se encontrarían con el desastre o la muerte. Naturalmente, una oleada de excitación recorrió todo el barco. Se levantaron todas las cabezas y todas las caras se volvieron.

—¡Escobillen los cañones! —gritaba Bush a través de su megáfono. Se podía confiar en Bush para mantener la disciplina y el buen orden a pesar de las distracciones—. ¡Carguen!

Era duro para los hombres seguir con el juego de las prácticas de cañón en

aquellas circunstancias. La disciplina estaba en un lado; el resentimiento y la desilusión en otro.

—¡Apunten! ¡Señor Cheeseman! El hombre de la palanca del cañón número siete no está atento a su deber. Quiero su nombre.

Prowse estaba enfocando un catalejo. Como oficial responsable de la navegación aquello era su deber, pero también era su privilegio.

—¡Dentro los cañones!

Hornblower estaba ansioso por seguir el ejemplo de Prowse, pero se contuvo. Prowse le informaría de cualquier cosa importante. Dejó que siguiera el entrenamiento durante un simulacro de andanada más antes de hablar.

—Señor Bush, puede asegurar los cañones ya, gracias.

—Sí, señor.

Prowse le ofrecía el catalejo.

—Es el faro de Ushant, señor —dijo.

Hornblower captó un ondulante reflejo, una solitaria estructura coronada por un farol, donde en tiempo de paz el gobierno mantenía una luz a beneficio de los barcos (el comercio de medio mundo recalaba en Ushant) que lo necesitaban.

—Gracias, señor Prowse —Hornblower vio mentalmente el mapa de nuevo; recordó los planes que había hecho mientras ponía el barco en servicio activo, en los intervalos de su luna de miel, en los intervalos de mareo, durante los últimos días repletos de acontecimientos—. El viento sopla del oeste. Pero estará oscuro antes de que llegemos a cabo Matthew. Nos quedaremos en rumbo sur bajo poca vela hasta medianoche. Quiero estar a una legua de los Black Stones una hora antes de amanecer.

—Sí, señor.

Bush se unió a ellos, recién terminado el asunto de asegurar los cañones.

—¡Mire eso, señor! Hay una fortuna que pasa junto a nosotros.

Un gran barco se avistaba a barlovento, su velamen reflejando el sol poniente.

—Un indiaman francés —comentó Hornblower, volviendo su catalejo hacia él.

—¡Un cuarto de millón de libras, en resumen! —exclamó Bush—. Quizá cien mil para usted, señor, si se hubiera declarado la guerra. ¿No le tienta eso, señor? Llevará este viento todo el camino hacia Le Havre y estará a salvo.

—Habrán otros —replicó Hornblower conciliador.

—No tantos, señor. Confíe en Boney. Enviará avisos en el momento en que se decida a declarar la guerra, y todos los barcos con bandera francesa se refugiarán en puertos neutrales. ¡Madeira y las Azores, Cádiz y El Ferrol, cuando nosotros podríamos hacer fortuna!

Las posibilidades de recompensas monetarias ocupaban un buen espacio en los pensamientos de todo oficial naval.

—Quizá lo hagamos —aceptó Hornblower. Pensó en María y en su paga. Incluso unos pocos centenares de libras representarían una diferencia enorme.

—Quizá, señor —dijo Bush, como descartando la posibilidad.

—Y además está la otra cara de la moneda —añadió Hornblower, señalando hacia el horizonte.

Había media docena de barcos más visibles en aquel momento, todos ingleses. Marcaban la enorme extensión del comercio marítimo británico. Ellos llevaban la riqueza que podía dar soporte a flotas, mantener aliados, fábricas de armas..., para no decir nada del hecho de que proporcionaban el entrenamiento básico para los marineros que después tripularían los barcos de guerra, que mantenían los mares abiertos para ellos y los cerraban a los enemigos de Inglaterra.

—Sólo son británicos, señor —repuso Prowse, dubitativo. No podía ver lo que veía Hornblower. Bush tuvo que mirar intensamente a su capitán antes de empezar a comprenderlo.

El lanzamiento de la corredera, junto con el cambio de guardia, relevó a Hornblower de la tentación de echar un sermón.

—¿Cuál es la velocidad, señor Young?

—Tres nudos y medio, señor.

—Gracias —Hornblower se volvió hacia Prowse—: Manténgalo en el rumbo presente.

—Sí, señor.

Hornblower estaba apuntando con su catalejo por encima del pescante de babor. Había una mancha negra que se levantaba y caía allí, hacia la isla Molene. La observó.

—Creo, señor Prowse —dijo, con el catalejo todavía pegado al ojo—, que podríamos meternos un poco más cerca de la orilla. Digamos dos cuartas. Quisiera pasar más cerca de ese barco de pesca.

—Sí, señor.

Era una de las pequeñas embarcaciones empleadas en la pesca de la sardina, muy parecida a las que faenaban en la costa de Cornualles. En aquel momento recogía las redes. Cuando el *Hotspur* se aproximó más, el catalejo permitió ver de lleno los rítmicos movimientos de los cuatro hombres.

—Un poco más de caña a barlovento, señor Prowse, por favor. Me gustaría pasar más cerca.

Ahora, Hornblower podía divisar una pequeña zona de agua detrás del barco de pesca que era de un color totalmente diferente. Tenía un brillo metálico muy distinto del resto del mar gris; el barco de pesca había localizado un banco de sardinas y sus redes lo estaban encerrando.

—Señor Bush. Por favor, intente leer el nombre.

Se estaban aproximando a toda marcha. En unos pocos momentos, Bush pudo leer las mayúsculas blancas situadas en su proa.

—De Brest, señor. *Duke's Freers*.

Iban tan rápidos que el propio Hornblower pudo leer el nombre. En realidad era el *Deux Frères*, de Brest.

—Ponga en facha la gavia, señor Young —gritó Hornblower al oficial de guardia, y entonces, volviéndose hacia Bush y Prowse—: Quiero pescado para la cena.

Ellos le miraron con mal disimulada sorpresa.

—¿Sardinas, señor?

—Eso es.

La red permanecía junto al costado del *Deux Frères*, y estaban izando en ella a bordo una gran masa de pescado plateado. Tan atentos estaban los pescadores a asegurar su captura que no se habían dado cuenta de la silenciosa aproximación del *Hotspur*, y levantaron la vista con risible asombro cuando el bonito barco se alzó ante ellos a la luz del atardecer. Incluso mostraron un momentáneo pánico, hasta que se dieron cuenta de que, en tiempos de paz, un barco de guerra británico no podía causarles más daño que uno francés, uno que hiciera cumplir la *Inscription Maritime*.

Hornblower tomó el megáfono de su soporte. Estaba ardiendo de excitación, y tuvo que controlarse mucho para serenarse. Aquél podía ser el primer paso de un episodio histórico; además, no hablaba francés desde hacía mucho tiempo y tuvo que concentrarse en lo que iba a decir.

—¡Buenos días, capitán! —gritó, y los pescadores, tranquilos, le devolvieron el saludo amistosamente—. ¿Me venderían un poco de pescado?

Conferenciaron apresuradamente, y entonces uno replicó:

—¿Cuánto?

—Oh, veinte libras.

Volvieron a conferenciar.

—Muy bien.

—Capitán —siguió Hornblower, buscando en su mente no sólo las necesarias palabras francesas, sino también una forma de aproximación a la situación que él deseaba—. Usted acabado trabajo. Subir a bordo. Podemos beber un vaso de ron por la amistad de las naciones.

El comienzo de la frase fue algo torpe, se había dado cuenta, pero era incapaz de traducir «ya ha hecho su captura». Sabía, sin embargo, que la perspectiva de beber ron de la marina británica podía ser atractiva... y estaba muy orgulloso de eso de *l'amitié des nations*. ¿Cómo se decía lancha en francés? Chaloupe, pensó. Insistió en su invitación, y alguien en el barco de pesca hizo una señal de asentimiento antes de volver al trabajo de asegurar la captura. Cuando acabaron, dos de los cuatro hombres bajaron a la lancha que estaba junto al *Deux Frères*. Era casi tan grande como el

propio barco, porque así se precisaba cuando tenían que extender la red. Dos remos firmemente manejados llevaron el bote rápidamente hacia el *Hotspur*.

—Recibiré al capitán en mi cabina —repuso Hornblower—. Señor Bush, ocúpese de que el otro hombre sea atendido y bien tratado. Que tome algo.

—Sí, señor.

Un cabo por encima de la borda subió dos grandes cubos llenos de pescado, y a éstos siguieron dos hombres con jersey azul que treparon con gran facilidad, a pesar de sus botas de marinero.

—Un gran placer, capitán —dijo Hornblower, en el combés para saludarle—. Por favor, venga conmigo.

El capitán miraba con interés a su alrededor mientras era conducido al alcázar y a popa, a la cabina. Se sentó precavidamente en la única silla mientras Hornblower se sentaba en el coy. El jersey azul y los pantalones estaban salpicados de escamas de pescado... la cabina olería a pescado durante una semana entera. Hewitt trajo ron y agua, y Hornblower sirvió ron generosamente en dos vasos. El capitán lo bebió con placer.

—¿Ha sido buena la pesca? —preguntó Hornblower, cortésmente.

Escuchó mientras el capitán le contaba, en su casi ininteligible francés bretón, la pequeñez de los beneficios que obtendría en la factoría de sardinas. La conversación fue derivando, en una sencilla transición, de los placeres de la paz a las posibilidades de guerra... dos hombres de mar no podían reunirse sin discutir esa posibilidad.

—Supongo que están haciendo grandes esfuerzos para buscar tripulación a los barcos de guerra, ¿verdad?

El capitán se alzó de hombros.

—Ciertamente.

Su encogimiento de hombros dijo mucho más que la palabra.

—Pero va todo muy despacio, imagino —dijo Hornblower, y el capitán asintió.

—Pero, claro, los barcos deben de estar ya listos para hacerse a la mar...

Hornblower no tenía ni idea de cómo decir «desarmados» en francés, así que había hecho la pregunta justamente al revés.

—Oh, no —exclamó el capitán. Siguió expresando su desprecio por las autoridades navales francesas. No había ni un solo barco de la línea listo para el servicio. Por supuesto que no.

—Deje que vuelva a llenarle el vaso, capitán —dijo Hornblower—. Supongo que las fragatas serán las primeras que recibirán hombres...

Era posible, pero el capitán bretón no estaba seguro. Por supuesto, allí estaba... Hornblower tuvo alguna dificultad para comprender aquel punto. Y de repente lo entendió. La fragata *Loire* estaba lista para zarpar la semana antes (era la pronunciación bretona de ese nombre lo que más sorprendió a Hornblower) para el

servicio en las aguas del este, pero con su habitual estupidez, la comandancia naval la había despojado de la mayoría de sus hombres entrenados para equipar los otros barcos. El capitán bretón, cuya capacidad de beber ron era bastante sorprendente, no hizo nada para ocultar ni el sofocado resentimiento bretón contra el régimen ateo que ahora gobernaba Francia ni el desprecio de un usuario profesional del mar por las torpes políticas de la marina republicana. Hornblower sólo tuvo que ir llenando su vaso y escuchar, con los oídos bien aguzados para captar todas las implicaciones de una conversación en un idioma extranjero. Cuando al fin el capitán se levantó para despedirse, había buena parte de verdad en lo que dijo Hornblower, vacilante, acerca de que lamentaba que la visita concluyera.

—Quizás aunque empiece la guerra, capitán, nos podamos ver de nuevo. Como creo que ya sabe, la marina real de Gran Bretaña no hace la guerra a los barcos de pesca. Siempre estaré dispuesto a comprarle parte de su captura.

El francés le miraba fijamente ahora, quizá porque se estaba acercando el tema del pago. Era un momento de lo más importante, que requería un juicio meditado. ¿Cuánto pagar? ¿Qué decir?

—Por supuesto, tengo que pagar el pescado de hoy —dijo Hornblower, con la mano en el bolsillo. Sacó dos monedas de diez francos y las dejó caer en la callosa palma, y el capitán no pudo evitar que una expresión de asombro apareciera en su cara curtida por la intemperie. Asombro, seguido al instante por avaricia, y luego por sospecha, cálculo, y finalmente por decisión mientras la mano se cerraba y metía apresuradamente el dinero en un bolsillo de su pantalón. Aquellas emociones habían aparecido en la cara del capitán como los colores en un delfín moribundo. Veinte francos en oro por un par de cubos de sardinas. Era muy probable que el capitán se mantuviera él, su mujer y sus hijos durante toda una semana con veinte francos. Diez francos sería el salario de una semana para sus marineros. Era una cantidad importante: o bien el capitán inglés no conocía bien el valor del oro o... Al final, el hecho inevitable resultaba ser que el capitán francés era veinte francos más rico, y existía la posibilidad de obtener más oro de donde procedía aquél.

—Espero que nos volvamos a encontrar, capitán —dijo Hornblower—. Tal como usted comprenderá, por supuesto, aquí en la mar siempre nos alegramos de tener noticias de lo que ocurre en tierra.

Los dos bretones saltaron la borda con sus dos cubos vacíos, dejando a Bush desconsolado contemplando el montón de peces en cubierta.

—Puede ordenar que retiren eso, señor Bush —dijo Hornblower—. Será un buen final para un buen día.

CAPÍTULO 5



La cabina estaba bastante oscura cuando Hornblower se despertó. No entraba ni el más leve rayo de luz a través de las dos ventanas de popa. Yacía acurrucado de costado sólo medio despierto, y entonces una única nota aguda procedente de la campana del barco le recordó las cosas del mundo, y se volvió de espaldas y se estiró, entre irritado y perezoso, tratando de ordenar sus pensamientos. Debía de ser la campanada de la guardia matinal, porque ya había sonado una de madrugada, cuando regresó a la cama después de haberse despertado al cambiar de bordada el barco a medianoche. Había dormido seis horas, teniendo en cuenta incluso la interrupción; había grandes ventajas en estar al mando de un barco: el centinela que se había retirado a dormir en aquel momento ya debía de estar de nuevo en pie en cubierta desde hacía media hora.

El coy en el que yacía se balanceaba suavemente. El *Hotspur* debía de navegar a muy buena marcha realmente, y, por lo que podía juzgar, con un viento moderado a estribor por el través. Así era como debía ser. Se iba a tener que levantar muy pronto... Se volvió del otro lado y se durmió otra vez.

—Dos campanadas, señor —anunció Grimes, entrando en la cabina con una lámpara encendida—. Dos campanadas, señor. Un poco de niebla, y el señor Prowse dice que le gustaría virar de bordada. —Grimes era un joven marinero flacucho que aseguraba haber servido como asistente de un capitán en un paquebote de las Indias Orientales.

—Tráigame mi casaca —dijo Hornblower.

Hacía frío en aquel amanecer neblinoso, llevando sólo un gabán encima de su camisa de dormir. Hornblower encontró los guantes de María en un bolsillo y se los puso, agradecido.

—Doce brazas, señor —informó Prowse mientras el buque se estabilizaba en su nuevo curso con el escandallo lanzado por los cadenotes del trinquete.

—Muy bien.

Tenía tiempo para vestirse y tomar el desayuno. Hubo tiempo incluso para... Hornblower sintió cómo le invadía una oleada de tentación. Quería una taza de café. Quería dos o tres tazas de café, fuerte y ardiente. Pero a bordo no tenían sino dos libras de café. A diecisiete chelines la libra, era todo lo que se pudo permitir. Las milagrosas cuarenta y cinco libras que ganó al whist, la noche antes de la aparición del mensaje del rey sobre la flota, se habían esfumado ya. Tuvo que desempeñar su ropa de navegación de alta mar y su espada, comprar muebles y aderezos para su cabina, y tuvo que dejarle diecisiete libras a María para que se mantuviese hasta que

podiera disponer de su paga. Así que quedó muy poco para «provisiones de cabina». No pudo comprar un cerdo ni una oveja, ni un simple pollo. La señora Mason le había comprado seis docenas de huevos, que estaban embalados entre virutas en un barril atado al suelo del cuarto de derrota, y seis libras de mantequilla muy salada. Compró un pilón de azúcar y algunos tarros de mermelada, y con eso había desaparecido todo el dinero. No había tocino ni carne en conserva. El día antes había cenado sardinas. El hecho de que se pagaran con dinero del servicio secreto les añadía un cierto interés, pero las sardinas no eran un pescado demasiado apetitoso. Y por supuesto, estaba también el absurdo prejuicio de la gente de mar respecto al pescado, criaturas de su propio elemento. Odiaban ver interrumpida su eterna dieta de buey salado y cerdo por una comida a base de pescado... esto unido al hecho, por supuesto, de que cocinar pescado dejaba un olor muy penetrante, difícil de eliminar de los utensilios precariamente lavados en agua de mar. En aquel preciso momento, según aumentaba la luz del amanecer, uno de los corderos subidos a bordo con una red y metidos en el combés emitió un penetrante balido al despertarse. La cámara de oficiales había comprado cuatro de aquellas criaturas mientras estaban poniendo en activo el *Hotspur*, y cualquier día cenarían cordero asado... Hornblower decidió que se haría invitar a cenar a la cámara de oficiales ese día. La idea le recordó que tenía hambre, pero era una sensación menor al deseo de un café.

—¿Dónde está mi asistente? —rugió de súbito—. ¡Grimes! ¡Grimes!

—¿Señor?

Grimes sacó la cabeza por la puerta del cuarto de derrota.

—Me voy a vestir y quiero el desayuno. Tomaré café.

—¿Café, señor?

—Sí. —Hornblower retuvo el «maldita sea» que casi se le escapa. Lanzar un juramento a un hombre que no puede devolverlo y cuya única falta consiste en ser un inútil no era su estilo, igual que hay algunos hombres que no pueden disparar a los zorros.

—¿No sabe hacer café?

—No, señor.

—Coja la caja de roble y tráigamela.

Hornblower le explicó a Grimes cómo preparar café mientras hacía espuma para afeitarse con un cuarto de pinta de agua fresca.

—Cuenta veinte de esos granos. Póngalos en una sartén... pídasela al cocinero. Entonces tuéstelos encima del fogón. Y tenga cuidado con ellos. Vaya moviéndolos todo el rato. Tienen que ponerse de color marrón, no negro. Tostados, no quemados. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Entonces lléveselos al cirujano, con mis afectuosos saludos.

—¿Al cirujano? Sí, señor —Grimes, viendo que las cejas de Hornblower se juntaban como nubes de tormenta, tuvo el sentido común de reprimir justo a tiempo el asombro que sintió al oír el nombre del cirujano en la conversación.

—Tiene un mortero para preparar sus pociones. Triture usted los granos en ese mortero. Debe molerlos en trocitos menudos. Menudos, fíjese bien, no pulverizados. Como granos grandes de pólvora, no pólvora molida. ¿Comprende?

—Sí, señor. Eso creo, señor.

—A continuación... Ah, vaya y haga lo que le he dicho y vuelva otra vez a verme.

Estaba claro que Grimes no era un hombre que hiciera las cosas con rapidez. Hornblower se había afeitado, vestido y estaba paseando por el alcázar, rabiando por su desayuno, antes de que apareciera Grimes de nuevo con un puñado de polvo de aspecto poco atractivo. Hornblower le dio breves instrucciones de cómo hacer café con aquello, y Grimes escuchó dubitativo.

—Vaya y hágalo. ¡Ah, Grimes!

—¿Señor?

—Tomaré dos huevos. Fritos. ¿Sabe freír huevos?

—Ejem... sí, señor.

—Fríalos de modo que la yema esté casi sólida, pero no del todo. Y saque un tarro de mantequilla y otro de mermelada.

Hornblower lanzó al viento toda prudencia: estaba decidido a tomar un buen desayuno. Y aquel viento al que había lanzado su discreción de repente se impuso. Con sólo un soplido de advertencia, llegó una súbita racha que casi abate al *Hotspur*, y mientras el *Hotspur* arriaba cabos y se recuperaba, llegó también la lluvia, un chaparrón de abril completamente helado. Hornblower echó a Grimes la primera vez que apareció para informarle de que el desayuno estaba listo, y sólo le hizo caso cuando apareció por segunda vez, cuando el *Hotspur* estaba ya firme en su curso de nuevo. Con el tiempo aclarándose y la luz del día en aumento, no le quedaba demasiado tiempo.

—Estaré de vuelta en cubierta en diez minutos, señor Young —dijo.

El cuarto de derrota era un diminuto compartimento detrás de su cabina. Cabina, cuarto de derrota y despensa del capitán ocupaban el espacio entero de la pequeña toldilla del *Hotspur*. Hornblower se introdujo con dificultad en la pequeña silla y ante la diminuta mesa.

—Señor —repuso Grimes—, no ha venido usted cuando el desayuno estaba listo.

Allí estaban los huevos. El borde de la clara estaba negro; las yemas, obviamente, estaban duras.

—Está bien —gruñó Hornblower. No podía culpar a Grimes por aquello.

—¿Café, señor? —dijo Grimes. La puerta del cuarto estaba cerrada y él

empotrado contra ella, sin poder moverse apenas. Vertió el café en una taza, y Hornblower bebió. Sólo estaba un poco caliente, lo justo para poder bebérselo, lo cual significaba que no estaba lo bastante caliente, y estaba turbio.

—Procure que esté más caliente la próxima vez —dijo Hornblower—. Y tiene que colarlo mejor.

—Sí, señor —la voz de Grimes parecía venir desde una gran distancia. El hombre apenas pudo susurrar—: Señor...

Hornblower le miró; Grimes estaba helado de espanto.

—¿Qué pasa?

—He guardado esto para enseñárselo, señor —Grimes sacó una sartén que contenía un revoltillo sangriento y maloliente—. Los primeros dos huevos estaban malos, señor. No quería que usted creyera que...

—Muy bien —Grimes temía que él le acusara de haberlos robado—. Tire esa maldita porquería.

¿No era propio de la señora Mason comprarle unos huevos y que la mitad estuviesen pasados? Hornblower se comió aquellos desagradables huevos (incluso aquellos dos, aunque no estaban exactamente podridos, tenían un gusto raro) mientras se consolaba con la perspectiva de resarcirse de todo aquello con la mermelada. Untó la preciosa mantequilla en una galleta, y allí estaba la mermelada. ¡Grosella! ¡A quién se le había ocurrido! Grimes, apretujado en el cuarto de derrota, dio un salto cuando Hornblower soltó el juramento que llevaba unos minutos pugnando por salir de sus labios.

—¿Señor?

—No estoy hablando con usted, maldita sea —dijo Hornblower, con la paciencia agotada.

A Hornblower le encantaba la mermelada, pero de todas las posibles variantes, la que menos le gustaba era la de grosella. De lo bueno, era lo peor. Bueno, tendría que acostumbrarse. Mordió la galleta dura como una piedra.

—No llame a la puerta cuando esté sirviendo la comida —dijo a Grimes.

—No, señor. No lo haré. Nunca más, señor.

La mano de Grimes que sujetaba la cafetera estaba temblando, y cuando Hornblower le miró pudo ver que también le temblaban los labios. Estaba a punto de preguntar agriamente qué demonios pasaba, pero no lo hizo porque de pronto vio la respuesta claramente ante él. Era miedo físico lo que alteraba a Grimes. Una palabra de Hornblower podía hacer que Grimes se viera atado a una rejilla en el portalón o que le arrancaran a latigazos la carne de los huesos, mientras su cuerpo se retorció de dolor. Había capitanes que darían una orden así si les hubieran servido un desayuno semejante. Las cosas no podían salir peor.

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Grimes se apretó contra el mamparo para evitar caer a través de la puerta cuando se abrió.

—Mensaje del señor Young, señor —dijo Orrock—. El viento está cambiando de dirección de nuevo.

—Ya voy —dijo Hornblower.

Grimes se agazapó contra el mamparo y se deslizó fuera. Hornblower salió al alcázar. Seis docenas de huevos y la mitad malos. Dos libras de café... mucho menos de lo necesario para un mes, si bebía café cada día. Mermelada de grosella, y no mucha. Ésos eran los pensamientos que ocupaban su mente mientras pasaba junto al centinela, y de pronto se los llevó el bendito aire del mar, y los problemas profesionales que se aproximaban con rapidez.

Prowse estaba mirando hacia babor con su catalejo. Casi era pleno día, y la niebla se había disipado con la lluvia.

—Las Black Stones de lleno a babor, señor —informó Prowse—. Se pueden ver a ratos los rompientes.

—Excelente —repuso Hornblower. Al menos sus problemas con el desayuno le habían evitado la preocupación durante aquellos minutos finales antes de entrar en un día decisivo. De hecho, tuvo que hacer una pausa de algunos segundos para ordenar sus pensamientos antes de emitir las órdenes que pondrían en marcha los planes ya maduros en su mente febril.

—¿Tiene usted buena vista, señor Orrock?

—Bueno, señor...

—¿La tiene o no?

—Bueno, señor, sí...

—Entonces coja un catalejo y suba a la arboladura. Vea lo que pueda de la flota mientras pasamos la entrada del fondeadero. Consulte con el vigía.

—Sí, señor.

—Buenos días, señor Bush. Llame a los hombres.

—Sí, señor.

Hornblower recordó, y no era la primera vez, a aquel centurión del Nuevo Testamento que ilustraba su autoridad diciendo: «Yo le digo a uno: ven, y él viene; y a otro: vete, y se va». La marina inglesa y el ejército romano eran idénticos en disciplina.

—Ahora, señor Prowse. ¿A qué distancia está el horizonte?

—Dos millas, señor. Quizá tres —respondió Prowse, mirando en torno y ordenando sus pensamientos ante la pregunta, que le tomó por sorpresa.

—Cuatro millas, diría yo —dijo Hornblower.

—Quizá, señor —admitió Prowse.

—El sol está subiendo. El aire se aclara. Serán pronto diez millas. Viento del norte del oeste. Iremos bajando por el Parquette.

—Sí, señor.

—Señor Bush, arríe los juanetes, por favor. Y las velas bajas. Gavias y foques es todo lo que necesitamos.

—Sí, señor.

Así atraerían menos la atención; también conseguirían, moviéndose más despacio, tener más tiempo para la observación si cruzaban el paso que conducía a Brest.

—La puesta de sol en un día claro —dijo Hornblower a Prowse— sería el mejor momento. Entonces podemos observar con el sol a nuestra espalda.

—Sí, señor. Tiene razón, señor —respondió Prowse. Hubo un relámpago de aprecio en su melancólica cara cuando dijo aquello. Sabía, por supuesto, que el Goulet estaba casi al este y oeste, pero no había hecho ninguna deducción ni plan sobre esa base.

—Pero estamos aquí. Tenemos esa suerte. El viento y el tiempo nos sirven ahora. Pueden pasar días antes de que tengamos otra oportunidad.

—Sí, señor —repuso Prowse.

—El rumbo es este cuarta a sudeste, señor Prowse.

—Sí, señor.

El *Hotspur* se fue deslizado. El día era nuboso pero claro, y el horizonte se ensanchaba más a cada momento. Ahí estaba el continente, el cabo St. Mathieu a plena vista. Desde allí, la tierra se alejaba de la vista de nuevo.

—¡Tierra a proa a sotavento! —chilló Orrock desde el mastelero de proa.

—Debe de ser la otra punta, señor —dijo Prowse.

—Toulinguet —asintió Hornblower, y entonces corrigió su pronunciación para no decir «Tulinguet». Durante los siguientes meses y años seguramente estarían recorriendo aquella costa, y no quería que hubiese ningún malentendido con ninguno de sus oficiales cuando diese las órdenes.

Entre aquellas dos puntas, el Atlántico rompía contra la agreste costa bretona y ahondaba en el interior para formar el fondeadero de Brest.

—¿Puede ahora divisar el canal, señor Orrock? —gritó Hornblower.

—Todavía no, señor. Al menos, no muy bien.

Un barco de guerra (un barco de Su Majestad) aproximándose a una costa extranjera tenía desventajas en ese tipo de misión en tiempo de paz. No podía entrar en aguas territoriales extranjeras (excepto por problemas climáticos) sin pedir permiso previamente y obtenerlo. Ciertamente, no podía traspasar los límites de una base naval extranjera sin ocasionar un furioso intercambio de notas diplomáticas entre los respectivos gobiernos.

—Debemos mantenernos alejados de la costa, a distancia de tiro de cañón —dijo

Hornblower.

—Sí, señor. Claro que sí, señor —asintió Prowse.

La segunda aceptación, más entusiasta, la pronunció Prowse cuando se dio cuenta de las implicaciones de lo que Hornblower estaba diciendo. Las naciones establecían su soberanía sobre todas las aguas que podían ser dominadas por su artillería, aunque no hubiera un cañón montado en ningún punto en particular. De hecho, la ley internacional estaba llegando a un acuerdo que fijaba un límite arbitrario de tres millas.

—¡Cubierta! —gritó Orrock—. Veo palos ahora. Empiezo a verlos.

—Cuenta todos los que vea con mucho cuidado, señor Orrock.

Orrock siguió informando. Tenía un marinero experto junto a él—en el tope del mástil, pero Hornblower, escuchándole, no tenía intención de confiar enteramente en sus observaciones, y Bush estaba ardiendo de impaciencia.

—Señor Bush —dijo Hornblower—. Viraremos a sotavento dentro de quince minutos. ¿Será tan amable de llevarse un catalejo al mastelero de mesana? Tendrá una buena oportunidad de ver todo lo que está viendo el señor Orrock. Por favor, tome nota.

—Sí, señor.

Bush estaba en los obenques de mesana en un momento. Enseguida subió por los flechastes a una velocidad que hubiera llenado de orgullo a un marinero joven.

—Son doce de línea, señor —chilló Orrock—. No hay masteleros izados. Ni vergas.

El marinero que estaba junto a él interrumpió su informe.

—¡Rompientes a proa por sotavento!

—Es el Parquette —declaró Hornblower.

Las Black Stones en un lado, el Parquette al otro, y, más arriba, las Jovencitas en medio, marcando el paso hacia Brest. En un día claro como aquél, con una brisa suave, no representaban una amenaza, pero se habían perdido allí vidas a centenares durante las tempestades. Prowse caminaba inquieto arriba y abajo hasta la bitácora, tomando el rumbo. Hornblower estaba midiendo cuidadosamente la dirección del viento. Si la escuadra francesa no tenía ningún barco listo para hacerse a la mar no había necesidad de correr riesgo alguno. Un cambio en el viento podría hacer que el *Hotspur* embarrancase en una costa a sotavento. Paseó su catalejo por la agreste costa que había aparecido en el horizonte.

—Muy bien, señor Prowse. Viraremos a sotavento ahora, mientras podamos todavía doblar el Parquette por barlovento.

—Sí, señor.

El alivio de Prowse era obvio. Su trabajo era mantener el barco fuera de peligro, y estaba claro que prefería un amplio margen de seguridad. Hornblower miró al oficial

de guardia.

—¡Señor Poole! Vire el barco, por favor.

Los silbatos sonaron y se pasaron las órdenes. Los tripulantes fueron a las brazas y se levantó la caña mientras Hornblower examinaba cautelosamente la costa.

—¡Vía así!

El *Hotspur* derivó suavemente a su nuevo rumbo. Hornblower se estaba acostumbrando ya a sus peculiaridades, como un novio que va conociendo mejor a su novia. No, era una comparación poco afortunada, había que descartarla enseguida. Esperaba que él y el *Hotspur* se llevaran mejor que él y María. Y además, tenía que pensar en otra cosa.

—¡Señor Bush! ¡Señor Orrock! Por favor, bajen cuando estén seguros de que no ven ninguna cosa más que nos sea útil.

El barco estaba impregnado de una nueva atmósfera. Hornblower se daba cuenta de ello mientras su tripulación trabajaba. Todo el mundo a bordo era consciente de que estaban desafiando a Boney en su propia madriguera, que estaban espiando descaradamente la principal base naval de Francia, proclamando el hecho de que Inglaterra estaba lista para sostener cualquier desafío en el mar. Una gran aventura se cernía en su futuro próximo. Hornblower tuvo el gratificante sentimiento de que durante aquellos días pasados había estado templando un arma lista para su mano, barco y dotación listos para cualquier hazaña, como un espadachín que conociera bien el peso y el equilibrio de su espada antes de iniciar un duelo.

Orrock apareció, tocándose el sombrero, y Hornblower escuchó su informe. Era una suerte que Bush, todavía en el palo de mesana, tuviera buena vista del Goulet y no hubiera bajado. Le podrían informar independientemente, cada oficial sin oír al otro, pero habría sido una falta de tacto pedir a Bush que se mantuviera a un lado. Bush no bajó hasta al cabo de algunos minutos. Había tomado notas metódicamente con lápiz y papel, pero no se podía culpar a Orrock por no haberlo hecho a su vez. Los trece o catorce barcos de línea anclados en el fondeadero no estaban listos para el mar, y a tres de ellos al menos les faltaba algún palo. Había seis fragatas, tres con sus masteleros izados y uno con las vergas guarnecidas y las velas plegadas.

—Ése será la *Loire* —comentó Hornblower a Bush.

—¿La conoce, señor?

—Sé que está ahí —respondió Hornblower. Le hubiera gustado explicarse mejor, pero Bush estaba ya acercándose con su informe, y Hornblower se alegraba de haber añadido un punto más a su reputación de omnisciencia.

Por otra parte, había una actividad considerable en el fondeadero. Bush había visto barcazas y transbordadores moviéndose por allí, y creía haber identificado un simple casco de barco, uno de esos contruidos solamente con el propósito de colocar nuevos palos en barcos más grandes.

—Gracias, señor Bush —dijo Hornblower—. Es excelente. Debemos hacer un examen igual cada día, si es posible.

—Sí, señor.

Las observaciones constantes incrementarían su información en progresión geométrica: barcos que cambiaran de anclaje, barcos levantando masteleros, barcos aparejándose. Los cambios serían más significativos que nada de lo que se pudiera deducir de una simple inspección.

—Ahora, a ver si encontramos algún barco de pesca más —continuó Hornblower.

—Sí, señor.

Bush dirigió su catalejo hacia el Parquette, cuyas sombrías rocas negras, coronadas por un faro de navegación, parecían caer y alzarse según la marejada del Atlántico se agitaba en torno a ellas.

—Hay uno a sotavento de los escollos, ahí, señor —dijo Bush.

—¿Qué están haciendo allí?

—Nasas para langostas, señor —informó Bush—. Están cogiéndolas, diría yo, señor.

—¿Ah, sí?

Dos veces en su vida había comido langosta Hornblower, en ambas ocasiones durante aquellos negros y amargos días en que, bajo la compulsión del hambre y el frío, había sido jugador profesional en Long Rooms. Los ricachones pedían la cena allí, y le habían invitado. Fue una conmoción darse cuenta de que sólo quince días antes aquel horrible período de su vida había acabado.

—Creo —repuso Hornblower, lentamente— que me gustaría cenar langosta esta noche. ¡Señor Poole! Dejemos que el barco se acerque un poco al arrecife. Señor Bush, le agradecería que preparara el bote de pescantes listo para la botadura.

El contraste entre aquellos días y éstos era fantástico. Éstos eran los dorados días de abril, un extraño limbo entre la paz y la guerra. Eran días ajetreados, durante los cuales Hornblower tenía amistosas conversaciones con capitanes de barcos de pesca y repartía monedas de oro a cambio de una pequeña porción de sus capturas. Podía entrenar su tripulación y tomar ventaja de aquellos ejercicios para aprender todo lo que pudiera de la conducta del *Hotspur*. Podía atisbar el Goulet y examinar la preparación de la flota francesa para hacerse a la mar. Podía estudiar aquel golfo de Iroise (las vías de acceso a Brest, en otras palabras) con sus mareas y sus corrientes. Observando el tráfico en aquel lugar, podía llegar a conocer las dificultades de las autoridades navales francesas en Brest.

Bretaña era una provincia pobre, ni productiva ni bien poblada, en el extremo de Francia, y por tierra las comunicaciones entre Brest y el resto del país eran muy deficientes. No había ríos navegables, ni canales. Los materiales precisos para equipar una flota, enormemente pesados, nunca podrían ser llevados a Brest por

tierra. La artillería para un barco de primera pesaba doscientas toneladas; cañones, anclas y municiones sólo podrían ser transportadas por mar desde las fundiciones de Bélgica a los barcos de Brest. El palo mayor de un barco de primera tenía cien pies de largo y tres pies de grosor. Sólo los barcos podían transportar todo eso, de hecho sólo barcos especialmente equipados.

Para encontrar tripulaciones para la flota que estaba ociosa en Brest se necesitarían veinte mil hombres. Los marineros (porque tenían que ser marineros) tenían que recorrer cientos de millas desde los puertos mercantes de Le Havre y Marsella, si no los enviaban por mar. Veinte mil hombres necesitaban ropa y comida, y comida y ropa muy específica, además. La harina para hacer galleta, el ganado, cerdos y sal para salarlos, los barriles en los que almacenarlos... ¿de dónde saldrían?

Y el aprovisionamiento no era un trabajo que se pudiera improvisar. Antes de hacerse a la mar los barcos necesitarían raciones para un centenar de días: dos millones de raciones para el consumo diario. Se precisarían barcos costeros a centenares. Hornblower observó un constante goteo de estos barcos dirigiéndose hacia Brest, rodeando Ushant desde el norte y la Pointe du Raz desde el sur. Si la guerra llegaba (es decir, cuando llegase la guerra) sería trabajo de la Armada cortar este tráfico. Más particularmente, sería un trabajo para las embarcaciones ligeras... un trabajo para el *Hotspur*. Cuanto más supiera pues de todas las circunstancias implicadas, mucho mejor.

Ésos eran los pensamientos que ocupaban la mente de Hornblower mientras el *Hotspur* se dirigía una vez más por el Parquette a echar un nuevo vistazo a Brest. El viento era del sudeste aquella tarde, y el *Hotspur* navegaba con soltura (deslizándose con las gavias) con sus vigías apostados en los palos en la soleada mañana. Desde el palo de trinquete y el palo de mesana llegaron dos gritos sucesivos.

—¡Cubierta! ¡Hay un barco que viene por el canal!

—¡Es una fragata, señor! —era el comentario suplementario de Bush al informe de Cheeseman.

—Muy bien —gritó Hornblower a su vez. Quizá la aparición de la fragata no tuviera nada que ver con sus evoluciones en el Iroise, pero era mucho más probable lo contrario. Miró en torno a él. Los marineros estaban ocupados en la rutina de fregar con arena la cubierta, pero aquello se podía cambiar en cinco minutos. Podía despejar y preparar todo para el zafarrancho o largar todas las velas en un momento.

—Vía así —gruñó al suboficial de derrota—. Señor Cargill, izaremos nuestros colores, por favor.

—Aquí está, señor —dijo Prowse. El catalejo mostró las velas de juanete de una fragata; estaba navegando de bolina por el Goulet con un buen viento, con un rumbo que interceptaría el del *Hotspur* algunas millas más adelante.

—¡Señor Bush! Le quiero a usted en cubierta, por favor, tan pronto como haya

completado sus observaciones.

—Sí, señor.

El *Hotspur* pasó de largo furtivamente. No había ningún motivo para largar más velas precipitadamente y fingirse inocente... La flota francesa tenía que saber, a través de una docena de fuentes, de su continuada presencia en los alrededores.

—¿No se fiará de ellos, verdad, señor? —Aquello lo dijo Bush, de vuelta en el alcázar y en un estado de cierta ansiedad. La ansiedad no era aparente por ningún cambio en la imperturbable actitud de Bush, sino por el hecho cierto de que le había dado un consejo, aunque fuera de forma indirecta.

Hornblower no quería salir corriendo. Estaba situado a barlovento, y en un momento podía largar velas, orzar y poner rumbo hacia el mar, pero no quería hacerlo. Estaba bastante seguro de que si hacía aquello, la fragata seguiría su ejemplo y le expulsaría, ignominiosamente, al Atlántico, con el rabo entre las piernas. Un movimiento valeroso estimularía a su tripulación, impresionaría a los franceses y (eso era lo más importante) amortiguaría las dudas que tenía acerca de sí mismo. Era como una prueba. Su instinto le hacía ser precavido, pero se dijo a sí mismo que esa precaución era probablemente una excusa por su cobardía. Su juicio le decía que no había necesidad alguna de precaución; sus miedos le dijeron que la fragata francesa planeaba atraerle con engaños a tiro de sus cañones y entonces aplastarle. Debía actuar de acuerdo con su juicio, y debía repudiar el consejo de sus miedos, pero hubiera deseado que su corazón no latiera tan febril, que sus manos no estuvieran sudorosas ni sus piernas experimentaran esos pinchazos. Hubiera deseado que Bush no estuviera junto a él, apiñados en la batayola, para poder dar unos pocos pasos arriba y abajo por el alcázar, y entonces pensó que posiblemente en aquel momento él no se atrevería a caminar arriba y abajo, revelando de ese modo a los demás que se encontraba en un estado de indecisión.

Los barcos de cabotaje llevaban todo el día saliendo en masa de Brest, aprovechando el viento favorable. Si la guerra se hubiera declarado, no habrían hecho nada por el estilo. Había hablado con tres barcos de pesca distintos, y de ninguno de ellos obtuvo ni el más leve asomo de posibilidad de guerra. Podían haberse puesto todos de acuerdo en una conspiración para engañarle y darle sensación de seguridad, pero eso era de lo más improbable. Si las noticias de guerra habían llegado a Brest sólo una hora antes, la fragata no podía haberse preparado para hacerse a la mar y bajar por el Goulet en ese breve tiempo. Y para apoyar este juicio desde otro punto de vista estaba la idea de que las autoridades navales francesas, aunque no se hubiera declarado la guerra, actuarían justamente en ese sentido. Oyendo que el audaz bergantín de guerra británico estaba cruzando por allí, encontrarían suficientes hombres para la fragata, despojando a otros barcos de sus tripulaciones rudimentarias, y la enviarían para espantar al barco británico. Pero él no tenía que asustarse; este

viento podía persistir fácilmente durante días, y una vez él hubiera escapado a sotavento, pasaría mucho tiempo antes de que pudiera retroceder y reanudar su observación de Brest.

Ahora veían ya incluso el casco de la fragata; a través del catalejo podía ver más abajo de su línea de flotación. Era grande; allí estaban sus portas pintadas, veinte a cada lado, además de los cañones en el alcázar y el castillo de proa. Del dieciocho, probablemente. No sólo tenía dos veces más cañones que el *Hotspur*, sino que descargaría una andanada cuatro veces más grande. Pero no tenía los cañones fuera, y entonces Hornblower levantó su catalejo para estudiar sus vergas. Intentó aguzar la vista. Esta vez no sólo debía confiar en su juicio, sino también en su vista. Estaba seguro de lo que vio. La verga del trinquete y la gavia del trinquete, la verga mayor y la gavia no estaban sujetas por eslingas de cadena. Si la fragata estuviera lista para la acción, nunca hubieran omitido tal precaución. Seguro que no tenían planeado luchar; no se trataba de una emboscada.

—¿Alguna orden, señor? —pidió Bush.

A Bush le habría gustado llamar a zafarrancho de combate, abrir las portas y sacar los cañones. Si algo podía precipitar las hostilidades era precisamente aquello, y Hornblower recordaba muy bien que las órdenes de Cornwallis, tanto escritas como orales, habían recalcado la necesidad de no hacer nada que pudiera atraer sobre Inglaterra la ignominia de haber empezado una guerra.

—Sí —dijo Hornblower como réplica a la pregunta de Bush, pero el alivio que apareció instantáneamente en la expresión de Bush se convirtió en preocupación cuando notó el brillo de los ojos de Hornblower—. Debemos disparar las salvas de reglamento, señor Bush —repuso Hornblower.

Le resultaba curiosamente estimulante esa necesidad de mostrarse frío y formal cuando internamente estaba hirviendo de excitación. Eso debe de ser lo que pasa en una de las máquinas de vapor del señor Watt cuando la válvula de seguridad no funciona.

—Sí, señor —dijo Bush. La disciplinada respuesta, la única respuesta posible ante un oficial superior.

—¿Recuerda el procedimiento, señor Bush?

Nunca en su vida había rendido honores Hornblower a un barco de guerra francés. En toda su carrera profesional hasta el momento, avistamiento significaba lucha inmediata.

—Sí, señor.

—Entonces sea tan amable de dar las órdenes oportunas.

—Sí, señor. ¡Todos los marineros! ¡Todos los marineros! ¡Todos a los costados! ¡Señor Wise! Compruebe que los hombres guardan orden. ¡Sargento de infantes de marina! ¡Ponga a sus hombres formados para revista en el alcázar! Así. El tambor a la

derecha. ¡Contramaestres! Preparados para tocar los silbatos al oír el redoble del tambor —Bush se volvió hacia Hornblower—. No tenemos música, señor, excepto los tambores y los silbatos.

—No creo que esperen nada más —dijo Hornblower, con el ojo todavía pegado al catalejo. Un sargento, un cabo, doce soldados y un tambor eran todos los infantes de marina que podían embarcar en un bergantín de guerra, pero Hornblower ya no dedicaba ningún pensamiento más a los infantes de marina. Su atención estaba concentrada en la fragata francesa. Sin duda, en la cubierta del buque francés una docena de catalejos estaban apuntando hacia el *Hotspur*. Cuando empezó la actividad en la cubierta del *Hotspur*, pudo ver un movimiento similar en el buque francés. Estaban dirigiéndose a los costados, una enorme cantidad de ellos. A través del agua llegó el ruido mientras cuatrocientos excitados franceses se colocaban en sus puestos.

—¡Silencio! —ordenó Bush en aquel preciso momento. Había una nota extraña en su voz cuando continuó, porque no quería que sus palabras fueran oídas en el barco francés, así que estaba intentando gritar en voz baja—. Enseñadles a esas ranas cómo se comporta una tripulación inglesa. Las cabezas altas, ahí, y quietos.

Casacas azules y pantalones blancos. Eran soldados franceses los que formaban en el alcázar de la fragata. El catalejo de Hornblower detectó el relámpago de acero cuando se calaron las bayonetas, y el brillo de latón de los instrumentos musicales. Los barcos se acercaban regularmente en sus rumbos convergentes, y la fragata, con su mayor extensión de lona, se acercaba más rápido al bergantín. Cada vez más cerca. El *Hotspur* era el barco visitante. Hornblower bajó su catalejo.

—Ahora —dijo.

—¡Tambores! —ordenó Bush.

El tambor inició un largo redoble.

—¡Presenteeeen... armas! —ordenó el sargento de infantes de marina, y en una voz mucho más baja—: ¡Uno, dos, tres!

Los infantes con sus mosquetes y el sargento con la pica presentaron armas con los armoniosos movimientos de la instrucción reglamentaria. Los silbatos de los contramaestres pitaron, larga y estruendosamente. Hornblower se quitó el sombrero y lo sujetó contra su pecho; el informal saludo con la mano en el borde no era adecuado para esta ocasión. Podía ver al capitán francés en su alcázar ahora, un hombre grueso, que se sujetaba el sombrero sobre la cabeza a la manera francesa. En su pecho brillaba una estrella, que debía de ser esa nueva Legión de Honor que acababa de instituir Boney. Hornblower volvió a la realidad; había sido el primero en rendir honores, y debía ser el primero en terminarlos. Gruñó una palabra a Bush.

—¡Tambor! —ordenó Bush, y el largo redoble acabó. Inmediatamente, el pitido de los silbatos se apagó, un poco más irregularmente de lo que le hubiera gustado a Hornblower.

En el alcázar francés alguien (el tambor mayor, quizá) levantó un largo bastón con unas campanillas de latón colgadas en la punta y lo bajó de golpe con un ruido seco. Instantáneamente redoblaron media docena de tambores, un redoble marcial y estremecedor, y por encima del agua llegó el sonido de la música, esa incomprensible mezcla de ruidos que Hornblower nunca pudo apreciar. El bastón con las campanillas del director subía y bajaba rítmicamente. Al fin la música se detuvo, con un redoble final de tambores. Hornblower se puso el sombrero y el capitán francés hizo lo mismo.

—¡Descanseeeeen armas! —gritó el sargento de infantes de marina.

—¡Rompan filas! —gritó Bush, y entonces, volviendo a su tono más suave—: ¡Espacio! ¡Silencio!

Los hombres estaban excitados y predispuestos al chismorreo tras la orden de romper filas... Nunca antes en su vida habían pasado tan cerca de un barco de guerra francés sin que dispararan sus cañones. Pero Bush estaba decidido a hacer que los franceses creyeran que el *Hotspur* estaba tripulado enteramente por estoicos. Wise, con su vara, imponía la disciplina, y la tripulación se dispersó ordenadamente, el buen orden sólo alterado por un solitario grito ahogado cuando la vara golpeó algún imprudente trasero.

—Es la *Loire*, en efecto, señor —declaró Bush.

Pudieron ver el nombre en letras doradas entrelazadas en la ornamentada popa de la fragata. Hornblower recordaba que Bush todavía ignoraba su fuente de información. Era divertido que pensaran que era omnisciente, aunque esa fama no tuviera justificación alguna.

—Y tenía usted razón, señor, en no salir corriendo ante ellos —siguió Bush. ¿Por qué era entonces tan intolerable en aquel caso notar el brillo de admiración en los ojos de Bush? Quizá porque Bush no sabía que tenía el corazón alborotado y las palmas sudorosas.

—Hemos dejado que nuestros compañeros dieran un vistazo de cerca a un buque francés —dijo Hornblower, incómodo.

—Ciertamente, señor —asintió Bush—. ¡Nunca en toda mi vida había esperado oír esa melodía en una fragata francesa!

—¿Qué melodía? —preguntó Hornblower desprevenido, e instantáneamente se puso furioso consigo mismo por revelar su debilidad.

—Dios salve al rey, señor —respondió Bush, con sencillez. Afortunadamente, no se le ocurrió ni por un momento que alguien fuera incapaz de reconocer el himno nacional—. Si hubiera tenido músicos a bordo, habríamos tenido que tocar La Marsellesa.

—Claro, eso habríamos hecho —dijo Hornblower. Necesitaba desesperadamente cambiar de tema—. ¡Mire! Están largando los juanetes. ¡Rápido! ¡Cronométrelos!

Veamos qué clase de marinos son.

CAPÍTULO 6



Ahora estaba soplando un fuerte viento, un ventarrón de dos rizos del oeste. El tiempo increíblemente bueno de la última semana se había acabado ya, y ahora en el Atlántico se estaba instalando el clima habitual. Bajo sus gavias con todos los rizos, el *Hotspur* luchaba contra el océano, ciñendo en la amura de babor. Presentaba la proa a las grandes olas que avanzaban sobre él, sin ser interceptado en su paso por las tres mil millas de agua, desde Canadá a Francia. Se balanceaba, se elevaba, cabeceaba y se volvía a balancear. La tremenda presión del viento en sus gavias lo estabilizaba hasta el punto de que apenas se inclinaba hacia barlovento. Escoraba a estribor, durante un momento, y luego volvía a la vertical. Pero incluso con el balanceo restringido de aquella forma, cabeceaba de modo extravagante, subía y bajaba mucho, como si cada ola le pasara por debajo, así que un hombre de pie en la cubierta podía sentir cómo la presión de sus pies en las cuadernas aumentaba y disminuía al subir y volver a bajar. El viento silbaba en las jarcias y la lona crujía cuando las diferentes tensiones actuaban sobre ella, curvándola completamente primero hacia arriba y en el centro, y luego en los extremos. Pero los crujidos eran tranquilizadores; no había ruidos agudos ni chirriantes, y los sonidos que se oían indicaban simplemente que el *Hotspur* no era un barco rígido y quebradizo, sino flexible y sensible.

Hornblower salió al alcázar. Estaba pálido por el mareo, porque el cambio de movimiento se había cebado en su debilidad, pero el ataque no era tan grave como el que había experimentado durante la travesía del canal. Estaba enfundado en su abrigo, y tuvo que apoyarse para no caer con el balanceo, porque todavía no se había acostumbrado del todo. Bush apareció en el combés, seguido por el contramaestre. Se tocó el sombrero y luego se acercó, junto con Wise, supervisando el barco con mirada escrutadora.

—Hasta que no llega la primera tormenta, no hay que entusiasmarse demasiado, señor —dijo Bush.

Embarcaciones que parecían perfectamente estables podían empezar a mostrar una alarmante tendencia a derivar cuando se sometían a las impredecibles tensiones de una racha de mal tiempo, así que Bush y Wise acababan de completar un largo recorrido de inspección.

—¿Algo va mal? —preguntó Hornblower.

—Sólo pequeñeces, señor, excepto el ancla de canal. Ya la hemos asegurado de nuevo.

Bush hizo una mueca y sus ojos chispeaban. Estaba claro que disfrutaba de aquel

cambio de clima, el viento que avivaba y la consiguiente actividad. Se frotó las manos y aspiró fuerte el viento. Hornblower podía consolarse con el recuerdo de los días en que él disfrutaba también del mal tiempo, e incluso deseaba que fuese peor todavía, pero en la actualidad, se dijo con amargura, aquello eran sólo vagos recuerdos y una esperanza vacía.

Hornblower tomó el catalejo y miró a su alrededor. Momentáneamente, el tiempo era bastante claro y el horizonte estaba a cierta distancia. A lo lejos, en la aleta de estribor, el catalejo captó un relámpago blanco. Intentó guardar bien el equilibrio y volvió a enfocar aquel punto. Era el oleaje de Ar Men (curioso nombre bretón), la roca más meridional y situada más hacia el mar de las que salpicaban los alrededores de Brest. Mientras miraba, una gran ola llegó y bañó la roca de lleno. El oleaje rompió sobre ella y se formó una alta columna de agua blanca, tan alta como las gavias de un barco de primera, antes de que el viento la barrierá de nuevo. Entonces una nueva ráfaga sopló sobre el barco y trajo la lluvia, así que el horizonte se cerró en torno a ellos y el *Hotspur* se convirtió en el centro de una pequeña área de mar agitado y grisáceo, con las nubes bajas casi colgadas de los topes de los mástiles.

Estaban todo lo cerca de aquella costa a sotavento que Hornblower se atrevía a aventurarse. Un hombre demasiado precavido habría salido más lejos, a altar mar, al primer signo de mal tiempo; pero entonces probablemente se habría encontrado con un cambio de viento lejos, a sotavento del lugar que se suponía que estaba vigilando. Y podían pasar días enteros antes de que consiguiera volver a su puesto... días en los que ese viento podía ser favorable a los franceses para hacer lo que quisieran, sin ser observados. Era como si hubiese una línea dibujada en el mapa a lo largo de los paralelos de longitud: temeridad a un lado, valentía al otro, y Hornblower justo en la frontera entre ambas. Ahora no se podía hacer otra cosa sino (como siempre en la marina) esperar y observar. Luchar contra la borrasca con ojos precavidos, anotando cualquier cambio en el viento, intentar dirigirse hacia el norte, luego cambiar la bordada y luchar para dirigirse hacia el sur, paseando arriba y abajo por el exterior de Brest hasta tener una oportunidad de acercarse más de nuevo. Así lo habían hecho durante todo el día anterior, y así lo harían durante incontables días por venir, hasta que la amenaza de guerra se concretase. Volvió a su cabina para ocultar otro ataque de mareo.

Un rato después, el malestar ya remitido en parte, llamaron a la puerta.

—¿Qué hay?

—El vigía del tope del mástil está gritando algo, señor. El señor Bush le ha hecho bajar.

—Ya voy.

Hornblower salió justo a tiempo para ver al vigía pasar al amarre y bajar resbalando hasta la cubierta.

—Señor Cargill —dijo Bush—. Mande a otro hombre arriba para que ocupe su lugar.

Bush se volvió hacia Hornblower.

—No podía oír lo que gritaba este hombre, señor, por el viento, así que le he hecho bajar. Bueno, ¿qué tienes que decir?

El vigía se quedó de pie, con la gorra en la mano, un poco confundido al enfrentarse a los oficiales.

—No sé muy bien si es importante, señor. Pero durante el último intervalo claro durante un momento vi una fragata francesa.

—¿Por dónde? —preguntó Hornblower. En el último momento antes de hablar, consiguió modificar la brusquedad que iba a emplear originalmente. No tenía nada que ganar y sí mucho que perder regañando a aquel hombre.

—Dos cuartas a sotavento por la proa, señor. Sólo se veía el aparejo en el horizonte, pero pude ver sus gavias, señor. Las conozco bien.

Desde el incidente de la presentación de honores, el *Hotspur* había avistado frecuentemente a la *Loire* en varios puntos del canal de Iroise. Había sido un poco como el juego del escondite.

—¿Qué rumbo llevaba?

—Estaba ciñendo, señor, bajo gavias con dos rizos en la amura de estribor, señor.

—Ha hecho bien en informar de esto. Vuelva a su puesto ahora. Que ese otro hombre se quede arriba con usted.

—Sí, señor.

El hombre volvió a subir y Hornblower miró hacia el mar. El tiempo brumoso se volvía a cerrar en torno a ellos de nuevo, y el horizonte estaba muy cerca. ¿Había algo extraño en que el *Loire* saliera y desafiara la borrasca? A lo mejor querían entrenar a sus hombres con mal tiempo. No; tenía que ser honesto consigo mismo, aquélla era una idea muy poco francesa. La marina francesa tenía una marcada tendencia a conservar el material de una forma bastante precaria. Hornblower se dio cuenta de que Bush estaba de pie junto a él, esperando para hablar.

—¿Qué piensa usted, señor Bush?

—A lo mejor ancló la noche pasada en la bahía de Berthon, señor.

—No me sorprendería.

Bush se refería a la bahía de Bertheaume, justo en el lado del mar del Goulet, donde se podía flotar con un cabo largo dejándose llevar por el viento a cualquier parte del norte del oeste. Y si se quedaba allí, estaría en contacto con la costa. Podía recibir noticias y órdenes enviadas por tierra desde Brest, a diez millas de allí. Quizá se habían enterado de la declaración de guerra. A lo mejor esperaba coger al *Hotspur* por sorpresa, y él debía actuar según esa suposición. En ese caso, lo más seguro que podía hacer era virar. Si se dirigía hacia el sur por la amura de estribor tendría mucho

espacio para maniobrar, no estaría en peligro por tener una costa a sotavento y estaría tan adelantado respecto a la *Loire* como para burlar su persecución. Pero (y aquello era como el monólogo de Hamlet, en el momento en que dice: «ésa es la cuestión») estaría lejos de su posición cuando llegase Cornwallis, ausente quizá durante días. No, no quedaba más remedio que arriesgar el barco. El *Hotspur* era sólo una parte insignificante del choque entre dos enormes flotas. Para él personalmente importaba, pero la información que él había recabado era cien veces más importante que sus velas para Cornwallis.

—Mantendremos nuestro rumbo, señor Bush —declaró Hornblower.

—Está a dos cuartas a proa a sotavento, señor —dijo Bush—. Tendríamos que estar a barlovento cuando nos encontremos.

Hornblower ya había hecho los cálculos. Si el resultado hubiera sido diferente, habría virado el *Hotspur* cinco minutos antes y se apresuraría para salvar la vida.

—Aclara de nuevo un poco, señor —comentó Bush, mirando a su alrededor, y en aquel preciso momento el vigía gritó de nuevo.

—¡Ahí está, señor! ¡Una cuarta por la amura de estribor!

—¡Muy bien!

Ahora que la borrasca había remitido, se podía mantener una conversación con el vigía desde cubierta.

—Está ahí seguro, señor —repuso Bush, apuntando con su catalejo.

Cuando el *Hotspur* se levantó sobre una ola, Hornblower vio las gavias, pero no con demasiada claridad. Estaban braceadas en cruz, eso sí estaba claro, presentando sólo su borde al catalejo. El *Hotspur* estaba al menos a cuatro millas a barlovento del barco.

—¡Mire! ¡Está virando de bordo, señor!

Las gavias se ensanchaban hasta adquirir una forma alargada; ondearon durante un momento y luego quedaron quietas. Fueron braceadas en cruz ahora paralelas a las gavias del *Hotspur*. Los dos barcos llevaban el mismo rumbo.

—Han virado en el momento en que han estado seguros de quiénes éramos, señor. Siguen jugando al escondite con nosotros.

—¿Al escondite? Señor Bush, creo que estamos en guerra.

Costaba hacer aquella trascendental afirmación en el tranquilo tono conversacional que usaría un hombre de nervios bien templados. Hornblower hizo lo que pudo. Bush no tenía inhibiciones de ese tipo. Miró a Hornblower y silbó. Pero ahora ya podía seguir los pensamientos que pasaban por la cabeza de Hornblower.

—Creo que tiene usted razón, señor.

—Gracias, señor Bush —Hornblower dijo aquello con mucho retintín, para lamentarlo de inmediato. No era justo hacerle pagar a Bush las tensiones que experimentaba su capitán, ni tampoco cuadraba con el ideal de imperturbabilidad que

se había impuesto Hornblower revelar que tales tensiones existían. Menos mal que la siguiente orden que debía dar a Bush le distraería ciertamente de cualquier agravio que pudiera haber sentido—. Creo que será mejor que mande a los hombres a sus puestos, señor Bush. Zafarrancho de combate, pero no saque los cañones.

—¡Sí, señor!

La sonrisa de Bush reveló su instantánea excitación. Ya estaba gritando órdenes. Los silbatos sonaron por todo el barco. El tambor vino gateando desde abajo. Era un niño que no tendría más de doce años, y su equipo estaba todo desordenado. No sólo hizo un saludo bastante chapucero al cuadrarse en el alcázar, sino que prácticamente omitió el gesto reglamentario de levantar los palillos en alto antes de empezar a tocar el largo redoble, de tan ansioso como estaba por empezar.

Prowse se acercó. Como piloto su posición en batalla estaba en el alcázar junto a su capitán.

—Está de lleno en la amura de estribor ahora, señor —dijo, mirando hacia la *Loire*—. Le ha costado mucho tiempo virar. Es lo que usted esperaba.

Uno de los factores con los que contaba Hornblower era que el *Hotspur* fuese más rápido en la virada que la *Loire*. Bush se acercó, tocándose el sombrero.

—Preparados para el combate, señor.

—Gracias, señor Bush.

Y allí estaba toda la vida naval, resumida en aquellos pocos minutos. Un momento de decisión, de agitación y de excitación, y entonces... de nuevo, una larga espera. Los dos barcos se movían velozmente ciñendo, a cuatro millas de distancia. El *Hotspur* casi completamente a barlovento de la *Loire*. Esas cuatro millas, esa dirección del viento, protegían al *Hotspur*. Mientras pudiera mantener aquella distancia, estaba a salvo. Si no podía (si ocurría algún accidente), los cuarenta cañones del dieciocho de la *Loire* acabarían con ellos rápidamente. Podían luchar por su honor, pero sin esperanza de victoria. El zafarrancho de combate era apenas algo más que un gesto; los hombres morirían, serían horriblemente mutilados, pero el resultado sería el mismo que si el *Hotspur* se hubiera rendido mansamente.

—¿Quién está al timón? —preguntó Prowse a nadie en particular, y fue hacia allí para supervisar el gobierno. Quizá sus pensamientos fueran en la misma dirección que los de Hornblower.

El contraмаestre venía a popa; como oficial autorizado encargado de la supervisión general de aparejos, no tenía una posición particular en la acción, y se justificaba dando vueltas por el barco. Pero entonces apareció allí muy formal. Se quitó el sombrero ante Bush, en lugar de tocárselo simplemente, y se quedó de pie sujetándolo, con la coleta golpeando en sus hombros por el ventarrón. Debía de estar pidiendo permiso para hablar.

—Señor —dijo Bush—. El señor Wise pregunta en nombre de la tripulación,

señor. ¿Estamos en guerra?

¿Sí? ¿O no?

—Las ranas lo saben, pero nosotros no... todavía no, señor Wise. —No había nada malo en que un capitán admitiera su ignorancia cuando la razón de esa ignorancia debía estar perfectamente clara para la tripulación, en cuanto se parasen a considerar la cuestión, tal como ocurría ahora. Quizá fuese el momento de hacer un discurso formal, pero pensándolo mejor, Hornblower desestimó esa idea. Aunque su instinto le advirtió de que la situación exigía algo más que una simple frase—. Cualquier hombre de este barco que piense que hay una forma diferente de cumplir su deber en tiempo de paz es probable que reciba unos latigazos en la espalda, señor Wise. Dígale eso a la tripulación.

Eso bastaba para la ocasión. Prowse estaba de vuelta, mirando hacia las jarcias con los ojos entornados y calibrando la conducta del barco.

—¿Cree usted que podrá soportar la vela de estay del mastelero de gavia, señor?

Era una pregunta con muchas implicaciones, pero sólo había una respuesta posible.

—No —respondió Hornblower.

La vela de estay probablemente le daría al *Hotspur* un poco más de velocidad en el agua. Pero podía también hacerlo escorar muy considerablemente, y eso junto con el área adicional de lona expuesta al viento aumentaría de forma apreciable su deriva. Hornblower había visto al *Hotspur* en carena, conocía las líneas de la curva de su bodega y podía estimar el ángulo máximo en el que podía retener el agarre del agua. Esos dos factores podían contrarrestarse, pero había un tercero que podía inclinar la balanza: cualquier incremento en la superficie de lona expuesta aumentaría a su vez las posibilidades de dejarse llevar un poco.

Y un fallo, pequeño o grande, desde la rotura de una estacha a la pérdida de un mastelero, arrojaría al *Hotspur* al alcance de los cañones enemigos, sin ninguna esperanza.

—Si el viento se modera algo, ésa es la primera lona extra que largaremos —siguió Hornblower, intentando suavizar la brusquedad de su rechazo, y luego añadió —: Tome nota de cómo vira ese barco con relación a nosotros.

—Ya lo he hecho, señor —respondió Prowse. Un punto positivo para Prowse.

—¡Señor Bush! Puede hacer que baje el vigía.

—Sí, señor.

Aquella persecución (o carrera) podía durar horas, días incluso, y no había motivo alguno para fatigar a toda la tripulación prematuramente. La borrasca desarrolló en su interior una nueva ráfaga, arrojando lluvia y agua sobre la cubierta. La *Loire* desapareció de la vista de nuevo cuando él la miraba, y mientras el *Hotspur* se sumergía e iba de un lado a otro como un barco de juguete, el otro luchaba contra

viento y marea.

—¿Cuántos marineros están mareados por ahí? —preguntó Hornblower. Pronunció esa desagradable palabra de la misma manera que un hombre al que le dolieran las muelas.

—Unos cuantos, me atrevería a decir, señor —contestó Bush en un tono completamente neutro.

—Llámeme cuando esté de nuevo a la vista —dijo Hornblower—. Bueno, en cualquier momento, en caso de necesidad, por supuesto.

Dijo estas palabras con enorme dignidad. Y entonces se dedicó al extenuante ejercicio físico de luchar para volver a popa, abajo, a su cabina. Su vértigo exageraba los brincos de la cubierta bajo sus pies, y el balanceo de su coy cuando se echó sobre él, gruñendo. Fue el propio Bush quien le llamó un poco más tarde.

—El tiempo está despejando, señor —la voz de Bush llegó a través de la puerta de la cabina, entre el rugido de la tormenta.

—Muy bien. Ya voy.

Cuando salió ya era visible una sombra a estribor, y pronto apareció con toda claridad la *Loire* al despejarse el aire. Allí estaba, escorando agudamente, con las vergas en viento, las troneras bastante a la vista para poder contarlas cuando llegaron de nuevo al nivel adecuado, el agua salpicando en grandes chorros por encima de la proa a barlovento y entonces, en un bandazo, pudo vislumbrar fugazmente una mancha de color rosa oscuro, su fondo de cobre. Los ojos de Hornblower le dijeron algo que Prowse y Bush pusieron simultáneamente en palabras.

—¡Está adelantándonos! —exclamó Bush.

—¡Está a una cuarta entera hacia adelante por el través! —añadió Prowse.

La *Loire* se desplazaba por el agua más rápidamente que el *Hotspur*, ganando la carrera hasta el momento. Todo el mundo sabía que los ingenieros navales franceses eran más listos que los ingleses. Los barcos franceses normalmente eran más rápidos. En este caso en particular, aquello podía significar una tragedia. Pero había otras noticias peores todavía.

—Creo, señor —dijo Bush lentamente, como si cada palabra le costase un gran dolor—, que nos está ganando el barlovento también.

Bush quería decir que la *Loire* no estaba cediendo en el mismo grado que el *Hotspur* en el empuje del viento a sotavento. Relativamente, el *Hotspur* derivaba sobre la *Loire*, junto a sus cañones. Hornblower, con una punzada de aprensión, sabía que Bush tenía razón. Sólo era cuestión de tiempo, si las presentes condiciones climatológicas persistían, que la *Loire* pudiese abrir sus portas y comenzar a disparar. Así que se le negaba la manera más simple de esquivar los problemas. Si el *Hotspur* fuese el más rápido y el más capaz de navegar de bolina de los dos, podría mantener la distancia que eligiese. Su primera línea de defensa estaba rota.

—No hay que sorprenderse por ello —repuso. Trató de hablar con frialdad, o despreocupadamente, decidido a mantener su dignidad como capitán—. Tiene el doble de tamaño que nosotros.

El tamaño es importante cuando se navega de bolina. Las olas que rompen contra los barcos pequeños y contra los grandes son las mismas, pero pueden empujar a los barcos pequeños más hacia sotavento. Además, las quillas de los grandes barcos ahondan más bajo la superficie, por debajo de la turbulencia, y mantienen un agarre mucho mejor en aguas más tranquilas.

Los tres catalejos, al unísono, se dirigieron hacia la *Loire*.

—Está tomando un poco por avante —dijo Bush.

Hornblower podía ver las gavias de la *Loire* estremecerse momentáneamente. Estaba sacrificando parte de su progreso para ganar unas pocas yardas a barlovento; con su mayor velocidad, podía permitírselo.

—Sí. Nos hemos nivelado con ellos de nuevo —repuso Prowse.

Aquel capitán francés conocía bien su oficio. Matemáticamente, el mejor rumbo que se puede tomar cuando trata uno de acercarse a un barco a barlovento es mantener el barco bien estabilizado de cara al viento, y allí fue donde el *Hotspur* volvió a encontrarse de nuevo, con relación a la *Loire*, mientras esta última, volviendo a su anterior rumbo, ciñendo, se encontraba veinte o treinta yardas más cerca de ellos en la dirección del viento. Un avance de veinte o treinta yardas, repetido las suficientes veces, y añadido a la ventaja resultante de ser el barco más capaz de navegar de bolina, podía finalmente cerrar el cerco.

Los tres catalejos se apartaron de los ojos, y Hornblower encontró la mirada de sus dos subordinados. Le consultaban para el próximo movimiento en aquella crisis.

—Todos a sus puestos, por favor, señor Bush. Voy a cambiar de bordada.

—Sí, señor.

Aquel momento era peligroso. Si el *Hotspur* maniobraba mal, estaba perdido. Si fallaba la virada (como había sucedido una vez, cuando Cargill lo maniobraba) quedaría inmóvil en el agua durante minutos, hundiéndose a sotavento y con la *Loire* acercándose a él rápidamente, y con aquella borrasca, las velas podían rasgarse hasta quedar convertidas en jirones y dejarles más indefensos todavía, aunque no ocurriera nada más grave. La operación debía llevarse a cabo a la perfección. Casualmente, Cargill era el oficial de guardia. Podía encomendársele la tarea. También a Bush, o a Prowse. Pero Hornblower sabía perfectamente bien que no habría soportado la idea de que cualquier otro que no fuera él mismo asumiera aquella responsabilidad, sea a sus propios ojos o a los ojos de la tripulación.

—Voy a cambiar de bordada, señor Cargill —comunicó, y aquello establecía la responsabilidad de forma irrevocable.

Fue hacia el timón y miró en torno a él. Sentía la tensión, los rápidos latidos de su

corazón, y notaba con momentáneo asombro que la sensación era placentera, que estaba disfrutando de aquel momento de peligro. Entonces se olvidó de todo excepto del barco. Los marineros permanecían en sus puestos. Todos los ojos estaban clavados en él. El viento ululaba junto a sus oídos. Plantó sus pies en cubierta firmemente y examinó el mar ante él. Aquél era el momento.

—Ahora, despacio —gruñó a los marineros al timón—. Metan caña. —Hubo un breve intervalo antes de que el *Hotspur* respondiese. Ahora su proa estaba girando—. ¡Caña a sotavento! —gritó Hornblower.

Se bracearon los foques y bolinas, mientras Hornblower observaba la conducta del barco como un tigre acechando a su presa.

—¡Amuras y escotas! —y luego, volviendo al timón—: ¡Ahora! ¡Todo timón! Estaba virando rápidamente contra el viento.

—¡Bracea en contra a popa! —los hombres estaban animados con la excitación del momento. Bolinas y brazas fueron desamarradas y las vergas viraron pesadamente en el momento exacto en que el *Hotspur* se puso directamente de cara al viento.

—¡Ahora! ¡Cambia! ¡Todo! —gritó Hornblower al timón. El *Hotspur* estaba virando con rapidez, y tenía tanto impulso que la pala del timón podía agarrarse con efectividad, controlando el balanceo antes de que pudiera girar demasiado.

—¡Largar todo!

Ya estaba hecho: el *Hotspur* había cambiado de rumbo sin perder innecesariamente ni un segundo ni una yarda, azotando el agua ahora con su amura de estribor que rompía las olas. Pero no había tiempo para sentir alivio o placer. Hornblower corrió a la aleta de babor para apuntar su catalejo hacia la *Loire*. Estaba virando de forma natural. Las matemáticas de la teoría de la persecución a barlovento requerían que el perseguidor virase en el mismo momento que el perseguido. Pero en este caso iba a ser demasiado tarde para ellos. El primer indicio de que el *Hotspur* estaba a punto de virar lo tendrían cuando vieran temblar el velacho, y aunque la *Loire* tuviera a todos los hombres en sus puestos y listos para seguirles, el *Hotspur* tendría un margen de un par de minutos. La *Loire* era mucho más lenta en la virada. Entonces, cuando el *Hotspur* se colocó ya en su nuevo rumbo con las velas desplegadas hasta la última pulgada de lona, la gavia del trinquete de la *Loire* se estaba moviendo todavía, y su proa virando. Cuanto más lejos tuviera que girar, más distancia perdería en aquella carrera hacia barlovento.

—Hemos ganado el barlovento, señor —dijo Prowse, mirando por su catalejo—. Ahora estamos yendo de bolina.

El *Hotspur* había recuperado parte de su preciosa ventaja, y la segunda línea de defensa de Hornblower demostró ser mejor que la primera.

—Tomen la dirección de nuevo —ordenó Hornblower.

Una vez en su nuevo rumbo, las ventajas naturales de la *Loire* se impusieron una vez más. Hizo patente su mayor velocidad y maniobrabilidad. Se acercó de nuevo al *Hotspur* un cuarto de braza por el través. Entonces pudo tomar por avante brevemente y ganar un poco más a barlovento del *Hotspur*. Los minutos pasaban como segundos, una hora transcurrió como si fuera un minuto, mientras el *Hotspur* cabeceaba, con todos los hombres braceando en la escorada cubierta y el viento silbando sin cesar.

—¿Viramos de bordo de nuevo, señor? —preguntó Bush, vacilante, consciente de su gran atrevimiento, pero sabiendo que el momento correcto según la teoría estaba pasando.

—Esperaremos un poco más —repuso Hornblower—. Esperaremos a esa racha.

El viento soplaba con furia sobre ellos, y el mundo se perdió de vista tras una cortina de lluvia torrencial. Hornblower se volvió desde la batayola, por encima de la cual estaba mirando, y trepó por el empinado puente al timón. Tomó el megáfono.

—Preparados para virar de bordo.

Con las ráfagas que estaban soplando, la tripulación apenas podía oír lo que decía, pero todos tenían los ojos clavados en él, todo el mundo estaba alerta, y, como estaban bien entrenados, no podían confundir sus órdenes. Era un asunto difícil virar con aquella borrasca, porque las ráfagas podían variar una cuarta o dos, impredeciblemente. Pero el *Hotspur* era tan fácil de maniobrar (y la maniobra estaba tan bien calculada) que tenían un buen margen en caso de emergencia. El viento cambió ligeramente y amenazaba con abatirlo, pero fue vencido porque todavía tenía la suficiente gobernabilidad y control para seguir balanceándose. La ráfaga se extinguió y la helada y cegadora lluvia cesó mientras los marineros estaban adrizando, y el último soplo de viento vino a sotavento, escondiendo todavía a la *Loire* de la vista.

—¡Esto ha acabado con ellos! —dijo Bush, con satisfacción. Estaba recreándose mentalmente en la imagen de la *Loire* todavía corriendo en el rumbo original mientras el *Hotspur* estaba confortablemente en el otro, y el espacio entre los dos barcos se iba ensanchando rápidamente.

Se quedaron mirando las ráfagas que viajaban por encima del agua gris y veteada de espuma, ululando, hacia Francia. Entonces, en aquella espesa bruma, vieron de pronto una masa sólida que tomaba forma; vieron sus contornos definirse cada vez con mayor claridad.

—Dios... —exclamó Bush. Estaba desconcertado, mudo de asombro, y no pudo acabar el juramento. Porque allí estaba la *Loire*, surgiendo de la borrasca, instalada cómodamente en el mismo rumbo que el *Hotspur*, cabeceando en su incansable persecución y con la distancia entre ambos no disminuida en modo alguno.

—No intentaremos otra vez ese truco —repuso Hornblower. Hizo un esfuerzo

para sonreír.

El capitán francés no era ningún tonto, evidentemente. Había observado que el *Hotspur* se retrasaba una vez pasado el mejor momento para virar de rumbo, había visto que la borrasca lo engullía y se había anticipado a su acción. Seguramente habría virado exactamente en el mismo momento que ellos. En consecuencia, perdió muy poco terreno al cambiar el rumbo, y ese poco lo había vuelto a ganar ya para el momento en que los barcos se hallaron a la vista uno del otro de nuevo. Ciertamente, era un enemigo peligroso. Debía de ser uno de los más hábiles capitanes que poseía la marina francesa. Algunos se habían distinguido mucho en la última guerra; si bien es cierto que, como consecuencia del mayor poderío naval británico, la mayoría de ellos habían acabado la guerra como prisioneros, y sólo la Paz de Amiens les había liberado.

Hornblower se alejó de Bush y Prowse y trató de caminar por el puente inclinado, para pensar en todas las implicaciones del asunto. Aquélla era una situación peligrosa, casi la peor a la que se había enfrentado nunca. Inexorablemente, el viento y las olas estaban acercando el *Hotspur* a la *Loire*. Mientras trataba de caminar por la cubierta, sintió sus sacudidas y bandazos, distintos de su cabeceo y balanceo habitual. Era una «ola traidora», generada por alguna combinación inusual de viento y agua, que se estrellaba contra la banda de barlovento del *Hotspur* como un ariete que les golpease. Cada pocos segundos se hacían notar esas olas, deteniendo al *Hotspur* y empujándolo totalmente a sotavento. La *Loire* se estaba encontrando con olas idénticas, pero su mayor tamaño le hacía menos sensible a su influencia. Estas olas jugaban su papel junto con las demás fuerzas de la naturaleza a la hora de disminuir el espacio entre los dos barcos.

¿Y si se veían obligados a luchar? No, ya había pasado antes por aquello. Tenía un buen barco, y una tripulación bien entrenada, pero con aquella mar revuelta, la ventaja que tenía se vería sobrepasada ampliamente por el hecho de que la *Loire* proporcionaría una plataforma mucho más estable para los cañones. Las oportunidades, de cuatro a uno en cuanto al peso de metal, constituían un riesgo demasiado grande. Momentáneamente, Hornblower tuvo la visión de su propio nombre mencionado en el futuro, en los libros de historia. Quizá tuviera la distinción de ser el primer capitán británico en caer en la presente guerra como víctima de la Armada francesa. ¡Vaya distinción! Entonces, a pesar de las heladas ráfagas de viento que soplaban en torno a él, pudo notar su sangre caliente correr bajo su piel mientras se imaginaba la batalla. Los horrores se presentaron ante él en interminable sucesión, hasta el día del juicio final, como los reyes de Macbeth. Pensó en la muerte. Pensó en convertirse en prisionero de guerra; había experimentado ya aquello en España y sólo de forma milagrosa consiguió la liberación. La última guerra duró diez años; ésta podría durar lo mismo. ¡Diez años en prisión! Diez años durante los cuales sus

hermanos de armas podían estar consiguiendo fama, distinciones, haciendo fortuna mientras él se consumía en prisión, y si salía al final, lo haría convertido en un loco excéntrico, olvidado por todos los de su mundo..., olvidado incluso por María, se imaginó. Prefería morir, al igual que prefería la muerte a quedar mutilado; o al menos eso le parecía (se dijo a sí mismo con brutalidad) hasta que la elección se presentase ante él de forma más inminente. Entonces quizá se retractase, porque no quería morir. Trató de decirse a sí mismo que no temía a la muerte, que simplemente lamentaba la perspectiva de perderse todas las cosas interesantes y divertidas que la vida le reservaba, y enseguida se despreció a sí mismo por no ser capaz de enfrentarse a la horrible verdad de que, en efecto, tenía miedo.

Entonces rechazó todos esos pensamientos sombríos. Estaba en peligro y no tenía tiempo para morbosas introspecciones. Se pidió a sí mismo resolución e ingenio. Trató de hacer de su cara una máscara que ocultase sus recientes pensamientos mientras buscaba la mirada de Bush y Prowse.

—Señor Prowse —dijo—. Traiga su diario. Veamos el mapa.

El cuaderno de bitácora registraba todos los cambios de rumbo, las mediciones de velocidad efectuadas cada hora, y mediante su ayuda se podía calcular (o al menos deducir) la presente posición del barco empezando desde su último punto de partida en Ar Men.

—Estamos llegando a sus buenas dos cuartas a sotavento —anunció Prowse con desaliento. Su larga cara parecía alargarse más todavía al mirar a Hornblower sentado en el cuarto de derrota. Hornblower sacudió la cabeza.

—No más de una cuarta y media. Y la marea está jugando a nuestro favor durante las últimas dos horas.

—Espero que tenga razón, señor —dijo Prowse.

—Si no la tengo —repuso Hornblower, haciendo funcionar las dos reglas paralelas—, tendremos que cambiar de planes.

El desánimo sin motivo irritaba a Hornblower cuando lo mostraban otras personas; conocía muy bien esa sensación.

—Dentro de otras dos horas —se lamentó Prowse—, el barco francés nos tendrá a tiro de sus cañones.

Hornblower miró fijamente a Prowse, y bajo aquella mirada firme Prowse recordó al fin su omisión, que remedió enseguida, tardíamente, añadiendo la palabra «señor». Hornblower no iba a permitir ninguna relajación de la disciplina, sobre todo en una crisis, sucediera lo que sucediera... Sabía bastante bien cómo podían acabar ese tipo de cosas en el futuro. Aunque no hubiera futuro. Una vez aclarado ese punto, no había necesidad de insistir más.

—Vea, doblaremos Ushant por barlovento —dijo, mirando la línea que había marcado con lápiz en el mapa.

—Quizá, señor —replicó Prowse.

—Cómodamente.

—Yo no diría tanto, señor.

—Cuanto más cerca, mejor —insistió Hornblower—. Pero no podemos forzarlo. No haremos ni una pulgada más a sotavento.

Había pensado más de una vez en la posibilidad de doblar Ushant tan de cerca que la *Loire* no fuera capaz de mantener su rumbo. Entonces el *Hotspur* se liberaría de la persecución como una ballena que se desprende una lapa rascándose contra una roca. Una idea divertida e ingeniosa, pero no practicable, mientras el viento permaneciera estable.

—Pero aunque nosotros doblemos Ushant por barlovento, señor —insistió Prowse—, no veo cómo nos ayudará eso. Estaremos a su alcance para entonces, señor.

Hornblower dejó el lápiz. Había estado a punto de decir: «Quizá nos ahorraríamos problemas arriando nuestros colores en ese momento, señor Prowse», pero recordó a tiempo que tal mención de la posibilidad de rendición, aun con intenciones sarcásticas, era contraria al Código Militar. En lugar de eso, iba a castigar a Prowse ocultándole el plan que tenía en mente. También le sería útil si el plan fallaba y tenía que retroceder hasta otra línea de defensa.

—Ya lo veremos cuando llegue el momento —repuso lacónicamente, y se levantó de su silla—. Nos necesitan en cubierta. Ya habrá tiempo de volver sobre el tema de nuevo.

En cubierta, el viento soplaba con más fuerza que nunca. El agua salpicaba continuamente. Allí estaba la *Loire*, inmóvil a sotavento y tomando por avante para estrechar considerablemente el espacio. Los hombres se pusieron a trabajar en las bombas; en aquellas condiciones climatológicas, tenían que tener las bombas en funcionamiento durante media hora cada dos horas, para eliminar del barco el agua de mar que entraba a bordo a través de las tensas cuadernas.

—Viraremos por avante, señor Poole, tan pronto como las bombas empiecen a achicar.

—Sí, señor.

A poca distancia hacia delante se encontraba Ushant y su plan para quitarse de encima la *Loire*, pero antes tenían que cambiar de bordada al menos un par de veces más, y cada vez existía la posibilidad de cometer un error, de entregar al *Hotspur* y a sí mismo al enemigo. No debía tropezar con ningún obstáculo puesto ante sus pies, mientras mantenía los ojos en el horizonte. Se esforzó por realizar la maniobra con más limpieza que nunca, y procuró pasar por alto cualquier sentimiento de alivio cuando se completó.

—Le hemos ganado un cable entero esta vez, señor —informó Bush, después de

ver la *Loire* estabilizarse en la amura de estribor por el través del *Hotspur*.

—No siempre podremos ser tan afortunados —dijo Hornblower—. Pero haremos esta bordada corta y veremos.

En la amura de estribor se estaba alejando de su objetivo. Cuando viraron a la amura de babor de nuevo, tuvo que esperar durante un tiempo considerablemente mayor, pero aparentó que había sido por descuido. Si podía engañar a Bush, también podría engañar al capitán francés.

Los hombres parecían estar disfrutando mucho de aquella competición de navegación. Se mostraban alegres, deleitándose en el trabajo de engañar al viento y ganar vía pulgada a pulgada para el *Hotspur*. Debía de ser bastante obvio para ellos que la *Loire* estaba ganando la carrera, pero no les importaba. Se reían, hacían bromas y miraban al otro barco. No tenían idea del peligro de la situación, o mejor, no les importaba. La proverbial suerte de la marina británica les salvaría, o la torpeza de los franceses. O la habilidad de su capitán..., sin fe en él, seguramente estarían mucho más asustados.

Era el momento ya de virar de bordo de nuevo y adelantar hacia Ushant. Recuperó la dirección del barco y lo hizo virar. Sólo cuando el giro se completó notó, con satisfacción, que había olvidado su nerviosismo por el interés que ponía en la situación.

—Nos estamos acercando rápidamente, señor —dijo Prowse, tan sombrío como siempre. Tenía el sextante en la mano y acababa de medir el ángulo subtendido entre el tope del mástil de la *Loire* y su línea de flotación.

—Ya lo veo, gracias, señor Prowse —saltó Hornblower. A aquel respecto, el ojo era tan fiable como cualquier observación instrumental, con aquella mar gruesa.

—Es mi deber, señor —repuso Prowse.

—Me alegro de ver que cumple su deber, señor Prowse —dijo Hornblower. El tono que usó equivalía a decir: «me importa un pito tu deber», cosa que hubiera estado totalmente en contra de las ordenanzas de guerra.

Hacia el norte, el *Hotspur* mantuvo su curso estable. Una ráfaga lo tragó, cegándolo, mientras los timoneles hacían malabarismos desesperadamente con el timón, dejando al barco, inevitablemente, inclinarse a sotavento en la peor de las ráfagas, y metiendo caña para mantenerlo ciñendo cuando el viento virara una cuarta. La racha final pasó a un lado, haciendo ondear los faldones de la casaca de Hornblower. Hizo aletear también las perneras de los pantalones de los timoneles a la caña del timón, de modo que al mirarlos alguien ajeno al barco hubiera podido creer que, con sus oscilantes brazos y ondulantes piernas, estaban bailando alguna extraña danza ritual. Como siempre, cuando pasó la borrasca, todos los ojos no dedicados a realizar algún trabajo se volvieron a sotavento para buscar la *Loire*.

—¡Ahí está! —chilló Bush—. ¡Mire, señor! ¡Les hemos engañado bien!

La *Loire* había virado de bordo. Allí estaba, acabando de establecerse en la amura de estribor. El capitán francés se había pasado de listo. Había decidido que el *Hotspur* viraría cuando estuviera oculto por la borrasca, y se había movido para anticiparse a él. Hornblower miró hacia la *Loire*. Aquel capitán francés debía de estar hirviendo de rabia al ponerse de manifiesto de ese modo su error ante su tripulación. Eso podía empañar un poco su juicio. Quizá se pusiera nervioso. De todos modos, había pocas señales de ello por el momento. Había estado a punto de halar sus bolinas, pero llegó a una rápida y sensata decisión. Para virar de nuevo hubiera necesitado permanecer durante algún tiempo en el rumbo presente mientras el buque recuperaba la velocidad y maniobrabilidad, así que en lugar de eso, hizo uso del impulso del giro que todavía tenía, metió a sotavento y completó el círculo, haciendo girar en redondo a su barco de modo que por un momento presentó la popa al viento antes de llegar al final de nuevo a su rumbo original. Fue un trabajo realizado con gran sangre fría, aprovechando un error de la mejor manera posible, pero aun así, la *Loire* había perdido mucho terreno.

—Dos cuartas con el viento un poco a popa de través —dijo Prowse.

—Y está mucho más abajo a sotavento, también —añadió Bush.

La ventaja mayor, decidió Hornblower mirándolo, era que hacía posible e incluso probable la larga bordada hacia el norte que requería su plan. Podía hacer una larga bordada en la amura de babor sin que el capitán francés viese nada inusual en ello.

—¡Derecho, ahí! —gritó al timón—. ¡Déjalo derivar un poco! ¡Vía así!

Se reanudó la carrera. Los dos barcos cabeceaban, luchando con el viento huracanado que no remitía. Hornblower podía ver el amplio ángulo desde la vertical descrito por los palos de la *Loire* mientras se balanceaba; podía ver sus vergas inclinándose hacia el mar, y estaba seguro de que el *Hotspur* estaba actuando de la misma manera, balanceándose incluso un poco más, quizás. Así que aquella misma cubierta en la que él se encontraba estaba inclinada en aquel ángulo fantástico también; estaba orgulloso de haber recuperado su estabilidad con tanta rapidez. Podía mantener el equilibrio con una rodilla tesa y rígida, la otra considerablemente doblada, mientras se inclinaba hacia delante, hacia el talón de la quilla, y luego podía enderezarse con el balanceo casi con tanta estabilidad como Bush. Y su mareo también había mejorado... No, fue un error dejar que aquel asunto le volviera a la mente, porque tuvo que contener las náuseas en el momento en que lo hizo.

—Hacer una bordada larga como ésta les da una oportunidad, señor —gruñó Prowse, haciendo juegos malabares con el catalejo y el sextante—. Se está acercando a nosotros rápidamente.

—Hacemos lo que podemos —respondió Hornblower.

Su catalejo podía revelar ahora muchos detalles de la *Loire*, mientras se concentraba en mirarla para distraerse del mareo. Entonces, cuando estaba a punto de

bajar el catalejo para descansar el ojo, vio algo nuevo. Las troneras a lo largo de la banda de barlovento parecían cambiar de forma, y mientras seguía mirándolas vio, primero apareciendo por una porta, luego por otra y finalmente por la línea entera, las bocas de sus cañones que avanzaban cautelosamente, mientras una tripulación invisible tiraba de los cabos de los motones para arrastrar los enormes pesos contra el desnivel de la cubierta.

—Están sacando los cañones, señor —informó Bush, de forma innecesaria.

—Sí.

No tenía sentido imitarles aún. El *Hotspur* tendría que sacar los cañones de la banda de sotavento. Eso incrementaría la quilla y lo haría mucho menos capaz de navegar de bolina. Escorado como estaba, probablemente haría agua por encima de las portas, en el punto más bajo de su balanceo. Finalmente, aun con una elevación extrema, tendrían casi todo el tiempo la quilla por debajo de la horizontal, y los cañones serían inútiles, aunque los artilleros se sincronizaran a la perfección, contra un blanco a cualquier distancia.

Los vigías del mastelero de proa gritaban algo, y entonces uno de ellos se lanzó a un obenque y corrió al alcázar de popa.

—¿Por qué no usas la burda como un verdadero marinero? —preguntó Bush, pero Hornblower le detuvo.

—¿Qué pasa?

—Tierra, señor —farfulló el marinero. Estaba empapado hasta los huesos por el agua que chorreaba por todos lados, y el viento la barría según iba goteando de su cuerpo.

—¿Hacia dónde?

—Proa sotavento, señor.

—¿A cuántas cuartas?

Pensó un momento.

—Sus buenas cuatro cuartas, señor.

Hornblower miró a Prowse.

—Será Ushant, señor. Deberíamos doblar por barlovento con suficiente espacio.

—Quiero estar seguro de eso. Haría usted mejor en subir a la arboladura, señor Prowse. Haga la mejor estimación que pueda.

—Sí, señor.

No le haría ningún daño a Prowse hacer el fatigoso viaje al calcés.

—Pronto abrirá fuego, señor —dijo Bush, refiriéndose al navío francés, y no a la figura de Prowse que se alejaba—. De momento no tenemos muchas probabilidades de replicar. En el otro rumbo quizá sí, señor.

Bush estaba listo para luchar contra todo pronóstico, y no era consciente de que Hornblower no tenía intenciones de virar de nuevo.

—Ya lo veremos cuando llegue el momento —repuso Hornblower.

—Está abriendo fuego ya, señor.

Hornblower se volvió de repente, justo a tiempo para ver una nubecilla de humo desvaneciéndose en el viento, y luego otras, todas bajo la banda de la *Loire*. Duraban apenas un segundo antes de que el viento se sobrepusiese a la fuerza de la pólvora que las provocaba. Eso era todo. Ningún sonido de la andanada les llegaba contra el viento, y no había ni rastro de la caída de proyectil alguno.

—Largo alcance, señor —dijo Bush.

—Una oportunidad de ejercitar a sus artilleros —comentó Hornblower.

Su catalejo le mostraba las bocas de los cañones de la *Loire* desapareciendo hacia atrás en el barco para volverlos a cargar.

Había algo extrañamente irreal en todo aquello, en el silencio de aquella andanada, en el hecho de que el *Hotspur* estuviera bajo el fuego, en el hecho de que él mismo pudiera estar muerto en cualquier momento como resultado de un tiro afortunado.

—Busca un tiro afortunado, supongo, señor —opinó Bush, haciéndose eco con las mismas palabras de los pensamientos de Hornblower, de modo que la situación todavía le pareció más extraña e irreal.

—Naturalmente —Hornblower dijo aquella palabra con gran esfuerzo, y con aquella entonación extraña, su voz (el tono muy elevado para enfrentarse al aullido del viento) parecía venir de muy lejos.

Si al francés no le importaba un enorme desperdicio de pólvora y municiones, podía abrir fuego a aquella distancia, al límite del alcance de sus cañones, con la esperanza de infligir daños suficientes a los aparejos del *Hotspur* para retardarlo. Hornblower podía pensar todavía con bastante claridad, pero era como si estuviera observando las aventuras de otra persona.

Ahora, Prowse volvía al alcázar.

—Doblabamos tierra por barlovento a unas buenas cuatro millas, señor —dijo. El agua que levantaba la amura de barlovento le había empapado casi de forma tan absoluta como a los marineros. Miró la *Loire*—. Ni una oportunidad de inclinarnos a sotavento, supongo, señor.

—Claro que no —remarcó Hornblower. Mucho antes de que tal plan pudiera dar fruto, se vería implicado en una batalla aunque tuviera que caer a sotavento, en la esperanza de forzar a la *Loire* a virar de bordo para evitar encallar—. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que llegemos a la altura de tierra?

—Menos de una hora, señor. Quizá media. Debería estar a la vista desde cubierta en cualquier momento.

—¡Sí! —exclamó Bush—. ¡Ahí está, señor!

Por encima de proa, a sotavento, Hornblower pudo ver la negra silueta de la costa

de Ushant. Ahora los tres puntos del triángulo, Ushant, el *Hotspur* y la *Loire* estaban dibujados ante él, y podía medir bien su próximo movimiento. Tendría que mantener su rumbo actual durante un tiempo considerable; tendría que soportar más andanadas, le gustase o no... Locas palabras estas últimas, porque a nadie le podía gustar estar bajo el fuego. Apuntó su catalejo hacia tierra, comprobando el movimiento de su barco con relación a ésta, y entonces, mientras miraba al exterior, atisbo algo fugazmente con el rabillo del ojo. Le costó un par de segundos deducir qué era lo que había visto: dos chapoteos, separados por un centenar de pies y por una décima de segundo. Una bala de cañón había rebotado en la cresta de una ola y se sumergía en la siguiente.

—Están afinando mucho la puntería, señor —declaró Bush.

La atención de Hornblower se dirigió a la *Loire* a tiempo para ver la siguiente y breve nubecilla de humo desde su costado; no vio el proyectil. Entonces llegó la siguiente bocanada de humo.

—Supongo que tienen algunos buenos tiradores a bordo que van de un cañón a otro —dijo Hornblower.

Si éste fuera el caso, el tirador debería esperar cada vez a las condiciones adecuadas de balanceo: una frecuencia de tiro bastante lenta, que diera tiempo suficiente para recargar y disparar de nuevo, más despacio que las andanadas pero no demasiado.

—Ahora se oyen los cañones, señor. El agua trae el sonido.

Era un feo, chato y breve estampido que se oía inmediatamente después de ver cada nubecilla de humo.

—Señor Bush —dijo Hornblower, hablando lentamente mientras notaba cómo se apoderaba de él la excitación de la crisis que se avecinaba—. Conoce a sus hombres... y los planes de combate de memoria, estoy seguro de ello.

—Sí, señor —confirmó Bush, simplemente.

—Quiero... —Hornblower comprobó la posición de la *Loire* de nuevo—. Quiero suficientes hombres en las brazas y bolinas para maniobrar el barco adecuadamente. Pero quiero también gente suficiente para manejar los cañones de una banda.

—Eso no será fácil, señor.

—¿Imposible?

—Casi, señor. Pero creo que podré hacerlo.

—Entonces, arréglole. Sitúe a unos hombres en los cañones de babor, por favor.

—Sí, señor. A babor.

La repetición era habitual en la marina para evitar malentendidos. En la voz de Bush hubo sólo una levísima nota de oposición, porque el costado de babor era el que estaba al otro lado del enemigo.

—Quiero... —siguió Hornblower, lentamente todavía—. Quiero que los cañones

de babor salgan por la tronera cuando nosotros viremos de bordo, señor Bush. Yo daré la orden. Y los quiero de nuevo dentro como el rayo y con las portas cerradas. Daré la orden para eso, también.

—Sí, señor. De nuevo dentro.

—Entonces irán a estribor y sacarán los cañones de esa banda listos para abrir fuego. ¿Me comprende, señor Bush?

—Sí, señor.

Hornblower miró a su alrededor, a la *Loire* y a Ushant de nuevo.

—Muy bien, señor Bush. El señor Cargill necesitará cuatro hombres para un trabajo especial, pero puede empezar usted a disponer el resto.

Ahora la suerte estaba echada. Si sus cálculos resultaban incorrectos, quedaría como un idiota a los ojos de toda la tripulación. También podía morir o ser hecho prisionero. Pero ahora ya estaba decidido y el espíritu de lucha se agitaba en su interior como lo hizo cuando abordó el *Renown* para recuperarlo. Sonó un súbito grito por encima de sus cabezas, tan inesperado que hasta Bush se detuvo en seco mientras iba avanzando. Un cabo de remolque se partió misteriosamente en dos en el aire, el final superior saltando horizontal en el viento, el inferior volando hasta arrastrarse por encima de la borda. Era un disparo más afortunado que ninguno de los que habían pasado cerca del *Hotspur*, a veinte pies por encima de la cubierta.

—¡Señor Wise! —gritó Hornblower por el megáfono—. Que amarren de nuevo esa driza.

—Sí, señor.

El espíritu de travesura se instaló en la mente de Hornblower junto con su excitación, y levantó el megáfono de nuevo.

—¡Señor Wise! ¡Si lo considera necesario, puede decirles a los hombres que estamos en guerra!

Aquello provocó las risas que Hornblower ya preveía por todo el barco, pero ya no era momento de frivolidades.

—Avisé al señor Cargill.

Cargill se presentó con cierto aire de ansiedad en su redonda cara.

—No pasa nada malo, señor Cargill. Le he elegido para una tarea de responsabilidad.

—¿Sí, señor?

—Hable con el señor Bush y que le dé cuatro marineros expertos, y sitúese en el castillo de proa en las drizas y escotas del foque. Vamos a cambiar de amuras en breve, y luego volveré a mi rumbo original. Así que ya saben lo que tienen que hacer. En cuanto vean mi señal, icen el foque en el estay y luego acuartelen a babor. Quiero estar bien seguro de que lo han entendido. ¿Es así?

Pasaron algunos segundos, durante los cuales Cargill se hizo cargo del plan, y

luego respondió:

—Sí, señor.

—Confío en que usted nos evite poner las velas en facha, señor Cargill. Después, tendrá que ingeniárselas solo. En el momento en que el barco esté virando y bajo control de nuevo, arríe el foque.

—Sí, señor.

—Muy bien, pues adelante.

Prowse estaba de pie muy cerca, esforzándose por escuchar todo aquello. Su larga cara parecía más alargada que nunca.

—¿Es la borrasca la que está haciendo que aleteen sus orejas, señor Prowse? —le espetó Hornblower, que no estaba de humor para nadie. Lamentó las palabras tan pronto como las hubo dicho, pero ya no había tiempo para echarse atrás.

La *Loire* permanecía inmóvil a sotavento, y más allá estaba Ushant. Ellos habían entrado en la bahía de Lampoul por el lado que da hacia el mar de Ushant, y ahora empezaban a salir de nuevo. El momento había llegado. No, mejor esperar un poco más. Silbó una bala de cañón y se oyó un estrépito. Apareció un hueco en la amurada de la banda de barlovento. El disparo había cruzado la inclinada cubierta y se había abierto camino a través de ella hacia el exterior. Un marinero en el cañón de aquel costado se miraba estúpidamente el brazo izquierdo donde tenía una herida producida por una astilla de la que empezaba a manar la sangre.

—¡Preparados para virar! —gritó Hornblower.

Ahora a por ellos. Tenía que engañar al capitán francés, que ya había demostrado que no era ningún tonto.

—Mantenga su catalejo en el francés, señor Prowse. Dígame lo que están haciendo. Cabo de derrota, un poco a sotavento. Sólo un poco. Con cuidado. ¡Caña a sotavento!

El velacho tembló. Ahora cada momento era precioso, y sin embargo él debía demorarlo al máximo para inducir al francés a comprometerse.

—¡Caña a sotavento, señor! Está virando.

Ése sería el momento (aunque realmente el momento acababa de pasar) en que el francés esperaba que él virase para evitar el fuego de cañón, y entonces intentaría virar tan simultáneamente como fuera posible.

—Ahora, timonel. Halar fuerte amuras y escotas.

El *Hotspur* estaba orzando. A pesar del breve retraso, todavía estaba bajo control.

—¡Señor Bush!

En la banda de barlovento se abrieron las cañoneras y los hombres arrastraron los cañones hacia el desnivel. Una ola traidora que golpeaba contra aquella banda entró a través de las portas e inundó la cubierta de agua hasta la altura de la rodilla, pero el francés tenía que ver aquellas bocas de cañón que aparecían en las cañoneras.

—¡Está virando, señor! —informó Prowse—. ¡Está soltando las brazas!

Debía asegurarse bien.

—¡Bracee en contra a popa!

Aquél era el momento de mayor peligro.

—Ya no está contra el viento, señor. Sus velachos están virando.

—¡Ceeeeesen!

La sorprendida tripulación se detuvo en seco cuando Hornblower gritó por el megáfono.

—¡Braceen todo en facha de nuevo! ¡Aprisa! ¡Cabo de derrota! ¡Todo a babor! ¡Señor Cargill!

Hornblower hizo una señal con la mano, y el foque subió en el estay. Con su tremenda fuerza mecánica en el bauprés, el foque, si le daban la oportunidad, haría retroceder el barco irresistiblemente. Cargill y sus hombres estaban halándolo a babor a pulso. Había bastante ángulo para que el viento actuara sobre él en la dirección adecuada. ¿Y era así? ¡Sí! El *Hotspur* estaba retrocediendo de nuevo, soslayando valientemente su aparente mal trato y la ola que encontró de proa, que se estrelló contra el castillo de proa. Estaba girando, cada vez más rápido, Cargill y sus hombres arriaron el foque que tan bien se había portado durante la operación.

—¡Esas brazas, ahí! Está yendo con el viento. ¡Aguanta! Timonel, aguante mientras gira. ¡Señor Bush!

Los cañoneros tiraron de las poleas y rodaron los cañones de nuevo. Fue un placer ver a Bush controlar su excitación sabiendo que estaban a salvo. Las portas se cerraron de golpe y los cañoneros corrieron hacia la banda de estribor. Podía ver la *Loire* ahora que el *Hotspur* había completado su vuelta, pero Prowse todavía estaba informando, siguiendo sus órdenes.

—Es incapaz de moverse, señor. Les hemos cogido por sorpresa.

Eso era lo que verdaderamente se proponía Hornblower. Creía probable poder efectuar su escapada a sotavento, quizá después de un intercambio de andanadas. La situación presente era posible, pero demasiado buena para ser verdad. La *Loire* estaba derivando indefenso en el viento. Su capitán había observado la maniobra del *Hotspur* demasiado tarde. En lugar de dar la vuelta a la otra bordada, poniendo su barco bajo control, y luego virar una vez más en su persecución, había tratado de seguir el ejemplo del *Hotspur* y vuelto a su rumbo anterior. Pero con una tripulación poco entrenada y sin un plan cuidadosamente preparado, la improvisación había fallado estrepitosamente. Hornblower vio a la *Loire* dar guiñadas en el viento y luego girar de nuevo, rehusando obstinadamente el control, como un caballo asustado. Y el *Hotspur*, quieto ante el viento, iba corriendo delante. Hornblower medía la distancia que se iba estrechando con un ojo calculador, más agudo todavía debido a su estado de excitación.

—¡Vamos a rendir honores al pasar, señor Bush! —gritó. No necesitaba megáfono con el viento a su favor—. ¡Artilleros! No disparéis hasta que su palo mayor llegue a la vista. ¡Cabo de derrota! Un poco a estribor. Vamos a pasar cerca.

«A tiro de pistola» era la distancia ideal para disparar una andanada de acuerdo con la tradición, o incluso «a medio tiro de pistola», veinte o diez yardas. El *Hotspur* pasaba a la *Loire* banda de estribor contra banda de estribor, pero la del *Hotspur* tenía los cañones fuera, cargados y listos, mientras que la *Loire* presentaba a la vista una línea de portas negras... lo cual no era extraño, dado el estado de confusión del buque.

Estaban a su nivel. El cañón número uno disparó con un fuerte estampido. Bush estaba de pie junto a él y dio la orden, y aparentemente se proponía ir andando a lo largo de toda la batería disparando cada cañón por turno, pero el *Hotspur*, con el viento detrás, iba demasiado rápido para él. Los otros cañones dispararon en una cadencia irregular. Hornblower vio volar las astillas del costado del buque francés, vio los agujeros que abrían las balas. Con el viento a su favor, el *Hotspur* apenas se balanceaba; estaba cabeceando, pero cualquier artillero con un poco de sangre fría podía asegurarse de dar en el blanco a quince yardas. Hornblower vio una solitaria portilla abierta en el costado de la *Loire*... Estaban tratando de maniobrar los cañones... unos minutos demasiado tarde. Entonces se puso a nivel con el alcázar de la *Loire*. Podía ver la confusa multitud que se apiñaba allí; durante un momento, creyó distinguir la figura del capitán francés, pero entonces la carronada que estaba junto a él disparó con un estrépito que le cogió por sorpresa, de modo que casi dio un salto en cubierta.

—Bala de metralla, señor —dijo el artillero volviéndose hacia él con una sonrisa—. Eso les enseñará.

Ciento cincuenta balas de mosquete en una salva de metralla barrerían el alcázar de la *Loire* como una escoba. Los infantes de marina apostados en cubierta estaban todos mordiendo cartuchos nuevos y usando diligentemente sus baquetas... seguramente habían estado disparando también, sin que Hornblower se diera cuenta. Bush había vuelto junto a él.

—¡Todos los disparos! —farfulló—. ¡Cada uno de los disparos, señor!

Era asombroso e interesante ver a Bush tan alterado, pero no había tiempo para tonterías. Hornblower miró hacia la *Loire*. Estaba todavía inmóvil; la andanada debía de haber precipitado de nuevo a su tripulación a un completo desorden. Y por encima de él estaba Ushant, sombrío y negro.

—Dos cuartas a babor —dijo al timonel. Un hombre inteligente procuraría conservar todo el espacio de maniobra que pudiera.

—¿Olvidaremos toda precaución y acabaremos con ellos, señor? —preguntó Bush.

—No.

Ésa fue una decisión inteligente, y llegó a ella aunque la fiebre de la lucha le invadía. A pesar de la ventaja que habían obtenido disparando una andanada inesperada, el *Hotspur* era demasiado débil para entrar voluntariamente en duelo con la *Loire*. Si la *Loire* hubiera perdido un palo, si hubiera quedado desarbolado o fuera de combate, lo habrían intentado. Los barcos estaban separados por casi una milla de distancia; en el tiempo necesario para atacar de nuevo a su enemigo, podría recuperarse y estar dispuesto para recibirles. Allí estaba: ahora había girado, volvía a estar bajo control. Sencillamente no podía ser.

Todos los hombres parloteaban como monos, y como monos bailaban por la cubierta llenos de excitación. Hornblower tomó el megáfono para amplificar su orden.

—¡Silencio!

Ante este grito, el barco instantáneamente quedó en silencio, con todos los ojos vueltos hacia él. Pero a él, extrañamente, eso no le preocupó. Caminaba por el alcázar arriba y abajo, sopesando la distancia a la que se encontraban de Ushant, ahora alejándose por estribor, y de la *Loire*, ahora con el viento. Esperó, estuvo a punto de tomar una decisión y esperó de nuevo, antes de dar sus órdenes.

—¡Caña a barlovento! Señor Prowse, gavias en facha, por favor.

Estaban en la mismísima boca del canal de la Mancha ahora, con la *Loire* a barlovento y una enorme puerta de salida disponible a sotavento. Si la *Loire* iba hacia ellos, lo atraería subiendo por el canal. En una persecución de cerca y con la noche aproximándose, se encontrarían en un peligro bastante considerable, y la *Loire* se alejaría de la seguridad y tendría muchas más posibilidades de encontrarse con poderosas unidades de la marina británica. Así que esperó, al paio, con la débil esperanza de que el buque francés no resistiera la tentación. Entonces vio sus vergas balancearse, lo vio virar, en la amura de estribor. Se iba a casa, enfilando para mantener Brest a sotavento. Estaban actuando de forma conservadora y sensata. Pero para todo el mundo, para todos a bordo del *Hotspur* (y para todos a bordo de la *Loire*, por otra parte) el *Hotspur* les había desafiado a la acción y el otro barco corría a resguardarse con el rabo entre las piernas. Al verlo huir, la tripulación del *Hotspur* lanzó un indisciplinado «hurra»; Hornblower tomó el megáfono de nuevo.

—¡Silencio!

La estridencia de su voz procedía de la fatiga y la tensión, porque la reacción se hizo notar en el momento de la victoria. Tuvo que detenerse y pensar. Tenía que estimular su mente a la actividad antes de dar sus siguientes órdenes. Colgó el megáfono en las vinateras y se volvió hacia Bush. Estos dos gestos, no planeados, adquirieron una calidad altamente dramática a los ojos de la tripulación, que le miraba y esperaba algún discurso.

—¡Señor Bush! Puede despedir al guardia de abajo, si es tan amable —aquellas últimas palabras fueron el resultado de un esfuerzo considerable.

—Sí, señor.

—Asegure los cañones y despida a los hombres de los puestos.

—Sí, señor.

—¡Señor Prowse! —Hornblower calibró con una mirada Ushant, la preciosa distancia que habían perdido a sotavento—. Ponga el barco en la amura de babor ciñendo, por favor.

—Ciñendo en la amura de babor. Sí, señor.

Estrictamente hablando, era la última orden precisa en aquel momento. Ya podía abandonarse a la fatiga, en aquel mismo instante. Pero serían deseables al menos unas palabras de explicación, aunque no fueran necesarias.

—Tendremos que retroceder. Llámenme cuando cambie la guardia —al pronunciar esas palabras, podía formarse una imagen mental de lo que implicaban. Podía ya dejarse caer en el coy, descansar el peso de sus agotadas piernas, dejar que aflojasen las tensiones, abandonarse a la fatiga, cerrar los ojos doloridos, deleitarse en el pensamiento de que no le iban a pedir más órdenes al menos durante una hora o dos. Entonces hizo un supremo esfuerzo para volver en sí, con momentánea sorpresa. A pesar de esas visiones, seguía todavía en el alcázar con todos los ojos clavados en él. Sabía que tenía que decir algo. Sabía que era necesario... Tenía que hacer un buen mutis, como un mal actor que abandona el escenario mientras cae el telón. En aquellos sencillos marineros tendría un efecto que les compensaría de la fatiga, que sería recordado y citado meses después, y que ayudaría (y ésa era la única razón para decirlo) a reconciliarles con las infinitas incomodidades del bloqueo de Brest. Obligó a moverse a sus cansadas piernas hacia la cabina, y se detuvo en el lugar donde el mayor número de personas podían oír sus palabras para que luego las repitieran.

—Vamos a volver a vigilar Brest —una pausa melodramática—. Con *Loire* o sin *Loire*.

CAPÍTULO 7



Hornblower cenaba sentado en el exiguo cuarto de derrota. El buey salado debía de proceder de un barril nuevo, porque tenía un gusto totalmente diferente, no del todo desagradable. Tal vez lo prepararon en algún otro astillero de avituallamiento, con otro tipo de sal. Metió la punta de su cuchillo en el bote de mostaza. Aquella mostaza la había pedido prestada de la cámara de oficiales (casi la había suplicado) y se sentía culpable por ello. Las provisiones de la cámara de oficiales ya debían de estar escaseando por entonces... Pero por otra parte, era él quien se había hecho a la mar sin mostaza, distraído por su matrimonio mientras aparejaba el barco.

—¡Adelante! —gruñó, como respuesta a la llamada que sonó.

Era Cummings, uno de los muchos «jóvenes caballeros», voluntarios de primera de la Academia Naval, que ocupaban en el barco el lugar de marinos experimentados debido a la prisa con que se había embarcado.

—Me envía el señor Poole, señor. Hay un barco nuevo que se ha unido al Escuadrón de la Costa.

—Muy bien. Ya voy.

Era un bonito día de verano. Unas pequeñas nubes en forma de cúmulos daban relieve al cielo azul. El *Hotspur* apenas se balanceaba un poco, mientras permanecía al paio, su gavia de mesana contra el mástil, porque estaba tan arriba en las cercanías de Brest que la ligera brisa del este tenía pocas oportunidades, desde que dejaba la tierra, de levantar ondulaciones en el agua. Hornblower miró en torno al salir al alcázar, hacia tierra en primer lugar, naturalmente. Estaban justo en la boca del Goulet, con vista directa sobre los fondeaderos exteriores. Por un lado estaban los Capuchinos, por otro el Petit Minou, con el *Hotspur* cuidadosamente estacionado (como en los días de paz, pero por una razón mucho más poderosa) de modo que quedase fuera de tiro de cañón de las baterías de aquellos dos puntos. Arriba, en el Goulet, estaban los escollos de las Jovencitas, con una roca aislada, el Pollux, y más allá de las Jovencitas, en el otro fondeadero, permanecía anclada la flota francesa, obligada a tolerar esa vigilancia constante a causa del poder superior de la flota del canal que estaba esperando fuera, justo al otro lado del horizonte.

Hornblower, naturalmente, miró en aquella dirección. El cuerpo principal estaba fuera de la vista, como para ocultar su fuerza. Ni siquiera Hornblower sabía con exactitud cuál era su número: unos doce barcos de línea más o menos. Pero bien a la vista, sólo a tres millas mar adentro, estaba el Escuadrón de la Costa, unos robustos barcos de doble cubierta que permanecían plácidamente al paio, listos en cualquier

momento para apoyar al *Hotspur* y las dos fragatas, la *Doris* y la *Naiad*, por si los franceses decidían salir y ahuyentar a esos insolentes centinelas. Hubo hasta tres de esos barcos de línea; ahora, mientras miraba Hornblower, un cuarto estaba abriéndose camino ciñendo para unirse a ellos. Automáticamente, Hornblower miró de nuevo al Petit Minou. Tal como esperaba, los brazos del semáforo en los acantilados de aquel lugar se movían espasmódicamente, de la posición vertical a la horizontal y vuelta a empezar. Los vigilantes estaban informando a la flota francesa de la llegada de un cuarto barco para unirse al Escuadrón de la Costa. Se registraba e informaba de toda actividad, hasta la más pequeña, así que con tiempo despejado, el almirante francés estaba informado en cuestión de minutos. Era una molestia intolerable... ayudaba a facilitar el paso de los barcos de cabotaje que constantemente trataban de introducirse en Brest a través del pasaje de Raz. Habría que emprender alguna acción con respecto a aquella estación telegráfica.

Bush estaba examinando a Foreman, a quien entrenaba con paciencia (o mejor dicho, sin ella) para que fuera oficial de transmisiones del *Hotspur*.

—¿No tiene todavía ese número? —le preguntó.

Foreman estaba apuntando su catalejo. No había aprendido todavía el truco de mantener el otro ojo abierto, aunque sin fijarlo. En cualquier caso, no era fácil leer las banderas, con el viento soplando casi directamente desde un barco al otro.

—Setenta y nueve, señor —dijo Foreman, al fin.

—Por una vez lo ha leído bien —se maravilló Bush—.

Y ahora a ver qué hace a continuación.

Foreman chasqueó los dedos nerviosamente mientras recordaba su deber, y corrió hacia el libro de señales que había en la bitácora. El catalejo resbaló de debajo de su brazo y cayó en cubierta con estruendo cuando trató de volver las páginas, pero él lo recogió y se las arregló para encontrar la referencia. Volvió hacia Bush, pero un movimiento brusco del pulgar de Bush le desvió hacia Hornblower.

—El *Tonnant*, señor —dijo.

—Vamos, señor Foreman, usted sabe hacerlo mejor. Informe correctamente y de la manera más completa que pueda.

—El *Tonnant*, señor. Ochenta y cuatro cañones. Capitán Pellew —la cara de piedra de Hornblower y el tenso silencio animaron a Foreman a recordar el resto de lo que debía decir—. Uniéndose al Escuadrón de la Costa.

—Gracias, señor Foreman —dijo Hornblower con la mayor formalidad, pero Bush estaba ya de nuevo dirigiéndose a Foreman, a voz en grito, como si Foreman estuviera en el castillo de proa en lugar de a sólo tres metros de distancia.

—¡Señor Foreman! ¡El *Tonnant* está haciendo señales! ¡Vamos, rápido!

Foreman se echó atrás con rapidez y levantó el catalejo.

—¡Es nuestro número! —exclamó.

—Hace cinco minutos que lo he visto. Lea las señales.

Foreman miró por el catalejo, consultó el libro y buscó su referencia antes de levantar la vista hacia el furioso Bush.

—Dice «enviamos bote», señor.

—Por supuesto que dice eso. Debería conocer usted todas las señales de rutina de memoria, señor Foreman. Ya ha tenido bastante tiempo. Señor, el *Tonnant* nos hace señales de que mandan un bote.

—Gracias, señor Bush. Acuse recibo y despeje la aleta del bote.

—Sí, señor. ¡Acuse de recibo! —un segundo después, Bush bramaba de nuevo—: ¡Esa driza no, torpe... «joven caballero»! El *Tonnant* no vería la señal, porque le tapanía la gavia de mesana. Mándela al peñol de la gavia.

Bush miró hacia Hornblower y levantó las manos con resignación. Con ello indicaba en parte que estaba dispuesto a cumplir con su deber de entrenar a jóvenes ignorantes, pero en parte también aquella mímica transmitía algunos de los sentimientos que despertaba en Bush tener que llamar a Foreman, en vista de las conocidas preferencias de Hornblower, «joven caballero» en lugar de alguna otra expresión un poco más efectiva. Entonces se volvió para supervisar a Cummings mientras éste izaba el bote de pescantes. Lo mejor que se podía hacer era acosar y regañar constantemente a aquellos jóvenes mientras iban cumpliendo sus tareas, aunque Hornblower no suscribiera la idea popular de que era necesario regañar y vejar a los jóvenes. Así aprendían más rápidamente. Algún día, Foreman sería capaz por fin de leer y transmitir señales en medio del humo, la confusión y la carnicería de una acción bélica, mientras que Cummings lanzaría y tripularía un bote a toda prisa para una expedición.

Hornblower recordó su comida inacabada.

—Llámeme cuando vuelva el bote, por favor, señor Bush.

Era la última mermelada de grosella que quedaba. Hornblower, contemplando pesaroso cómo descendía el nivel del último bote, se confesó a sí mismo que finalmente había acabado por gustarle la grosella. La mantequilla se había acabado, los huevos también, después de cuarenta días en el mar. Durante los siguientes setenta y un días, hasta que las provisiones del barco estuvieran totalmente agotadas, seguramente tendría que alimentarse con el monótono régimen de los marineros: buey y cerdo salados, guisantes secos, galletas, queso dos veces a la semana y budín de sebo los domingos.

En cualquier caso, había tiempo para echar una siestecita antes de que volviera el bote. Podía irse a dormir tranquilamente (una precaución por si las exigencias del servicio le impedían hacerlo por la noche) gracias al poderío naval de Gran Bretaña, aunque a cinco millas de allí estaban veinte mil enemigos, cualquiera de los cuales podía matarle nada más verle.

—El bote se acerca, señor.

—Muy bien —respondió Hornblower perezosamente.

El bote iba muy cargado, prácticamente hasta las bordas. Los hombres tenían que haber remado duro hacia el *Hotspur*, por mala suerte para ellos, podían ir a vela hacia el *Tonnant* con carga ligera, y sin embargo tenían que remar todo el camino contrario cargados hasta los topes, con el viento de cara. Desde el bote, a medida que se aproximaba, llegaba un extraño sonido rugiente, una especie de aullido.

—¿Qué demonios es eso? —se preguntó Bush, de pie junto a Hornblower en la pasarela.

El bote estaba lleno de sacos apilados.

—Comida fresca, al parecer —repuso Hornblower.

—¡Sujeten un izador al peñol! —gritó Bush... y de forma extraña, su grito produjo un eco en el bote.

Foreman se acercó para informar.

—Coles, patatas y queso, señor. Y un buey.

—¡Carne fresca, bendito sea Dios! —exclamó Bush.

Con media docena de hombres en el peñol, tirando del izador, los sacos subieron rápidamente hasta la cubierta. Cuando el bote se vació, el animal apareció allí, en el fondo de una masa informe de redes y cuerdas, todavía chillando. Le pasaron unas eslingas por debajo y pronto quedó echado en cubierta. Era un buey miserable y canijo, que mugía débilmente. Un ojo aterrorizado les miraba a través de la red que le cubría. Bush se volvió hacia Hornblower mientras Foreman completaba su informe.

—El *Tonnant* ha traído veinticuatro cabezas de ganado de la flota de Plymouth, señor. Éste es el que nos corresponde. Si lo sacrificamos mañana, señor, y lo dejamos reposar un día, puede tomar bistec el domingo, señor.

—Sí —asintió Hornblower.

—Podemos limpiar la sangre de cubierta mientras todavía está fresca, señor. No tiene que preocuparse por ello. ¡Y tendremos también tripas, señor! ¡Lengua!

—Sí —volvió a asentir Hornblower.

Todavía veía aquel ojo aterrorizado. Hubiera deseado que Bush no se mostrara tan entusiasta, porque él sentía más bien lo contrario. Su viva imaginación se representó la carnicería y no sintió deseo alguno de probar una carne obtenida a través de tal procedimiento. Tuvo que cambiar de tema.

—¡Señor Foreman! ¿No había mensajes de la flota?

Foreman se sobresaltó, culpable, y metió la mano en un bolsillo, sacando un paquete abultado. Se quedó pálido cuando vio la furia en la cara de Hornblower.

—¡No vuelva a hacer esto nunca más, señor Foreman! ¡Los despachos son lo primero! Necesita usted una lección y es hora de que la tenga.

—¿Debo avisar al señor Wise, señor? —preguntó Bush.

La vara del contramaestre podía hacer un buen papel en el trasero de Foreman, inclinado sobre la culata de un cañón. Hornblower vio el miedo enfermizo en la cara de Foreman. El chico estaba tan aterrorizado como el buey; debía de sentir el horror del castigo corporal que ocasionalmente se empleaba en la marina. Era un horror que el propio Hornblower compartía. Miró a los suplicantes y desesperados ojos durante cinco larguísimos segundos para dejar que la lección penetrara bien en él.

—No —dijo, al fin—. El señor Foreman simplemente deberá recordar esto. Yo me encargaré de que se le recuerde cada día durante una semana. No habrá licor para el señor Foreman durante una semana. Y si alguien de la camareta de guardiamarinas intenta darle un poco, perderá su ración durante catorce días. Encárguese, señor Bush.

—Sí, señor.

Hornblower cogió el paquete de la mano desfallecida de Foreman y se volvió con un gesto de desdén. Ningún chico de quince años podría recibir un castigo peor que ser privado de bebidas espirituosas.

Una vez en la cabina, tuvo que usar el cortaplumas para abrir el paquete de lona embreada. Lo primero que apareció fue un trozo de metralla. A lo largo de los siglos, la marina había desarrollado una serie de costumbres en estos temas: la lona embreada preservaba el contenido del paquete del agua salada si tenía que ser transportado por barco con tiempo tormentoso, y la metralla haría que se hundiera si existía algún peligro de que cayera en manos del enemigo. Había tres cartas oficiales y un montón de cartas privadas. Hornblower abrió las oficiales a toda prisa. La primera estaba firmada por «W. Cornwallis, Vice Alm.». Seguía las normas habituales, empezando por describir la nueva situación. El capitán sir Edward Pellew, del *Tonnant*, había recibido, como oficial de más alto rango, el mando del Escuadrón de la Costa. «Por lo tanto, se le requiere y se le ordena» que obedeciera las órdenes del mencionado capitán sir Edward Pellew, y le dedicara la más estricta atención, como emanada con la autoridad del comandante en jefe. La siguiente estaba firmada «Ed Pellew, Cap.», y eran tres líneas secamente oficiales confirmando el hecho de que Pellew consideraba ahora a Hornblower y el *Hotspur* bajo su mando. La tercera abandonaba el formal «señor» con el que empezaban las otras.

Mi querido Hornblower:

Con el mayor placer me he enterado de que va a servir a mis órdenes, y lo que he oído contar de sus acciones en la presente guerra confirma la opinión que me formé de usted cuando era mi mejor guardiamarina en la vieja Indefatigable. Por favor, considérese con absoluta libertad para hacer cualquier sugerencia que se le ocurra para incordiar a los franceses y confundir a Bonaparte.

Su sincero amigo,

Ésta sí que era una carta realmente halagadora, calurosa y consoladora. Muy calurosa, en verdad. Hornblower se sentó con la carta en la mano y notó que la sangre corría más deprisa por sus venas. A propósito, casi notaba el ligero cosquilleo en su cerebro que anunciaba que estaba empezando a forjar una idea, pensando en la estación de señales en Petit Minou, y así, los gérmenes de diferentes planes empezaron a brotar. Estaban tomando forma; crecían rápidamente alentados por la alta temperatura de su mente. De forma inconsciente se levantó de la silla. Sólo paseando vivamente arriba y abajo por el alcázar podía hacer que esos planes fructificaran y dejar escapar un poco la presión que crecía en su interior. Pero recordó las demás cartas del paquete. No debía caer en el mismo error que Foreman. Había cartas para él, hasta seis cartas con la misma letra. Se dio cuenta de que debían de ser de María... era extraño que no reconociera la letra de su propia esposa. Estaba a punto de abrirlas cuando volvió a recapacitar. Las demás cartas no estaban dirigidas a él, sino a otras personas del barco que probablemente las estarían esperando con ansiedad.

—Avisé al señor Bush —gritó. Cuando llegó, Bush recibió las otras cartas sin una palabra, y sin que la esperara él tampoco, al ver a su capitán tan profundamente abstraído en la lectura que ni siquiera levantaba la vista.

Hornblower leyó varias veces que él era el «amado esposo» de María. Las primeras dos cartas le explicaban lo mucho que ella echaba de menos a su adorado ángel, lo feliz que había sido durante los dos días de su matrimonio, y cuán temerosa se encontraba de que su héroe estuviera corriendo hacia el peligro, y cuán necesario era que él se cambiara de calcetines si se le mojaban. La tercera carta procedía de Plymouth. María había averiguado que la flota del canal tenía su base allí, y había decidido mudarse para estar en el lugar adecuado cuando las necesidades del servicio enviaran al *Hotspur* de vuelta a puerto; además, como admitía de forma sentimental, así estaría más cerca de su «bienamado». Ella había hecho el viaje en el buque costero, entregándose a sí misma (con muchos pensamientos dedicados a su «queridísimo») al salado elemento por primera vez, y cuando vio acercarse la lejana tierra había llegado a un mejor entendimiento de los sentimientos de su marido, el valiente marino. Ahora estaba confortablemente establecida en un alojamiento regentado por una señora muy respetable, viuda de un contramaestre.

La cuarta carta empezaba precipitadamente con las noticias más deliciosas e importantes para su «amado». María apenas sabía cómo explicarle aquello a su «adorado», a su «idolatrado». Su matrimonio, ya tan «delicioso», iba a ser bendecido aún más si cabe, o al menos ella lo sospechaba. Hornblower abrió la quinta carta a toda prisa, pasando por encima la precipitada posdata que decía que María acababa

de tener noticias de que su «intrépido guerrero» había añadido más laureles a los que ya poseía entrando en combate con la *Loire*, y que esperaba que no se expusiera más de lo necesario para su gloria. Las noticias se confirmaban. María estaba más segura que nunca de que estaba destinada a ser enormemente afortunada en el futuro como madre del hijo de su «ídolo».

Y la sexta carta repetía esa confirmación. Nacería por Navidad o por Año Nuevo. Hornblower observó irónicamente que en estas últimas cartas se dedicaba mucho más espacio al «bendito fruto» que al «añorado y distante tesoro». En cualquier caso, María estaba consumida por la esperanza de que el «pequeño querubín», si era un niño, fuese la viva imagen de su «famoso padre», y si era una niña, que mostraría su misma «dulzura de carácter».

Así que ésas eran las noticias. Hornblower se sentó con las seis cartas esparcidas ante él, la mente completamente alterada. Quizá para retrasar un poco la aceptación de todo aquello, al principio se entretuvo pensando en las dos cartas que le había escrito él (dirigidas a Southsea, hacía mucho tiempo que debían de estar en manos de María) y su contenido comparativamente formal e incluso gélido. Tenía que arreglar inmediatamente aquello. Tenía que escribir una carta llena de afecto y deleite ante las buenas nuevas, lo sintiera o no..., y a ese respecto, aún no podía decidirse. Sumergido como estaba en los problemas profesionales, el episodio de su matrimonio estaba bañado en su memoria con una luz irreal. El asunto fue tan breve, e incluso en el momento en que sucedía se vio tan sobrepasado por los asuntos del mar, que le parecía muy extraño que llevara consigo los efectos duraderos del matrimonio, pero esas noticias, en efecto, eran la indicación de algo muy duradero y permanente. Iba a ser padre. Pero por su vida que no sabía si la idea le gustaba o no. Ciertamente, lo sentía por el niño si él (o ella) estaba destinado a heredar su detestable y desdichado carácter. Cuanto más se pareciese la criatura a él, en aspecto o en carácter, más lo sentiría. Pero ¿era verdad eso en el fondo? ¿No había algo halagador, algo gratificante en el pensamiento de que sus propias características se iban a ver perpetuadas? Le resultaba difícil ser honesto consigo mismo.

Ahora que su mente se veía desviada de su vida presente, podía recordar con mayor claridad los detalles de su luna de miel. Podía conjurar unos recuerdos más exactos del excesivo afecto de María, de la manera entusiasta en la que ella se obligó a creer que no podía entregar tanto amor sin ser tiernamente correspondida. Nunca tenía que dejarle a ella sospechar cuál era la verdadera naturaleza de sus sentimientos hacia ella, porque sería una crueldad que no podía ni imaginar. Cogió papel y pluma y volvió al mundo corriente con sus aburridas rutinas y su pluma del ala izquierda. Las plumas que procedían del ala izquierda del ganso eran más baratas que las del ala derecha, porque cuando se sujetaban para escribir, apuntaban hacia el ojo del que escribía y no, de forma más adecuada, hacia su codo, como hacían las del ala derecha.

Pero al menos le había recortado bien la punta y la tinta todavía no se había puesto turbia. Sombríamente, se aplicó a su tarea. En parte era un ejercicio literario, una redacción sobre amor sin límites, y sin embargo... sin embargo, se encontró sonriendo mientras escribía. Sintió que la ternura manaba de su interior, dirigía su brazo y llegaba hasta la pluma. Estaba casi a punto de admitir que no era el individuo frío de corazón e impasible que creía ser.

Hacia el final de la carta, mientras buscaba más sinónimos para «esposa» e «hijo», su mirada se desvió de nuevo a las cartas de Pellew, y finalmente retuvo el aliento, sus pensamientos volvieron a su deber, a sus planes de guerra, a la dura realidad del mundo en el que vivía. El *Hotspur* estaba, navegando suavemente por un mar en calma, pero el hecho cierto de que estuviera allí al paio significaba que había buen viento fuera de Brest, y que en cualquier momento un grito desde el tope del mastelero anunciaría que la Armada francesa estaba saliendo para disputar con truenos y humo el dominio del mar.

Y él tenía planes. Mientras releía las últimas líneas de la carta a María, su visión se vio empañada por la insistencia de su atención en representarse mentalmente el mapa de la entrada a Brest. Tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para acabar la carta a María con el mismo impulso que la había empezado. Se esforzó en acabarla, releerla, doblarla. Llamó al centinela y éste trajo a Grimes con una vela de sebo encendida con la cual sellarla, y cuando terminó el fatigoso proceso, dejó la carta a un lado con alivio y tomó una hoja de papel en blanco.

Bergantín de Su Majestad Hotspur, en la mar, a una legua al norte del Petit Minou

14 de mayo de 1803

Señor:

Ya estaba bien de frases melifluas, de torpes intentos de tratar con situaciones totalmente extrañas para él. Ya no se estaba dirigiendo (como si se tratara de un sueño) a la «Querida compañera de nuestras vidas unidas en los felices años por venir». Ahora estaba aplicándose a una tarea para la que se sentía competente y dispuesto, y en cuanto a las palabras, sólo tenía que usar el seco e invariable vocabulario de miles de cartas oficiales escritas antes que la suya. Escribió rápidamente y con pocas pausas para pensar, porque, de una forma extraordinaria, sus planes habían madurado por completo mientras se preocupaba por María. La hoja estaba llena, la volvió y llenó la otra cara, y el plan estaba delineado ya con todos sus detalles. Escribió la conclusión:

Respetuosamente expuesto por su obediente servidor,

Horatio Hornblower

Escribió la dirección:

Capitán sir E. Pellew

Navío de Su Majestad Tonnant

Cuando la segunda carta estuvo sellada, cogió ambas en la mano. Una nueva vida en la una, y la muerte y el dolor en la otra. Qué pensamiento más extravagante... Lo más importante era saber si Pellew aprobaría sus sugerencias.

CAPÍTULO 8



Hornblower yacía en su coy esperando que pasara el tiempo. Hubiera preferido dormir, pero durante la siesta de la tarde el sueño se había negado a acudir. De todos modos, era mejor quedarse allí descansando, porque iba a necesitar todas sus fuerzas en la noche que se avecinaba. Y si seguía sus inclinaciones y salía a cubierta, no sólo se cansaría, sino que revelaría su ansiedad y su tensión a sus subordinados. Así que se quedó allí, intentando relajarse, echado de espaldas con las manos detrás de la cabeza. Los sonidos que procedían de cubierta le hablaban del progreso rutinario del barco. Justo por encima de su cabeza, la aguja registradora de rumbo que había encajada en los baos de la cubierta registraba las pequeñas alteraciones de rumbo del *Hotspur* cuando estaba al paio, y estas variaciones podían ser puestas en relación con el jugueteo de los rayos de sol que entraban por las ventanas de popa, ahora cubiertas por cortinas por las que los rayos del sol se colaban cuando oscilaban suavemente con el movimiento del barco. La mayoría de los capitanes ponían cortinas e incluso tapizaban su cabina con alegres telas de chinz o incluso, si eran ricos, de damasco, pero estas cortinas suyas eran de lona. Eran de la mejor lona del número ocho, lona para velas encontrada en el barco, y sólo llevaban puestas un par de días. Hornblower pensó con agrado en aquello, porque había sido un regalo que le había hecho la cámara de oficiales. Bush, Prowse y el cirujano, Wallis, y el sobrecargo, Huffnell, le habían presentado aquello después de una misteriosa solicitud de Bush de que les dejara entrar en su cabina durante un momento en su ausencia. Hornblower volvió a la cabina y encontró allí a la delegación y la cabina transformada. Había cortinas y cojines (con relleno de estopa) y una colcha muy alegre, con rosas rojas y azules y hojas verdes pintadas con pintura de barco por algún anónimo artista de la tripulación. Hornblower miró en torno suyo asombrado, sin poder ocultar su alegría. No era el momento de adoptar un aire severo, como nueve de cada diez capitanes habrían hecho ante tal injustificable libertad por parte de la cámara de oficiales. No pudo sino agradecerse con vacilantes frases, pero después de pensarlo bien y encarar la situación de forma realista sintió aún un placer mayor. No lo habían hecho como una broma, o como un torpe intento de ganarse su favor. Tenía que creer lo increíble, y aceptar el hecho de que lo habían hecho simplemente porque les caía bien. Eso mostraba lo muy equivocados que estaban; la gratificación y la culpa se debatieron en su mente, aunque el hecho de que se hubiesen atrevido a hacer tal cosa era una extraña pero innegable confirmación de que el *Hotspur* estaba convirtiéndose en un verdadero equipo, una unidad de lucha.

Grimes llamó a la puerta y entró.

—Llaman a la guardia, señor —informó.

—Gracias. Ya voy. —Los pitidos de los silbatos y los gritos de los oficiales de mar resonando por el barco hacían superfluas las palabras de Grimes, pero Hornblower tenía que representar el papel de hombre que se acaba de despertar. Se ató de nuevo el corbatín y se puso la casaca, los zapatos y salió a cubierta. Bush estaba allí con papel y pluma en la mano.

—El semáforo ha estado haciendo señales, señor —informó—. Dos mensajes largos a las cuatro y cuarto y a las cuatro y media. Dos más cortos a... Ahí están de nuevo, señor.

Los largos y esqueléticos brazos del semáforo se movían espasmódicamente arriba y abajo y de nuevo abajo.

—Gracias, señor Bush —bastaba con saber que el semáforo estaba ocupado. Hornblower tomó el catalejo y lo apuntó hacia el mar. El Escuadrón de la Costa quedaba claramente perfilado contra el claro cielo; el sol, justo encima del horizonte, brillaba tanto que no podía mirar hacia él, pero el escuadrón estaba bastante al norte.

—El *Tonnant* está haciendo señales de nuevo, señor, pero es una señal noventa y uno —informó Foreman.

—Gracias.

Se había acordado que todas las señales con banderas del *Tonnant* precedidas por el numeral noventa y uno no debían ser tenidas en cuenta. El *Tonnant* sólo las hacía para engañar a los franceses de Petit Minou y hacerles creer que el Escuadrón de la Costa estaba planeando alguna acción bélica.

—Allá va la *Naiad*, señor —dijo Bush.

Bajo poca vela, la fragata estaba deslizándose hacia el norte de su puesto en el sur, donde había estado vigilando la bahía de Camaret, yendo a reunirse con los grandes barcos y la *Doris*. El sol estaba ahora tocando el mar; pequeñas variaciones en la humedad del aire causaban extraños fenómenos de refracción, de modo que el disco rojizo se veía ligeramente deformado mientras se iba hundiendo.

—Están levantando el bote largo de sus calzos, señor —indicó Bush.

—Sí.

El sol estaba ya metido a medias en el mar, y la mitad que quedaba se veía aumentada por la refracción al doble de su tamaño normal. Había todavía mucha luz para un observador con un buen catalejo en Petit Minou (e indudablemente habría uno allí), que podía observar los preparativos que se estaban llevando a cabo en la cubierta de la *Doris* y en los barcos grandes. El sol desapareció por completo. Por encima de donde se había ocultado, una pequeña franja de nube tenía un brillo dorado, y luego, mientras la miraba, se coloreó de rosa. La oscuridad estaba cayendo sobre ellos.

—Envíe los hombres a las brazas, por favor, señor Bush. Hinche la gavia y dispóngala amurada a estribor.

—Amurada a estribor. Sí, señor.

El *Hotspur* se dirigía hacia el norte en la noche creciente, siguiendo a la *Doris*, hacia los grandes barcos y el cabo Mathieu.

—Allá va el semáforo de nuevo, señor.

—Gracias.

Había la luz suficiente en el cielo oscurecido para ver los brazos telegráficos silueteados contra la oscuridad, transmitiendo el último movimiento de los británicos, esa concentración hacia el norte... esa relajación de la presa de la marina británica sobre los pasajes del sur.

—Déjenlo ir —dijo Hornblower a los timoneles en la caña—. No dejen que las ranas vean qué estamos tramando.

—Sí, señor.

Hornblower se estaba poniendo nervioso. No quería dejar el paso de Toulinguet demasiado lejos por detrás. Volvió su catalejo hacia el Escuadrón de la Costa. Ahora veía una tira de cielo rojo a lo largo del horizonte (la última luz del día), y destacadas sobre el fondo, las velas de los barcos de línea sobresalían en negro. El rojo estaba desvaneciéndose rápidamente, y por encima Venus era ya visible. Pellew, allá arriba, estaba aguantando hasta el último momento. Pellew no era sólo un hombre de nervios de acero, sino que, además, nunca subestimaba a sus enemigos. Al fin, los rectángulos de las gavias silueteadas se acortaron, dudaron y se extendieron de nuevo.

—El Escuadrón de la Costa está virando para ceñir, señor.

—Gracias.

Las gavias estaban ya fuera de la vista al oscurecerse por completo el cielo. Pellew había calculado los movimientos a la perfección. Un buque francés en Petit Minou no podía sino pensar que Pellew, mirando hacia el este y viendo el cielo completamente oscuro, había creído que sus barcos eran invisibles y se había colocado para ceñir el viento sin darse cuenta de que el movimiento podía ser visto todavía por un observador que mirara hacia el oeste. Hornblower miró en torno a él. Le dolían los ojos, así que sujetándose a la batayola los cerró para descansarlos. Luego los volvió a abrir. La luz había desaparecido del todo. Venus brillaba donde antes había estado el sol. Las figuras junto a él eran casi invisibles. Ahora se podían contemplar ya un par de las estrellas más brillantes, y el *Hotspur* ya no debía de ser visible para aquel desconocido observador en Petit Minou. Tragó saliva, cobró ánimos y se puso manos a la obra.

—¡Aferrar gavias y juanetes!

Los marineros subieron a toda prisa. En la suave noche, la vibración de las

cuadernas mientras cincuenta hombres subían por los flechastes se percibía con toda claridad.

—Ahora, señor Bush, vire el barco a sotavento, por favor. Rumbo: sur una cuarta al suroeste.

Enseguida tuvo que dar la siguiente orden.

—¡Arrien los masteleros de juanete!

Entonces la práctica y el entrenamiento demostraron su eficacia. En aquella oscura noche, lo que habían practicado como laborioso ejercicio fue realizado sin una sola vacilación.

—Largar las velas de estay del mastelero de proa y del mastelero de mayor. Arriar el trinquete.

Hornblower fue hacia la bitácora.

—¿Cómo se comporta con estas velas?

Hubo una pausa mientras la casi invisible figura al timón lo giraba a un lado y otro como prueba.

—Bastante bien, señor.

—Muy bien.

Hornblower había alterado la silueta del *Hotspur* tanto como había podido. Únicamente con las velas de popa y proa, el rumbo principal ya establecido y los masteleros de juanete arriados, y con aquella oscuridad, incluso un marino experto tendría que mirar dos o tres veces para reconocer lo que veía. Hornblower examinó el mapa a la débil luz de la bitácora. Se concentró en él y juzgó innecesario el esfuerzo. En los últimos dos días había memorizado todo aquel sector. Estaba fijo en su mente, y se veía capaz de reproducirlo mentalmente a la perfección hasta el día de su muerte... que podía ser aquél. Miró hacia arriba y comprobó, tal como esperaba, que la exposición a aquella débil luz había cegado temporalmente sus ojos en la oscuridad. No volvería a hacerlo.

—¡Señor Prowse! Puede examinar el mapa a partir de ahora cuando lo considere necesario. ¡Señor Bush! Elija a los dos mejores hombres que tenga con el escandallo y mándemelos a popa. —Cuando las dos oscuras figuras se presentaron ante Hornblower, éste les dio unas breves órdenes—. Colóquense en los cadenotes a cada lado. No quiero que hagan ni un solo ruido si pueden evitarlo. No hagan un lanzamiento a menos que yo lo ordene. Tiren de los cabos y luego suéltelos a cuatro brazas. Estamos haciendo tres nudos por el agua, y cuando empieza la marea casi tocaremos el fondo. Mantengan cogidos los cabos e informen en voz baja de lo que noten. Pondremos unos hombres para que pasen la voz. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Sonaron cuatro campanadas para señalar el final de la guardia de segundo cuartillo.

—Señor Bush, es la última vez que suena la campana. Ahora ya puede llamar a zafarrancho de combate. No, espere un momento, por favor. Quiero que cargue los cañones con dos salvas de disparos cada uno y los saque. Coloque las cuñas y los cañones abatidos al máximo. Y tan pronto como los hombres estén en sus puestos, no quiero oír ni un sonido más. Ni una palabra, ni un susurro. El hombre que deje caer una barra en cubierta recibirá dos docenas de latigazos. Ni el menor ruido.

—Sí, señor.

—Muy bien, señor Bush. Adelante.

Se oyó un sordo ruido traqueteante mientras los marineros se dirigían a sus puestos, se abrían las portas y los cañones se colocaban en batería. Se hizo el silencio en el barco. Todo estaba listo, desde el artillero abajo en la santabárbara hasta el vigía en la cofa de trinquete, mientras el *Hotspur* se dirigía silenciosamente hacia el sur con el viento un poco a popa del través.

—Una campanada en la primera guardia, señor —susurró Prowse, volviendo el reloj de arena de la bitácora.

Hacia una hora, la marea había empezado a subir. En otra media hora, los barcos de cabotaje apiñados hacia el sur, protegidos al abrigo de las baterías de Camaret, estarían desamarrando. No, estarían haciéndolo en aquel mismo momento, porque tenían que tener agua suficiente. Estarían levando anclas para pasar con la marea el peligroso paso de Toulinguet, doblando el cabo y por el Goulet. Esperarían llegar a las Jovencitas y alcanzar la seguridad, llevados por la marea hacia los fondeaderos de Brest, donde la flota francesa esperaba con ansiedad las provisiones, cordajes y lona con los que iban cargados. Hacia el norte, de espaldas al Petit Minou, Hornblower podía imaginar la actividad y excitación consiguientes. Seguramente habrían notado los movimientos del Escuadrón de la Costa. Ojos penetrantes situados en la costa francesa habrían contado a las mentes ansiosas los preparativos insuficientemente ocultos para realizar una concentración de fuerzas y asestar un duro golpe. Cuatro barcos de línea y dos grandes fragatas podían reunir una fuerza de desembarco (incluso sin servirse de la flota principal) de mil hombres o más. Probablemente había dos veces más hombres de la infantería y la artillería francesa a lo largo de la costa en aquel lugar, pero, dispersos a lo largo de cinco millas, eran vulnerables a un ataque repentino lanzado a un punto inesperado en una noche oscura. También se encontraba allí un gran número de barcos de cabotaje, refugiados bajo las baterías del extremo lejano del cabo Mathieu. Habían ido deslizándose de batería en batería durante centenares de millas (tardando semanas en hacerlo) y ahora estaban apiñados en las pequeñas radas y bahías esperando una oportunidad para completar el último y más peligroso tramo hacia Brest. La aproximación amenazadora del Escuadrón de la Costa les pondría nerviosos en caso de que los británicos estuvieran planeando algún nuevo ataque, una expedición de castigo o un brulote, o un barco bomba, o incluso

esos cohetes recién inventados. Pero al menos esa concentración de fuerzas británicas hacia el norte dejaba el sur sin vigilancia, como la estación de señales de Petit Minou iba a encargarse de informar. Los barcos de cabotaje en torno a Camaret (chasse-marées, es decir, lugres) podrían tomar ventaja de la marea a través del tremendamente peligroso paso de Toulinguet hacia el Goulet. Hornblower esperaba, de hecho confiaba en ello, que el *Hotspur* no hubiera sido visto volviendo atrás para interceptar ese hueco en la barrera. Tenía seis pies de calado menos que cualquier fragata, apenas más que el gran chasse-marées, y si maniobraban con valentía, su llegada entre las rocas y bajíos de Toulinguet sería totalmente inesperada.

—Dos campanadas, señor —susurró Prowse. En aquel momento, la marea estaría adquiriendo mayor rapidez, con unas olas de cuatro nudos, de unos treinta pies de alto, que corrían desbocadas a través del paso de Toulinguet y en torno a las rocas Council, en el Goulet. Los marineros se estaban comportando bien; sólo dos veces algún nervioso había empezado a trastear en la oscuridad, para ser instantáneamente reprendido por severos siseos de los oficiales de mar.

—Tocando fondo a estribor, señor —llegó un susurro de la pasarela, y enseguida —: Tocando fondo a babor.

Los hombres de los escandallos tenían veinticuatro pies de cabo entre la sonda y la superficie del agua, pero con el barco moviéndose suavemente de aquella manera, hasta los pesados escandallos eran arrastrados un poco hacia atrás. Debía de haber sólo unos dieciséis pies... cinco pies de margen.

—Pase la voz. ¿Qué tipo de fondo es?

En diez segundos llegó la respuesta:

—Arena, señor.

—Debemos de estar junto a las rocas Council, señor —susurró Prowse.

—Sí. Cabo de derrota, una cuarta a estribor.

Hornblower miró a través del catalejo nocturno. Apenas se veía la oscura línea de la costa. Sí, y había un resplandor blanco, unas suavísimas olas que rompían en las rocas Council. Un susurro desde la pasarela:

—Ahora fondo rocoso, señor, con bajíos.

—Muy bien.

En el pescante de estribor se podía vislumbrar también una débil blancura. Era el oleaje que rompía en el agreste laberinto de rocas y bajíos del exterior del Passage: Corbin, Trepieds y demás. La ligera brisa nocturna se mantenía estable.

—Pase la voz. ¿Qué fondo?

La pregunta aguardó respuesta durante un rato, porque la cadena de comunicación se rompió y hubo que repetir todo el proceso. Al final llegó.

—Rocoso, señor. Pero apenas nos estamos moviendo por encima.

Así que el *Hotspur* ahora, estaba estancado por la marea alta, suspendido en la

oscuridad, con menos de una yarda de agua bajo su quilla, la marea fluyendo a su alrededor y el viento empujándolo hacia ella. Hornblower resolvió mentalmente el problema.

—Cabo de derrota, dos cuartas a babor.

Tuvo que hacer muchos cálculos, ya que el *Hotspur* estaba braceado a rabiarse (por dos veces las velas de estay habían flameado como advertencia) y había deriva suficiente mientras el *Hotspur* se deslizaba oblicuamente por la marea.

—Señor Bush, vaya adelante hacia los cadenotes de babor y vuelva para informar.

Qué noche más encantadora aquélla, con aquel aire embalsamado soplando entre las jarcias, las brillantes estrellas y el suave ruido de las olas.

—Nos movemos sobre el fondo, señor —susurró Bush—. Fondo rocoso, y el escandallo de babor bajo el barco.

El movimiento como de cangrejo del *Hotspur* estaba produciendo aquel efecto.

—Tres campanadas, señor —informó Prowse.

Habría agua suficiente ahora para que los barcos de cabotaje salvaran los bajíos de Rougaste y entrasen en el canal. La cosa no podía demorarse mucho más, porque la marea no iba a durar más de cuatro horas y media y los barcos de cabotaje no se podrían permitir perder más tiempo... o así lo había calculado él cuando hizo su sugerencia a Pellew, para aquella noche sin luna con la marea en aquel punto. Pero, por supuesto, todo el asunto podía acabar en un fracaso absoluto, aunque el *Hotspur* no tocara siquiera a las amenazadoras rocas que rodeaban su curso.

—¡Mire, señor! ¡Mire! —exclamó en voz baja Bush con precipitación—. ¡Una cuarta a proa del través!

Sí. Una forma oscura, un núcleo más oscuro en la oscura superficie. Más que eso: el chapoteo de un remo.

Y aún más: otras formas oscuras más allá. Según las últimas noticias, había cincuenta barcos de cabotaje en Camaret, y era muy probable que intentaran pasar todos juntos.

—Ponga a trabajar la batería de estribor, señor Bush. Avise a los hombres de los cañones. Espere mi orden y dispare.

—Sí, señor.

A pesar de las precauciones que había tomado, el *Hotspur* sería mucho más visible que los barcos de cabotaje; por aquel entonces ya habría sido avistado. A no ser que el buque francés estuviera preocupado con sus problemas de navegación. ¡Ah! Se oyó un grito procedente del barco más cercano, una retahíla de gritos y avisos.

—¡Abra fuego, señor Bush!

Un relámpago rojo en la oscuridad, un estruendo ensordecedor, el olor a pólvora. Otro relámpago, otro estruendo. Hornblower buscó torpemente el megáfono,

dispuesto a hacerse oír entre el estrépito. Pero Bush se estaba comportando de forma admirable, y los artilleros mantenían la sangre fría; los cañones salían uno a uno cuando los capitanes se aseguraban de los blancos. Al apuntar bajo, las dos balas arrojadas desde cada uno barrerían la lisa superficie del mar. Hornblower creyó oír gritos de los barcos tocados, pero los cañones estaban disparando seguido, con muy breves intervalos. El suave viento barría el humo por encima del barco, nubes enteras que se arremolinaban como oscuras olas en torno a Hornblower. Se hizo a un lado para salir del humo. El estruendo era ahora continuo; los cañones disparaban, las cureñas retumbaban por la cubierta, los artilleros chillaban órdenes. El relámpago de un cañón iluminó algo allí cerca, por encima de la borda... un barco que se hundía, con la cubierta al mismo nivel del agua. Su frágil costado debía de haber sido destrozado por media docena de cañonazos. Un grito procedente de los cadenotes se dejó oír, penetrante, en medio del estrépito.

—¡Aquí viene uno de ellos a bordo!

Algún nadador desesperado había alcanzado el *Hotspur*. Hornblower podía dejar que Bush se ocupase de los prisioneros. Había más formas oscuras a estribor, más blancos que se presentaban ante ellos. El grueso de los barcos de cabotaje estaba siendo arrastrado por la marea de tres nudos que el *Hotspur* contenía con la ayuda del viento. Arrastrados por sus remos, los marineros franceses posiblemente no podrían combatir la marea. Tampoco podían dar la vuelta; virar a un lado sí era posible... pero en un lado estaban las rocas Council, y en el otro Corbin y Trepieds y todo el cúmulo de arrecifes que los rodeaban. El *Hotspur* estaba experimentando las mismas sensaciones que Gulliver; era un gigante comparado con aquellos barcos liliputienses después de haber sido un enano en su encuentro con la *Loire*, procedente de Brobdingnag.

A babor, Hornblower vio media docena de fuegos. Sería la batería de Toulinguet, a dos mil yardas de distancia. A aquella distancia podían ir probando puntería, disparando a los relámpagos de los cañones del *Hotspur*. El *Hotspur*, moviéndose todavía lentamente por el fondo, era un blanco móvil, y los franceses, por miedo a dar a los barcos de cabotaje, no podrían apuntar con libertad. Disparar de noche en aquellas condiciones era un desperdicio de pólvora y municiones. Foreman gritaba, lleno de excitación, a la tripulación de la carronada del alcázar.

—¡Ése está encallado! ¡Dejadlo... están tiesos!

Hornblower se volvió para mirar. El barco en cuestión estaba indudablemente en las rocas y por lo tanto no valía la pena dispararle. Mentalmente, concedió un punto de aprobación a Foreman, que a pesar de su juventud y su excitación seguía manteniendo la cabeza fría, aunque hiciera uso del vulgar vocabulario de los marineros.

—Cuatro campanadas, señor —informó Prowse entre el infernal ruido. Era una

forma abrupta de recordar a Hornblower que también debía mantener la serenidad. Era difícil pensar y calcular, más difícil todavía recordar el mapa, y sin embargo tenía que hacerlo. Se dio cuenta de que el *Hotspur* no tenía demasiado espacio en el costado de tierra.

—Vire el barco... señor Prowse —dijo, y recordó demasiado tarde que debía usar las palabras formales—. Ceñir por babor.

—Sí, señor.

Prowse cogió el megáfono y de algún lugar en la oscuridad, unos hombres disciplinados salieron corriendo a las escotas y brazas. Mientras el *Hotspur* giraba, otra oscura forma se acercó a él desde el canal.

—*Je me rends! Je me rends!* —gritaba una voz desde allí.

Alguien en aquel barco estaba intentando rendirse antes de que una andanada del *Hotspur* le hiciera saltar en pedazos. Finalmente golpeó contra el costado mientras la corriente lo arrastraba, y entonces se liberó... Su rendición había sido prematura, porque ahora había pasado al *Hotspur* y se desvanecía en la lejana oscuridad.

—Cadenotes, allí —gritó Hornblower—. Tomen una medición del escandallo.

—¡Dos brazas! —llegó el grito como respuesta. Sólo había seis pulgadas bajo la quilla del *Hotspur*, pero ya estaba alejándose de los peligros de un lado y aproximándose a los del otro.

—¡Los hombres a los cañones de babor! ¡Sigán con la sonda a estribor!

El *Hotspur* estaba estabilizando de nuevo su rumbo cuando otro desgraciado barco apareció ante ellos. En la momentánea quietud, Hornblower pudo oír la voz de Bush que avisaba a los artilleros de los cañones de babor, y luego llegó el estruendo de los disparos. El humo se arremolinó en torno a ellos, y a través de las nubes llegó el grito del sondador.

—¡Marca tres!

El humo y el escandallo contaban historias contradictorias.

—¡Tres y media!

—El viento debe de estar rolando, señor Prowse. Mantenga la vista en la bitácora.

—Sí, señor. Y han sonado cinco campanadas, señor.

La marea estaba casi en su cénit; otro factor a tener en cuenta. En la carronada de babor del alcázar, la tripulación estaba revirando su arma en redondo hasta el límite de su arco, y Hornblower, mirando por encima de la aleta, pudo ver un barco escapando por la popa del *Hotspur*. Dos relámpagos iluminaron la forma oscura, y un simultáneo estallido se dejó oír bajo los pies de Hornblower. Aquel barco tenía los cañones montados y estaba disparando una andanada con sus cañones de juguete, y al menos un disparo había dado en el blanco. Sería un cañón de juguete, quizá, pero incluso un cañón del cuatro podía abrir un agujero en el frágil costado del *Hotspur*. La carronada rugió como réplica.

—Orzad un poco —dijo Hornblower a los cabos de derrota. Su mente estaba registrando simultáneamente los gritos de los hombres con los escandallos—. ¡Señor Bush! Ayude a los cañones de babor mientras orzamos.

El *Hotspur* ciñó el viento; en la cubierta principal sonaban crujidos y gruñidos mientras los hombres de los cañones trabajaban con los espeques para apuntar sus armas.

—¡Apunten! —gritó Bush, y después de unos tensos segundos añadió—: ¡Fuego!

Los cañones dispararon casi juntos, e inmediatamente después Hornblower creyó oír (aunque estaba seguro de equivocarse) el impacto del disparo en el casco del barco de cabotaje. La verdad es que al cabo de un momento oyó gritos y exclamaciones que procedían de aquella dirección mientras el humo le cegaba, pero no tenía tiempo para pensar en eso. Sólo le quedaba media hora de marea alta. No podían venir más barcos por el canal, porque si lo hacían, no podrían rodear las rocas Council antes de que empezara el reflujó. Y era el momento adecuado para sacar el *Hotspur* de los escollos y bajíos que lo rodeaban. Necesitaba lo que le quedaba de marea para sacarlo de allí, e incluso con media marea era probable que tocara fondo y quedara ignominiosamente encallado, indefenso, a plena luz del día, bajo el fuego de la batería de Toulinguet.

—Es hora de despedirse —dijo a Prowse. Se dio cuenta, conmocionado, de que la tensión y la excitación debían de haberle alterado, porque de otro modo no habría dicho una cosa tan ridícula. Debía controlarse durante mucho rato todavía. Sería mucho más peligroso tocar fondo con marea baja que con la alta. Tragó saliva y se tranquilizó, recuperando el autodomínio con gran esfuerzo.

—Yo maniobraré el barco, señor Prowse —levantó el megáfono—. ¡Todos los marineros a las brazas! ¡Virad a sotavento!

La siguiente orden al timón hizo que el barco cambiara de bordada, mientras Prowse comprobaba el rumbo en la bitácora. Ahora tenía que abrirse camino a través de los peligros que les acechaban. Los hombres, completamente despreocupados, tendían a mostrar su júbilo mediante ruidosas expansiones, pero una agria reprimenda de Bush les silenció, y el *Hotspur* se quedó tan quieto y callado como una iglesia mientras iba deslizándose hacia afuera.

—El viento ha rolado tres cuartas desde la puesta de sol, señor —informó Prowse.

—Gracias.

Con el viento un poco a popa del través el *Hotspur* maniobraba con facilidad, pero aquella vez el instinto tenía que sustituir al cálculo. Hornblower era consciente de que había llegado al límite extremo de la seguridad en aguas altas, sobre unos bajíos apenas cubiertos por la marea alta. Tenía que encontrar su camino de salida con ayuda del escandallo y por lo que se pudiera ver de la costa y de los bajíos. El timón giró a un lado y otro mientras el barco se abría camino. Durante unos pocos y

peligrosos segundos estuvo navegando a sotavento, pero Hornblower pudo ordenar que la caña girara de nuevo justo a tiempo.

—Marea muerta, señor —informó Prowse.

—Gracias.

Por si faltaba por intervenir alguno de los incalculables factores posibles, ahora, marea muerta. El viento llevaba varios días soplando ligero pero constante desde el sudeste. Tenía que añadir aquello a los demás factores.

—¡Marca cinco! —gritó el hombre de la sonda.

—¡Gracias a Dios! —murmuró Prowse.

Por primera vez el *Hotspur* tenía casi veinte pies de agua bajo la quilla, pero todavía sobresalían las puntas de algunas rocas que lo amenazaban.

—Una cuarta a estribor —ordenó Hornblower.

—¡Marca seis!

—¡Señor Bush! —Hornblower debía mostrarse sereno y tranquilo. No podía dejar asomar su alivio, ningún sentimiento humano, aunque en su interior el deseo de reír como un idiota pugnara con el espantoso cansancio que sentía—. Por favor, trinque los cañones. Y ya puede despedir a los hombres de esos puestos.

—Sí, señor.

—Debo darle las gracias, señor Prowse, por su inapreciable ayuda.

—¿A mí, señor? —Prowse siguió quitándose importancia con balbuceos incoherentes. Hornblower podía imaginar las enormes mandíbulas mascullando con sorpresa, y pasó por alto los balbuceos.

—Puede poner el barco al paio, señor Prowse. No queremos que el amanecer nos sorprenda bajo los cañones del *Petit Minou*, ¿verdad?

—No, señor, por supuesto que no, señor.

Todo iba bien. El *Hotspur* había entrado y salido de nuevo. Los barcos de cabotaje del sur habían recibido una lección que no olvidarían en mucho tiempo.

Y la noche ya no era tan oscura. No se trataba de que los ojos se hubieran acostumbrado a la oscuridad, sino de algo más definido. Las caras ya eran un borrón blanco, visible al otro lado de la cubierta. Mirando a popa, Hornblower podía ver las bajas colinas de Quelern sobresaliendo en un oscuro relieve contra un cielo más claro, y mientras miraba un tinte plateado se fue haciendo visible paulatinamente por encima de sus cimas. Realmente, hasta aquel mismo momento se había olvidado de que la luna tenía que salir entonces. Ése era uno de los factores que había señalado en su carta a Pellew. La luna casi llena se alzó por encima de las colinas y resplandeció serenamente sobre el golfo. Los masteleros de juanete estaban siendo izados, se largaban las gavias y se arriaban ya las velas de estay.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Hornblower, refiriéndose a un sordo golpeteo en algún lugar hacia la proa.

—Un carpintero tapando un agujero de bala, señor —explicó Bush—. El último barco nos agujereó justo por encima de la línea de flotación de la banda de estribor, hacia adelante.

—¿Algún herido?

—No, señor.

—Muy bien.

Sus preguntas y su modo formal de terminar la conversación eran el resultado de un esfuerzo más de voluntad.

—Puedo confiar en que no se pierda ahora, señor Bush —repuso. No pudo evitar hacer aquella broma, aunque sabía que sonaría a falso. Los hombres en las brazas estaban poniendo las gavias en facha, y el *Hotspur* podía permanecer al paio en paz y tranquilidad—. Puede establecer las guardias ordinarias, señor Bush. Y haga que me llamen a las ocho campanadas de la guardia de en medio.

—Sí, señor.

Tenía cuatro horas y media de paz y tranquilidad ante él. Anhelaba el descanso con toda su mente y todo su cuerpo... El olvido, más que el descanso. Una hora después del amanecer, como muy tarde, Pellew esperaba su informe de los hechos de la tarde, y le costaría una hora escribirlo todo. Debía aprovechar la oportunidad de escribir a María para que la carta pudiera ser enviada al *Tonnant* junto con el informe y así tener una oportunidad de comunicarse con el mundo exterior. Le costaría mucho más escribir a María que a Pellew. Recordó algo. Tuvo que hacer un esfuerzo más.

—¡Ah, señor Bush!

—¿Señor?

—Enviaré un bote al *Tonnant* durante la guardia de la mañana. Si algún oficial, o alguno de los hombres, desea enviar cartas, tendrán esa oportunidad.

—Sí, señor. Gracias, señor.

En su cabina se enfrentó al ímprobo esfuerzo de quitarse los zapatos, pero la llegada de Grimes le salvó del apuro. Grimes le quitó los zapatos, le ayudó a despojarse de la casaca, desabrochó su corbatín. Hornblower le dejó hacer. Estaba demasiado cansado incluso para mostrarse reticente. Por un momento, se deleitó en la sensación de libertad de sus pies dentro de las medias, pero luego cayó con brazos y piernas extendidos en el coy, medio boca abajo, medio de lado, con la cabeza apoyada en las manos, y Grimes le cubrió a medias y salió.

Aquella no era la actitud más inteligente que se podía adoptar, tal como descubrió cuando Grimes le sacudió para que se despertara. Le dolían todas las articulaciones del cuerpo y no consiguió espabilarse ni siquiera mojándose la cara con agua de mar fría. Le costó salir de la resaca de aquel largo período de tensión, igual que a otros hombres les costaba salir de los efectos de una resaca alcohólica. Pero se había recuperado lo suficiente para mover su pluma dirigida hacia la izquierda, así que se

sentó y empezó su informe.

Señor:

Obedeciendo sus instrucciones, de fecha del 16 del presente mes, procedí durante la tarde del día 18...

Tuvo que abandonar el último párrafo hasta que la creciente luz del día le indicase lo que debía escribir en él, dejó la carta a un lado y tomó otra hoja de papel. Tuvo que morder el final de la pluma antes incluso de escribir el saludo de esta segunda carta, y cuando hubo escrito «mi querida esposa», la mordió otra vez antes de continuar. Sintió una especie de alivio al oír entrar a Grimes finalmente.

—Con los saludos del señor Bush, señor, la luz del día se acerca.

Aquello hizo posible que concluyera la carta.

«Y ahora, mi queridísima...». —Hornblower miró la carta de María para elegir una expresión cariñosa—. «Mi ángel, mi deber me llama una vez más a cubierta, así que debo acabar esta carta con...» —otro vistazo— «el amor más tierno a mi querida esposa, la amada madre del hijo por venir. Tu amante esposo, Horatio».

La luz del día se acercaba rápidamente cuando llegó a cubierta.

—Bracee la gavia, por favor, señor Young. Pondremos proa un poco hacia el sur. Buenos días, señor Bush. —Buenos días, señor.

Bush estaba ya tratando de ver hacia el sur por su catalejo. La luz que aumentaba y la distancia que disminuía dieron rápidos resultados.

—¡Ahí están, señor! Dios, señor... uno, dos, tres... y allí hay dos más en las rocas Council. Y parece que hay un buque naufragado allí en el paso navegable... Es uno de los que hemos hundido, supongo, señor.

En el brillante amanecer, la media marea revelaba unos pecios que salpicaban los bajíos y la costa, negra contra la luz cristalina. Eran los barcos que habían sido castigados por tratar de burlar el bloqueo.

—Están todos agujereados e inundados, señor —dijo Bush—. Ni una sola esperanza de salvamento.

Hornblower estaba ya componiendo en su mente el párrafo final de su informe: «Tengo razones para creer que no menos de diez de los buques de cabotaje fueron hundidos u obligados a huir durante ese encuentro. Este feliz resultado...».

—Es una fortuna perdida, señor —gruñó Bush—. Hay una bonita suma en dinero de presa en esas rocas.

Sin duda, pero en aquellos decisivos momentos de la última noche no existió posibilidad alguna de captura. El deber del *Hotspur* era destruir todo lo posible, y no llenar el bolsillo vacío de su capitán enviando botes a tomar posesiones, a costa de permitir escapar a la mitad de la presa. La réplica de Hornblower se vio interrumpida

cuando las tranquilas aguas a estribor hicieron erupción de pronto con tres sucesivos chorros de agua. Una bala de cañón había venido rebotando hacia ellos por encima de la superficie, para hacer su impacto final a la distancia de un cable. El sonido de un cañón alcanzó sus oídos en el mismo momento, y los catalejos levantándose al instante revelaron una nube de humo que borraba de la vista la batería de Toulinguet.

—Disparen, señores ranas —dijo Bush—. El daño está hecho.

—También podríamos asegurarnos de que estamos fuera de alcance de tiro —repuso Hornblower—. Cambie de bordada, por favor.

Estaba intentando con todas sus fuerzas imitar la completa indiferencia de Bush bajo el fuego. Se dijo que su actitud era inteligente, y no cobarde, al asegurarse de que no hubiera ninguna oportunidad de que acertara al *Hotspur* una andanada de cañones del veinticuatro, pero no se lo creyó demasiado.

Y sin embargo, sentía una gran satisfacción. Se había mordido la lengua cuando el tema del dinero de presa había aparecido en la conversación. Había estado a punto de estallar condenando todo ese pernicioso sistema, pero se las había arreglado para contenerse. En cualquier caso, Bush ya le consideraba un tipo estafalario, y si se hubiera divulgado su opinión sobre el dinero de presa (es decir, del sistema por el que se ganaba) Bush habría pensado que era algo más que excéntrico. Bush pensaría que estaba realmente loco, y que tenía ideas liberales, revolucionarias, subversivas y peligrosas.

CAPÍTULO 9



Hornblower se puso de pie, disponiéndose a bajar por la borda al bote que esperaba. Dio las instrucciones de modo formal, como correspondía.

—Señor Bush, queda usted al mando.

—Sí, señor.

Hornblower recordó mirar alrededor mientras se preparaba para descender. Miró ceñudamente a la guardia con guantes blancos que Bush había hecho confeccionar a unos marineros expertos para este propósito ceremonial, con cordón blanco y un gancho («crochet», le llamaban los franceses a ese procedimiento). Paseó sus ojos por los segundos contramaestres que silbaban su saludo de despedida. Entonces bajó por el costado. El pitido se detuvo en el mismo momento en que sus pies alcanzaron el banco de remeros: ésa era una medida de la altura de la obra muerta del *Hotspur*, porque según las normas de ceremonial, los honores cesaban en el momento en que la cabeza del oficial que partía estaba a nivel de cubierta. Hornblower gateó por las escotas de popa, estorbado por el sombrero, los guantes, la espada y el manto, y ladró una orden a Hewitt. El bichero liberó su presa y hubo un momento de aparente desorden mientras el bote dejaba el costado del buque y cuatro brazos musculosos a las drizas enviaban la vela al tercio al mastelero. Había algo decididamente extraño en estar sentado al mismo nivel del agua, con las verdes olas al alcance de la mano; habían pasado ocho semanas desde que Hornblower puso los pies fuera del barco por última vez.

El bote fijó su rumbo, navegando con soltura porque el viento había rolado al sur algunas cuartas, y Hornblower miró hacia atrás, al *Hotspur*, que quedaba al paio. Deslizó un ojo profesional por sus líneas, notando, ahora como observador externo, la altura relativa de sus palos, las distancias a las que estaban plantados, la inclinación del bauprés. Sabía mucho más ahora de la conducta del barco en navegación, pero siempre había cosas que aprender. No en aquel momento, sin embargo, porque un soplido de viento más fuerte escoró el bote y Hornblower se sintió de repente inseguro de lo que le rodeaba y de sí mismo. Las pequeñas olas que ni siquiera se notaban en el *Hotspur* eran monstruosas cuando se encontraba uno en un pequeño bote, que, además de escorar, ahora se elevaba y bajaba en picado de una manera de lo más desagradable. Después de la tranquilizadora solidez de la cubierta del *Hotspur* (una vez se acostumbró penosamente a su movimiento) ese nuevo entorno y esos nuevos movimientos espasmódicos eran muy inquietantes, especialmente ahora que Hornblower estaba excitado y tenso por la perspectiva que se abría ante él. Tragó saliva con fuerza, luchando contra el mareo que le había asaltado por sorpresa; para

distraer su mente, concentró su atención en el *Tonnant*, que se iba acercando despacio... demasiado despacio.

En el tope del mastelerillo de mayor ondeaba el codiciado gallardete ancho en lugar del estrecho que lucían otros barcos en servicio. Era la señal de un capitán con poderes ejecutivos sobre otros barcos además del suyo. Pellew no sólo estaba muy arriba en la lista de capitanes, sino claramente destinado a un cargo importante tan pronto como alcanzase el rango de capitán de bandera. Seguramente, algunos contraalmirantes de la flota del canal debían de estar amargamente celosos del cargo de Pellew al mando del Escuadrón de la Costa. Un bote se acostó a su banda de estribor, pintado de blanco y con puntos rojos, y con un diseño nada parecido al de los botes de uso corriente suministrados por la Oficina Naval. Hornblower podía ver los uniformes a juego blancos y rojos de la tripulación del bote. O bien la visita era de un capitán muy elegante... o, lo más probable, se trataba de un oficial general de la marina. Hornblower vio una figura con entorchados y charreteras subir por la borda, y a través del agua llegó el sonido de los silbatos y el ruido retumbante que indicaba a sus oídos una banda tocando. Al momento siguiente, la insignia blanca apareció en el tope del mastelero de velacho. ¡Un vicealmirante de la Armada! No podía ser otro que el propio Cornwallis.

Hornblower se dio cuenta de que esa reunión a la cual había sido convocado mediante la breve señal «Todos los capitanes» era algo más que una reunión social. Miró con desaliento sus raídas ropas, y recordó entonces abrir su manto y mostrar la charretera de su hombro izquierdo, un objeto pobre y gastado de latón, que databa del tiempo de su temprano nombramiento como comandante, hacía dos años. Hornblower vio con claridad al oficial de guardia, a la espera en la pasarela, guardar su catalejo y dar una orden que hizo alejarse de allí a cuatro de los ocho guardias con guantes blancos, para que un simple comandante no compartiera los honores dispensados a un vicealmirante. El bote del almirante se había desviado ya y el del *Hotspur* tomó su lugar, y Hornblower, aun mareado y nervioso, no lo estaba tanto como para no preocuparse por la forma en que era tratado, por si no reflejaba suficientemente la reputación de su barco. La preocupación, sin embargo, fue instantáneamente sustituida por la necesidad de concentración en el proceso de subir por la borda. Aquél era un soberbio barco de doble cubierta, y aunque la amplia entrada ayudaba bastante, para el larguirucho Hornblower, cargado como iba, subir con cierta dignidad resultó bastante difícil. Al final, como pudo, llegó a cubierta, y a pesar de su timidez y turbación, recordó tocar el sombrero como saludo a la guardia que presentaba armas ante él.

—¿Capitán Hornblower? —inquirió el oficial de la guardia. Le conocía por la única charretera en su hombro izquierdo, el único comandante en el Escuadrón de la Costa, quizás el único en la flota del canal—. Este joven caballero le hará de guía.

La cubierta del *Tonnant* parecía increíblemente espaciosa después de la angosta cubierta del *Hotspur*, porque el *Tonnant* no era un simple setenta y cuatro cañones. Era un ochenta y cuatro, con dimensiones y escantillones dignos de un barco de triple cubierta. Era un recuerdo de la época en que los franceses construían grandes barcos en la esperanza de imponerse a los setenta y cuatro de los británicos por pura fuerza bruta, en lugar de por habilidad y disciplina. Cómo había resultado aquella empresa lo probaba el hecho de que el *Tonnant* ahora llevara bandera inglesa. Las grandes cabinas de popa habían sido convertidas en una sola estancia para Pellew, en ausencia de un oficial general permanente a bordo. Todo era increíblemente lujoso. Una vez pasado el centinela, las cubiertas estaban alfombradas... alfombras Wilton auténticas, en las que se hundían los pies sin hacer ruido. Había una antesala con un mayordomo que llevaba unos impecables pantalones blancos de dril y recogió el sombrero, el manto y los guantes de Hornblower.

—El capitán Hornblower, señor —anunció el joven caballero, abriendo la puerta.

Los baos de cubierta estaban sólo a seis pies de alto por encima de la alfombra, y Pellew estaba ya tan acostumbrado a ello que avanzó para estrecharle la mano sin titubear, en contraste con Hornblower, que, con sus cinco pies y once pulgadas de altura, se agachó instintivamente al entrar.

—Encantado de verle, Hornblower —saludó Pellew—. Realmente encantado. Tengo muchas cosas que decirle, porque las cartas son siempre limitadas. Pero tengo que hacer las presentaciones. Conoce ya al almirante, ¿verdad?

Hornblower estrechó la mano de Cornwallis, murmurando las mismas cortesías que ya había dirigido a Pellew. Siguieron más presentaciones, nombres conocidos para todos los que habían leído en la *Gazette* los relatos de grandes victorias navales: Grindall del *Prince*, Marsfield del *Minotaur*, lord Henry Paulet del *Terrible*, y media docena más. Hornblower se sentía deslumbrado, aunque acababa de entrar desde un mundo exterior bañado en brillante luz. En todo aquel batallón había otro oficial con una sola charretera, pero la llevaba en el hombro derecho, prueba de que él también había llegado al glorioso título de capitán de rango y sólo tenía que seguir con vida para añadir una segunda charretera al llegar a los tres años de antigüedad y (si vivía muchos años) finalmente llegar a las excelsas alturas de capitán de bandera. Había mucha más distancia entre éste y un comandante que entre un comandante y un simple teniente de navío.

Hornblower se sentó en la silla que le ofrecieron, echándola instintivamente hacia atrás como para hacerse, él, el más novato, el infinitamente más novato de los oficiales, tan invisible como pudiera. La cabina estaba forrada de una tela muy rica (damasco, supuso Hornblower) con dibujos de color nuez moscada y azul muy discretos y sin embargo muy agradables a la vista. La luz del día entraba a raudales por una gran ventana de popa, y se reflejaba en las lámparas de plata que se

balanceaban. Había un estante con libros, algunos encuadernados en excelente piel, pero el agudo ojo de Hornblower descubrió entre ellos desvencijados ejemplares de la Guía de la Marina y las publicaciones del Almirantazgo sobre las costas de Francia. En el extremo más lejano había dos largos objetos muy cubiertos de tela para que no se apreciase su forma y quedaran resguardadas, de modo que las personas no iniciadas no pudieran sospechar que debajo había dos carronadas del dieciocho.

—Debe costar al menos cinco minutos preparar esta sala para el zafarrancho de combate, sir Edward —observó Cornwallis.

—Cuatro minutos y diez segundos cronometrados, señor —respondió Pellew—, para guardarlo todo, incluyendo los mamparos.

Otro asistente, también con níveos pantalones de dril, entró en aquel momento y dijo unas palabras en tono bajo a Pellew, como un mayordomo experto de una casa ducal, y Pellew se puso en pie.

—La cena, caballeros —anunció—. Permítanme que les muestre el camino.

Una puerta abierta en el mamparo de los guardia-marinas revelaba un comedor, una mesa rectangular con un mantel de damasco blanco, brillante plata y vasos relucientes, y más asistentes con pantalones blancos permanecían alineados contra el mamparo. Había pocas dudas acerca del asiento que ocuparía cada uno, ya que todos los capitanes de la Armada, naturalmente, habían estudiado su lugar en la lista de capitanes hasta su promoción. Hornblower y el capitán de la única charretera se estaban colocando a los pies de la mesa cuando Pellew los detuvo.

—Como sugerencia del almirante —anunció—, hoy vamos a prescindir de la precedencia habitual. Encontrarán sus nombres en unas tarjetas en cada sitio.

Así que se inició una febril búsqueda; Hornblower se encontró sentado entre lord Henry Paulet y Hosier, del *Fame*, y frente a él estaba el mismo Cornwallis.

—Le hice la sugerencia a sir Edward —estaba diciendo Cornwallis mientras tomaba asiento con despreocupación—, porque de otro modo siempre nos encontramos sentados junto a nuestros vecinos en la lista de capitanes. Especialmente en el servicio de bloqueo, hay que procurar que haya más variedad.

Se arrellanó en su asiento, y cuando lo hubo hecho, los más jóvenes siguieron su ejemplo. Hornblower, muy cuidadoso con los modales, no pudo impedir sin embargo a su voz interior que añadiera, malévolamente, una ordenanza más a las normas del ceremonial naval, en concreto a la que establece que la cabeza del oficial debe alcanzar el nivel de la cubierta principal: «cuando la espalda del almirante toque el asiento de su silla».

—Pellew prepara buenas cenas —dijo lord Henry, ansiosamente, examinando los platos que estaban colocando los mayordomos en la mesa. La fuente más grande fue colocada frente a él, y cuando levantaron la inmensa tapadera de plata, apareció un magnífico pastel. La parte superior de éste, de hojaldre, tenía forma de castillo, y en

la torre del castillo había una banderita inglesa de papel.

—¡Prodigioso! —exclamó Cornwallis—. Sir Edward, ¿qué hay en esas mazmorras?

Pellew sacudió la cabeza tristemente.

—Sólo buey y riñones, señor. Buey guisado. Nuestro buey de ración, como siempre, resultaba demasiado duro para el común de los mortales, y sólo guisándolo se pudieron hacer digeribles sus bistecs. Así que requerí la ayuda de sus riñones para elaborar un pastel de carne y riñones.

—Pero ¿y la harina?

—El oficial de Abastos me ha enviado un saco, señor. Desgraciadamente, se había empapado con agua de la sentina, como era de esperar, pero había la suficiente cantidad sin estropear encima de todo para formar la cubierta del pastel.

El gesto de Pellew, indicando las fuentes de plata llenas de galleta de barco, insinuaba que en circunstancias más afortunadas podían haber estado llenas de pan recién hecho.

—Estoy seguro de que es delicioso —dijo Cornwallis—. Lord Henry, ¿puedo rogarle que me sirva, si puede decidirse a destruir esas magníficas almenas?

Paulet se puso a trabajar en el pastel con un cuchillo de trinchar y un tenedor, mientras Hornblower se maravillaba al ver al hijo de un marqués sirviendo al hijo de un conde un pastel de carne y riñones hecho con un buey de ración y harina estropeada.

—Tiene usted un guisado de cerdo ahí, capitán Hosier —dijo Pellew—. O así lo llamaría mi cocinero. Lo encontrará incluso más salado de lo habitual, por las amargas lágrimas que vertió sobre él. El capitán Durham tiene el único cerdo vivo que queda en la flota del canal, y ni con todo el oro del mundo podría engatusarlo para que me lo cediera, así que el pobre tipo ha tenido que hacerlo con el contenido del barril de salazón.

—Al menos con el pastel ha acertado plenamente —comentó Cornwallis—. Debe de ser un artista.

—Le contraté durante la paz —explicó Pellew—, y le he traído conmigo al estallar la guerra. En batalla, maneja un cañón a estribor de la cubierta inferior.

—Si su puntería es tan buena como su cocina —repuso Cornwallis, levantando el vaso que un mayordomo había llenado—, entonces... pobres de los franceses.

Se brindó y se bebió entre murmullos de admiración.

—¡Verduras frescas! —exclamó lord Henry, en éxtasis—. ¡Coliflor!

—Su cuota está de camino hacia su barco, en este momento, Hornblower —dijo Cornwallis—. Tratamos de no olvidarnos de usted.

—El *Hotspur* es como Urías, el hitita —dijo un taciturno capitán al extremo de la mesa cuyo nombre parecía ser Collins—. Siempre en primera línea de batalla.

Hornblower agradeció aquel comentario a Collins, porque le hacía pensar en una verdad, brillante como la luz, de la que no se había dado cuenta antes: prefería estar con escasez de provisiones en primera línea de fuego que en la retaguardia con muchas verduras frescas.

—¡Zanahorias! —siguió lord Henry, examinando por turno todos los platos de verduras—. Y ¿qué es esto? ¡No puedo creerlo!

—Hojas de espinacas, lord Henry —dijo Pellew—. Todavía tenemos que esperar para los guisantes y judías.

—¡Maravilloso!

—¿Cómo ha conseguido engordar tanto esos pollos, sir Edward? —preguntó Grindall.

—Una cuestión de alimentación, simplemente. Otro secreto de mi cocinero.

—Debería usted desvelarlo para el interés general —dijo Cornwallis—. La vida de un pollo mareado raramente conduce al engorde.

—Bueno, señor, ya que me lo pregunta, este barco tiene una dotación de seiscientos cincuenta hombres. Cada día se vacían trece sacos de pan de cincuenta libras. El secreto reside en el tratamiento de esos sacos.

—¿Pero cómo? —preguntaron varias voces.

—Darles unos golpecitos, sacudirlos bien antes de vaciarlos. No tanto como para que caigan muchas migas, que se desperdiciarían, pero sí con bastante firmeza. Entonces sacan rápidamente la galleta y ¡ahí están! Al fondo de cada saco hay un montón de gorgojos y larvas, extraídos de su hábitat natural sin tiempo para buscar nuevo cobijo. Créanme, caballeros, no hay nada que engorde tanto a los pollos como una dieta de gorgojos bien gordos alimentados con galleta. Hornblower, su plato está vacío todavía. Sírvase, hombre. —Hornblower había pensado tomar pollo, pero algo de esta última explicación le disuadió de hacerlo. El pastel de carne de buey estaba muy solicitado y casi había desaparecido, y como oficial joven prefería no interferir en el apetito de sus superiores. El guisado de cerdo, con muchas cebollas, estaba en el otro extremo de la mesa.

—Empezaré con esto, señor —repuso, indicando un plato sin tocar ante él.

—Hornblower tiene un discernimiento que nos avergüenza a todos —dijo Pellew—. Es un manjar del cual mi cocinero está particularmente orgulloso. Para acompañarlo necesita usted este puré de patatas, Hornblower.

Era un plato de carne del que Hornblower se cortó unas generosas tajadas, y que tenía unas manchas oscuras. No cabía duda de que debía de ser absolutamente delicioso. Hornblower, buceando en sus conocimientos de cultura general, llegó a la conclusión de que las manchas negras debían de ser de trufa, de la cual había oído hablar, pero que nunca había probado. El puré de patatas no se parecía a ningún otro puré que hubiera probado nunca ni en un barco ni en fonda alguna de Inglaterra.

Estaba sutilmente sazonado y rozaba la perfección... «Si los ángeles comen puré de patatas, seguramente llamarán al cocinero de Pellew para que se lo prepare», pensó. Con espinacas y zanahorias (que le apetecían con locura) compuso un plato, junto con la carne, de auténtico deleite. Se encontró devorando como un lobo y se contuvo un poco, pero la mirada que dirigió a su alrededor en la mesa le tranquilizó, porque los demás estaban también devorando como lobos, en detrimento de la conversación, que se limitaba sólo a unas pocas palabras murmuradas que se mezclaban con el sonido de los cubiertos.

—Más vino, señor.

—A su salud, almirante.

—¿Podría pasar hacia aquí las cebollas, Grindall?

Y así sucesivamente.

—¿No va a probar la galantina, lord Henry? —preguntó Pellew—. Mozo, un plato limpio para lord Henry.

Así fue como Hornblower aprendió el nombre real del plato que estaba comiendo. El guisado de cerdo llegó hasta él y se sirvió generosamente. El mozo que había detrás de él le cambió el plato en el momento adecuado. Saboreó la exquisitas cebollas estofadas que nadaban en la exquisita salsa. Entonces, como por arte de magia, la mesa se vio despejada y aparecieron platos limpios, un budín de pasas y grosellas y gelatina de dos colores: les habría costado mucho trabajo hervir las patas del buey y colarlas después adecuadamente para conseguir la brillante gelatina.

—No había harina para ese budín —se disculpó Pellew—. El personal de la cocina ha hecho lo que ha podido con migas de galleta.

Y el resultado era casi el más perfecto que se pudiera concebir. Estaba acompañado de una salsa dulce, con un toque de jengibre, que daba una extraordinaria calidad a la fruta. Hornblower pensó que si alguna vez se convertía en capitán de rango, enriquecido por el dinero de presa, tendría que dedicar muchos pensamientos a la organización de sus provisiones de cabina.

Y María no sería de mucha ayuda, pensó, desconsolado. Estaba todavía distraído pensando en María cuando la mesa fue recogida de nuevo.

—¿Caerphilly, señor? —murmuró un mayordomo en su oído—. ¿Wensleydale? ¿Red Cheshire?

Le estaban ofreciendo quesos. Se sirvió un poco al azar (los nombres no significaban nada para él) e hizo un descubrimiento de los que marcan época: que el queso de Wensleydale y el oporto añejo forman una pareja celestial, Cástor y Pólux galopando triunfantes en el clímax de una procesión gloriosa. Lleno de comida y con dos vasos de vino en su interior (todo lo que se permitía tomar), se sintió muy complacido con el descubrimiento, que rivalizaba con los de Colón o Cook. Casi simultáneamente hizo otro descubrimiento que le divirtió. Los boles de plata

cincelada para lavarse los dedos que habían puesto en la mesa eran muy elegantes. La última vez que había visto algo parecido fue siendo guardiamarina en una cena en la Casa del Gobierno en Gibraltar. En cada uno flotaba una cáscara de limón, pero el agua (tal como descubrió Hornblower probándola furtivamente con la punta de un dedo) era simple agua de mar. Había algo tranquilizador en ese hecho.

Los azules ojos de Cornwallis se fijaron en él.

—Señor Vice, el rey —dijo Cornwallis.

Hornblower volvió desde sus rosadas nubes de beatitud. Tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse, como cuando había virado el *Hotspur* con la *Loire* en su persecución. Esperó el momento adecuado para obtener toda la atención de la compañía. Entonces se puso de pie y levantó su vaso, llevando a cabo el antiguo ritual como oficial de menor experiencia de la reunión.

—Caballeros, por el rey —dijo.

—¡Por el rey! —respondieron todos los presentes, y algunos añadieron frases como «Dios le bendiga», y «que reine mucho tiempo» antes de sentarse de nuevo.

—Su alteza real el duque de Clarence —dijo lord Henry en tono conversacional — me dijo que durante el tiempo que pasó en el mar, se había golpeado la cabeza tan a menudo (es un hombre alto, como saben) en tantos baos de cubierta cuando bebía a la salud de su padre, que empezó a considerar en serio la posibilidad de pedir permiso a su majestad, como un privilegio especial para la marina real, poder beber a la salud real estando sentados.

En el otro extremo de la mesa, Andrews, capitán del *Flora*, siguió una conversación interrumpida.

—Quince libras por hombre —estaba diciendo—. Eso es lo que les pagaron a mis marineros por el dinero de presa, y estábamos en Cawsand Bay listos para zarpar. Las mujeres habían abandonado el barco, no había ni un bote cantina a la vista, y muchos hombres (marineros corrientes, ya saben) todavía tenían quince libras cada uno en el bolsillo.

—Mejor para ellos, para cuando tengan una oportunidad de gastarlo —dijo Marsfield.

Hornblower hizo un cálculo rápido. El *Flora* tendría una tripulación de unos trescientos hombres, que dividieron un cuarto del botín de presa entre ellos. El capitán se quedó con una cuarta parte para él, así que a Andrews le debían de corresponder (a cuenta, no necesariamente en metálico) unas cuatro mil quinientas libras como resultado de algún afortunado encuentro, probablemente sin riesgo alguno, probablemente sin haber perdido ni una sola vida, dinero arrebatado a los barcos mercantes franceses interceptados en la mar. Hornblower pensó con tristeza en la última carta de María, y en el uso que le daría él a cuatro mil quinientas libras.

—Serán tiempos alegres en Plymouth cuando llegue la flota del canal —repuso

Andrews.

—Eso es algo que quiero explicarles a todos, caballeros —dijo Cornwallis, interrumpiendo la conversación. Su voz sonaba inexpresiva, y su afable cara estaba hierática, como una máscara, así que todos los ojos se clavaron en él—. La flota del canal no irá a Plymouth —dijo Cornwallis—. Ya es hora de dejar eso bien claro.

Siguió un silencio durante el cual se hizo evidente que Cornwallis esperaba una réplica. El taciturno Collins se la proporcionó.

—¿Y el agua, señor? ¿Y las provisiones?

—Nos las enviarán.

—¿Agua, señor?

—Sí. He hecho que construyeran cuatro barcas para el agua. Unos buques de abastos nos suministrarán la comida. Cada barco que se una a nosotros nos traerá comida fresca, verduras y ganado vivo, todo lo que puedan cargar. Eso nos ayudará a evitar el escorbuto. No voy a mandar de vuelta a ningún barco a repostar.

—¿Así que tendremos que esperar a los temporales de invierno antes de ver Plymouth de nuevo, señor?

—Ni siquiera eso —declaró Cornwallis—. Ningún barco y ningún capitán entrará en Plymouth sin mis órdenes expresas. ¿Tengo que explicar por qué a unos oficiales con experiencia como ustedes?

Las razones eran tan obvias para Hornblower como para los demás. La flota del canal podía tener que correr a buscar refugio cuando las borrascas del sudoeste empezasen a soplar, y con una borrasca al sudoeste, la flota francesa no podría escapar de Brest. Pero el canal de Plymouth era difícil; un viento del este retrasaría la salida de la flota británica, la prolongaría durante varios días, quizá, y durante ese tiempo el viento sería favorable a los franceses y podrían escapar. Además, había otras muchas razones. Estaba la enfermedad. Todos los capitanes sabían que los barcos eran más saludables cuanto más tiempo llevaban en alta mar. Estaban las deserciones. Y también el hecho de que la disciplina podía verse comprometida por la corrupción reinante en la costa.

—Pero ¿y las borrascas, señor? —preguntó alguien—. Podemos ser barridos hacia arriba, al canal.

—No —contestó Cornwallis terminantemente—. Si nos viéramos apartados de este puesto, nuestra cita es en la bahía de Tor. Allí echaremos anclas.

Confusos murmullos mostraron que aquella información estaba siendo asimilada. La bahía de Tor era un fondeadero expuesto e incómodo, apenas protegido desde el oeste, pero tenía la ventaja obvia de que al primer soplo de viento la flota podía hacerse a la mar, y podía estar en Ushant de nuevo antes de que la pesada flota francesa pudiera dirigirse al Goulet.

—¿Así que ninguno de nosotros pondrá los pies en suelo inglés de nuevo hasta el

final de la guerra, señor? —inquirió Collins.

La cara de Cornwallis se vio transfigurada por una sonrisa.

—Tampoco es eso. Todos ustedes, cualquiera de ustedes, puede ir a tierra... —la sonrisa se hizo más amplia mientras él hacía una pausa— en el momento en que yo también lo haga.

Eso provocó una carcajada, quizás una risa forzada, pero con un eco de admiración. Hornblower, observando la escena agudamente, de repente se dio cuenta de una cosa. Las preguntas y observaciones de Collins habían sido muy adecuadas, demasiado. Hornblower sospechaba que acababa de asistir a un diálogo ensayado previamente, y sus sospechas se veían reforzadas al recordar que Collins era primer capitán bajo el mando de Cornwallis, lo que los franceses llamarían jefe del Estado Mayor. Hornblower le miró de nuevo. No podía evitar sentir admiración por Cornwallis, cuya conducta, aparentemente sincera, ocultaba tan insospechadas profundidades de astucia. Y debía felicitarle por haber descubierto el secreto, él, el oficial de menos antigüedad presente allí, rodeado por todos aquellos capitanes con mucha más experiencia, de hazañas distinguidas y noble origen. Se sintió positivamente complacido de sí mismo, un sentimiento bastante inusual y gratificante. La complacencia y el oportuno aje se combinaron para empañar su conciencia y mantenerle ignorante de todas las implicaciones al principio, y luego de repente todo cambió. La nueva idea que se le ocurrió le sumió de nuevo en los abismos de la depresión. Se manifestó como una sensación física, real, en la boca del estómago, como la que sentía cuando el *Hotspur*, ciñendo, pasaba por encima de una ola y se deslizaba y se balanceaba hacia adelante. ¡María! Le había escrito con gran euforia, diciéndole que pronto la vería. Sólo quedaban provisiones y agua para cincuenta días en el *Hotspur*, la comida fresca complementaría las provisiones, pero no se podía hacer gran cosa (había pensado él) con respecto al agua. Había confiado en que el *Hotspur* hiciera periódicas escalas en Plymouth para repostar comida, agua y leña. Ahora María no tendría en ningún momento el consuelo de su presencia durante su embarazo. Ni él tampoco (y la violencia de su reacción le sorprendió a sí mismo) tendría el placer de verla durante su embarazo. Y una cosa más: tendría que escribirle y decirle que no podía mantener su promesa, que no había ninguna posibilidad de que se vieran. Él sería la causa de que ella sintiera un terrible dolor, y no sólo porque su ídolo se le revelara como un hombre corriente que no podía, o incluso no quería, mantener su palabra.

Salió repentinamente de esos pensamientos, de esas imágenes mentales de María, al oír pronunciar su nombre durante la conversación en la mesa. Casi todos los presentes le estaban mirando, y tuvo que indagar apresuradamente en su memoria inconsciente para recoger las palabras que se acababan de pronunciar. Alguien (tenía que haber sido el propio Cornwallis) había dicho que la información que había

recogido de la costa francesa era muy satisfactoria e instructiva. Pero por su vida, Hornblower no podía recordar qué habían comentado a continuación, y ahora allí estaba, con todos los ojos puestos en él, mirando en torno suyo con un asombro que trató de ocultar bajo una apariencia impasible.

—Estamos muy interesados en sus fuentes de información, Hornblower —exclamó Cornwallis, repitiendo al parecer algo que ya se había dicho.

Hornblower sacudió la cabeza, negándose con decisión. Fue su reacción instantánea, antes de poder analizar la situación, y antes de poder disimular su abrupto rechazo con palabras suaves.

—No —dijo, para respaldar el movimiento de su cabeza.

Había muchas personas presentes. No se podía guardar un secreto si se decía ante un grupo tan numeroso. Los pescadores de sardinas y los hombres de las langostas con los cuales había tenido tratos furtivos y con los que había gastado tanto oro británico (oro francés, para ser más exactos) se encontrarían con dificultades si sus actividades eran conocidas por las autoridades francesas. No sólo podían morir, sino que ya no les podrían informar más. Estaba muy decidido a mantener sus secretos, aunque estaba rodeado de oficiales de experiencia, cualquiera de los cuales podía influir mucho en su carrera. Afortunadamente, ya se había comprometido mediante la rápida negativa que le habían sacado por sorpresa... Nada podía comprometerle más que aquello, y eso gracias a María. No debía pensar más en María, sino en encontrar alguna forma de suavizar su abrupta negativa.

—Es más importante que una fórmula para engordar pollos, señor —dijo, y entonces, con una brillante inspiración, desvió su responsabilidad—. No quería revelar mis operaciones sin recibir una orden directa.

Su sensibilidad, receptiva hasta el más alto grado, detectó simpatía en la reacción de Cornwallis.

—Estoy seguro de que no será necesario, Hornblower —repuso Cornwallis, volviéndose hacia los demás. Y antes de volverse, ¿acaso el párpado de su ojo izquierdo, el más cercano a Hornblower, no se había cerrado durante un momento? Hornblower no estaba seguro.

Mientras la conversación volvía a una discusión sobre las futuras operaciones, los sentidos de Hornblower, casi cercanos a la telepatía, fueron conscientes de que había algo más en la atmósfera que había levantado un fuerte resentimiento en su mente. Esos oficiales guerreros, esos capitanes de barcos de línea, se alegraban de dejar los sucios detalles de la recogida de información a un joven, a alguien que apenas merecía su distinguida atención. Ellos no querían ensuciarse las aristocráticas y blancas manos; si el insignificante comandante de un insignificante bergantín quería hacer el trabajo, le dejarían, con tolerante desdén. Pero ahora el desdén no iba sólo en una dirección. Los capitanes guerreros tenían su lugar en el orden natural de las

cosas, pero sólo un lugar insignificante, y cualquiera podía ser un capitán guerrero, aunque tuviera que aprender a tragarse el corazón que se le salía a la garganta y dominar la tensión que hacía temblar sus miembros. Hornblower estaba experimentando síntomas como aquéllos en ese momento, cuando ya no estaba en absoluto en peligro. El oporto de cosecha y la buena cena, los recuerdos de María y el resentimiento contra los capitanes, se combinaban en su interior en una explosiva mezcla que amenazaba con estallar. Afortunadamente, la burbujeante mezcla se fue destilando en una sucesión de ideas, primero una y luego otra. Se encadenaban entre sí de forma lógica. Hornblower, junto con su agitación, podía sentir un torrente de sangre por sus venas que vaticinaba el desarrollo de un plan, de la misma manera que la bruja de Macbeth podía saber que se aproximaba algo maligno por el picor de sus pulgares. Pronto el plan estuvo maduro, completo, y Hornblower se quedó tranquilo y lúcido después de aquella convulsión espiritual. Era como la lucidez mental que sigue a un ataque de fiebre... y quizá se tratase de eso mismo.

El plan requería una noche oscura, y una media marea una hora antes de amanecer. La naturaleza proporcionaría esas condiciones más pronto o más tarde, siguiendo sus leyes inmutables. Sólo se necesitaba un poco de buena suerte, y también resolución y prontitud de acción, pero éstos eran ingredientes accesorios de todos los planes. También había una posibilidad de fracaso, pero ¿acaso existía algún plan que no la incluyera? Requeriría, además, los servicios de un hombre que hablase francés a la perfección, y Hornblower, sopesando sus habilidades fríamente, supo que él no servía. El noble francés refugiado y sin dinero que en la niñez de Hornblower le había enseñado, con bastante éxito, francés y modales (y sin éxito alguno música y danza) nunca había conseguido que su pupilo, incapaz de distinguir los tonos, adquiriera un buen acento. Su gramática y construcción de las frases eran excelentes, pero nadie le confundiría ni por asomo con un francés.

Hornblower había decidido todos los detalles cuando la cena concluyó, y se las arregló para quedarse casualmente junto a Collins en el momento en que llamaron al bote del almirante.

—¿Hay alguien en el canal que hable un francés perfecto, señor? —preguntó.

—Usted mismo habla francés —replicó Collins.

—No lo suficientemente bien para lo que he pensado, señor —declaró Hornblower, más sorprendido por lo mucho que sabía Collins de él que halagado—. Me sería muy útil un hombre que lo hablase como un verdadero francés.

—Está Côtard —dijo Collins, frotándose pensativo la barbilla—. Es teniente de navío en el *Marlborough*. Es de Guernsey. Habla francés como un nativo... lo hablaba siempre de niño, según creo. ¿Qué quiere que haga?

—El bote del almirante está abarloando, señor —informó un mensajero sin aliento a Pellew.

—Ahora no tengo tiempo para explicárselo, señor —dijo Hornblower—. Quiero proponerle un plan a sir Edward. Pero no se puede llevar a cabo sin alguien que hable francés a la perfección.

El grupo estaba ahora dirigiéndose hacia la pasarela. Collins, de acuerdo con la etiqueta naval, tenía que haber bajado por la borda al bote delante de Cornwallis.

—Yo destacaré a Côtard a su barco con servicio especial —dijo Collins apresuradamente—. Se lo mandaré para que le eche un vistazo.

—Gracias, señor.

Cornwallis estaba ahora dando las gracias a su anfitrión y despidiéndose de los demás capitanes. Collins, discretamente, aunque con notable rapidez, se las ingenió para hacer lo mismo, y desapareció por encima de la borda. Cornwallis le siguió, honrado en todo momento por el ceremonial de guardia de honor, banda y guardias, mientras su bandera era arriada del tope del mastelero de proa. Después de su partida, bote tras bote fueron abarloando, todos recién pintados de colorines, con todas las tripulaciones equipadas con ropa nueva pagada con el dinero de sus capitanes, y capitán tras capitán fueron bajando a ellos, por orden de antigüedad, y se dirigieron a sus respectivos barcos.

Finalmente, llegó el deslustrado y pequeño bote del *Hotspur*, con su tripulación vestida con las ropas que les dieron el día que subieron a bordo.

—Adiós, señor —se despidió Hornblower, tendiéndole su mano a Pellew.

Pellew había estrechado tantas manos, y había dicho tantos adioses, que Hornblower quería hacer su despedida tan breve como fuera posible.

—Adiós, Hornblower —dijo Pellew, y Hornblower rápidamente dio un paso atrás, tocándose el sombrero. Los silbatos sonaron hasta que su cabeza estuvo por debajo del nivel de la cubierta principal, y entonces él cayó en el bote tambaleándose, con el sombrero, los guantes y la espada, todo viejo y gastado.

CAPÍTULO 10



—Aprovecho para repetirle, señor Bush —dijo Hornblower— lo que ya dije antes. Siento que no vaya a tener su oportunidad.

—No se puede evitar, señor. Así es como funciona el servicio —replicó la sombría figura que se enfrentaba a Hornblower en el oscuro alcázar. Las palabras eran filosóficas, pero el tono era amargo. Formaba parte de la absurda locura propia de la guerra que Bush se sintiera mal por no permitírsele arriesgar su vida, y que Hornblower, a punto de hacerlo, compadeciera a Bush, hablando con tono moderado y formal como si no estuviera absolutamente excitado... como si no sintiera ningún tipo de aprensión.

Hornblower se conocía a sí mismo lo suficientemente bien para estar seguro de que si ocurría algún milagro, si llegaban órdenes que le prohibieran tomar parte personalmente en la expedición, sentiría una oleada de alivio. Y también de deleite. Pero era bastante improbable, porque las órdenes establecían de forma clara que «el destacamento de desembarco estaría bajo el mando del capitán Horatio Hornblower del *Hotspur*». Esa frase había sido explicada en la anterior: «porque el teniente Côtard tiene más antigüedad que el teniente Bush». Côtard posiblemente no hubiera sido transferido de otro barco ni le habrían dado el mando de un destacamento de desembarco del que se encargara otro; tampoco se consideraba que tuviera que servir a las órdenes de un oficial de menor experiencia, y la única forma de evitar esa dificultad era poner a Hornblower al mando. Pellew, escribiendo esas órdenes en la tranquilidad de su magnífica cabina, había sido como una walkiria de las leyendas noruegas, que entonces estaban adquiriendo una extraña popularidad en Inglaterra. Fue como un mensajero del destino. Las letras que trazaba su pluma podían significar que Bush viviera y Hornblower muriera. Pero la cosa podía verse desde un ángulo diferente. Hornblower tuvo que admitir a regañadientes que no habría sido más feliz si Bush hubiera estado al mando. La operación que había planeado sólo podía tener éxito si se llevaba a cabo con cierto entusiasmo y con una exactitud de coordinación que Bush posiblemente no podía proporcionar. Absurdamente, Hornblower se alegraba de estar al mando, y ésa era una demostración ante sí mismo de la debilidad de su carácter.

—¿Está seguro de cuáles son las órdenes hasta mi regreso, señor Bush? —preguntó—. ¿Y en caso de que no regrese?

—Sí, señor.

Hornblower sintió un escalofrío recorrerle la espalda al hablar de forma tan fría de la posibilidad de su muerte. Al cabo de una hora podía ser un cadáver desfigurado

que iba poniéndose rígido.

—Entonces me iré preparando —repuso, volviéndose con aire despreocupado.

Apenas había alcanzado su cabina cuando Grimes entró.

—¡Señor! —exclamó Grimes, y Hornblower se volvió en redondo y le miró. Grimes tenía poco más de veinte años, era delgaducho, enormemente neurótico y muy excitable. Ahora tenía la cara blanca (sus deberes como asistente hacían que pasara poco tiempo en cubierta tomando el sol) y sus labios se movían espasmódicamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hornblower.

—¡No me haga ir con usted! —farfulló Grimes—. Usted no querrá que vaya, ¿verdad, señor?

Era un momento muy extraño. En todos sus años de servicio, Hornblower nunca se había encontrado con una experiencia ni remotamente similar, y se sintió muy abatido. Aquello era simple cobardía; incluso se podía considerar amotinamiento. En los últimos cinco segundos, Grimes se había hecho merecedor no sólo del látigo, sino incluso de la horca. Hornblower sólo pudo quedarse quieto y mirarle, atónito.

—No le serviría de nada, señor —dijo Grimes—. Yo... ¡me echaría a gritar!

Ahora empezaba a entenderlo un poco. Hornblower, al dar las órdenes para la expedición, había nombrado a Grimes mensajero y ayudante suyo. No había meditado mucho la elección; se había convertido en un verdadero mensajero del destino casual. Y ahora estaba aprendiendo una lección. Un hombre asustado junto a él, un hombre paralizado por el terror, podía poner en peligro la expedición entera. Pero las primeras palabras que pronunció respondían a sus primeros pensamientos.

—¡Podría hacerle colgar, por el amor de Dios! —exclamó.

—¡No, señor! ¡Oh, no, señor! ¡Por favor, señor! —Grimes estaba a punto de desmayarse; en otro momento, habría caído de rodillas ante él.

—Oh, vaya, por Dios... —dijo Hornblower. Sentía desdén no por el cobarde, sino por el hombre que permitía que aflorase su cobardía. Y entonces se preguntó a sí mismo con qué derecho sentía tal desdén. Pensó en lo mejor para el servicio, y... vio que no tenía tiempo para pensar en estos análisis triviales—. Muy bien —exclamó—. Puede quedarse a bordo. ¡Pero cállese la boca, idiota!

Grimes estaba a punto de mostrarle gratitud, pero las palabras de Hornblower le cortaron en seco.

—Llevaré a Hewitt, del segundo bote. Que venga conmigo. Dígaselo.

Los minutos pasaban volando, como sucedía siempre cuando tenían que dar los últimos toques a un plan. Hornblower pasó su cinturón por la presilla de una vaina de machete, y se la abrochó. Una espada colgando de su vaina puede ser un gran estorbo, puede ir golpeando contra los obstáculos, y el machete en cambio era un arma muy manejable para lo que se avecinaba. Pensó por último en coger también

una pistola, pero de nuevo rechazó la idea. Una pistola sería útil en determinadas circunstancias, pero era un estorbo y abultaba mucho. Tenía algo mucho más silencioso: una larga salchicha de gruesa lona rellena de arena, con una anilla para colgarla de la muñeca. Hornblower se la guardó en el bolsillo derecho.

Hewitt se presentó y tuvieron que explicarle brevemente lo que se esperaba de él. La mirada oblicua que dedicó a Grimes reveló lo que pensaba Hewitt, pero no había tiempo para discutir, tendrían que resolver aquel asunto más tarde. A Hewitt le mostraron el contenido del paquete originalmente destinado a Grimes: el pedernal y el acero por si la linterna sorda se apagaba, los trapos empapados en aceite, la mecha rápida, la mecha lenta, las luces azules para una combustión instantánea e intensa. Hewitt tomó nota solemnemente de cada artículo y sopesó la bolsa de arena en la mano.

—Muy bien. Vamos —apremió Hornblower.

—¡Señor! —dijo Grimes en aquel momento con un tono plañidero, pero Hornblower no quería (realmente, no podía) perder tiempo oyendo nada más.

En cubierta estaba completamente oscuro, y los ojos de Hornblower tardaron en adaptarse.

Oficial tras oficial, todos estaban listos.

—¿Está seguro de lo que tiene que decir, señor Côtard?

—Sí, señor.

No había ni un asomo del típico francés excitable en Côtard. Era tan flemático como cualquier comandante pudiera desear.

—Cincuenta y un soldados de tropa presentes, señor —informó el capitán de infantes de marina.

Esos infantes, llevados a bordo la noche antes, habían permanecido apiñados bajo la cubierta todo el día, ocultos de los catalejos en Petit Minou.

—Gracias, capitán Jones. ¿Está seguro de que no hay ningún mosquete cargado?

—Sí, señor.

Hasta que se diera la alarma, no había que disparar ni un solo tiro. El trabajo tendría que hacerse con la bayoneta y las culatas, y las bolsas de arena...; la única forma de estar seguro de eso era mantener los mosquetes descargados.

—Primer destacamento de desembarco, abajo al bote de pesca, señor —informó Bush.

—Gracias, señor Bush. Muy bien, señor Côtard, ya podemos empezar.

El barco de langosta, atrapado aquella misma noche para sorpresa de sus tripulantes, estaba al costado. Los marineros permanecían prisioneros allí abajo. Su sorpresa se debía a la ruptura de la tradicional neutralidad de la que disfrutaban durante las largas guerras los barcos de pesca. Esos hombres conocían a Hornblower, le habían vendido a menudo parte de su pesca a cambio de oro, pero no se

tranquilizaron demasiado cuando les dijeron que se les devolvería su barco más tarde. Ahora éste estaba junto a su costado, Côtard seguía a Hewitt, y Hornblower seguía a Côtard, abajo. Ocho hombres estaban agachados en el fondo, donde se colocaban las nasas para capturar langostas.

—Sanderson, Hewitt, Black, Downes, cojan los remos. El resto de ustedes vaya abajo, debajo de las bordas. Señor Côtard, siéntese aquí contra mis rodillas, por favor.

Hornblower esperó hasta que se hubieron colocado. La negra silueta del barco no debía aparecer muy diferente en la oscura noche. Llegaba el momento.

—Desatraquen —ordenó Hornblower.

Los remos resbalaron por el agua, mordieron con más efectividad al siguiente golpe, empujaron con toda suavidad al tercero y fueron dejando al *Hotspur* tras ellos. Estaban iniciando una aventura, y Hornblower era muy consciente de que todo aquello era exclusivamente culpa suya. Si no se le hubiera ocurrido aquella idea, todos estarían ahora pacíficamente dormidos a bordo. Quizá mañana estuvieran muertos unos hombres que, si no fuera por él, habrían vivido.

Apartó a un lado esos pensamientos morbosos, e inmediatamente tuvo que hacer lo mismo con los pensamientos acerca de Grimes. Grimes podía esperar perfectamente hasta que él volviera, y no se iba a preocupar de aquello hasta entonces. Aun así, mientras Hornblower se concentraba en guiar el barco de langostas, notaba una continua corriente subterránea de pensamientos (como los ruidos del barco mientras discutían los planes) acerca de cómo trataría la tripulación de a bordo a Grimes, porque estaba claro que Hewitt, antes de dejar el barco, habría contado la historia a sus camaradas.

Hornblower, con la mano en la caña del timón, marcó un rumbo fijo hacia el norte, hacia Petit Minou. Debían recorrer una milla y cuarto y encontrar el pequeño espigón, porque si no la expedición entera acabaría en un espantoso fracaso. Tenía la débil silueta de las empinadas colinas en la costa norte del Goulet para guiarle; ahora las conocía bastante bien, después de todas aquellas semanas de vigilarlas, y también le guiaba el abrupto saliente donde una pequeña corriente bajaba hacia el mar, a un cuarto de milla al oeste del semáforo. Tuvo que fiarse de aquellas impresiones mientras el bote avanzaba, pero al cabo de unos pocos minutos ya pudo divisar la imponente silueta del propio semáforo, visible contra el oscuro cielo, y a partir de entonces todo fue fácil.

Los remos rechinaron en las chumaceras, las palas chapoteaban ocasionalmente en el agua. Las suaves olas que les alzaban y bajaban parecían estar hechas de cristal negro. No había necesidad de aproximarse silenciosamente o sin ser vistos; por el contrario, tenía que parecer que el barco de las langostas se estaba aproximando igual que siempre. A los pies de la abrupta costa había un pequeño muelle, a media marea, y era costumbre de los pescadores de langostas acercarse allí para desembarcar un par

de hombres con lo más selecto de sus capturas. Éstos, con un cesto en la cabeza cada uno conteniendo una docena de langostas vivas, corrían por el sendero que recorría las colinas hacia Brest, para estar allí a la hora de abrir el mercado sin tener que preocuparse de si el barco se veía retrasado por vientos y mareas. Hornblower, observando a una distancia segura desde el esquife, había averiguado esa rutina observando unas cuantas noches, ya que no había podido entrar en conversación con los pescadores.

Allí estaba. Ése era el espigón. La mano de Hornblower se agarrotó sobre la caña del timón. Llegó hasta él la profunda voz del centinela al final del muelle.

—*Qui va la?*

Hornblower dio un golpe suave a Côtard con la rodilla, de forma innecesaria, porque Côtard ya tenía la respuesta lista.

—Camille —saludó, y continuó en francés—: El barco de las langostas. Capitán Quillien.

Ya estaban atracando; se aproximaba el momento crucial del que dependía todo. Black, el fornido capitán del *Forecastle*, sabía lo que tenía que hacer cuando se presentaba la oportunidad. Côtard habló desde las profundidades del barco.

—Tengo las langostas para tu oficial.

Hornblower, de pie y llegando al espigón, pudo ver entonces la sombra del centinela mirando hacia abajo, pero Black ya había saltado desde la proa como una pantera, con Downs y Sanderson tras él. Hornblower vio un rápido movimiento de sombras, pero no se oyó ni un solo ruido... ni uno solo.

—Ya está, señor —dijo Black.

Hornblower, con un cabo de remolque en la mano, se las arregló para impulsarse hasta la resbaladiza orilla, aterrizando a cuatro patas. Black estaba de pie sujetando entre sus brazos el cuerpo inanimado del centinela. Las bolsas de arena eran silenciosas; un mal golpe en la nuca, una rápida presa, y se acabó. El centinela ni siquiera había dejado caer su mosquete. Ambos estaban bien seguros entre los monstruosos brazos de Black.

Black dejó caer el cuerpo (inconsciente o muerto, no importaba) en las resbaladizas losas de piedra del espigón.

—Si hace el menor ruido, córtele el cuello —indicó Hornblower.

Todo transcurría ordenadamente, y sin embargo tenía un aspecto irreal, como de pesadilla. Hornblower, volviéndose para pasar el ballestrinque de su cabo por un noray del espigón, se dio cuenta de que tenía el labio superior contraído todavía como un animal salvaje. Côtard ya estaba junto a él; Sanderson había hecho que el bote atracara del todo.

—Vamos.

El espigón sólo tenía unas yardas de largo. Al final, donde los senderos divergían

hacia arriba, hacia las baterías, encontrarían el segundo centinela. Desde el bote sacaron un par de cestas vacías, y Black y Côtard se las pusieron encima de la cabeza y salieron, Côtard en medio, Hornblower a la izquierda y Black a la derecha con el brazo derecho libre para manejar su bolsa de arena. Allí estaba el centinela. No les dio el alto formalmente, sino que les saludó alegremente mientras Côtard le hablaba de nuevo de la langosta que era el reconocido aunque extraoficial peaje pagado al oficial que mandaba la guardia para poder usar el espigón. Fue un encuentro perfectamente vulgar hasta que Black dejó caer la cesta e hizo girar su bolsa de arena, y los tres saltaron sobre el centinela, Côtard agarrándole la garganta y Hornblower golpeándole desesperado con su bolsa de arena también, ansioso de asegurarse. Acabaron con él en un momento, y Hornblower miró a su alrededor en la oscuridad y el silencio de la noche, con el cuerpo del centinela tendido a sus pies. Él, Black y Côtard estaban en el extremo más estrecho de la cuña que había penetrado en el anillo de las defensas francesas. Ya era hora de que la cuña alcanzase su objetivo. Detrás de ellos iba otra media docena de hombres agazapados en el barco de langostas, y siguiéndoles estaban los setenta infantes de marina y marineros en los botes del *Hotspur*.

Arrastraron al segundo centinela de vuelta al espigón y lo dejaron con los dos guardias del bote. Ahora Hornblower tenía ocho hombres a su espalda mientras se dirigía hacia el empinado sendero que trepaba por la colina, el camino que sólo había visto por un catalejo desde la cubierta del *Hotspur*. Hewitt iba detrás de él. El olor a metal caliente y grasa en el aire tranquilo de la noche le indicó que la linterna sorda todavía estaba encendida. El camino era rocoso y resbaladizo, y Hornblower tuvo que concentrarse mucho mientras subía. No había por qué darse una prisa desesperada, y aunque estaban en el interior del anillo de centinelas, en un área donde los civiles pasaban aparentemente de forma bastante libre, no había necesidad de trepar ruidosamente y atraer demasiado la atención.

El camino se hizo menos empinado. Ahora era llano, y se veía cortado por otro camino en ángulo recto.

—¡Alto! —gruñó Hornblower a Hewitt, pero dio otros dos pasos adelante mientras Hewitt pasaba la orden hacia atrás. Si se hubiera detenido súbitamente, los de atrás habrían chocado unos contra otros.

Aquella era la auténtica cima. Debido a la depresión de la cumbre, era una zona no visible con los catalejos desde el *Hotspur*. Ni siquiera desde el tope del mastelero de juanete, con el barco a lo lejos en el Iroise, habían podido ver aquel trozo de terreno. El alto telégrafo estaba plenamente a la vista, y a sus pies un asomo de tejado, pero no pudo ver qué había allí a nivel del suelo, ni Hornblower pudo obtener tampoco pista alguna en su conversación con los pescadores.

—¡Esperen! —susurró, y dio unos pasos precavidos hacia adelante, con las manos

extendidas frente a él. De pronto entró en contacto con una empalizada de madera, una valla bastante común y de ningún modo un obstáculo militar. Había una cancela, una cancela corriente con un pasador de madera. Era obvio que el puesto del semáforo no estaba demasiado vigilado (valla y cancela eran sólo corteses advertencias para intrusos no autorizados) y por supuesto, no había razón alguna por la que debiera haberla, allí, entre las baterías de costa francesas.

—¡Hewitt! ¡Côtard!

Ambos fueron hacia él y los tres esforzaron la vista en la oscuridad.

—¿Ven ustedes algo?

—Parece una casa —susurró Côtard.

Un edificio de dos pisos. Ventanas en el piso inferior, y por encima una especie de plataforma. La gente que hacía funcionar el telégrafo debía de vivir allí. Hornblower, precavidamente, forcejeó con el pasador de la cancela y lo abrió sin resistencia alguna. Entonces, un ruido súbito casi junto a su oído le puso rígido, y luego volvió a relajarse. Era un gallo que cacareaba y batía las alas. Los del semáforo debían de tener pollos en un corral por allí, y el gallo estaba saludando el nuevo día con un poco de anticipación. No había razones para detenerse más. Hornblower susurró las órdenes a su grupo, a quien había atraído hasta la cancela. Ahora era el momento, justo cuando las partidas de infantes de marina debían de estar a medio camino en la senda que conducía a la batería. Él estaba a punto de dar la orden final cuando vio algo que le detuvo en seco, y Côtard agarró su hombro en aquel mismo momento. Dos de las ventanas ante él dejaban pasar una luz, un resplandor tenue, que sin embargo ante sus dilatadas pupilas revelaba plenamente todo el interior.

—¡Vamos!

Se lanzaron hacia adelante, Hornblower, Côtard, Hewitt y los dos hombres de las hachas en un grupo, y los otros cuatro hombres con mosquetes dispersándose para rodear el lugar. El camino conducía derecho hacia una puerta, de nuevo con un pasador de madera, que Hornblower trató febrilmente de abrir. Pero la puerta se resistía. Seguramente estaba cerrada también por el interior, y al oír el ruido del pasador, sonó dentro un grito sobresaltado. ¡Una voz de mujer! Era áspera y grave, pero de mujer, indudablemente. El hombre que estaba junto a Hornblower con un hacha la levantó para golpear la puerta, pero en ese mismo momento el otro marinero con hacha golpeó una ventana y saltó a través de ella, seguido por Côtard. La voz de la mujer se elevó hasta convertirse en un chillido; el cerrojo se descorrió, se abrió la puerta y Hornblower entró.

Una vela de sebo iluminaba la extraña escena, y Hewitt abrió la ventanita de la linterna sorda, esparciendo sus rayos en un semicírculo. Había unas grandes vigas de madera, situadas en un ángulo de cuarenta y cinco grados, que servían como puntales del mástil. Donde quedaba espacio en el suelo había unos muebles rústicos, una mesa

y unas sillas, una alfombra en el suelo, una estufa. Côtard se quedó de pie en el centro de la estancia con una espada y una pistola, y en el extremo más alejado estaba la mujer que gritaba. Era una mujer muy gorda, con una gran mata de cabello negro, y llevaba sólo un camisón que apenas le llegaba a las rodillas. De una puerta interior salió un hombre barbudo con las piernas peludas asomando bajo los faldones de su camisa. La mujer seguía gritando, pero Côtard habló en voz alta en francés, empuñando su pistola (descargada, presumiblemente) y ella se calló enseguida, más que por la amenaza de Côtard, quizá, por la curiosidad que sentía al ver a aquellos intrusos. Se quedó allí de pie, con los ojos como platos, haciendo sólo unos gestos mecánicos para intentar esconder su desnudez.

Pero habían tomado ya una decisión; aquellos gritos podían haber dado la voz de alarma y probablemente así fuera. Contra el grueso poste del semáforo había apoyada una escalera de mano que conducía hasta una trampilla. Por encima debía de estar el aparato que hacía funcionar los brazos del semáforo. El hombre barbudo en camisa tenía que ser el telegrafista, un civil quizá, y él y su mujer presumiblemente vivían junto a su puesto de trabajo. Seguramente les vino muy bien que la plataforma de trabajo de arriba dejara suficiente espacio debajo para construir aquellas rústicas habitaciones.

Hornblower había venido para quemar el semáforo y lo iba a quemar, aunque allí residiese un civil. El resto de su partida estaba apiñado en el salón, y dos de los hombres con mosquetes aparecieron llegando desde la habitación en la que seguramente habían entrado a través de una ventana. Hornblower tuvo que pararse a pensar. Había imaginado que en aquel momento estaría luchando con soldados franceses, pero se había apoderado del lugar sin resistencia y además tenía prisionera a una mujer. Enseguida fue capaz de ordenar sus pensamientos.

—Salgan, mosqueteros —dijo—. Salgan de la valla y quédense de guardia. Côtard, suba por esa escala. Traiga todos los libros de señales que pueda encontrar. Todos los papeles que haya por ahí. Rápido... le doy dos minutos. Aquí está la linterna. Black, traiga algo para esta mujer. La ropa de la cama servirá, y saque a esos dos fuera y vigílelos. ¿Está preparado para quemar este lugar, Hewitt?

Pasó por su mente que el *Moniteur* de París podía organizar un buen escándalo denunciando malos tratos a una mujer por parte de marineros ingleses licenciosos, pero lo iban a hacer de todos modos, aunque tuvieran mucho cuidado. Black le echó por los hombros a la mujer una astrosa manta y empujó a los detenidos hacia afuera por la puerta principal. Hewitt tuvo que pararse a pensar. Nunca antes había quemado la casa de nadie, y estaba claro que no era capaz de adaptarse con rapidez a esa circunstancia inesperada.

—Ahí, ése es el lugar adecuado —exclamó Hornblower, señalando a los pies del poste del telégrafo. Allí estaban las grandes vigas de madera que rodeaban el poste.

Hornblower y Hewitt empezaron a empujar los muebles hacia allí, y luego corrieron hacia el dormitorio para hacer lo mismo.

—¡Traiga algunos trapos aquí! —llamó Hornblower.

Côtard bajó trastabillando la escalera con los brazos llenos de libros.

—Adelante. Prendamos fuego —ordenó Hornblower.

Era extraño hacer aquello a sangre fría.

—En la estufa —sugirió Côtard.

Hewitt quitó el seguro a la portezuela de la estufa, pero estaba demasiado caliente para tocarla. Apoyó la espalda contra la pared y los pies contra la estufa y empujó. La estufa cayó y rodó, esparciendo unas cuantas ascuas por el suelo. Pero Hornblower había cogido un puñado de luces azules del paquete de Hewitt. La vela de sebo estaba todavía ardiendo y podía encender los petardos. La primera mecha chisporroteó y luego brotaron a chorro las llamas. Hechas de azufre y nitrato de potasio con una pizca de pólvora, las luces azules eran ideales para aquel propósito. Arrojó el objeto ardiendo en los trapos aceitosos, encendió otro y lo tiró, y otro más.

Era como una escena del infierno. La extraña luz azul iluminaba la habitación, pero pronto el humo lo oscureció todo, y los humos del azufre al quemarse ofendieron su nariz mientras las luces azules siseaban y rugían, y él seguía encendiendo petardos y arrojando las luces azules en los lugares donde podían ser más efectivas, en el salón y el dormitorio. Hewitt, en un momento de inspiración, cogió la rústica alfombra del suelo y la colgó encima de las llamas que se elevaban de los trapos. Pronto la madera estaba crepitando y lanzando llamaradas de amarillas chispas que competían con el resplandor azul y el humo que se iba espesando.

—¡Se está quemando! —dijo Côtard.

Las llamas de la alfombra estaban prendiendo en uno de los maderos inclinados, y engendrando nuevas llamas que lamían la basta superficie de la madera. Se quedaron allí de pie y miraron fascinados. En aquella cumbre rocosa no podía haber ningún pozo, ni tampoco una fuente, y sería imposible extinguir aquel fuego una vez que hubiera prendido bien. Las tablas del tabique divisorio estaban ardiendo por dos lugares donde Hornblower había introducido luces azules en las aberturas. Vio las llamas saltar repentinamente en un punto dos pies por encima del tabique, con una andanada de fuertes estampidos y nuevos chorros de chispas.

—¡Vamos! —apremió.

Fuera, el aire era limpio y fresco, y parpadearon con ojos deslumbrados, tropezando con las desigualdades del terreno a sus pies; pero una débil luz bañaba ya el aire, el primer atisbo del amanecer. Hornblower vio la vaga sombra de la mujer gorda de pie envuelta en su manta. Sollozaba de una manera muy extraña, produciendo un ruido sordo como un hipido regularmente, a intervalos de un par de segundos o así. Alguien debía de haber dado una patada al corral, porque corrían

pollos cloqueantes por todas partes en aquella menguada luz. El interior de la cabaña estaba en llamas, y ahora había bastante luz en el cielo para que Hornblower viera el enorme poste del telégrafo recortado contra éste, con su forma extraña y los brazos del semáforo colgando. Ocho sólidos cables salían del poste, unidos a unos pilares hundidos en la roca. Los cables sujetaban el pesado poste contra los rudos vientos del Atlántico, y los pilares servían también para soportar la ruinoso valla de madera que rodeaba todo aquel lugar. Había un patético remedo de jardín en unos pequeños retazos de tierra que debían de haber sido llevados a mano desde el valle que había abajo; unos cuantos pensamientos, unas matas de espliego y dos infelices geranios pisoteados por algún patoso.

Sin embargo, la luz era todavía sólo una insinuación; las llamas que estaban devorando la cabaña brillaban más. El humo brotaba desde un lado del piso superior, y por detrás surgían las llamas de entre las torcidas maderas.

—Había una endemoniada colección de cuerdas, poleas y palancas ahí arriba —explicó Côtard—. No debe de quedar gran cosa ya ahora.

—Ahora ya nadie lo puede apagar. Y no hemos oído a los infantes de marina —dijo Hornblower—. Vámonos.

Estaba preparado para luchar y entretener al enemigo con sus mosqueteros si éste aparecía antes de que el lugar estuviera bien encendido. Ahora ya era innecesario, de tan bien como habían ido las cosas. Tan bien, realmente, que costó algunos momentos reunir a todos los hombres. Esos minutos de descanso habían hecho que la prisa pareciera innecesaria mientras iban saliendo a través de la cancela. Una niebla ligera cubría la superficie del mar veraniego; las gaviotas del *Hotspur* (gaviotas en facha) eran mucho más visibles que su casco, una perla gris en la niebla gris. La mujer gorda se quedó de pie junto a la cancela, toda modestia olvidada al caer la manta de sus hombros, agitando los brazos y lanzándoles maldiciones.

Desde el valle neblinoso a su derecha, mientras iniciaban el descenso, llegaron las notas de un instrumento musical, una trompeta o clarín.

—Es su toque de diana —comentó Côtard, bajando por el camino a los talones de Hornblower.

Apenas había hablado cuando la llamada fue repetida a su vez por otros clarines. Un segundo o dos después llegó el sonido de un disparo de mosquete, y luego más disparos, y junto con ellos, el resonante redoble de un tambor, y luego más tambores dando la voz de alarma.

—Ésos son los infantes de marina —dijo Côtard.

—Sí —replicó Hornblower—. ¡Vamos!

Los tiros de mosquete significaban malas noticias para el destacamento de desembarco que había subido para atacar la batería. Era muy probable que allí hubiese un centinela, y se habrían encargado de él silenciosamente. Pero de algún

modo había sonado la alarma. La guardia estaba alerta (digamos veinte hombres armados y equipados) y ahora estaban llamando al cuerpo principal. Debía de ser la unidad de artillería que estaba en el campamento de debajo de la colina; no serían demasiado efectivos quizá luchando con mosquete y bayoneta, pero al otro lado había un batallón de infantería que en aquel mismo momento estaba despertando de su sueño. Hornblower había dado sus órdenes y echado a correr por el camino a mano derecha, hacia la batería, antes siquiera de formular con tanta claridad esos pensamientos. Tenía listo su nuevo plan antes de alcanzar el cerro.

—¡Alto!

Se reunieron tras él.

—¡Carguen!

Los hombres mordieron los cartuchos, cargaron las cazoletas y cebaron los cañones de mosquetes y pistolas. Introdujeron los cartuchos de papel atacados en las bocas, las balas encima de todo y luego usaron las baquetas para colocarlo todo en su lugar.

—Côtard, lleve a los mosqueteros al flanco. Los otros, que vengan conmigo.

Allí estaba la gran batería con sus cuatro cañones del treinta y dos asomando a través de las troneras de su curvo parapeto. Más allá, una línea de infantes de marina, con sus uniformes color escarlata ya visibles a la creciente luz, estaban manteniendo a raya a una fuerza francesa que sólo se dejaba ver por las llamaradas de los mosquetes y unas nubecillas de humo. La repentina llegada de Côtard y sus hombres, una desconocida fuerza en su flanco, causó la momentánea retirada de los franceses.

En el centro de la cara interior del parapeto, el capitán Jones con su casaca roja y con cuatro hombres estaba luchando por abrir una puerta. Detrás de él se encontraba un paquete similar al que llevaba Hewitt, con luces azules, bobinas de mecha lenta y mecha rápida. Más allá había dos soldados muertos, uno de ellos con un espantoso disparo en la cara. Jones miró hacia arriba al llegar Hornblower, pero éste no perdió tiempo en discusiones.

—¡A un lado! ¡Las hachas!

La puerta era de madera sólida y reforzada con hierro, pero sólo estaba preparada para resistir a ladrones corrientes. Se suponía que un centinela la guardaba, y bajo el estruendo del hacha cayó rápidamente.

—Los cañones están todos clavados —dijo Jones.

Ésa era sólo la parte menor del trabajo. Un clavo de hierro introducido en el fogón de un cañón puede inutilizarlo momentáneamente, pero un armero trabajando con un taladro puede eliminarlo en una hora de trabajo. Hornblower permanecía en el escalón del parapeto mirando por encima de la parte superior; los franceses se estaban reagrupando para un nuevo ataque. Pero el mango de un hacha estaba ya actuando como palanca a través del agujero abierto en la puerta. Black había agarrado el borde

el panel y de un brutal tirón lo liberó. Una docena más de golpes, otro tirón y ya habían abierto una brecha suficiente en la puerta. Un hombre agachado podía abrirse camino hacia la negrura del interior.

—Iré yo —dijo Hornblower. No podía confiar en Jones o en los infantes de marina. Cogió el carrete de mecha rápida y se metió por el agujero de la puerta astillada. Había unos escalones de madera bajo sus pies, pero ya lo esperaba y no tropezó. Se agachó y siguió el camino hacia abajo. Había un rellano y una vuelta, y luego más escalones, más oscuridad, y entonces sus manos extendidas tocaron una cortina de sarga que colgaba. La echó a un lado y pisó cautelosamente más allá. No se veía nada. Estaba en el polvorín, en el área donde el personal de municiones llevaba zapatillas de tela porque los zapatos con clavos podían provocar una chispa que hiciera explotar la pólvora. Tocó con cuidado ante él; su mano entró en contacto con un muro de cartuchos, cilindros de sarga ya rellenos, y con la otra mano tocó los ásperos contornos de un tonel. Aquéllos eran los barriles de pólvora... Apartó la mano involuntariamente, como si hubiera tocado una serpiente. No había tiempo para esas tonterías, estaba rodeado de muerte violenta.

Sacó su machete, gruñendo en la oscuridad debido a la intensidad de su emoción. Dos veces clavó el machete en la pared de cartuchos, y sus oídos se vieron recompensados por el susurrante sonido de una cascada de granos de pólvora que caían a través de las hendiduras que había abierto. Tenía que encontrar un firme soporte para el petardo, y entonces se agachó y clavó el machete con fuerza en otro cartucho y lo dejó allí. Desenrolló una cierta longitud de mecha rápida y ató varias vueltas firmemente en torno al mango, y luego enterró el final en la pila de granos de pólvora que había en el suelo. Una medida de seguridad innecesaria, quizá, cuando una simple chispa podía iniciar la explosión.

Desenrollando la mecha rápida tras él, con cuidado, con mucho cuidado para no mover el machete, volvió a salir pasando de nuevo la cortina, y subió los escalones hacia la luz creciente, doblando la esquina. La luz que penetraba a través de la puerta rota era deslumbrante, y parpadeó cuando salió por allí, agachado, todavía desenrollando la mecha rápida.

—¡Corte esto! —exclamó, y Black sacó su cuchillo y cortó la mecha en el punto indicado por la mano de Hornblower.

La mecha rápida se quemaba más rápido de lo que podía percibir la vista. Los cincuenta pies más o menos que se extendían hasta el polvorín se quemarían en menos de un segundo.

—¡Córteme una yarda de esto! —indicó Hornblower, señalando la mecha lenta.

La mecha lenta estaba cuidadosamente comprobada. Ardía al aire libre a una velocidad de exactamente treinta pulgadas por una hora, una pulgada cada dos minutos. Hornblower no tenía intención alguna de dejar una hora o más para la

combustión de esa yarda de mecha, sin embargo. Podía oír ya los disparos de los mosquetes y los tambores resonando en las colinas. Debía mantener la calma.

—¡Corte otro trozo de un pie y enciéndalo!

Mientras Black estaba ejecutando esa orden, Hornblower ató la mecha rápida a la lenta, asegurándose de que estaban bien juntas. Pero tenía que pensar también en la situación general además de en esos detalles vitales.

—¡Hewitt! —exclamó, levantando la vista de su trabajo—. Escuche cuidadosamente. Corra hasta el teniente de los infantes de marina por encima del risco de ahí. Dígale que vamos a salir ahora, y que él va a cubrir nuestra retirada al último cerro por encima de los barcos. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Entonces, corra.

Suerte que no debía confiar aquella misión a Grimes. Ahora ató los petardos juntos y miró en torno a él.

—¡Traiga aquí a ese muerto!

Black no hizo preguntas, se limitó a arrastrar el cadáver junto a la puerta. Hornblower había buscado primero una piedra, pero un cadáver sería mucho mejor. Todavía no estaba tieso, y el brazo yacía desmadejado sobre la mecha rápida justo por encima del nudo, después de que Hornblower hubiera pasado todo el sobrante flojamente a través de la puerta rota. El hombre muerto servía para ocultar la existencia de la mecha. Si los franceses llegaban demasiado pronto, ganaría unos valiosos segundos para el plan; en el momento en que el fuego alcanzase la mecha rápida, se encendería bajo el brazo del muerto y haría estallar la pólvora. Si, para investigar en el polvorín, apartaban el cadáver, el peso de la mecha en el interior de la puerta arrancararía el nudo hacia adentro y ganaría también unos segundos... quizás el final ardiendo cayera por los escalones, quizá directamente en el polvorín.

—¡Capitán Jones! Avise a todo el mundo de que esté listo para la retirada. Inmediatamente, por favor. Déme esa mecha encendida, Black.

—Déjeme hacerlo a mí, señor.

—Cállese.

Hornblower cogió la mecha lenta que ardía en rescoldo y sopló para avivar su fuego. Entonces miró hacia abajo, a la extensión de mecha lenta atada a la mecha rápida. Se fijó especialmente en un punto a una pulgada y media del nudo; allí había una mancha negra que serviría para marcar el lugar. Una pulgada y media. Tres minutos.

—Suba al parapeto, Black. Ahora. Gríteles que corran. ¡Ahora!

Mientras Black empezaba a chillar, Hornblower apretó el extremo encendido sobre la mancha negra. Después de dos segundos, lo retiró; la mecha lenta estaba encendida y ardía en dos direcciones: en una, inofensivamente, hacia la parte

inservible, y en otra hacia el nudo, hacia la mecha rápida que estaba a una pulgada y media. Hornblower se aseguró de que estaba ardiendo y entonces se puso de pie y saltó hacia el parapeto.

Los infantes de marina trotaban pasando a su lado, con Côtard y sus marineros protegiendo la retaguardia. Un minuto y medio... un minuto ahora, y los franceses les seguían fuera del alcance de sus mosquetes.

—Será mejor que se apresure, Côtard ¡Vamos!

Echaron a correr.

—¡Tranquilos, hacia allí! —gritó Jones. Temía que cundiera el pánico si aquellos hombres salían corriendo ante el enemigo en lugar de retirarse tranquilamente, pero había tiempo suficiente. Los infantes de marina empezaron a correr, mientras Jones gritaba inútilmente y agitaba su espada.

—Vamos, Jones —apremió Hornblower mientras pasaba junto a él, pero Jones estaba lleno de ardor guerrero, y siguió gritando desafíos a los franceses, de pie y solo, de cara al enemigo.

Entonces ocurrió. La tierra se movió adelante y atrás bajo sus pies y ellos brincaron y se tambalearon, mientras una horrisona explosión taladraba sus oídos y el cielo se oscurecía. Hornblower miró hacia atrás. Una columna de humo se elevaba hacia el cielo, cada vez más grande, llena de fragmentos oscuros. Entonces la columna se agrandó, formando un hongo en la punta. Algo cayó con estrépito a unas diez yardas, levantando esquirlas de la roca que cayeron estruendosamente a los pies de Hornblower. Un objeto llegó silbando por el aire, un objeto enorme, describiendo una trayectoria curva mientras giraba. Inevitablemente, aquel fragmento de roca de media tonelada, arrancada del lugar donde techaba el polvorín, cayó justo encima de Jones, arrastrándolo al pasar como si estuviera bestialmente decidida a eliminar por completo aquella cosa patética. Hornblower y Côtard miraron hipnotizados y horrorizados la roca, que se detuvo al fin a unos seis pies a su izquierda.

Fue el momento en que a Hornblower le costó más mantener la sangre fría, o recuperarla. Tuvo que sacudirse el aturdimiento.

—Vamos.

Tenía que seguir pensando con claridad. Estaban en la última loma antes de llegar a los barcos. El grupo de infantes de marina, enviado como resguardo del flanco, había bajado hasta aquel punto y estaban retrocediendo, disparando a una amenazante multitud de franceses. Los franceses llevaban bocamangas blancas en sus uniformes azules: soldados de infantería, no los de artillería que se habían enfrentado a ellos en torno a la batería. Y detrás de ellos había una larga columna de infantería, corriendo a toda prisa, con un batallón de tambores redoblando a un ritmo frenético... el *pas de charge*.

—Los hombres a los botes —dijo Hornblower, dirigiendo al grupo de marineros y

soldados desde la batería. Y entonces se volvió hacia el teniente de infantes de marina.

—El capitán Jones ha muerto. Prepárese para salir corriendo en el momento en que los otros alcancen el espigón.

—Sí, señor.

A espaldas de Hornblower, vuelto como estaba de cara al enemigo, se oyó un agudo y súbito ruido, como el impacto de un hacha contra la madera. Hornblower se volvió en redondo. Côtard se tambaleó, su espada y los libros y papeles que seguía llevando todo el tiempo cayeron al suelo, a sus pies. Entonces Hornblower vio su brazo izquierdo, que se agitaba en el aire como si colgara de una cuerda. Y apareció la sangre. Una bala de mosquete había hecho impacto en el hueso del brazo de Côtard, destrozándolo. Uno de los hombres de las hachas que no se había ido todavía le sujetó cuando estaba a punto de caer.

—¡Ah... ah...! —jadeó Côtard, sacudiendo su brazo destrozado. Miró a Hornblower con ojos asombrados.

—Siento que le hayan dado —dijo Hornblower. Y ordenó al hombre del hacha—: Llévelo al bote.

Côtard gesticulaba señalando al suelo con su mano derecha, y Hornblower le dijo a otro hombre:

—Coja esos papeles y llévelos también al bote.

Pero Côtard no estaba satisfecho.

—¡Mi espada! ¡Mi espada!

—Yo recogeré su espada —repuso Hornblower. Esas absurdas nociones de honor estaban tan profundamente arraigadas en ellos que incluso en aquellas circunstancias Côtard no podía soportar la idea de dejar su espada en el campo de batalla. Hornblower se dio cuenta de que no tenía machete cuando recogió la espada de Côtard. El hombre del hacha había recogido los libros y papeles.

—Ayude al señor Côtard —dijo Hornblower, y añadió—: Ponga un pañuelo alrededor de su brazo por encima de la herida y apriete. ¿Entiende?

Côtard, ayudado por el otro hombre del hacha, estaba ya trotando sendero abajo. Cada movimiento significaba una agonía para él. Aquel acongojante «¡ah... ah... ah...!» resonaba en los oídos de Hornblower a cada paso que daba Côtard.

—¡Ahí vienen! —exclamó el teniente de infantería.

Los franceses, en escaramuza, envalentonados por la aproximación de su cuerpo principal, estaban cargando. Una mirada apresurada informó a Hornblower de que todos los demás se encontraban ya en el espigón. El barco de langostas estaba saliendo, lleno de hombres.

—Díales a sus hombres que corran a cogerlo —dijo, y les siguió a su vez.

Fue una carrera salvaje, resbalando y deslizándose por el camino hacia el muelle,

con los franceses chillando en su persecución. Pero estaba el grupo de cobertura, tal como Hornblower había dispuesto cuidadosamente el día antes. Los trece infantes de marina del *Hotspur*, con su propio sargento al mando. Habían construido un parapeto a lo largo del muelle, de nuevo siguiendo las órdenes de Hornblower, que preveía una retirada apresurada. Era una barricada que les llegaba más abajo de la cintura, construida a toda prisa con rocas y barriles de pescado llenos de piedras. La multitud precipitada saltaba por encima. Hornblower, el último de todos, trepó rápidamente, con los brazos y piernas abiertos, para caer al otro lado de pie de puro milagro.

—¡Infantería del *Hotspur*!. Alineados en la barricada. ¡A los botes, vosotros!

Doce infantes estaban arrodillados en la barricada; doce mosquetes se pusieron a nivel por encima de ésta. Al verlos, los franceses que les perseguían dudaron y trataron de detenerse.

—¡Apunten bajo! —gritó el teniente, ásperamente.

—Retroceda y lleve a los hombres a los botes, señor Como-se-llame —gritó Hornblower—. Tenga la lancha preparada para desamarrar, mientras desatraca la balandra y sale.

Los franceses estaban corriendo hacia adelante de nuevo; Hornblower miró hacia atrás y vio al teniente saltar del espigón siguiendo al último infante de marina.

—Ahora, sargento. A por ellos.

—¡Fuego! —gritó el sargento.

Fue una buena andanada, pero no tuvieron ni un momento para pararse a admirarla.

—¡Vamos! —chilló Hornblower—. ¡A la lancha!

Con el peso de los infantes de marina del *Hotspur* saltando sobre ella, la lancha estaba derivando cuando él llegó hasta el borde. Tenía que saltar un espacio de una yarda sobre las negras aguas, pero sus pies llegaron a la borda y se lanzó hacia delante entre los hombres que estaban allí arracimados. Afortunadamente, recordó tirar antes la espada de Côtard y ésta cayó inofensiva en el suelo de la lancha, sin herir a nadie. Remos y bicheros empujaron contra el espigón y la lancha se alejó mientras Hornblower gateaba hacia popa. Casi pisó la cara de Côtard. Éste yacía, aparentemente inconsciente, en las tablas del fondo.

Ahora los remos estaban rechinando en las chumaceras. Estaban ya a veinte, treinta yardas de distancia, antes de que los primeros franceses llegaran chillando al espigón y empezaran a bailar con rabia y excitación en el mismo borde de mampostería. Durante un par de valiosos segundos incluso olvidaron los mosquetes que tenían en la mano. En la lancha, los hombres apiñados elevaron las voces en un grito burlón que provocó la fría rabia de Hornblower.

—¡Silencio! ¡Silencio todo el mundo!

El silencio que invadió la lancha era más desagradable que el ruido. Un par de

mosquetes dispararon desde el espigón, y Hornblower, mirando por encima de su hombro, vio a un soldado francés poner rodilla en tierra y apuntar cuidadosamente, le vio elegir un blanco, vio el cañón del mosquete girando hasta que la boca le apuntó directamente a él. Pensaba con desesperación en la posibilidad de tirarse al fondo de la lancha cuando el mosquete desapareció de su vista. Sintió una violenta sacudida en todo su cuerpo, y se dio cuenta con alivio de que la bala se había incrustado en el sólido travesaño de roble de la lancha en el que estaba sentado. Salió de su estupor; mirando hacia adelante vio a Hewitt tratando de abrirse camino hacia él y le habló con tanta tranquilidad como pudo dado su estado de excitación.

—¡Hewitt! Vaya adelante, al cañón. Está cargado con metralla. Dispare cuando pueda —y a continuación se dirigió a los remeros y a Cargill en la caña del timón—. A babor todo. Remos de estribor, ciar.

—A babor, ciar.

La lancha dejó de girar; estaba apuntando directamente hacia el espigón y Hewitt, habiendo apartado a un lado a los otros hombres, con mucha sangre fría observaba por la mira de una carronada del cuatro montada en la proa, manipulando la cuña de elevación. Luego se inclinó por encima de la borda y tiró de la cuerda y gancho de disparo. Todo el bote se sacudió hacia popa violentamente con el retroceso, como si hubiera tocado una roca, y el humo les envolvió en una sombría nube.

—¡Ciad, a estribor! ¡Tirad! ¡Todo a estribor! —el bote dio la vuelta pesadamente—. ¡Ciad, a popa!

Nueve balas de metralla de un cuarto de libra habían barrido el grupo del espigón. Unas figuras se movían, otras, inmóviles, yacían en el suelo. Bonaparte tenía un cuarto de millón de soldados en su ejército, pero ahora había perdido a unos pocos. No se podía decir que fuera una gota en el océano, sino simplemente quizás una molécula. Ahora estaban ya fuera de alcance de tiro, y Hornblower se volvió hacia Cargill en las escotas de popa detrás de él.

—Ha manejado usted muy bien su parte del asunto, señor Cargill.

—Gracias, señor.

Cargill había sido destinado por Hornblower a desembarcar con los infantes de marina, y hacerse cargo de los botes y prepararlos para la evacuación.

—Pero habría sido mejor si hubiera enviado la lancha primero y guardado la balandra para el final. Entonces la lancha podría haber zarpado y cubierto a los demás con su cañón.

—Pensé en ello, señor. Pero hasta el último momento no supe cuántos hombres vendrían en el último grupo. Por eso tenía que dejar la lancha.

—Quizá tenga usted razón... —asintió Hornblower, de mala gana, y luego, dejando que prevaleciera su sentido de la justicia, añadió—: De hecho, estoy seguro de que tiene usted razón.

—Gracias, señor —dijo Cargill de nuevo, y tras una pausa—: Me habría gustado poder ir con usted, señor.

«Algunas personas tienen gustos extraños», pensó Hornblower amargamente para sí, echando una mirada a Côtard, que yacía inconsciente con un brazo destrozado a sus pies, pero tenía que evitar irritar a esos susceptibles jóvenes ansiosos de honores y de los ascensos que esos honores podían proporcionarles.

—Recapacite, hombre —repuso, obligándose una vez más a pensar con lógica—. Alguien tenía que quedarse en el muelle a cargo de todo, y usted era el más adecuado para ese trabajo.

—Gracias, señor —dijo Cargill de nuevo, pero todavía con pesadumbre, persistiendo por tanto en su estupidez.

Un súbito pensamiento asaltó a Hornblower y entonces se volvió y miró por encima de su hombro. Tuvo que mirar dos veces, aunque sabía lo que estaba buscando. La silueta de las montañas había cambiado. Entonces vio un hilo de humo negro que todavía se elevaba de la cumbre. El semáforo había desaparecido. Aquel objeto elevado que les espiaba e informaba de todos sus movimientos al Escuadrón de la Costa ya no estaba allí. Unos marineros británicos bien entrenados y unos aparejadores y carpinteros no podrían reemplazarlo, en caso necesario, en menos de una semana de trabajo. Probablemente a los franceses les costaría al menos dos semanas; él calculaba que tres.

Y allí les esperaba el *Hotspur*, las gavias en facha, tal como lo había visto hacía media hora. Media hora que parecía toda una semana. El barco de langostas y la balandra estaban todavía virando para acercarse por babor, y Cargill se encaminaba hacia su banda de estribor. En aquellas aguas tranquilas y con una brisa tan suave, no había necesidad de que los botes se acercaran a sotavento.

—¡Remos! —exclamó Cargill; la lancha se abarloó, y allí estaba Bush mirándoles desde arriba. Hornblower agarró los cabos de entrada y se alzó. Era su derecho como capitán subir el primero, y también era su deber. Cortó las felicitaciones de Bush en seco.

—Saque al herido tan rápido como pueda, señor Bush. Mande una camilla abajo para el señor Côtard.

—¿Está herido, señor?

—Sí. —Hornblower no deseaba entrar en explicaciones innecesarias—. Tendrá que atarlo a ella e izar la camilla con un izador desde el peñol. Tiene el brazo hecho astillas.

—Sí, señor —Bush ya se había dado cuenta de que Hornblower no estaba de humor para conversaciones.

—¿Está listo el cirujano?

—Ya ha empezado su trabajo, señor.

Un gesto de Bush señaló a un par de heridos que habían subido a bordo desde la balandra y que recibían ayuda para bajar en aquel momento.

—Muy bien.

Hornblower se dirigió hacia su cabina. No necesitaba decir que tenía que escribir su informe, no tenía que dar ninguna excusa. Como siempre después de la acción, anhelaba la soledad de su cabina aún más de lo que anhelaba desplomarse y olvidar su cansancio. Pero en el segundo escalón se detuvo en seco. Aquél no era el auténtico final de la aventura. No podía tener paz por el momento, y lanzó un juramento para sí al enfrentarse a aquel esfuerzo final, usando unas blasfemias espantosas que raramente utilizaba. Tenía que solucionar el asunto de Grimes al momento. Tenía que decidir qué hacer con él. ¿Castigarle? ¿Castigar a un hombre por ser un cobarde? Eso sería como castigar a un hombre por tener el pelo rojo. Hornblower cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro, incapaz de caminar, pero procurando incitar a su mente cansada a emprender una acción inmediata. ¿Castigar a Grimes por mostrar su cobardía? Eso sería quizá más acertado. Y no es que eso le fuera a hacer ningún bien a Grimes, pero quizá disuadiría a otros hombres de mostrar cobardía. Algunos oficiales le castigarían no en beneficio de la disciplina, sino porque pensaban que si se comete un crimen hay que recibir un castigo, al igual que los pecadores van al infierno. Hornblower no se consideraba a sí mismo poseído por esa divina autoridad que algunos oficiales consideraban natural.

Pero tenía que actuar. Pensó en una corte marcial. Sería el único testigo, pero la corte sabría que él decía la verdad. Su palabra decidiría el destino de Grimes, y entonces... la horca, o quizá quinientos latigazos, y Grimes gritando de dolor hasta caer inconsciente, y de nuevo arrastrado a otro día de tortura, y otro más aún, hasta que se convirtiera en un gimoteante idiota carente de inteligencia y de fuerza. Hornblower odiaba esa idea. Pero comprendió que la tripulación ya habría adivinado lo que pasó. Grimes seguramente ya habría empezado a recibir su castigo, y además había que preservar la disciplina del *Hotspur*. Hornblower tendría que cumplir con su deber; debía pagar el precio que se exige por ser oficial naval, igual que cuando sentía mareos... igual que cuando arriesgaba su vida. Haría que arrestaran a Grimes inmediatamente, y mientras Grimes pasaba veinticuatro horas encerrado, acabaría de tomar una decisión. Se dirigió a popa, a su cabina, habiendo desaparecido por completo todo el alivio al pensar en la relajación y el descanso.

Entonces abrió la puerta y vio que ya no quedaba ningún problema por resolver, sólo el horror, el mayor de los horrores. Grimes colgaba allí, de una cuerda pasada a través del gancho que sujetaba la lámpara. Se balanceaba con el suave movimiento del barco, los pies arrastrándose por la cubierta de modo que incluso sus rodillas tocaban casi el suelo también. Tenía la cara negruzca y la lengua fuera... Realmente, no había ningún parecido en absoluto entre Grimes y aquella horrible cosa que

colgaba allí. Grimes no había tenido el valor suficiente para enfrentarse a la operación de desembarco, pero cuando se dio cuenta de su acción, cuando la tripulación le mostró sus sentimientos, todavía tuvo la decisión suficiente para hacer aquello, para someterse a sí mismo a aquel lento estrangulamiento, saltando desde el coy donde estaba agachado.

De toda la tripulación del *Hotspur*, Grimes era la única persona que, como asistente del capitán, podía encontrar la privacidad necesaria para hacer aquello. Había previsto los latigazos o incluso la horca, había sufrido el escarnio de sus compañeros. Paradójicamente, el semáforo que tanto temía atacar resultó estar defendido por un inofensivo civil y su mujer.

El *Hotspur* se balanceaba suavemente con la marejada, y al balancearse, la oscilante cabeza y los colgantes brazos se balanceaban también y los pies rozaban el suelo. Hornblower salió del estado de horror que le tenía agarrotado, y se esforzó por mostrar lucidez una vez más, a pesar de su fatiga y su espanto. Salió a la puerta de la cabina. Era excusable que no hubiera aún ningún centinela apostado allí, dado que los infantes de marina del *Hotspur* acababan de volver a bordo.

—Avisé al señor Bush —ordenó.

Al cabo de un minuto entró Bush, que dio un salto en cuanto vio la escena.

—Haga que lo bajen inmediatamente, por favor, señor Bush. Échelo por la borda. Si lo desea, hágale un funeral cristiano.

—Sí, señor.

Bush cerró la boca después de aquel asentimiento formal. Se dio cuenta de que Hornblower estaba de un humor mucho peor ahora que antes, en cubierta. Hornblower pasó al cuarto de derrota, se arrellanó dificultosamente en la silla, y se sentó tieso, con las manos inmóviles sobre la mesa. Casi de inmediato oyó cómo llegaban los hombres que había enviado Bush. Oyó ásperas voces de sorpresa, y algo semejante a una risa, sofocada inmediatamente cuando se dieron cuenta de que él estaba allí al lado. Las voces se convirtieron en ásperos susurros. Sonaron unas pisadas torpes, y luego un ruido de arrastrar algo. Comprendió que el cadáver había desaparecido.

Entonces se levantó para llevar a cabo la resolución que había tomado durante su reciente lucidez mental.

Anduvo firmemente hasta la cabina, un poco como quien se dirige renuente a un duelo. No quería entrar, detestaba aquel lugar, pero en un barco tan pequeño como el *Hotspur* no tenía ningún otro sitio adonde ir. Tendría que acostumbrarse a aquello. Desechó la idea de trasladarse a una de las cabinas con mamparas de los entrepuentes y enviar, por ejemplo, a los contramaestres a su cabina. Aquello ocasionaría múltiples inconvenientes y (lo más importante) también comentarios sin fin. Tenía que usar aquel espacio, y cuanto más contemplaba la perspectiva, menos imitadora le parecía.

Estaba tan cansado que apenas podía mantenerse en pie. Se acercó al catre. En su mente podía ver la imagen de Grimes arrodillándose en él, con la cuerda en torno al cuello, para lanzarse luego hacia afuera. Se obligó fríamente a aceptar aquella imagen como algo del pasado. Ahora estaba en el presente, y se dejó caer en el coy, con los zapatos puestos, el sable todavía en su costado y la bolsa de arena todavía en el bolsillo. Grimes no estaba allí para ayudarle a quitárselos.

CAPÍTULO 11



Hornblower había escrito la dirección, la fecha y la palabra «Señor» antes de darse cuenta de que aquel informe no sería fácil de redactar. Estaba bastante seguro de que su carta aparecería en la *Gazette*, pero eso ya lo suponía desde el momento en que se enfrentó al hecho de escribirla. Sería una «carta de la *Gazette*», una de las pocas, aparte de los centenares de informes que venían del Almirantazgo, seleccionadas para la publicación, y sería la primera vez que publicaran un escrito suyo. Se había dicho a sí mismo que se iba a limitar a escribir un informe convencional y sencillo al estilo tradicional, pero ahora tenía que pararse a pensar, aunque el pánico a la hoja en blanco no tenía nada que ver con esa prevención. Si publicaban aquella carta, todo el mundo la iba a leer. La leería toda la marina, y por consiguiente también sus subordinados, y sabía demasiado bien con qué cuidado sería analizada y sopesada cada una de sus palabras por ciertos individuos quisquillosos.

Y mucho más importante aún: la leería todo el mundo en Inglaterra, y por lo tanto, seguramente, también María. La carta significaba abrir una mirilla en su vida por la que ella todavía no había podido atisbar. Desde el punto de vista de su situación en la marina, podía ser deseable destacar los peligros que había sufrido, de forma modesta, por supuesto, pero eso estaría en franca contradicción con la carta jovial y despreocupada que tenía intención de enviarle a María. Ésta era una personita muy perspicaz, y no podía decepcionarla; leer la carta de la *Gazette* después de leer la suya podría despertar su desconfianza y aprensión en un momento en que ella llevaba en su interior el que podía muy bien ser el heredero del apellido Hornblower, lo cual posiblemente produciría los peores efectos tanto en María como en el niño.

Se enfrentó a la elección y se decidió en favor de María. Tenía que aligerar bastante sus dificultades y peligros, esperando que la marina fuera capaz de leer entre líneas lo que María, en su ignorancia, no podía intuir. Mojó de nuevo la pluma y mordió el extremo intentando imaginar por un momento si todas las cartas que había leído en la *Gazette* se habrían escrito después de enfrentarse a similares dificultades, y decidió que así debía de ser en su mayoría. Bueno, tenía que escribirla. No había forma de evitarlo... ni tampoco de posponerlo. Las palabras preliminares necesarias «De acuerdo con sus órdenes», abrieron paso al torrente de palabras que siguió después. Tuvo que hacer memoria de todo lo que debía incluir. «El señor William Bush, mi primer teniente, con gran valentía, ofreció voluntariamente sus servicios, pero yo le ordené que se quedara al mando del buque». Después, no le costó ningún esfuerzo escribir: «El teniente Charles Côtard, del navío de Su Majestad *Marlborough*, que se había ofrecido voluntario para la expedición, ofreció una

asistencia inapreciable debido a su conocimiento de la lengua francesa. Lamento mucho tener que informarle de que recibió una herida que requirió amputación, y que su vida todavía está en peligro». Y tenía que poner algo más: «El señor... —¿cuál era su nombre de pila?— Alexander Cargill, ayudante del oficial de derrota, a quien encomendé la responsabilidad de supervisar el reembarque, lo llevó a cabo a mi entera satisfacción». El siguiente pasaje le gustaría mucho a María. «La estación telegráfica fue tomada por el grupo bajo mi mando personal sin la menor oposición, y fue quemada y destruida por completo, una vez los documentos confidenciales se hubieron puesto a salvo». Los oficiales navales de inteligencia seguramente tendrían mejor opinión de una operación llevada a cabo apenas sin pérdida de vidas que de una que hubiera resultado una carnicería.

Y ahora la batería; había que poner mucho cuidado en este tema. «El capitán Jones, de los Reales Infantes de Marina, habiendo asegurado valerosamente la batería, desafortunadamente fue alcanzado por la explosión del almacén, y lamento mucho comunicar su muerte, así como la de algunos de los infantes de marina de su grupo, mientras que otros se dan por desaparecidos». Uno de ellos había sido tan útil muerto como vivo. Hornblower reflexionó. Todavía le costaba soportar el recuerdo de aquellos minutos junto a la puerta del polvorín. Siguió con la carta: «El teniente Reid de los infantes de marina guardó el flanco y cubrió la retirada con pocas pérdidas. Su conducta merece mi aprobación sin reserva alguna». Aquello era muy cierto, y agradable de escribir. También el siguiente párrafo: «Con gran placer le informo de que la batería quedó completamente destruida. El parapeto voló por completo junto con los cañones, y las cureñas fueron destruidas también, como se comprenderá debido al hecho de que en la batería explotó no menos de una tonelada de pólvora». En realidad había cuatro cañones del treinta y dos en aquella batería. Una sola carga de uno de esos cañones era de diez libras de pólvora, y el polvorín, hundido por debajo de los parapetos, debía de contener cargas para cincuenta disparos por cañón como mínimo. Había quedado un cráter donde una vez estuvo el parapeto.

No había mucho más que añadir. «La retirada se efectuó en buen orden. Aquí incluyo la lista de muertos, heridos y desaparecidos». Tenía frente a él el borrador de la lista; habría viudas y padres atribulados que podían obtener un cierto consuelo al ver aquellos nombres en la *Gazette*. Registró sus nombres y empezó un nuevo párrafo. «Infantes de marina. Muertos: capitán Henry Jones. Marineros...». Un pensamiento le asaltó en aquel momento y se quedó en suspenso, con la pluma en el aire. No sólo obtendrían consuelo al ver su nombre escrito en la *Gazette*; padres y viudas podrían recibir la pensión de los muertos y alguna pequeña gratificación. Todavía estaba pensando en ello cuando llegó Bush corriendo a la puerta.

—Capitán, señor. Me gustaría enseñarle algo en cubierta.

—Muy bien, ya voy.

Hizo una pausa durante unos segundos. Había un solo nombre en el párrafo encabezado con «Marineros muertos»: James Johnson, marinero común. Añadió otro nombre: «John Grimes, asistente del capitán», y dejó la pluma y salió a cubierta.

—Mire allí, señor —dijo Bush, señalando ansiosamente la costa y apuntando su catalejo.

El paisaje era poco familiar, una vez desaparecido el semáforo y la batería (que antes era visible) reemplazada ahora por un promontorio de tierra. Pero Bush no se refería a aquello. Había un grupo considerable de hombres a caballo galopando por las colinas; por el catalejo, Hornblower pudo detectar penachos de plumas y brillos dorados.

—Deben de ser los generales, señor —observó Bush, excitado—, que salen para evaluar los daños. El comandante, el gobernador, el jefe de ingenieros y todos los demás. Estamos casi a tiro, señor. Podemos derribarles sin que se den cuenta, sacar los cañones rápidamente, a plena elevación, y... deberíamos dar a un blanco de ese tamaño con un disparo en una andanada al menos, señor.

—Sí que podríamos —estuvo de acuerdo Hornblower. Miró la veleta y de nuevo a la costa—. Podríamos virar a sotavento y...

Bush esperó que Hornblower completara su frase, pero el final no llegó.

—¿Debo dar la orden, señor?

Hubo otra pausa.

—No —dijo Hornblower al final—. Es mejor que no.

Bush era un subordinado demasiado bueno para protestar, pero mostró su decepción de manera bastante evidente, y Hornblower tuvo que suavizar su rechazo con una explicación. Podían matar a un general, pero había más probabilidades de que matasen tan sólo a algún dragón. Por otra parte, así atraerían la atención de manera muy evidente hacia la debilidad actual de aquella parte de la costa.

—Y entonces ellos traerían baterías de campo —siguió Hornblower—, sólo del nueve, pero...

—Sí, señor. Sería un inconveniente —asintió Bush, accediendo de mala gana—. ¿Ha pensado algo, señor?

—Yo no. El —señaló Hornblower. Todas las operaciones del Escuadrón de la Costa eran responsabilidad de Pellew, y también el crédito sería para Pellew. Señaló hacia el Escuadrón de la Costa donde ondeaba el gallardete ancho de Pellew. Pero el gallardete ancho no iba seguir ondeando allí durante mucho tiempo más. El bote que había recogido el informe de Hornblower para el *Tonnant* volvió no sólo con víveres, sino con despachos oficiales.

—Señor —dijo Orrock, después de entregárselos—. El comodoro ha enviado a un hombre conmigo desde el *Tonnant* que trae una carta para usted.

—¿Dónde está?

Parecía un marinero corriente, vestido con las ropas habituales de a bordo. Su espesa y rubia coleta, allí de pie con el sombrero en la mano, indicaba que hacía largo tiempo que servía en el mar. Hornblower cogió la carta y rompió el sello.

Mi querido Hornblower:

Con infinito dolor debo confirmar las noticias, que se le comunican en los despachos oficiales, de que su último informe será también el último que tendré el placer de leer. Me ha llegado el nombramiento y debo enarbolar mi bandera como contraalmirante al mando del escuadrón que se está reuniendo para el bloqueo de Rochefort. El contraalmirante W. Parker tomará el mando del Escuadrón de la Costa y yo le he recomendado a usted con él en los mejores términos, aunque sus acciones hablan por sí mismas. Pero los oficiales al mando suelen tener sus propios favoritos, hombres a los que ya conocen. ¡No podemos reprocharle ese pecado, que yo mismo he cometido al complacerme en tener un favorito cuyas iniciales son H. H.! Ahora dejemos este tema y pasemos a otro más personal aún.

He observado en su informe que usted ha tenido la desgracia de perder a su asistente, y me tomo la libertad de enviarle a James Doughty como sustituto. Era mayordomo del capitán Stevens del Magnificent, y le he convencido para que se ofrezca al Hotspur. Sé que tiene mucha experiencia en atender a las necesidades de los caballeros, y espero que le encontrará adecuado y que cuidará de usted durante muchos años. Si durante ese tiempo me recuerda usted por medio de su presencia, me sentiré satisfecho.

Su sincero amigo,

Ed. Pellew

A pesar de su rapidez mental, a Hornblower le costó un poco asimilar los variados contenidos de aquella carta después de leerla. Eran malas noticias. Malas noticias por el cambio de mando y también malas, aunque de una forma diferente, por tener que cargar con un «caballero de caballeros» que seguramente se mofaría de sus arreglos domésticos. Pero si algo enseñaba la carrera naval era a aceptar con filosofía los cambios drásticos.

—¿Doughty? —inquirió Hornblower.

—Señor.

Doughty parecía respetuoso, pero su mirada tenía un fondo ligeramente burlón.

—Va a ser usted mi asistente. Cumpla con su obligación y no tiene nada que temer.

—Sí, señor. No, señor.

—¿Ha traído usted su equipaje?

—Sí, señor.

—El teniente primero designará a alguien para que le diga dónde puede colgar su hamaca. Compartirá un camarote con mi amanuense.

El asistente del capitán era el único marinero común en el barco que no tenía que dormir en las literas.

—Sí, señor.

—Y entonces podrá hacerse cargo de sus obligaciones.

—Sí, señor.

Sólo unos minutos más tarde, Hornblower, en su cabina, alzó los ojos y encontró una silenciosa figura que entraba por la puerta. Doughty sabía que como asistente personal no tenía que llamar a la puerta si el centinela le decía que el capitán estaba solo.

—¿Ha tomado ya la cena, señor?

Le costó un momento responder a aquella pregunta, al final de un día extraño que había seguido a una noche sin sueño. Mientras tanto, Doughty se quedó mirando respetuosamente por encima del hombro izquierdo de Hornblower. Sus ojos eran de un azul sorprendente.

—No, no lo he hecho. Prepáreme algo —replicó Hornblower.

—Sí, señor.

Los ojos azules pasearon por la cabina y no encontraron nada.

—No. No hay provisiones de cabina. Tendrá que ir a los fogones. El señor Simmonds encontrará algo para mí —el cocinero del buque, como contramaestre, tenía derecho al tratamiento de «señor» ante su nombre—. No, espere. Hay dos langostas en alguna parte en este barco. Las encontrará en un barril de agua de mar en algún lugar en los botalones. Y eso me recuerda algo. Su predecesor murió hace veinticuatro horas y nadie les ha cambiado el agua. Debe hacerlo. Vaya al oficial de guardia con mis saludos y pregúntele si puede usar la bomba de lavar la cubierta. Eso mantendrá viva a una de las langostas, y la otra me la puedo comer ya.

—Sí, señor. O puede tomar una de ellas caliente esta noche y la otra fría mañana, si la hiervo ahora, señor.

—Sí, también —accedió Hornblower sin comprometerse.

—¿Con mayonesa, señor? —dijo Doughty—. ¿Hay huevos a bordo, señor? ¿Algo de aceite?

—¡No, no hay! —gruñó Hornblower—. No hay provisiones de cabina en este barco excepto esas dos condenadas langostas.

—Sí, señor. Entonces le serviré ésta con mantequilla y ya veré lo que hago mañana, señor.

—Haga lo que quiera, demonios, y no me moleste más —masculló Hornblower.

Se estaba poniendo cada vez de peor humor. No sólo tenía que asaltar baterías, sino que también tenía que acordarse de mantener vivas las langostas. Y Pellew

dejaba la flota de Brest; las órdenes oficiales que acababa de leer daban detalles acerca de los saludos que se presentarían al nuevo oficial al día siguiente. Y entonces ese condenado Doughty y su maldita mayonesa, que no sabía qué demonios era, estarían manoseando sus camisas llenas de remiendos.

—Sí, señor —dijo Doughty, y desapareció tan silenciosamente como había entrado.

Hornblower salió a cubierta para calmar su mal humor dando un paseo. El primer soplo de aquel delicioso aire vespertino le calmó un poco, y también el rápido movimiento de los hombres en el alcázar desplazándose a la banda de sotavento para dejarle la de barlovento a él. Para él había tanto espacio como su corazón pudiese desear (cinco largos pasos adelante y a popa) pero todos los otros oficiales tenían que tomar el aire muy apiñados. Peor para ellos. Había tenido que reescribir su informe a Pellew tres veces: el borrador original, la copia buena y la copia para su diario confidencial. Algunos capitanes dejaban este último trabajo a sus amanuenses, pero Hornblower prefería hacerlo él personalmente. Los escribientes del capitán solían explotar sus conocimientos confidenciales. Había oficiales en aquel barco que se alegrarían mucho de saber lo que su capitán decía de ellos, y cuáles eran sus planes. Martin nunca tendría esa oportunidad. Tendría que limitarse a copiar listas de dotación, devoluciones de artículos y demás obligaciones fastidiosas que emponzoñaban la vida de un capitán.

Ahora Pellew les iba a dejar, y aquello sí que era un verdadero desastre. Aquel mismo día, más temprano, Hornblower se había permitido acariciar la idea de conocer algún día la inexpresable alegría de ser nombrado capitán de rango. Se requería para ella una gran influencia en la flota y en el Almirantazgo. Con el traslado de Pellew, había perdido a un amigo en la flota. Al retirarse Parry, había perdido a un amigo en el Almirantazgo... ahora no conocía a nadie allí, absolutamente nadie. Su promoción a comandante se debió a un fantástico golpe de suerte. Cuando el *Hotspur* volviera, estarían esperando trescientos ambiciosos jóvenes comandantes con tíos y primos influyentes, ansiosos por ocupar su lugar. Podía encontrarse varado en tierra, pudriéndose, con media paga. Con María. Con María y el niño. El reverso de la moneda era tan poco atractivo como el anverso.

Ésa no era forma de disipar la depresión que le amenazaba. Había escrito a María una carta de la que se sentía orgulloso, tranquilizadora, animosa, y tan cariñosa como pudo. Allá arriba estaba Venus, brillando en el cielo nocturno. El aire marino era estimulante, refrescante, delicioso. Seguramente aquél era un mundo mejor de lo que su alterado estado nervioso le permitía creer en esos momentos. Le costó una hora entera de paseos convencerse plenamente de ello. Al final de aquel tiempo, el ejercicio monótono y confortable había conseguido llevar el reposo a su mente hiperactiva. Se encontraba saludablemente cansado, y se dio cuenta de que también

estaba hambriento. Había visto a Doughty revolotear por la cubierta más de una vez, porque por muy distraído que estuviera Hornblower seguía tomando nota, de forma consciente o inconsciente, de todo lo que pasaba en el barco. Se estaba impacientando mucho, y la noche ya había caído del todo cuando de pronto su paseo se vio interrumpido.

—Su cena está lista, señor.

Doughty se quedó respetuosamente de pie frente a él.

—Muy bien. Ya voy.

Hornblower se sentó a la mesa del cuarto de derrota. Doughty se quedó de pie junto a su silla.

—Un momento, señor, mientras le traigo la comida desde la cocina. ¿Le sirvo un poco de sidra, señor?

—¿Un poco de...?

Pero Doughty ya le estaba sirviendo con una jarra, llenó la copa y luego desapareció. Hornblower probó la bebida cautelosamente. No había duda alguna: era una sidra excelente, fuerte y sin embargo refinada, afrutada y sin embargo nada dulce. Después de meses de agua de barril, aquello era divino. Sólo tomó un par de sorbos antes de echar atrás la cabeza y dejar que todo el contenido de la copa pasase de forma deliciosa por su garganta. No había empezado todavía a analizar aquella extraña sorpresa cuando Doughty se deslizó de nuevo en el cuarto.

—El plato está caliente, señor —dijo.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Hornblower.

—Chuletas de langosta, señor —dijo Doughty, sirviéndole más sidra, y entonces, con un gesto leve, indicó la salsera de madera que había dejado en la mesa al mismo tiempo—. Salsa de mantequilla, señor.

Extraordinario. Había unas bonitas chuletas de color dorado en su plato que no tenían ninguna semejanza con la langosta. Hornblower las roció precavidamente con la salsa y las probó: el resultado era excelente. Langosta triturada. Y cuando Doughty quitó la cubierta al plato de verduras, apareció una imagen de ensueño, deliciosa. Patatas nuevas, doradas y maravillosas. Se sirvió apresuradamente y casi se quemó la boca con ellas. No había nada tan exquisito como las primeras patatas del año.

—Vinieron con las verduras del barco, señor —explicó Doughty—. Llegué justo a tiempo de salvarlas.

Hornblower no necesitaba preguntarle de qué había salvado aquellas patatas. Conocía bien a Huffnell, el sobrecargo, y podía adivinar el apetito de la cámara de oficiales. Chuletas de langosta y patatas nuevas y esa deliciosa salsa de mantequilla. Estaba disfrutando de su cena, sin pensar ni por un momento en el hecho de que la galleta del barco, en la cestilla del pan, estaba llena de gorgojos. Estaba acostumbrado a los gorgojos, que siempre aparecían después del primer mes en el

mar, o antes si la galleta había estado almacenada largo tiempo. Se dijo mientras tomaba otro bocado de chuleta de langosta que no permitiría que un gorgojo en la galleta le estropeará la comida, como una mosca en la sopa.

Tomó otro sorbo de sidra y entonces preguntó de dónde procedía.

—Lo conseguí en su nombre, señor —dijo Doughty—. Me tomé la libertad de hacerlo, a costa de un cuarto de libra de tabaco.

—¿Quién la tenía?

—Señor —repuso Doughty—, prometí no decirlo.

—Oh, está bien —aceptó Hornblower.

La sidra sólo podía proceder de una fuente: el Camilla, el barco de pesca de langostas que había atrapado él la noche antes. Seguramente los pescadores bretones que lo tripulaban tendrían un barrilito a bordo, y alguien lo había requisado. Todos los indicios apuntaban a Martin, su escribiente.

—Espero que comprara el barrilito entero —dijo Hornblower.

—Me temo que tan sólo una parte, señor. Lo que quedaba.

De un barril de dos galones de sidra (Hornblower esperaba que fuera más grande), Martin apenas podía haber vaciado más de un galón en veinticuatro horas. Doughty debía de haber observado la presencia del barril en el camarote que compartía con Martin. Hornblower estaba convencido de que había persuadido a Martin usando algún argumento más contundente que la oferta de un simple cuarto de libra de tabaco para que compartiera el barril, pero no le importaba.

—Queso, señor —indicó Doughty. Hornblower se había comido ya todo lo demás.

Y el queso (la ración suministrada para la tripulación del barco) estaba razonablemente bueno, y la mantequilla estaba fresca. Un nuevo barril de madera debía de haber llegado con el barco, y Doughty de alguna forma la había conseguido aunque el suministro anterior, ya rancio, no se había agotado todavía. La jarra de sidra estaba vacía y Hornblower hacía días que no se sentía tan bien.

—Ahora me voy a la cama —anunció.

—Sí, señor.

Doughty abrió la puerta del cuarto de derrota y Hornblower pasó a su cabina. La lámpara oscilaba, colgada de los baos de cubierta. El camisón lleno de remiendos estaba preparado en el coy. Quizá fue porque estaba lleno de sidra, el caso es que a Hornblower no le molestó la presencia de Doughty mientras se cepillaba los dientes y se preparaba para acostarse. Doughty estaba a mano para recoger la casaca cuando se la quitó; Doughty recogió sus pantalones cuando él los dejó caer; Doughty estaba allí cuando él se echó en el catre y se tapó con las mantas.

—Cepillaré su casaca, señor. Aquí tiene el batín por si tiene que levantarse por la noche, señor. ¿Apago la lámpara, señor?

—Sí.

—Buenas noches, señor.

Hasta la mañana siguiente, Hornblower no recordó de nuevo que Grimes se había colgado en su cabina. Hasta la mañana siguiente, no recordó aquellos minutos allí en el polvorín, con la mecha. Doughty había probado muy bien su valía.

CAPÍTULO 12



Habían disparado las salvas. La bandera de Pellew fue enarbolada y el *Tonnant* se hizo a la mar para iniciar el bloqueo de Rochefort. El *Dreadnought* había izado la bandera del almirante Parker, y las banderas habían recibido trece salvas como saludo de cada barco. Desde sus colinas los franceses tenían que haber visto el humo y oído los disparos, y los oficiales navales que había entre ellos seguramente habrían deducido que otro contraalmirante se había unido a la flota del canal, y habrían sacudido la cabeza un poco tristemente ante esta prueba más de que la marina británica estaba incrementando su supremacía sobre la francesa, en la pugna para crear una gran potencia marítima.

Hornblower, atisbando el Goulet por encima de las formas negras de las Jovencitas, podía contar los barcos de guerra unidos a sus anclas en los fondeaderos de Brest. Dieciocho buques de línea y siete fragatas, pero con tripulaciones bajo mínimos y escasez de avituallamientos; no podían competir con los quince soberbios buques de la línea de Cornwallis que les esperaban fuera, cada día más eficientes y con la moral alta. Nelson en Tolon y ahora Pellew en Rochefort, de forma similar, desafiaban a unos escuadrones franceses inferiores, y bajo su protección las flotas mercantes de Bretaña surcaban los mares sin ser molestadas excepto por corsarios... y la propia flota mercante, agrupada en nutridos convoys, recibía constantes aproximaciones de escuadrones británicos, con una fuerza total que incluso excedía la de las flotas de bloqueo. Cordajes y cáñamo, madera, hierro y cobre, trementina y sal, algodón y nitrato, todo podía pasar libremente a las islas británicas y ser libremente distribuido en torno a ellos, manteniendo los astilleros en constante actividad, mientras que los astilleros franceses estaban condenados a la inactividad, a la gangrena que sigue a un corte de circulación.

Pero la situación, sin embargo, no carecía de peligro. Bonaparte tenía doscientos mil soldados estacionados a lo largo de la costa del canal, el ejército más formidable del mundo, y reuniéndose en los puertos del canal, desde Saint Malo a Ostende y aún más allá, estaba una flotilla de siete mil barcos de fondo plano. El almirante Keith con sus fragatas, respaldado por unos pocos buques de línea, mantenía seguro el canal contra la amenaza de Bonaparte. No existía ninguna oportunidad de invasión mientras Inglaterra mantuviera el dominio naval del canal. Y sin embargo, aquel dominio era precario en algún aspecto. Si los dieciocho barcos de línea en fondeadero de Brest podían escapar, rodear Ushant y subir por el canal mientras Cornwallis se encontraba distraído por alguna maniobra, Keith podía ser expulsado, e incluso destruido. Tres días bastarían para embarcar el ejército de Bonaparte y cruzar el

canal, y Bonaparte podría proclamar decretos desde el castillo de Windsor como ya había hecho desde Milán y Bruselas. Cornwallis y su escuadrón, el *Hotspur* y sus colegas más poderosos eran precisamente los que lo hacían imposible. Un momento de descuido, un movimiento en falso y la bandera tricolor podía ondear en la Torre de Londres.

Hornblower examinaba los barcos en los fondeaderos de Brest y cuando lo hacía era muy consciente de que la rutina de aquella mañana era la última e insolente expresión del poderío de Inglaterra en los mares. Inglaterra tenía un corazón, un cerebro, un brazo, y él y el *Hotspur* eran la yema del último dedo de aquel largo brazo. Diecinueve barcos de línea anclados, dos de ellos navíos de triple cubierta. Siete fragatas. Eran los únicos que había visto el día antes. Ninguno había intentado deslizarse sin ser notado durante la noche, por el pasaje de los Cuatro o el Raz.

—¡Señor Foreman! Señales al buque insignia, por favor. «Enemigo anclado. Situación invariable».

Foreman había hecho ya varias veces aquella misma señal, pero, mientras Hornblower le miraba discretamente, comprobó los números en el libro de señales. Foreman debía conocer las mil señales arbitrarias de memoria, pero era mejor, si tenía tiempo, comprobar lo que su memoria le dictaba. Un error en un dígito podía significar enviar el aviso de que el enemigo se acercaba.

—Señal recibida, señor —informó Foreman.

—Muy bien.

Poole, como oficial de guardia, tomó nota del incidente en el cuaderno de bitácora provisional. Los hombres estaban limpiando la cubierta, el sol se elevaba en el horizonte. Era un hermoso día y prometía ser aún mejor.

—Siete campanadas, señor —informó Prowse.

Sólo media hora más de reflujo; era el momento de retirarse de aquella costa sotavento antes de que la marea empezara a subir.

—¡Señor Poole! Vire a sotavento, por favor. Rumbo oeste cuarta al noroeste.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, señor Bush.

Bush sabía que no debía enzarzarse en conversaciones intrascendentes. Así podía dedicar su atención a vigilar lo bien que los hombres braceaban la gavia, y cómo maniobraba Poole el barco cuando se hinchaban las gavias. Hornblower observó toda la costa norte, mirando como siempre por si había alguna señal de cambio. Su atención estaba concentrada en el cerro más allá del cual el capitán Jones había encontrado la muerte, cuando Poole informó de nuevo.

—Los vientos vienen del oeste, señor. No podemos poner rumbo oeste cuarta al noroeste.

—Póngalo al oeste noroeste —replicó Hornblower, con el ojo todavía pegado al

catalejo.

—Sí, señor. Oeste noroeste, bolina franca —había un deje de alivio en la voz de Poole; un oficial suele sentirse bastante aprensivo cuando tiene que decirle a su capitán que la última orden que le ha dado es imposible de cumplir.

Hornblower era consciente de que Bush se le había acercado con el catalejo enfocado en la misma dirección que él.

—Una columna de tropas, señor —dijo Bush.

—Sí.

Hornblower había detectado la cabeza de la columna cruzando el cerro. Ahora miraba para ver a qué longitud se extendía la columna. Continuaba por encima del cerro, interminable, y en el catalejo parecía una oruga que reptaba por el lado más escarpado de la colina. ¡Ah! Allí estaba la explicación. Detrás de la oruga apareció una hilera de hormigas, corriendo velozmente a lo largo del sendero. Artillería de campaña... seis cañones y armones con una carreta en retaguardia. La cabeza de la oruga estaba ya por encima del risco más lejano antes de que la cola apareciese por el extremo que había más cerca. Era una columna de infantería de más de una milla de largo, cinco mil hombres o más... una división de infantería con su batería de apoyo. Podía ser simplemente una parte de la guarnición de Brest que salía a hacer maniobras y ejercicios en las colinas, pero sus movimientos, de algún modo, parecían más apresurados y deliberados de lo que podría esperarse en tal caso.

Paseó su catalejo por la costa, y entonces vio algo, con un sobresalto y una gran excitación. Allí, inequívocamente, estaban las velas al tercio de un barco de cabotaje francés que doblaba el escarpado promontorio de Point Matthew. Había más: un enjambre entero. ¿Sería posible que un grupo de barcos de cabotaje estuviera tratando de saltarse el bloqueo de Brest a plena luz del día y ante las mismísimas narices del *Hotspur*? Era poco probable. Ahora se oía un retumbar de cañonazos, presumiblemente de la batería de campo, invisible por encima del risco más lejano. Detrás de los barcos de cabotaje apareció una fragata británica, y luego otra, justo en el momento en que los barcos empezaron a salir. Al virar revelaron que no tenían izados los colores.

—Presas, señor. Y ahí están la *Naiad* y la *Doris* —dijo Bush.

Las dos fragatas británicas seguramente habían descendido con rapidez durante la noche por el pasaje de los Cuatro, junto a la orilla de Ushant, para acorralar a esos barcos de cabotaje desde las ensenadas de Le Conquet, adonde éstos habían acudido para refugiarse. Un trabajo muy bueno, indudablemente, pero sólo habían podido sacarlos de allí gracias a la destrucción de la batería del Petit Minou. Las fragatas viraron en la estela de los barcos de cabotaje, como perros pastores siguiendo a un rebaño. Escoltaban a sus presas en triunfo de vuelta al Escuadrón de la Costa, de donde, presumiblemente, serían enviadas a Inglaterra para su venta. Bush había

apartado el catalejo de su ojo y se había quedado mirando fijamente a Hornblower, mientras Prowse se unía a ellos.

—Seis presas, señor —informó Bush.

—Mil libras cada uno darán esos barcos, señor —intervino Prowse—. Y más si llevan provisiones navales, y es posible que las lleven. Seis mil libras. Siete mil. Y no hay problemas para venderlas, señor.

Según los términos de la proclama real emitida a raíz de la declaración de guerra, las presas tomadas por la Armada se convertían (tal como ya era tradicional) en absoluta propiedad de sus captores.

—Y nosotros no estábamos a la vista, señor —dijo Bush.

Según una cláusula de la proclama, el valor de las presas, después de una deducción para los oficiales generales de la marina, debía ser compartida por los barcos a la vista en el momento en que sus enseñas fueran apresadas o su posesión asegurada.

—No era de esperar —repuso Hornblower. Quería decir con toda honestidad que el *Hotspur* estaba demasiado ocupado con su deber de vigilar el Goulet, pero los otros malinterpretaron sus palabras.

—No, señor, no con... —Bush calló antes de que sus palabras le hicieran reo de amotinamiento. Había estado a punto de decir: «no con el almirante Parker al mando», pero tuvo el buen sentido de ahorrárselo, al comprender cuál era el verdadero significado de las palabras de Hornblower.

—Una octava parte serían casi mil libras —dijo Prowse.

Una octava parte del valor de las presas, según establecía la proclama, debía ser dividida entre los tenientes y los oficiales de derrota que tomaran parte en la captura de los barcos. Hornblower estaba haciendo un cálculo diferente. La parte del capitán era de dos octavas partes. Si el *Hotspur* hubiera estado asociado en la empresa con la *Naiad* y la *Doris*, él habría obtenido quinientas libras.

—Y fuimos nosotros los que les abrimos paso, señor —siguió Prowse.

—Fue usted, señor, quien... —Bush interrumpió su frase por segunda vez.

—Es la suerte de la guerra —declaró Hornblower, mesuradamente—, o la mala suerte, debería decir.

Hornblower estaba bastante convencido de que todo el sistema del dinero de presa estaba mal concebido, y que tendía a hacer menos efectiva a la Armada en caso de guerra. Pero reconoció que era una perogrullada, que quizá pensara de forma diferente si hubiera ganado grandes cantidades mediante las presas. Aunque eso no alteró su opinión.

—¡Adelante, allí! —gritó Poole desde detrás de la bitácora—. Soltad el escandallo en los cadenotes.

Los tres oficiales detrás de la batayola volvieron al mundo real con un sobresalto.

Hornblower sintió una oleada de frío horror en el pecho cuando se dio cuenta de su inexcusable descuido. Se había olvidado completamente del rumbo que había establecido. El *Hotspur* estaba navegando tranquilamente hacia una situación peligrosa, y aquello era culpa suya, consecuencia de su descuido. No tenía tiempo para reproches en aquel momento. Levantó la voz, tratando de que sonara con firmeza:

—Gracias, señor Poole —gritó—. Detenga la orden. Vire de bordada, por favor.

Bush y Prowse lanzaron miradas culpables, avergonzadas. Era su deber, y en particular el deber de Prowse, avisarle si el *Hotspur* se encontraba en peligro por su rumbo. Ellos no le miraban a los ojos; trataban de simular un exagerado interés en el manejo del barco por parte de Poole. Las vergas crujieron cuando el barco viró, las velas gualdrapearon y se hincharon de nuevo, al soplar el viento en sus caras desde un ángulo diferente.

—¡A orza todo! —ordenó Poole, completando la maniobra—. ¡Amura de trinquete! ¡Halad las bolinas!

El *Hotspur* se estabilizó en su nuevo rumbo, alejándose de la peligrosa costa a la cual se había aproximado demasiado, y así se evitó el peligro.

—Ya lo ven, caballeros —dijo Hornblower fríamente, mientras esperaba a que Bush y Prowse le dedicaran toda su atención—. Ya ven que hay muchos inconvenientes en el sistema de captura de presas. Ahora mismo he observado uno más, y espero que ustedes también se hayan dado cuenta. Gracias, eso es todo.

Se quedó junto a la batayola mientras ellos se escabullían. Se concentró de nuevo en sus tareas. Era su primer momento de descuido en una carrera profesional de diez años. Había cometido errores por ignorancia, por temeridad, pero nunca antes se había descuidado. Si el oficial de guardia hubiera sido un inútil, se habría podido producir cualquier desgracia. Si el *Hotspur* hubiera encallado, en tiempo despejado y con una suave brisa, habría sido el fin para él. Una corte marcial, despedida del servicio, ¿y luego...? En su amargo descontento consigo mismo se dijo que no sería capaz ni siquiera de ganarse el pan, y no digamos nada de mantener a María. Quizá tuviera que enrolarse como marinero, y con su torpeza y sus distracciones, sería víctima del látigo o de la vara del contra maestre. La muerte sería mejor. Sintió un escalofrío.

Ahora estaba volviendo su atención hacia Poole, de pie impasible junto a la bitácora. ¿Qué le habría impulsado a ordenar que usaran el escandallo? ¿Había sido simple precaución, o una manera delicada de llamar la atención de su capitán hacia la situación del barco? Su presente comportamiento y actitud no daban el menor indicio para aventurar una respuesta. Hornblower había estudiado cuidadosamente a sus oficiales cuando el *Hotspur* fue puesto en servicio activo; no sabía que Poole fuera capaz de una sutileza o tacto semejantes, pero quizás era que no se había fijado bien.

En cualquier caso, debía admitir la posibilidad de que fuera así. Deambuló por el alcázar.

—Gracias, señor Poole —dijo, lenta e intencionadamente.

Poole se tocó el sombrero como respuesta, pero su agradable cara no cambió de expresión. Hornblower se alejó, picado (o más bien divertido) al ver que sus preguntas quedaban sin respuesta. Era un alivio momentáneo de los remordimientos de conciencia que todavía le atormentaban.

La lección que había aprendido le acompañó durante el verano, para inquietud de su conciencia. De no ser por eso, durante aquellos dorados meses el bloqueo de Brest podría haber sido para el *Hotspur* y para Hornblower como unas vacaciones en el mar, unas vacaciones con un cierto aire macabro. Al igual que algunos teólogos laicos propugnaban la teoría de que en el infierno los pecadores serían castigados obligándolos a repetir, con insoportable tedio y hasta la saciedad, los pecados que habían cometido en vida, así Hornblower pasó aquellos deliciosos meses haciendo cosas agradables hasta no poder más. Día tras día y noche tras noche, durante el verano más agradable que podía recordar, el *Hotspur* navegó por las proximidades de Brest. Subía a toda prisa hacia el Goulet con la pleamar, y astutamente se retiraba a lugar seguro con el último reflujo. Examinaba la flota francesa, informaba del resultado de sus observaciones al almirante Parker. Se dejaba arrastrar, al paio, por un mar en calma, entre suaves brisas. Con los vientos del oeste se abría camino para apartarse de las costas a sotavento; con viento del este volvía de nuevo para desafiar a los impotentes franceses en su seguro refugio. Eran meses de espantosos peligros para Inglaterra, con la Grande Armée, de doscientos mil hombres, a la espera a treinta millas de las playas de Kentish, pero también fueron meses de tranquilidad para el *Hotspur*, aunque avistaron gran cantidad de barcos de batalla hostiles. Ocasionalmente tuvieron un poco de actividad cuando los barcos de cabotaje trataban, con un exceso de temeridad, de entrar o salir. Hubo momentos muy movidos, cuando llegó alguna borrasca y hubo que arrizar las gavias. También se celebraron reuniones después de anochecer con barcos de pesca, conversaciones ante un vaso de ron con capitanes bretones, compras de cangrejos y langostas o sardinas... y del último edicto de la Inscription Maritime, o de un ejemplar de hacía una semana del *Moniteur*.

En el catalejo de Hornblower aparecieron ejércitos de trabajadores como hormigas que reconstruían las baterías destruidas, y durante un par de semanas vigiló la construcción de un andamio y la elevación de unas cabrias en el Petit Minou, y posteriormente, durante tres días seguidos, la lenta elevación hasta la vertical del nuevo poste del semáforo. Después añadieron los brazos horizontales y verticales. Antes de acabar el verano, aquellos brazos se movían de nuevo informando una vez más de los movimientos del escuadrón de bloqueo.

Aquello les iría muy bien a los franceses, apiñados en sus barcos anclados en los fondeaderos. La inercia y el sentimiento de inferioridad hacían mella en las tripulaciones descontentas. Cada vez habría más barcos listos para hacerse a la mar, les irían encontrando tripulantes poco a poco, pero aun así, cada día el balance de calidad guerrera y de potencia naval se inclinaba con mayor rapidez en favor de los británicos, que estaban ejercitándose constantemente en el mar y se veían reforzados sin cesar por los tributos que el mundo transportaba por mar.

Había que pagar un precio por ello, desde luego; la dominación de los mares no es un don concedido libremente por el destino. La flota del canal pagaba con sangre, con vidas, así como en el sacrificio de la libertad y el ocio de todos los oficiales y los hombres de a bordo. Había una constante y pequeña sangría. Las enfermedades corrientes se cobraban sólo un pequeño peaje; entre hombres en lo mejor de su vida, aislados del resto del mundo, las enfermedades eran escasas, aunque se había observado que desde la llegada de barcos de víveres de Inglaterra, había epidemias de resfriados en la flota, mientras que el reuma (la enfermedad de los marineros) estaba siempre presente.

Las pérdidas se debían principalmente a otras causas. Había hombres que, en un momento de descuido o falta de atención, caían desde las vergas. Otros se fracturaban o herían, y eran muchos, porque a pesar de los ingeniosos artefactos como poleas y jarcias, había que levantar grandes pesos por pura fuerza manual. Se herían los dedos y se aplastaban los pies al bajar los pesados barriles de provisiones saladas a los botes desde los barcos almacén y al alzarlos a las cubiertas de los barcos de guerra. Y frecuentemente un miembro herido acababa (a pesar de todos los cuidados del cirujano) en gangrena, amputación y muerte. Había hombres descuidados que, durante sus prácticas de tiro con el cañón, perdían los brazos atacando un cartucho en un cañón que no se había limpiado bien con el escobillón, o no se apartaban a tiempo de la línea de tiro. Tres veces aquel año hubo hombres que murieron en peleas, cuando el aburrimiento se transformaba en histeria y aparecían los cuchillos, y en cada una de esas ocasiones se perdía otra vida; una vida por cada vida, un ahorcamiento con los otros barcos apiñados alrededor y las tripulaciones en las bordas para ver lo que pasaba cuando un hombre perdía la paciencia. Y en una ocasión, los hombres se agolparon en los costados para ver a un desdichado marinero joven sufrir castigo por un crimen peor aún que el asesinato: levantar la mano a un oficial superior. Incidentes de tal tipo eran inevitables mientras los barcos iban y venían monótonamente, en el mar eternamente gris e inhóspito.

Era una suerte para el *Hotspur* estar al mando de un hombre a quien cualquier forma de ociosidad o monotonía le resultaba sumamente desagradable. Los mapas del Iroise eran notoriamente inexactos; el *Hotspur* se dedicó a recorrerlo todo realizando cuidadosos sondeos para tomar una serie tras otra de minuciosas triangulaciones de

los promontorios y las colinas. Cuando la flota se quedó sin arena, tan necesaria para mantener las cubiertas inmaculadamente blancas, fue el *Hotspur* quien suplió la deficiencia, encontrando pequeñas playas perdidas a lo largo de toda la costa donde podían enviar un destacamento de desembarco (burlando el tan cacareado dominio de Bonaparte sobre Europa) para llenar unos sacos con la preciosa mercancía. Hubo competiciones de pesca, mediante las cuales casi se superaron las enraizadas objeciones de la tripulación contra el pescado como elemento de la dieta. Un premio de una libra de tabaco para la mejor captura por grupos los espoleó a todos a idear anzuelos y cebos nuevos. Hicieron experimentos de maniobrabilidad del barco, probando métodos obsoletos y otros nuevos. Intentaron averiguar, por ejemplo, el efecto de las gavias por medio de cuidadosas y precisas medidas con la corredera, o, suponiendo que habían perdido el timón, los oficiales de guardia trataron de que sus hombres maniobraran el barco sólo con las velas.

El propio Hornblower encontró un ejercicio mental adecuado en los problemas de la navegación. Las condiciones eran ideales para tomar observaciones lunares, y mediante su ayuda fue posible llegar a una precisa determinación de la longitud (un tema de debate desde los días de los cartagineses) a costa de un número sin fin de cálculos. Hornblower estaba decidido a perfeccionar ese método, y sus oficiales y jóvenes caballeros sufrieron las consecuencias, porque ellos también tenían que hacer observaciones lunares y calcular las cantidades resultantes. La longitud de las Jovencitas fue calculada a bordo del *Hotspur* un centenar de veces aquel verano, con casi un centenar de resultados diferentes. Para Hornblower era una ocupación gratificante, más gratificante aún porque resultaba obvio que estaba adquiriendo una gran destreza en ella. Trató de adquirir la misma facilidad en otra ocupación, escribir sus cartas semanales a María, sin obtener el mismo grado de satisfacción. Sólo había un número limitado de expresiones cariñosas, un número limitado de maneras de decir que la echaba de menos, que esperaba que su embarazo fuera progresando favorablemente. Sólo había una manera de excusarse por no volver a Inglaterra como le había prometido, y María se inclinaba a mostrarse un poco quisquillosa en sus cartas respecto a las obligaciones del servicio. Cuando los barcos suministradores de agua llegaban periódicamente y había que emprender la pesada tarea de transportar el líquido ya rancio al *Hotspur*, Hornblower siempre acababa pensando que transportar esas dieciocho toneladas de agua a bordo suponía otro mes entero de escribir cartas a María.

CAPÍTULO 13



La campana del *Hotspur* sonó dos veces; eran las seis de la tarde, y la primera guardia de cuartillo había acabado en la oscuridad creciente.

—Anochece, señor —dijo Bush.

—Sí —afirmó Hornblower.

—Las seis en punto. El equinoccio, señor.

—Sí —volvió a asentir Hornblower; sabía perfectamente lo que iba a seguir.

—Tendremos una borrasca del oeste, señor, o no me llamo William Bush.

—Muy probablemente —replicó Hornblower, que había estado husmeando el aire durante todo el día.

Hornblower era un poco hereje en este asunto. No creía que el simple cambio de un día de doce horas y un minuto a otro un minuto más corto pudiera hacer que soplaran vientos del oeste. Las borrascas soplaban en aquella época porque el invierno se estaba acercando, pero noventa y nueve hombres de cada cien creían firmemente en una relación causal mucho más directa, y también mucho más misteriosa.

—El viento está refrescando y el mar se está levantando un poco, señor —continuó Bush, inexorable.

—Sí.

Hornblower acalló la tentación de declarar que no era porque el sol se pusiera a las seis en punto, porque sabía que una opinión semejante sería recibida con la tolerante y solapada desaprobación que se presta a las opiniones de niños, excéntricos y capitanes.

—Tenemos agua para veintiocho días, señor. Veinticuatro contando con los derramamientos y mermas.

—Treinta y seis, si disminuimos las raciones —corrigió Hornblower.

—Sí, señor —dijo Bush, con todo un mundo contenido en esas dos palabras.

—Daré la orden dentro de una semana —informó Hornblower.

No era probable que ninguna borrasca soplara durante un mes seguido, pero podían sucederse una tras otra antes de que los transportes de agua pudieran salir desde Plymouth para rellenar los barriles. Debido a la organización establecida por Cornwallis, durante cerca de seis meses seguidos en el mar el *Hotspur* no había tenido que ir todavía a repostar agua. Si se hiciera necesario, sería una molestia más consecuencia del paso del tiempo.

—Gracias, señor —dijo Bush, tocándose el sombrero y dirigiéndose a sus tareas por la oscura y bamboleante cubierta.

Tenía preocupaciones de todo tipo. El día antes por la mañana, Doughty había advertido a Hornblower que se estaban agujereando los codos de su casaca de uniforme, y que sólo tenía dos casacas aparte del uniforme completo. Doughty había hecho un buen trabajo de remiendo, pero aunque habían buscado minuciosamente por todo el barco, no habían encontrado ningún material con idéntico color desteñido por la intemperie. Además, los fondillos de todos los pantalones que tenía estaban finos como el papel, y a Hornblower no le hacía ninguna gracia tener que llevar los amplios pantalones de marinero de la tripulación. Aun así, como éstos se estaban agotando, tuvo que reservarse un par antes de que se acabaran. Llevaba ahora su ropa interior gruesa de invierno; tres juegos le habían parecido más que suficientes en abril, pero ahora se enfrentaba a la perspectiva, en una borrasca, de empaparse frecuentemente, con pocas posibilidades de secar la ropa. Maldijo para sí y se retiró a descansar un poco, anticipando una noche movida. Al menos había cenado bien. Doughty había cocinado un rabo de buey, la más despreciada y rechazada de todas las partes de la ración semanal de buey, y lo había convertido en un plato digno de un lord. Podía ser su última cena durante mucho tiempo, si duraba la tempestad... el invierno afectaba a la tierra tanto como al mar, así que no podía esperar obtener otras verduras que patatas y coles hervidas hasta la siguiente primavera.

Su previsión de una noche movida resultó acertada. Se había despertado hacía algún tiempo, sintiendo el fuerte movimiento del *Hotspur* y tratando de decidir si levantarse y vestirse o gritar pidiendo una luz y tratar de leer, cuando llamaron a su puerta.

—¡Señales del buque insignia, señor!

—Ya voy.

Doughty era realmente un asistente excelente. Llegaba en aquel mismo momento con un farol de seguridad.

—Necesitará su chaquetón, señor, y un impermeable por encima. El sombrero encerado, señor. Es mejor que se ponga la bufanda para mantener seco el chaquetón, señor.

Una bufanda en torno al cuello absorbía la humedad que de otro modo podía meterse entre el sombrero y la casaca impermeable y empapar el chaquetón. Doughty envolvió a Hornblower en sus ropas como una madre que prepara a su hijo para ir a la escuela, mientras se balanceaban y se tambaleaban en la móvil cubierta. Hornblower salió a la rugiente oscuridad.

—Un cohete blanco y dos luces azules desde el buque insignia, señor —informó Young—. Eso significa «tomen posiciones mar adentro».

—Gracias. ¿Qué velas llevamos? —Hornblower podía adivinar la respuesta sólo por la sensación que le transmitía el barco, pero quería estar seguro. Estaba demasiado oscuro para que sus deslumbrados ojos pudieran ver todavía.

—Gavias con rizos dobles y vela mayor, señor.

—Mantenga ese rumbo y ciña por babor.

—Ceñir por babor. Sí, señor.

La señal de las posiciones de alta mar significaba una retirada general de la flota del canal. El cuerpo principal se situó a setenta millas hacia el mar fuera de Brest, a salvo de aquella espantosa costa a sotavento y con espacio abierto ante ellos hacia la bahía de Tor (evitando Ushant por una parte y el Start por otra) por si la tormenta fuera tan mala como para hacer imposible mantenerse en alta mar. El Escuadrón de la Costa estaría treinta millas más cerca. Eran los barcos más capaces de navegar de bolina, y podían enfrentarse a un riesgo adicional y colocarse más cerca de Brest por si un súbito cambio de viento permitía salir a los franceses. Pero no se trataba simplemente de que los franceses salieran, sino de que otros barcos franceses pudieran entrar. Fuera en el Atlántico había más de un pequeño escuadrón francés (el propio hermano de Bonaparte dirigía uno de ellos, con su esposa americana) buscando con urgencia alcanzar un puerto francés antes de que la comida y el agua se les acabasen por completo. Así que la *Naiad*, la *Doris* y el *Hotspur* tenían que permanecer en las cercanías, para interceptarlos e informar. Eran los que mejor podían hacerse cargo de los peligros de la situación.

Y era mejor reservarlos si no podían hacerlo. Así que el *Hotspur* tenía que tomar posiciones sólo a veinte minutos del oeste de Ushant, donde los barcos franceses empujados por la borrasca podían recalzar mejor.

Bush apareció en la oscuridad, gritando por encima del ruido del huracán.

—El equinoccio, tal como le había dicho, señor.

—Sí.

—Empeorará antes de mejorar, señor.

—Sin duda.

El *Hotspur* estaba, ahora a todo ceñir, remontándose, cabeceando y balanceándose sobre las vastas e invisibles olas que la tempestad levantaba por encima de su proa. Hornblower notó con resentimiento que Bush estaba experimentando placer ante aquel cambio de situación. Una fuerte borrasca y la lucha a barlovento era algo estimulante para Bush después de largos días de calma, mientras que Hornblower pugnaba por mantenerse en pie y dudaba de la conducta de su estómago como resultado de este súbito cambio.

El viento aullaba en torno a ellos y chorros de agua se precipitaban sobre el puente, de modo que la negra noche estaba llena de ruidos. Hornblower se agarró a la batayola. Los caballistas circenses que había visto en su niñez, galopando alrededor de la pista, poniéndose de pie sobre dos caballos con un pie en cada uno de ellos, no tenían un trabajo más difícil del que él estaba acometiendo en aquellos momentos. Y a los caballistas circenses no les arrojaban periódicamente en la cara chorros de agua.

Había pequeñas variaciones en la violencia del viento. Apenas podían llamárseles ráfagas; Hornblower tomó nota de que había incrementos de fuerza sin sus correspondientes descensos. A través de las plantas de los pies y las palmas de las manos notaba un constante aumento de la escora del *Hotspur* y un constante endurecimiento en su reacción. Estaba mostrando demasiada lona. Con la boca a una yarda del oído de Young, gritó sus órdenes:

—¡Cuatro rizos en las gavias!

—Sí, señor.

Los ruidos exagerados de la noche se unieron al pitido de los silbatos de los segundos contramaestres; abajo en el combés se chillaban órdenes a unos hombres ajetreados y tambaleantes.

—¡Todos los marineros a arrizar las gavias!

Los hombres fueron a sus puestos agarrándose como podían. En aquel preciso momento dieron fruto sus mil y un entrenamientos, cuando en medio de la oscuridad y la confusión los hombres llevaron a cabo los trabajos que se les habían enseñado en condiciones más favorables. Hornblower sintió el momentáneo alivio del *Hotspur* cuando Young hizo flamear las gavias para disminuir la tensión en ellas. Ahora los hombres estaban subiendo a los aparejos para realizar hazañas circenses comparadas con las cuales su esfuerzo por mantenerse en pie era una minucia. Ningún artista del trapecio tiene que hacer su trabajo en la absoluta oscuridad, apoyándose en algo tan impredecible como un cabo en una borrasca, ni precisa la fuerza y habilidad que necesitan los marineros para pasar el puño de la vela mientras están colgados a cincuenta pies de altura por encima de un mar implacable. Ni siquiera el domador de leones, con el ojo atento a sus traicioneros animales, tiene que enfrentarse a una ferocidad semejante a la de la lona desalmada, que intenta expulsar a todos los hombres que puede de su precario apoyo. Un toque de la caña enderezó las velas de nuevo, y el *Hotspur* escoró en su feroz lucha con el viento. Seguramente no había mejor ejemplo del triunfo del ingenio humano sobre las ciegas fuerzas de la naturaleza que esa situación, la de un barco que podía sacar alguna ventaja del fuerte intento de la borrasca de empujarle a la destrucción. Hornblower se dirigió a la bitácora agarrándose como pudo y estudió el rumbo del barco, intentando resolver mentalmente los problemas de corrientes y derivas teniendo siempre presente la imagen del rumbo marcado. Prowse estaba allí, aparentemente haciendo lo mismo.

—Creo que estamos ya en alta mar, señor —Prowse tuvo que gritar cada sílaba por separado. Hornblower tuvo que hacer lo mismo para contestarle.

—Nos mantendremos un poco más, mientras podamos.

Era extraordinario lo rápido que pasaba el tiempo en estas circunstancias. No podía faltar mucho para que llegase la luz del día. Y esa tormenta todavía estaba acercándose; habían pasado casi veinticuatro horas desde que Hornblower detectó los

primeros síntomas, y no había alcanzado todavía toda su fuerza. Era probable que les azotara durante un tiempo considerable, unos tres días, posiblemente más. Aunque se aplacara, el viento podía seguir soplando del oeste durante más tiempo, retrasando los suministros de agua y los barcos de provisiones en su paso desde Plymouth, y cuando finalmente llegaran, el *Hotspur* podía estar perfectamente en su puesto fuera del Goulet.

—¡Señor Bush! —Hornblower tuvo que acercarse y tocar el hombro de Bush para atraer su atención—. Vamos a reducir la ración de agua desde hoy. Dos de tres.

—Sí, señor. No importa, señor.

Bush pensaba poco en las privaciones, ni para los hombres ni para sí mismo. No era cuestión de renunciar a un lujo; reducir la ración de agua significaba un incremento de las privaciones. La medida de un galón por día y por cabeza era una privación, aunque fuera algo habitual; un hombre podía arreglárselas para sobrevivir con aquello. Dos tercios de galón por día, en cambio, era una tortura horrible; después de unos cuantos días, la sed empezaría a llenar todos los pensamientos. Como para burlarse de ellos, las bombas estaban funcionando en aquel momento. La elasticidad que impedía que el *Hotspur* se rompiera al someterse a tensión le hacía también más vulnerable a las filtraciones del mar en su estructura, y el agua se abría camino a través de las tensas cuernas tanto por encima como por debajo de la línea de flotación. Se acumularía en la sentina a uno, dos, tres pies de profundidad. Mientras continuase soplando la tormenta, la mayoría de los hombres tendrían seis horas de duro trabajo físico al día (una hora cada guardia) bombeando el agua para sacarla.

Se acercaba la gris aurora, y el viento seguía en aumento, y el *Hotspur* no podía luchar ya más contra él.

—¡Señor Cargill! —Cargill era ahora el oficial de guardia—. Vamos a ponernos al paio. Con las velas de estay del mastelero de mayor.

Hornblower tuvo que gritar la orden con todas sus fuerzas antes de que Cargill diera señales de haber comprendido.

—¡Todos los marineros! ¡Todos los marineros!

Algunos minutos de trabajo duro consiguieron la transformación. Sin la inmensa influencia de las gavias, el *Hotspur* dejó de escorar con tanta inclinación; la influencia más suave de la vela de estay del mastelero de mayor lo mantuvo razonablemente estable, y el timón desistió de su esfuerzo, hasta entonces constante, para forzar al pequeño barco a luchar contra el viento. Ahora el barco se alzaba y bajaba en picado con más libertad, de forma más extravagante, pero con menos tensión. Saltaba de una forma muy brusca y seguía entrando agua por encima de la amura de barlovento, pero su conducta era muy diferente al ceder al viento en lugar de desafiarlo a riesgo de resultar destrozado.

Bush le estaba ofreciendo un catalejo y señalaba a barlovento, donde ahora se veía débilmente un horizonte gris... un horizonte dentado, aserrado, con las olas corriendo hacia ellos. Hornblower puso las dos manos en torno al catalejo. El mar y luego el cielo pasaron corriendo frente al objeto de cristal mientras el *Hotspur* se movía sobre sucesivas olas. Era difícil recorrer el área indicada por Bush; había que hacerlo a saltos, pero después de un rato captó algo en su campo de visión, logró enfocarlo (muchas horas de observación con el catalejo le habían dado bastantes reflejos) y pronto pudo ser sometido a intermitente observación.

—La *Naiad*, señor —gritó Bush en su oído.

La fragata estaba a varias millas a barlovento, al paio, como el *Hotspur*. Tenía una de sus nuevas velas de temporal desplegadas, muy bajas y sin rizos. Debía de ser una ventaja considerable cuando estaban al paio, porque sólo la reducción en peso sería ya considerable, pero cuando Hornblower desvió su atención al *Hotspur* y observó su conducta bajo su vela de estay del mastelero de mayor, se sintió bastante satisfecho. La cortesía le podía haber inducido a comentar aquello cuando devolvió el catalejo, pero el esfuerzo que significaba conversar con aquel viento lo impedía, así que se contentó con un gesto. Pero la vista de la *Naiad* allí hacia el oeste era una confirmación de que el *Hotspur* estaba llegando a su posición, y más allá, Hornblower tuvo atisbos de la *Doris* haciendo eses y corriendo en el horizonte. Hasta el momento había hecho todo lo que se podía hacer. Un hombre inteligente habría tomado el desayuno mientras podía, y un hombre inteligente habría ignorado por completo la mínima insinuación de las alteraciones de estómago ocasionadas por este nuevo y diferente movimiento del barco. Todo lo que tenía que hacer era aguantar.

Hubo un momento agradable cuando llegó a su cabina y Huffnell, el sobrecargo, llegó para darle su informe de la mañana, porque, al parecer, a la primera señal de problemas, Bush y Huffnell habían ido a buscar a Simmonds, el cocinero, y le habían puesto a trabajar para que preparara algo de comida.

—Excelente, señor Huffnell.

—Estaba establecido así en sus órdenes, señor.

Sí, era verdad, Hornblower lo recordaba. Había añadido aquel párrafo después de leer las órdenes de Cornwallis concernientes a las precauciones que deberían tomar en caso de borrascas del oeste. Simmonds había cocido trescientas libras de cerdo salado en los calderos del *Hotspur*, así como trescientas libras de guisantes secos, antes de que el tiempo extinguiera los fuegos de la cocina.

—En fin, fue una noche de trabajo tremenda, señor —dijo Huffnell.

Así que durante los tres días siguientes (cuatro en caso de apuro) los hombres tendrían algo que comer además de galleta seca. Tomarían cerdo frío hervido y puré de guisantes frío; con este último el Hombre de la Luna se quemó la boca, según decía una canción infantil.

—Gracias, señor Huffnell. Es poco probable que este viento dure más de cuatro días.

Y ese tiempo fue realmente el que duró la borrasca, que les introdujo en el peor invierno que se recordaba, siguiendo al mejor de los veranos. Durante aquellos cuatro días, el *Hotspur* permaneció al paio, batido por el mar, barrido por el viento, mientras Hornblower hacía ansiosos cálculos concernientes a la deriva y las corrientes. Cuando el viento roló hacia el norte, su atención derivó desde Ushant al norte a la Isla de Sein al sur de los accesos a Brest. Hasta el quinto día el *Hotspur* no pudo tomar tres rizos a las gavias y volverse hacia su posición, mientras Simmonds se las arreglaba para encender de nuevo sus fogones y suministrar a la tripulación (y a Hornblower) buey hervido en lugar del cerdo hervido frío. Incluso entonces, aquella borrasca de tres rizos seguía levantando enormes olas en el Atlántico, de modo que el *Hotspur* se remontaba encima de ellas y resbalaba dolorosamente hacia su final, haciendo unos movimientos de sacacorchos cuando la amura de barlovento aguantaba la marejada, una especie de sacudidas cuando una ola «traidora» se estrellaba en él, y unas tremendas guiñadas cuando, más raramente, una ola más grande de lo normal empapaba sus velas y le hacía bambolearse. Pero una hora de trabajo de las bombas cada guardia mantenía limpias las sentinas, y virando de bordada cada dos horas, el *Hotspur* pudo ir saliendo penosamente a la mar de nuevo (con no más de media milla de ventaja hacia barlovento en cada bordada) y recuperar la comparativa seguridad de su posición original antes de la siguiente tormenta.

Aquellas borrascas parecían soplar como castigo por el buen tiempo del verano, y quizá no fuera un pensamiento totalmente fantasioso; para la mente de Hornblower podía tener algún fundamento la teoría de que la alta presión prolongada que habían tenido durante el verano significaba que el mal tiempo, contenido hacia barlovento, se desataba ahora con más fuerza de la habitual. Fuera como fuese, la simple borrasca que duró cuatro días después de la primera tormenta se convirtió de nuevo en una tempestad, soplando desde el oeste ininterrumpidamente con la fuerza casi de un huracán. Los días eran melancólicos y monótonamente grises, con nubes bajas y oscuras, y negras noches, él viento soplando en las jarcias hasta saturar los oídos con aquel ruido incesante, hasta que ningún precio parecía demasiado alto para obtener cinco minutos de paz... y sin embargo no se hubiera podido comprar ni un segundo de paz a ningún precio. Los crujidos y gruñidos de la estructura del *Hotspur* se mezclaban con el ruido del viento y el maderamen del barco se sacudía con la vibración del cordaje hasta que parecía como si mente y cuerpo, exhaustos por el estrépito y por las fatigas del simple movimiento, no pudieran soportar ya ni un minuto más, y sin embargo siguieron soportándolo durante días.

La tempestad amainó hasta convertirse en una borrasca, hasta un punto en que las gavias sólo necesitaron un rizo, y entonces, increíblemente, se encrespó de nuevo y se

convirtió en otra tempestad, la tercera en un mes, durante la cual todos a bordo se volvieron a cubrir de magulladuras por los golpes que les producía el movimiento del barco. Y durante aquella tempestad Hornblower pasó una crisis espiritual. No fue una simple cuestión especulativa, sino algo mucho más profundo. Hizo todo lo posible para aparecer imperturbable mientras Bush, Huffnell y Wallis, el cirujano, le daban sus informes diarios. Podía haberles requerido para un consejo formal; podía haberse cubierto pidiéndoles opinión por escrito, para usarla como prueba si había una investigación, pero ése no era su estilo. La responsabilidad era como el aire que respiraba; no podía eludirla igual que no podía aguantar la respiración indefinidamente. El primer día que se pudieron tomar rizos a las gavias tomó su decisión.

—Señor Prowse, le agradecería que estableciera un rumbo para acercarnos a la *Naiad* de modo que pueda leer nuestras señales.

—Sí, señor.

Hornblower, de pie en el alcázar en aquel sempiterno e infernal viento, odió a Prowse por dirigirle aquella inquisitiva mirada. Por supuesto que la tripulación había discutido su problema. Por supuesto, sabían que apenas les quedaba agua para beber; sabían también que Wallis había descubierto tres casos de encías doloridas (los primeros síntomas de escorbuto en una armada que había vencido el escorbuto, excepto en casos muy raros). Por supuesto, se habían preguntado cuándo se rendiría su capitán a las circunstancias. Quizás hubieran hecho incluso apuestas sobre la fecha. El problema, la decisión, era de él y no de ellos.

El *Hotspur* se abría camino por el agitado mar hasta un punto en proa a sotavento de la *Naiad* donde las banderas de señales pudieran verse en ángulo recto.

—¡Señor Foreman! Señal al *Naiad*, por favor. «Permiso requerido para volver a puerto».

—«Permiso requerido para volver a puerto». Sí, señor.

La *Naiad* era el único barco del Escuadrón de la Costa (de la flota del canal) a la vista, y su capitán era por lo tanto el oficial de mayor graduación en la posición. Todos los capitanes tenían mayor rango que el capitán del *Hotspur*.

—Recibido por la *Naiad*, señor —informó Foreman, y entonces, después de esperar diez segundos, añadió—: *Naiad* a *Hotspur*, señor. «Interrogante».

Podían haberlo dicho de una forma más cortés. Chambers, de la *Naiad*, podía haber dicho algo como: «Por favor, explique su petición», o algo parecido. Pero el signo de interrogación era rápido y adecuado. La siguiente señal de Hornblower fue igualmente concisa.

—*Hotspur* a *Naiad*. «Agua para ocho días».

Hornblower vio cómo se remontaba la señal de respuesta en las drizas de señales de la *Naiad*. No era una afirmación; si era un permiso, se trataba de un permiso

restringido.

—*Naiad* a *Hotspur*, señor. «Esperen cuatro días».

—Gracias, señor Foreman.

Hornblower trató de evitar que asomara cualquier expresión en su rostro o en su voz.

—Seguro que ellos tienen agua para dos meses a bordo, señor —dijo Bush, áspidamente.

—Espero que sí, señor Bush.

Estaban a setenta leguas de la bahía de Tor; dos días de navegación con buen viento. No había margen para el error. Si al final de los cuatro días el viento cambiaba del este, lo que era perfectamente posible, no podrían alcanzar la bahía de Tor en una semana o incluso más. Los barcos del agua podían venir por el canal, pero era posible que no les encontraran a la primera, y aun así, el mar podía estar demasiado movido para trabajar con los botes. Existía una posibilidad real de que la tripulación del *Hotspur* muriera de sed. No le fue fácil a Hornblower hacer aquella petición. No tenía ningún deseo de que le consideraran uno de esos capitanes cuyo único deseo es volver a puerto, y había esperado hasta el último momento sensato. Chambers veía las cosas de modo diferente, como puede pasarle a cualquiera con las posibles desgracias de los demás. Era una forma fácil de demostrar su resolución y su firmeza. Una forma fácil, cómoda, barata.

—Envíe esta señal, por favor, señor Foreman. «Gracias. Volvemos a nuestro puesto. Adiós». Señor Prowse, podemos cambiar el rumbo en cuanto ellos reciban esta señal. Señor Bush, a partir de hoy la ración de agua se reducirá. Una de dos.

Dos cuartos de agua por día en total (y de un agua tal), para hombres que se alimentaban de carne salada, estaba por debajo de los mínimos para la salud. Significaba enfermedad tanto como incomodidad, pero la reducción significaba también que no beberían la última gota de agua hasta que transcurrieran dieciséis días.

El capitán Chambers no había previsto el tiempo futuro, y quizá no se le podía culpar por ello, viendo que el cuarto día después del cambio de señales, el viento del oeste empezó a soplar de nuevo, increíblemente, hasta formar la cuarta tormenta de aquel otoño marcado por las tempestades. Hacia el final de la guardia de la tarde llamaron a Hornblower a cubierta de nuevo para que diera su permiso para arrizar las gavias y la vela de estay de temporal una vez más. Se estaba haciendo ya de noche; los días del equinoccio, cuando el sol se ponía a las seis, habían pasado hacía mucho, y ahora aquel rugiente temporal del oeste tenía una frialdad especial. Era frío; no helado, no congelado, pero sí frío, penetrantemente frío. Hornblower trató de caminar por la cubierta inestable en un esfuerzo por recuperar la circulación; entró en calor, no por el paseo, sino porque el trabajo físico de mantener los pies en equilibrio ya

bastaba para ello. El *Hotspur* estaba saltando como un ciervo debajo de sus pies, y de abajo venía también el monótono sonido de las bombas en funcionamiento. Ahora tenían agua para seis días a bordo; doce raciones y media. La tenebrosa oscuridad de la noche no era más lóbrega que sus propios pensamientos. Habían pasado cinco semanas desde que pudo enviar su última carta a María, y habían pasado seis desde que tuvo las últimas noticias de ella, seis semanas de borrascas y tempestades del oeste. Les podía haber ocurrido cualquier cosa a ella o al niño, y ella podía pensar también que a él y al *Hotspur* les había ocurrido algo.

Una ola más irregular de lo normal, rugiendo desde la oscuridad, se estrelló en la amura de barlovento del *Hotspur*. Hornblower sintió su súbita indolencia, su inercia, debajo de sus pies. Aquella ola debía de haber inundado el combés hasta una profundidad de una yarda o más, cincuenta o sesenta toneladas de agua en la cubierta. El barco quedó como muerto por un momento.

Entonces se balanceó, ligeramente al principio, luego más libremente, y el sonido de las cataratas de agua que se vertían desde su cubierta se pudo oír claramente a pesar del viento. El barco se liberó mientras el agua caía en cascadas a través de los sobrecargados imbornales, y volvió de nuevo lentamente a la vida, para saltar una vez más en su loca carrera por encima de las crestas de las olas. Un golpe como aquél podía ser su muerte; durante un tiempo le costó sobreponerse, durante un tiempo su cubierta estuvo inundada. Otra ola golpeó en su proa como el martillo de un gigante loco, y otra más detrás.

Al día siguiente fue peor, el peor día que había pasado el *Hotspur* en todas aquellas semanas de locura. Algún ligero cambio en el viento, o el incremento de su fuerza, había hecho que se elevaran las olas hasta una altura que era particularmente inconveniente para las características del *Hotspur*. El combés estaba inundado la mayor parte del tiempo, así que el barco avanzaba penosamente y sin alivio alguno, y todas las olas lo atrapaban de lleno antes de que pudiera liberarse solo. Aquello significaba que las bombas estaban trabajando tres horas de cada cuatro del día, así que incluso los oficiales de mar y los tripulantes inactivos y los marineros enfermos y los infantes de marina tenían que hacer su parte. Todos los hombres estaban dedicados a aquella extenuante labor durante doce horas al día.

La mirada de Bush era más directa incluso de lo habitual, cuando llegó a darle su informe.

—Estamos todavía a la vista de la *Naiad* ahora mismo, señor, pero ni una oportunidad de que lean nuestras señales.

Aquél era el día en que, según las órdenes del capitán Chambers, podían correr libremente a puerto.

—Sí. No creo que podamos alejarnos con este viento y este mar.

La expresión de Bush reveló una lucha mental. Los poderes de resistencia del

Hotspur con aquel castigo constante no eran ilimitados, pero por otra parte huir con el rabo entre las piernas sería una operación de extremo peligro.

—¿Le ha pasado su informe ya Huffnell, señor?

—Sí —dijo Hornblower.

Quedaban nueve barriles de cien galones de agua fresca allá abajo, que llevaban cien días al fondo de la bodega. Y ahora uno de ellos resultaba que estaba contaminado con agua de mar y no se podía beber. Los otros quizá también estuvieran estropeados.

—Gracias, señor Bush —repuso Hornblower, dando por terminada la entrevista—. Nos quedaremos al paio al menos durante el día de hoy.

Seguramente un viento de esa fuerza se moderaría pronto, aunque Hornblower tenía la sospecha de que no lo haría.

Y no lo hizo. El lento amanecer del nuevo día encontró al *Hotspur* todavía avanzando con gran esfuerzo bajo las nubes oscuras, las olas todavía igual de tremendas, y el viento también desatado. Había llegado el momento de la decisión final, tal como sabía muy bien Hornblower cuando salió a cubierta con sus húmedas y frías ropas. Conocía los peligros, y había pasado una gran parte de la noche preparando su mente para enfrentarse a ellos.

—Señor Bush, lo pondremos viento en popa.

—Sí, señor.

Antes de poder ponerse con el viento en popa, el barco tenía que presentar su costado vulnerable a las olas. Habría unos segundos durante los cuales el barco podía volcar, ser barrido por las olas, naufragar.

—¡Señor Cargill!

Iba a ser un momento mucho más peligroso que verse perseguido por la *Loire*, y tendría que confiar en Cargill para que llevase a cabo una tarea de responsabilidad similar a la de aquella tensa ocasión. Cara a cara y de cerca, Hornblower le gritó sus instrucciones.

—Vaya hacia adelante. Arrégleselas para que asome un poco de la vela de estay del mastelero de proa. Hale cuando yo mueva el brazo.

—Sí, señor.

—Manténgala en el momento en que mueva el brazo por segunda vez.

—Sí, señor.

—¡Señor Bush! Necesitaremos los velachos.

—Sí, señor.

—Póngalos en calzones.

—Sí, señor.

—Quédese junto a las escotas. Espere a que mueva el brazo por segunda vez.

—La segunda vez. Sí, señor.

La popa del *Hotspur* era casi tan vulnerable como su costado. Si la presentaba a las olas mientras estaba quieto, embarcaría agua por la popa..., una ola podía romper encima y barrerlo de popa a proa, un golpe al que probablemente no se sobrepondría. El velacho le daría el espacio necesario, pero largarlo antes de que el barco estuviera con el viento haría que quedara escorado y no pudiera adrizarse. Si lo ponían en calzones (es decir, tirando de las esquinas más bajas y dejando el centro todavía aferrado) expondría menos lona que las velas arrizadas; bastante con aquel ventarrón para impulsarles a la velocidad necesaria.

Hornblower tomó posiciones junto al timón, para que le vieran claramente desde delante. Miró hacia arriba para asegurarse de que los preparativos para poner en calzones el velacho estaban completos, y su mirada se quedó detenida allí un poco más mientras observaba el movimiento de los palos con relación al cielo enfurecido. Entonces concentró su atención en el mar de la banda de barlovento, en las inmensas olas que corrían hacia el barco. Vigiló el balanceo y el cabeceo; calculó la fuerza del viento aullante que estaba tratando de arrancarle los pies de cubierta. Aquel viento intentaba atontarlo, paralizarlo también. Tenía que mantenerse alerta y pensar con claridad aunque tuviera el cuerpo entumecido por el viento.

Una ola traidora se estrelló contra la amura de barlovento formando una columna de agua muy grande y veloz, la mole verde cayó con un ruido pesado a popa a lo largo del combés y Hornblower tragó saliva nerviosamente mientras le parecía como si el *Hotspur* nunca se fuera a recuperar. Pero lo hizo, lenta y cansinamente, haciendo rodar la carga de su cubierta. Al superar el obstáculo llegó el momento, un momento de regularidad en las olas que venían, mientras la proa justamente se elevaba ante la más próxima. Levantó el brazo y vio la esbelta cabeza de la vela de estay del mastelero de proa alzándose del estay, y el barco pasó brutalmente escorado ante la presión.

—¡Todo a babor! —gritó a los hombres al timón.

La enorme fuerza de la vela de estay, aplicada al bauprés, empezó a hacer girar el *Hotspur* en redondo como una veleta; mientras giraba, el viento soplaba más y más desde popa y le daba espacio para el gobierno, de modo que el timón pudiera agarrar y acelerar el giro. Estaba abajo, en el seno de la ola pero volviéndose, seguía volviéndose. Levantó el brazo de nuevo. Aparecieron los puños de escota del velacho mientras los hombres halaban las escotas, y el *Hotspur* salió lanzado hacia adelante con el impacto del viento sobre la lona. La ola estaba casi encima de ellos, pero desapareció por el rabillo del ojo de Hornblower mientras el *Hotspur* presentaba primero su aleta y luego su popa ante ella.

—¡Aguanta! ¡Al medio!

El tirón de las velas en el palo de trinquete pondría recto al *Hotspur* ante el viento sin usar la pala del timón; en realidad, el timón sólo retrasaría al barco a la hora de

adquirir toda la vía que pudiera. Había tiempo suficiente para poner el timón a trabajar de nuevo cuando estuviera yendo a mayor velocidad. Hornblower se preparó para el impacto de la ola que se acercaba. Los segundos pasaron y llegó, pero la popa había empezado a levantarse y el golpe se vio privado de fuerza. Sólo una pequeña cantidad de agua rompió sobre el pasamano de la borda a popa, para surgir de nuevo a popa mientras el *Hotspur* levantaba la proa.

Ahora estaban de nuevo corriendo con las olas; viajaban sobre el agua con mayor rapidez. Aquél era el punto más adecuado de velocidad; no había necesidad de aumentar o disminuir ni siquiera un poco el área de lona expuesta al velacho en calzones. La situación era segura y sin embargo increíblemente precaria, oscilando en el filo de una navaja. La más pequeña guiñada y el *Hotspur* estaba perdido.

—¡Impida que se abata! —gritó Hornblower a los hombres al timón, y el timonel de más experiencia, un hombre canoso con los húmedos rizos grises que asomaban bajo su sombrero azotándole las mejillas, asintió sin apartar los ojos del velacho. Hornblower sabía (y con su vivida imaginación casi podía notar la sensación real en los brazos) cuán incierta y desagradable era la sensación de la caña y el timón cuando estaban corriendo en una empopada, la momentánea falta de respuesta a las cabillas que giraban, las dudas del barco cuando una ola que subía a popa privaba al velacho de parte del viento que lo llenaba, la incontrolable sensación de deslizarse por un tobogán mientras el barco bajaba por una depresión. Un momentáneo descuido (un momento de mala suerte) podía conducirles a la ruina.

Y sin embargo allí estaban, a salvo ante el viento, al menos de momento, y corriendo hacia el canal. Prowse miraba ya la bitácora y observaba el nuevo rumbo en la rosa de los vientos, y a una palabra suya, Orrock y un marinero lucharon a popa para lanzar la corredera y determinar la velocidad. Ya venía Bush hacia el alcázar, sonriendo ante el éxito de la maniobra y sintiendo la euforia de la nueva situación.

—Rumbo nordeste cuarta al este, señor —informó Prowse—. Velocidad más de siete nudos.

Ahora tenía que resolver una serie de problemas. Estaban entrando en el canal. Había bajíos y promontorios por delante de ellos; también tenían que tener en cuenta las mareas (las traidoras corrientes de las mareas del canal). La naturaleza de las olas cambiaría pronto, debido al efecto sobre las olas del Atlántico del agua que disminuía, el estrechamiento del canal y la variación de las corrientes. El problema general consistía en evitar que el viento los empujara a lo largo de todo el canal, y el particular era tratar de entrar en la bahía de Tor.

Todo aquello requería cálculos y referencias a las tablas de mareas, especialmente si se tenía en cuenta que avanzando frente al viento de aquella forma sería imposible hacer sondeos.

—Deberíamos poder ver Ushant en este curso, señor —gritó Prowse.

Aquello sería una ayuda, una base sólida para futuros cálculos, un buen punto de partida. Un grito envió arriba a Orrock, al tope del mastelero de proa con un catalejo para ayudar al vigía que había allí, mientras Hornblower se enfrentaba al primero de una nueva serie de problemas: el primero era si podría abandonar la cubierta. El segundo: ¿debía o no invitar a Prowse a compartir sus cálculos? La respuesta a ambos era necesariamente afirmativa. Bush era un buen marino y podía confiar en él para que mantuviera un ojo vigilante en la caña y la lona; Prowse era un buen navegante y por ley era corresponsable junto con Hornblower del rumbo a establecer, y por lo tanto tendría justa causa de agravio si no era consultado, no importaba lo mucho que desease Hornblower verse libre de su compañía.

Así que Prowse estaba con Hornblower en el cuarto de derrota, luchando con las tablas de mareas, cuando Foreman abrió la puerta, al no oír sus golpes en medio del estruendo general, y con él entró en el cuarto todo el ruido del barco a pleno volumen.

—Mensaje del señor Bush, señor. Ushant está a la vista por estribor, a siete u ocho millas, señor.

—Gracias, señor Foreman.

Era un golpe de buena suerte, el primero que tenían. Ahora podían planear la siguiente lucha para someter a las fuerzas de la naturaleza a su voluntad. Era una verdadera lucha: para los hombres al timón, una prolongada prueba física que hacía necesario relevarles cada media hora, y para Hornblower una prueba psicológica que iba a mantenerle en plena tensión durante las siguientes treinta horas. El timón protagonizaba sus preocupaciones, intentaba ver si era posible llevar el viento a un par de cuartas a babor. Tres veces hizo el intento, para abandonarlo rápidamente, pero al cuarto intento se hizo posible, acortando las olas en su avance por el canal y el retorno de la marea en la costa francesa. Ahora avanzaban sobre el agua sin impedimentos a pesar del arrastre de la pala del timón, mientras los pilotos se peleaban con la rueda del timón, que se rebelaba y luchaba como si estuviera viva bajo sus manos, y mientras todas las fuerzas de la tripulación iban a las brazas para ajustar las vergas con toda exactitud y así asegurar que no hubiera peligro de navegación a sotavento.

Al menos el peligro de que el *Hotspur* quedara inundado bajo el agua ya estaba eliminado. No existía ninguna posibilidad de que su proa se alojase en el seno de una ola que se fuera dilatando y no pudiera volver a levantarse ya más. Para contrarrestar la fuerza ejercida por el velacho, izaron la vela de estay del palo de mesana, que daba un cierto alivio a los timoneles, aunque escoró el *Hotspur* hasta que sus cañoneras de estribor estaban a nivel con el agua. Aquello duró una hora frenética, y a Hornblower le pareció que estaba reteniendo el aliento durante todo ese tiempo, hasta que la vela estalló en el centro con un estampido como el de un cañón del doce, rasgándose en

jirones de lona que azotaban en el viento como látigos, y los timoneles lucharon contra la renovada tendencia del *Hotspur* a volverse contra el viento. Aunque el éxito temporal justificaba reemplazar la vela con la vela de estay del mastelero de mesana, sólo asomaba una esquina de éste, y la cabeza y el puño de la vela estaban todavía asegurados por tomadores. Era una vela completamente nueva, y fue capaz de resistir el tirón para compensar el trabajo y la dificultad de largarla.

El corto y oscuro día llegó a su fin, y ahora todas las maniobras tenían que hacerse en la oscuridad más absoluta, mientras la falta de sueño intensificaba la torpeza, la fatiga y el aturdimiento provocado por el viento incesante. Con los sentidos embotados, Hornblower reaccionó con lentitud al notar la nueva conducta del *Hotspur* bajo sus pies. La transición fue gradual pero al fin se hizo lo suficientemente intensa como para que la notara, su sentido del tacto se vio ayudado por el de la vista y éste le indicó que las olas se estaban haciendo más cortas y más empinadas y aquel movimiento agitado era el del canal y no el vaivén fijo de las grandes olas del Atlántico.

El movimiento del *Hotspur* era ahora más rápido, más violento; las olas rompían sobre su proa con más frecuencia aunque su volumen era menor. Aunque todavía muy por debajo de la superficie, el fondo del canal se estaba alzando, desde un centenar de brazas de profundidad a cuarenta brazas, y había que considerar el reflujó de la marea, aunque aquella tempestad del oeste seguramente habría hecho subir las aguas del canal muy por encima de su nivel normal. Ahora el canal era más estrecho; las olas que habían encontrado amplio paso entre Ushant y Scilly sentían ahora la presión, y todos esos factores se manifestaban en su comportamiento. El *Hotspur* estaba empapado todo el tiempo, y sólo un continuo trabajo de las bombas mantenía el agua por debajo de los límites... unas bombas manejadas por hombres agotados, sedientos, hambrientos, con sueño, que cargaban su peso en las largas manivelas a cada vuelta sintiendo que no podrían repetir aquel movimiento una vez más.

A las cuatro de la mañana Hornblower notó un cambio en el viento, y durante una preciosa hora pudo disponer un cambio de rumbo hasta que un nuevo cambio súbito del viento le obligó a retomar el rumbo original, pero había ganado, y así se lo dijeron sus cálculos, una distancia considerable hacia el norte; aquello le causó tanta satisfacción que apoyó la frente en los antebrazos sobre la mesa del cuarto de derrota y se dejó vencer por el sueño durante unos pocos pero valiosos minutos, hasta que un salto extravagante del barco hizo que se golpease la cabeza contra los brazos y se despertó, y entonces volvió a subir cansinamente a cubierta.

—Me pregunto si podríamos tomar unas mediciones, señor —gritó Prowse.

—Sí.

Sin embargo ahora, aun en la oscuridad, Hornblower podía notar que la distancia ganada y el cambio en el comportamiento del mar justificaba quedarse al paio

durante un tiempo. Así podía concentrarse en el problema de las corrientes y derivas, endurecer su corazón y enfrentarse así a la necesidad de pedir a los exhaustos vigías que recogieran el velacho en calzones mientras él se quedaba allí, alerta, para maniobrar el barco con la vela de estay del palo de mesana y meter la caña en el momento adecuado para que aguantara las empujadas olas con su proa. Navegando contra el viento su movimiento era más loco y extravagante que nunca, pero se las arreglaron para lanzar la sonda de profundidad, con la tripulación alineada en tomo al barco, gritando: «¡Vigilad! ¡Vigilad!», mientras los hombres soltaban cada uno su porción de cable.

Treinta y ocho... treinta y siete... treinta y ocho brazas de nuevo; se invirtió una hora en los tres lanzamientos, y todo el mundo quedó empapado hasta los huesos y agotado. Era uno más de los datos necesarios, y el hecho de ponerse al paio facilitó la labor de los exhaustos timoneles y finalmente rebajó mucho la tensión de las cuadernas, de modo que las bombas iban achicando de forma estable el agua que había abajo.

Con la primera y pálida luz del amanecer largaron el velacho en calzones de nuevo mientras Hornblower se enfrentaba al problema de dar la vuelta al *Hotspur* con el viento sobre su aleta sin que escorara por el través. Volvieron a sufrir los mismos movimientos que antes, con las cubiertas continuamente bajo el agua y balanceándose hasta que todas las maderas crujieron, Orrock helándose en el tope del mastelero de proa con su catalejo. Era mediodía antes de que divisara tierra; media hora después, Bush volvió al alcázar después de haber subido para confirmar los hallazgos de Orrock. Bush estaba más cansado de lo que quería admitir, con las mejillas hundidas y sucias cubiertas de una barba crecida, pero aun así consiguió demostrar sorpresa y placer.

—¡Bolt Head, señor! —gritó—. Bien en la amura de babor. Y puedo ver también el Start.

—Gracias.

Aunque tuviera que gritar, Bush quería expresar sus sentimientos acerca de aquella hazaña de la navegación, pero Hornblower no tenía tiempo para eso, ni paciencia, ni fuerza. Tenían que procurar no dejarse llevar demasiado lejos a sotavento en aquel momento, y hacer preparativos para echar el ancla en unas condiciones que serían ciertamente difíciles. Había que tener en cuenta que la marea abandonaba rápidamente el Start, y tenían que pasar lo más cerca de Berry Head que pudieran. Cuando llegaban a sotavento del Start, el viento y el mar cambiaron de forma súbita e incomprensible. La gran agitación de ese lugar no parecía nada comparada con lo que el *Hotspur* había tenido que soportar cinco minutos antes, y la tierra suavizó la fuerza del viento huracanado para reducirlo a una simple borrasca que hacía volar al *Hotspur* ante ella. Allí estaba el Newstone y los Blackstones (y

también el Iroise) y el difícil momento final de acercamiento a Berry Head.

—Barcos de guerra anclados, señor —informó Bush, examinando la bahía de Tor con su catalejo—. Es el *Dreadnought*. Y el *Temeraire*. Es la flota del canal. ¡Dios mío! Hay uno varado en Torquay Roads. Doble cubierta... debe de haber arrastrado sus anclas.

—Sí. Echaremos el ancla de proa antes de llegar, señor Bush. Tendremos que usar la carronada de la chalupa. Tiene tiempo para prepararlo.

—Sí, señor.

Incluso en la bahía de Tor soplaba el temporal; había que tomar todo tipo de precauciones, a costa de cualquier esfuerzo, en un lugar donde hasta un barco de doble cubierta había arrastrado las anclas. El peso de setecientos de la carronada del bote, unida al cabo del ancla cincuenta pies por detrás de la tonelada del ancla de proa, impedirían que el ancla se levantase y arrastrase. El *Hotspur* llegó con el velacho en calzones y una vela de estay de temporal doblando Berry Head, bajo los ojos de la flota del canal, hasta abrirse camino hacia el muelle de Brixham y ponerse al paio con sus exhaustos hombres enrollando el velacho y largando sus anclas, mientras con un último esfuerzo arriaban los masteleros y Prowse y Hornblower tomaban cuidadosas mediciones para asegurarse de que no estaba arrastrando. Sólo entonces tuvieron tiempo para dar su número al buque insignia.

—Recibida la señal, señor —graznó Foreman.

—Muy bien.

Todavía se podía hacer algo más antes de desfallecer.

—Señor Foreman, por favor, envíe esta señal: «Necesitamos agua».

CAPÍTULO 14



La bahía de Tor era como una movediza manada de caballos blancos. La tierra aminoraba el efecto del viento en cierto grado; las olas del canal se veían entorpecidas en su entrada a Berry Head, pero de igual manera el viento soplaba violentamente y las olas que subían por el canal se las arreglaban para girar hacia la izquierda, muy debilitadas, pero aun así empujadas por el viento, y con la marea confundiendo la salida, la bahía de Tor hervía como un caldero. Durante cuarenta horas después de la llegada del *Hotspur*, el *Hibernia*, el gran buque de triple cubierta de Cornwallis, izó la señal 715 con una negativa detrás, y la 715 con una negativa significaba que no se podían usar los botes.

Ni siquiera los pescadores de Brixham, muy renombrados por sus pequeños barcos de faena, podían aventurarse en la bahía de Tor mientras hubiera aquella mar, así que hasta la segunda mañana de fondeo la tripulación del *Hotspur* soportó una mísera existencia con dos cuartos de agua corrompida por día. Y Hornblower era el hombre más desgraciado a bordo, por causas tanto físicas como mentales. El pequeño barco, casi desprovisto de víveres, era un juguete del viento, las olas y las mareas; se encabritaba en sus anclas como un caballo ingobernable. Se balanceaba y rechazaba con una sacudida; se hundía y volvía a hacer otro rechazo. Con sus masteleros arriados, desarrolló un breve y rápido balanceo. Era una mezcla de movimientos que podían poner a prueba al estómago más templado, y el estómago de Hornblower no era demasiado fuerte, en modo alguno, y además permanecía en su memoria el deprimente recuerdo del primer día que pasó en un buque de guerra, cuando fue el hazmerreír de todo el barco por marearse en el viejo *Justinian* fondeado en Spithead.

Pasó aquellas cuarenta horas vomitando sin parar, y con la negra depresión del mareo añadida a la depresión resultante de saber que María estaba sólo a treinta millas de distancia, en Plymouth, y por buena carretera. Las protestas de Cornwallis habían hecho que el gobierno abriera aquella carretera por encima de Dartmoor, para que la flota del canal, en su punto de reunión, pudiera recibir fácilmente suministros desde la gran base naval. A medio día de viaje con un buen caballo Hornblower podía estrechar a María entre sus brazos, y tener noticias de primera mano acerca del progreso del niño, en quien (para su sorpresa) estaba empezando a pensar cada vez con más asiduidad. Los hombres pasaban sus ratos libres en el castillo de proa, en torno al guarda-bauprés, mirando hacia Brixham y hacia el muelle. Incluso con aquel viento y aquella lluvia torrencial se veían a veces algunas mujeres, mujeres con faldas, siluetas que la tripulación se quedaba mirando con ansiedad. Después de una buena noche de sueño y bombeando ya sólo lo necesario,

media hora en cada guardia, aquellos hombres tenían tiempo y energía para que su imaginación volase libremente. Podían pensar en mujeres, y podían pensar también en licor... La mayoría de ellos soñaba con empaparse hasta el aturdimiento en el brandy de contrabando de Brixham, mientras Hornblower se limitaba a vomitar y consumirse. Pero consiguió dormir durante la segunda mitad de la segunda noche, cuando el viento no sólo se moderó sino que roló dos cuartas al norte, alterando las condiciones en la bahía de Tor como por arte de magia, de modo que después de asegurarse a medianoche de que las anclas estaban bien sujetas, la fatiga se apoderó de él y pudo dormir como un tronco durante siete horas. Estaba todavía sólo medio despierto cuando Doughty llegó muy agitado.

—Señales del buque insignia, señor.

Había unas banderolas de estameña ondeando en las drizas del *Hibernia*; con el viento que soplaba se podían leer con bastante facilidad desde el alcázar del *Hotspur*.

—Ahí está nuestro número, señor —dijo Foreman, con el catalejo pegado al ojo—. Viene el primero.

Cornwallis estaba dando órdenes para el avituallamiento y abastecimiento de agua de la flota, estableciendo el orden en el que debían servirse los barcos, y aquella señal daba prioridad al *Hotspur* por delante de todos los demás.

—Recibido —ordenó Hornblower.

—Somos afortunados, señor —comentó Bush.

—Posiblemente —accedió Hornblower. Sin duda Cornwallis había sido informado del requerimiento del *Hotspur* de agua potable, pero también era posible que tuviera otros planes.

—Mire eso, señor —dijo Bush—. No pierden el tiempo.

Dos gabarras impulsadas por ocho remos cada una y con una balandra de seis remos junto a ellas estaban saliendo del extremo del muelle de Brixham.

—Iré a por las defensas, señor —informó Bush, alejándose a toda prisa.

Aquellas eran las gabarras del agua, de maravilloso diseño, que contenían unos enormes tanques de hierro. Hornblower había oído hablar de ellas; podían cargar cincuenta toneladas en cada tanque, y transportar diez mil galones de agua potable, mientras que el *Hotspur*, aun llenando todos los barriles y toneles hasta rebosar, sólo podía almacenar quince mil en total. Así que empezó enseguida una orgía de agua fresca, agua clara de manantial que no había permanecido en los tanques de hierro más de unos pocos días. Con las gabarras costado con costado, una partida del *Hotspur* bajó para maniobrar las bonitas y modernas bombas que llevaban para que saliera el agua a través de cuatro soberbias mangueras, de lona pasadas por las portillas. Enjuagaron y llenaron la pipa de agua para beber, tanto tiempo vacía, e instantáneamente la tripulación la vació y tuvieron que volverla a llenar de nuevo; posiblemente en aquel momento los hombres preferían el agua fresca al brandy. Fue

un derroche magnífico. Abajo, enjuagaron y lavaron también los barriles con agua fresca, y vaciaron el agua corrompida en la sentina, aunque las bombas del barco tuvieran que trabajar un poco después para sacarla por encima de la borda. Todos los hombres bebieron hasta quedar ahítos y siguieron bebiendo. Hornblower bebió un vaso tras otro hasta hartarse, y sin embargo media hora más tarde volvió a beber. Notaba que se expandía como una planta del desierto después de la lluvia.

—Mire esto, señor —dijo Bush, con el catalejo en la mano y señalando hacia Brixham con un gesto.

El catalejo reveló una multitud atareada que estaba trabajando allí, y también se veían cabezas de ganado.

—El matadero —repuso Bush—. Carne fresca.

Pronto otra gabarra se aproximó hacia ellos; colgando de un bastidor debajo de la cuaderna maestra había unas mitades de buey, ovejas y cerdos.

—No me importaría tomar un asado de cordero, señor —comentó Bush.

Bueyes, ovejas y cerdos habían sido conducidos por encima de los páramos a Brixham, los habían matado y preparado en la orilla inmediatamente antes de embarcar, para que la carne durase fresca el mayor tiempo posible.

—Raciones para cuatro días, señor —dijo Bush, haciendo una estimación—. Y hay un buey vivo, cuatro ovejas y cuatro cerdos. Discúlpeme, señor, voy a colocar un centinela en el costado.

La mayoría de los hombres tenían dinero en los bolsillos y lo gastarían libremente en licor si les daban la oportunidad, y los hombres de los barcos de aprovisionamiento se lo venderían a menos que se ejerciera una estrecha supervisión. Las gabarras del agua habían acabado su tarea y estaban alejándose. Había sido una orgía muy breve; desde el momento en que las mangueras fueron retiradas, se restableció la disciplina del buque. Un galón de agua por hombre y por día de allí en adelante.

El lugar de las barcasas del agua lo había tomado ahora la de aprovisionamiento, descargando sacos de galleta, de guisantes secos, barriles de mantequilla, cajas de queso, sacos de harina de avena... Pero lo que más llamaba la atención era media docena de redes llenas de panes recién cocidos. Doscientas hogazas de dos libras... Hornblower podía notar casi el sabor de su crujiente corteza y notó que se le hacía la boca agua sólo con mirarlas. Un gobierno competente, bajo la firme guía de Cornwallis, estaba enviando a bordo todos aquellos lujos; las penalidades de la vida a bordo eran resultado tanto de las circunstancias naturales como de la ineptitud gubernamental.

No hubo ni un momento de descanso en todo aquel día. Ahí estaba Bush tocándose el sombrero de nuevo con una petición final.

—¿No da usted órdenes sobre las esposas, señor?

—¿Esposas?

—Esposas, señor.

La voz de Hornblower tenía una nota de interrogación cuando dijo la palabra; la de Bush sonaba plana y completamente carente de expresividad. Era habitual que en los barcos de Su Majestad, cuando atracaban en un puerto, se les permitiera a las mujeres subir a bordo, y alguna de ellas podía muy bien ser una esposa. Era como una pequeña compensación del sistema que prohibía a un hombre poner los pies en la costa a menos que desertase; pero las mujeres inevitablemente llevaban licor a bordo, y las escenas de libertinaje que seguían en cubierta eran tan desvergonzadas como en la corte de Nerón. Enfermedades e indisciplina eran el resultado inevitable. Costaba días o incluso semanas conseguir que la tripulación volviese a realizar su trabajo con eficacia. Hornblower no quería ver su barco arruinado, pero si el *Hotspur* tenía que estar mucho tiempo al ancla en la bahía de Tor, no podía negar lo que era una petición razonable y tradicional. Simplemente no podía negarse.

—Le daré las órdenes más tarde —repuso.

No le resultó difícil, algunos minutos después, interceptar a Bush en un momento en que había al menos una docena de hombres que podían oírles.

—¡Ah, señor Bush! —Hornblower esperaba que su voz no sonase tan pomposa y teatral como se temía—. Hay muchas cosas que hacer a bordo, ¿verdad?

—Sí, señor. Hay una buena cantidad de jarcias muertas que me gustaría levantar de nuevo, y hay que soltar obenques para volverlos a remachar. Y está la pintura...

—Muy bien, señor Bush. Cuando el barco esté completamente arreglado en todos los aspectos, dejaremos subir a las esposas a bordo, pero no antes. No antes, señor Bush. Y si tenemos que hacernos a la mar antes de acabar, serán los azares de la guerra.

—Sí, señor.

Luego llegaron las cartas. Seguramente habían llegado noticias a la oficina de correos de Plymouth de la llegada del *Hotspur* a la bahía de Tor, y habían mandado las cartas por tierra. Siete cartas de María. Hornblower abrió la última en primer lugar, para averiguar que María estaba bien y su embarazo progresaba favorablemente, y entonces hojeó las otras y encontró, tal como esperaba, que ella se había alegrado mucho de leer la carta de su «valiente héroe» en la *Gazette*, aunque se preocupó un poco por los riesgos que corría su «Alejandro marino», y además, se consumía de pena porque las «necesidades del servicio» le habían «negado a sus ojos la luz de su semblante». Hornblower estaba ya escribiendo una respuesta cuando un guardiamarina llamó a la puerta de su cabina trayendo una nota:

Buque de Su Majestad Hibernia

Bahía de Tor

Querido capitán Hornblower:

Si puedo tentarle a salir de su barco a las tres de esta tarde para comer en el buque insignia, le daría un gran placer a Su humilde servidor,

W. Cornwallis, vicealmirante

P. S.: Una señal afirmativa izada en el Hotspur es todo el acuse de recibo que necesito.

Hornblower salió al alcázar.

—Señor Foreman. Señal: «*Hotspur* a buque insignia. Afirmativo».

—¿Sólo afirmativo, señor?

—Ya me ha oído.

Una invitación del comandante en jefe era una orden más real que si la hubiese firmado el propio rey..., aunque la posdata no indicase, como era el caso, cuál debía ser la réplica.

Y había que embarcar la pólvora, con todas las precauciones que requería la operación; el *Hotspur* había disparado ya una tonelada de las cinco de pólvora que podía contener su santabárbara. La operación se completó cuando Prowse envió a uno de los marineros para que descargara el barco de la pólvora.

—Este hombre dice que tiene un mensaje para usted, señor.

Era un hombre moreno con cara de gitano que miró descaradamente a los ojos a Hornblower, con la tranquilidad de quien lleva en su bolsillo un salvoconducto para evitar ser detenido.

—¿Qué hay?

—Mensaje para usted de parte de una dama, señor, y tiene que entregarme un chelín por traérselo.

Hornblower le miró fijamente. Sólo había una dama que pudiera enviarle mensajes.

—Tonterías. La dama le prometió a usted seis peniques. ¿No es cierto?

Hornblower conocía bien a María a pesar de su breve vida de casados.

—Bueno, sí, señor...

—Aquí está el chelín. ¿Qué mensaje es ése?

—La dama dijo que mirase usted hacia el muelle de Brixham, señor.

—Muy bien.

Hornblower cogió el catalejo de las vinateras y se adelantó. Aunque en el buque estaban muy atareados, había unos cuantos ociosos en torno al guardabauprés que salieron corriendo llenos de pánico al ver a su capitán allí. Enfocó el catalejo. El muelle de Brixham, tal como esperaba, estaba atestado de gente, y buscó durante largo rato sin resultado, paseando el catalejo de una mujer a otra y luego otra más. ¿Era ésa María? Sí, era la única mujer con toca y sin chal. Por supuesto que era

María; durante un momento había olvidado que estaba al final del séptimo mes de gestación. Estaba de pie en la fila delantera de la muchedumbre; mientras Hornblower miraba, ella levantó un brazo y agitó un pañuelo. No podía verle a él, o al menos no podía reconocerle con certeza a aquella distancia sin un catalejo. Seguramente había oído decir, como todo el mundo en Plymouth, que el *Hotspur* había llegado a la bahía de Tor; presumiblemente, había viajado vía Totnes en el coche del correo... un viaje largo y pesado.

Ella agitaba de nuevo el pañuelo, con la patética esperanza de que él la estuviera mirando. En aquella parte de su mente que nunca dejaba de atender al barco, Hornblower fue consciente de los silbatos del segundo contramaestre... Los silbatos habían estado pitando una llamada u otra a lo largo de todo el día.

—¡Abajo el bote de pescantes!

Hornblower nunca había sido tan consciente de la esclavitud que representaba servir al rey. Allí estaba él, obligado a dejar el barco para comer con el comandante en jefe, y la marina tenía una tradición de puntualidad que no podía olvidar. Y allí estaba Foreman, sin aliento por la carrera.

—Mensaje del señor Bush, señor. El bote está esperando.

¿Qué hacer? ¿Pedirle a Bush que le escribiera una nota a María y enviarla con un bote? No, tendría que arriesgarse a llegar tarde... María no soportaría recibir mensajes de segunda mano precisamente en aquel momento. Garabateó apresuradamente un mensaje con la pluma torcida hacia la izquierda.

Queridísima:

Me ha complacido enormemente verte, pero ahora no tengo tiempo para nada. Te escribiré con más calma.

Tu devoto marido,

H.

Usaba aquella inicial en todas las cartas que le enviaba a ella. No le gustaba su nombre y no podía resignarse a firmar «Horry». Maldición, tenía una carta a medio terminar, interrumpida aquel mismo día y no concluida. La puso junto con la nota e intentó aplicar un sello a la nota ya terminada. Siete meses en el mar habían destruido todo vestigio de goma y el sello no se adhería. Doughty estaba revoloteando a su alrededor con la espada, el sombrero y el manto... Doughty era tan consciente de la necesidad de puntualidad como él mismo. Hornblower le dio la nota abierta a Bush.

—Selle esto, por favor, señor Bush. Y envíelo con una chalupa a la señora Hornblower que está en el muelle. Sí, está en el muelle. Con una chalupa, señor Bush; nadie del barco debe poner un pie en tierra.

Por encima de la borda y al bote. Hornblower podía imaginar el murmullo que correría por la multitud que estaba en el muelle, cuando María se enterara a través de algunos espectadores más informados de lo que estaba sucediendo.

«El capitán está subiendo al bote». Ella sentiría una oleada de excitación y felicidad. El bote se alejó, y las condiciones de viento y de corriente dictaron que su proa apuntara directamente hacia el muelle; aquél sería el momento de mayor esperanza de María. Entonces el bote viró en redondo mientras los hombres halaban las drizas y la vela al tercio se elevaba en el mástil. Al momento siguiente estaba corriendo hacia el buque insignia, alejándose de María sin una palabra ni una señal, y Hornblower sintió que la piedad y los remordimientos invadían su pecho.

Hewitt respondió al saludo del buque insignia, viró el bote limpiamente en el viento, arrió la vela rápidamente y con el último vestigio de impulso del bote lo puso lo bastante cerca de los cadenotes de estribor para que el proel pudiera usar el bichero. Hornblower juzgó que era su momento y subió saltando la borda. Cuando su cabeza alcanzó el nivel de la cubierta principal, los silbatos empezaron a sonar como bienvenida. Y entre el ruido Hornblower oyó los tres agudos toques dobles de la campana del barco. Seis campanadas en la guardia de la tarde; las tres en punto, la hora establecida para su invitación.

La gran cabina de popa del *Hibernia* estaba amueblada de una forma más discreta que la de Pellew en el *Tonnant*, más espartana y menos lujosa, pero bastante confortable. Para sorpresa de Hornblower no había más invitados; en la cabina sólo estaban presentes Cornwallis y Collins, el irónico capitán de la flota, y el teniente de bandera, cuyo nombre oyó pronunciar Hornblower sin fijarse, uno de esos nuevos apellidos dobles con un guión en medio. Hornblower era consciente de que los azules ojos de Cornwallis estaban fijos en él, examinándole de cerca de una forma apreciativa, valorativa, que tal vez le intranquilizaría en otras circunstancias. Por una parte, todavía estaba un poco atormentado por sus pensamientos acerca de María, mientras que por otra, siete meses en alta mar y siete semanas de tormentas constantes justificaban su desgastada casaca y sus pantalones de marinero. No podía enfrentarse a la mirada de Cornwallis sin timidez. En realidad, el efecto de la expresión amable pero sin sonrisas de Cornwallis se vio muy modificado porque su peluca estaba ligeramente ladeada; Cornwallis todavía usaba una peluca de crin de caballo de las que estaban siendo relegadas por la moda a los cocheros de los nobles, y aquel día en concreto tenía una inclinación divertida que disipaba toda apariencia de dignidad. Pero con peluca o sin ella, había algo en el aire, una cierta reserva, una cierta tensión, aunque Cornwallis era un perfecto anfitrión que hizo los honores de su mesa con desenvoltura. La atmósfera era tal que Hornblower apenas vio la comida que había encima de la mesa, y se dio cuenta de que la educada conversación era reservada y cautelosa. Discutieron acerca del tiempo que había hecho recientemente;

el *Hibernia* llevaba varios días en la bahía de Tor, habiendo corrido a buscar refugio justo a tiempo para escapar del último huracán.

—¿Cómo estaban sus almacenes cuando llegó, capitán? —preguntó Collins.

Ahora notó otro tipo de atmósfera, un poco artificial. Había algo especial en el tono de Collins, acentuado por aquel formal «capitán», particularmente cuando se dirigía a alguien de rango inferior. Entonces Hornblower descubrió de qué se trataba. Era una frase preparada y ensayada, exactamente de la misma naturaleza que su reciente discurso a Bush acerca de la admisión de mujeres a bordo. Podía identificar el tono, pero no sabía todavía a qué venía. Pero dio una respuesta sencilla, pronunciada con la mayor sencillez.

—Todavía bastante llenos, señor. Buey y cerdo para un mes al menos.

Hubo una pausa un poco más larga de lo habitual, como si la información estuviera siendo procesada, antes de que Cornwallis hiciera la siguiente pregunta con una sola palabra:

—¿Agua?

—Eso es diferente, señor. No había podido llenar los barriles completamente con las mangueras. Estaban muy vacíos cuando llegamos. Por eso vinimos hacia aquí.

—¿Cuánta agua tenía?

—Dos días a media ración, señor. Llevábamos una semana a media ración, y con raciones de dos tercios al menos cuatro semanas antes de eso.

—Oh —dijo Collins, y en aquel momento la atmósfera cambió.

—Dejó usted muy poco margen de error, Hornblower —observó Cornwallis, y ahora sonreía, y entonces Hornblower, de pronto, se dio cuenta de lo que había pasado. Sospechaban que había vuelto demasiado pronto, que era uno de esos capitanes que se cansan de luchar contra las tormentas. Ésos eran los capitanes que Cornwallis estaba ansioso por eliminar de la flota del canal, y había pensado en eliminarle a él.

—Tendría que haber venido al menos cuatro días antes —declaró Cornwallis.

—Bueno, señor... —Hornblower podía haberse cubierto citando la orden de Chambers de la *Naiad*, pero no vio razón para hacerlo, y en cambio dijo—: Al final resultó todo bien.

—Nos mandará sus diarios, ¿verdad, señor? —comentó el teniente.

—Por supuesto —respondió Hornblower.

El cuaderno de bitácora sería una prueba documental de sus afirmaciones, pero la pregunta era una falta de tacto, incluso insultante, porque denotaba desconfianza, y Cornwallis instantáneamente mostró su disgusto ante aquella torpeza por parte de su teniente.

—El capitán Hornblower podrá hacerlo todo a su debido tiempo —dijo—. Y ahora, ¿más vino, señor?

El cambio que había experimentado la reunión era extraordinariamente favorable: la atmósfera se había transformado de forma tan notable como la luz cuando los asistentes trajeron unas velas. Los cuatro estaban riendo y haciendo bromas cuando Newton, capitán del barco, llegó para informar y para que le presentaran a Hornblower.

—Viento estable del oeste noroeste, señor —dijo Newton.

—Gracias, capitán —Cornwallis dirigió sus azules ojos hacia Hornblower—. ¿Está listo para hacerse a la mar?

—Sí, señor —no podía haber otra respuesta.

—El viento soplará del este pronto —meditó Cornwallis—. Los Downs, Spithead, Plymouth Sound... todos ellos repletos de barcos destinados a salir a alta mar y esperando un viento favorable. Pero una cuarta es todo lo que usted necesita con el *Hotspur*.

—Puedo llegar a Ushant con dos bordadas ahora, señor —repuso Hornblower. María estaba en algún alojamiento de Brixham en aquel mismo momento, pero él tenía que decir lo que dijo.

—Mmm... —Cornwallis, dudaba aún—. No me siento cómodo si usted no está vigilando el Goulet, Hornblower. Pero puedo dejarle que pase un día más fondeado.

—Gracias, señor.

—Es decir, si el viento no rola un poco más. —Cornwallis tomó una decisión—. Aquí tiene sus órdenes. Navegará al anochecer mañana. Pero si el viento rola una cuarta más, usted levará anclas instantáneamente. Es decir, con el viento al noroeste cuarta al oeste.

—Sí, señor.

Hornblower sabía cómo le gustaba a él que respondieran los oficiales a sus órdenes, y se comportó de acuerdo con ese modelo mental. Cornwallis siguió hablando, con sus ojos todavía clavados en él.

—Conseguí un clarete bastante aceptable a buen precio hace un mes. Me pregunto si me haría el honor de aceptar una docena de botellas, Hornblower.

—Con el mayor placer, señor.

—Haré que las pongan en su bote.

Cornwallis se volvió para dar las instrucciones a su mayordomo, que aparentemente tenía algo que decirle como respuesta en voz baja; Hornblower oyó la réplica de Cornwallis: «Sí, sí, por supuesto», y luego se volvió hacia él.

—Quizá su mozo quisiera avisar a mi bote al mismo tiempo, señor —dijo Hornblower, que no tenía duda de que su visita había durado ya lo suficiente para lo que acostumbraba Cornwallis.

Estaba bastante oscuro cuando Hornblower volvió a bajar al bote, donde encontró a sus pies la caja que contenía el vino, y por entonces el viento era casi moderado. La

oscura superficie de la bahía de Tor aparecía rutilante con las luces de los barcos, y también se veían las luces de Torquay, de Paignton y de Brixham. María estaba allí en alguna parte, probablemente alojada con incomodidades, porque aquellos pueblos tan pequeños debían de estar llenos de esposas de marinos.

—Llámeme en el momento en que el viento sople noroeste cuarta al oeste —dijo Hornblower a Bush, tan pronto como alcanzó la cubierta.

—Noroeste cuarta al oeste. Sí, señor. Los hombres han conseguido traer licor a bordo, señor.

—¿Acaso esperaba otra cosa?

El marinero inglés se las arregla para hallar licor en cualquier contacto con tierra firme; si no tiene dinero, lo cambia por sus ropas, los zapatos o incluso los pendientes.

—He tenido problemas con alguno de ellos, señor, especialmente después del suministro de cerveza.

Se suministraba cerveza en lugar de ron allí donde se podía encontrar.

—¿Lo ha arreglado ya todo?

—Sí, señor.

—Muy bien, señor Bush.

Un par de hombres subieron la caja de vino desde el bote, bajo la supervisión de Doughty, y cuando Hornblower entró en su cabina encontró la caja junto al mamparo, ocupando prácticamente todo el espacio libre que quedaba en el suelo, y Doughty inclinado encima de ella, habiéndola abierto con una palanca.

—Es el único sitio donde la puedo poner, señor —explicó Doughty, disculpándose.

Probablemente era verdad en dos sentidos: el barco estaba repleto de víveres, incluso la carne cruda estaba colgada por todas partes, en lugares adecuados e inadecuados; apenas había espacio libre y, además, el vino no estaría a salvo de los hombres a menos que lo pusieran en un lugar donde hubiera un centinela apostado haciendo guardia constantemente. Doughty llevaba un paquete grande en los brazos, que había sacado de la caja.

—¿Qué es eso? —preguntó Hornblower; ya había observado que Doughty se mostraba un poco confundido, así que cuando vaciló, le repitió la pregunta con más aspereza.

—Es un paquete del mayordomo del almirante, señor.

—Enséñemelo.

Hornblower esperaba ver botellas de brandy o algún otro artículo de contrabando.

—Son sólo provisiones de cabina, señor.

—Enséñemelo.

—Sólo provisiones de cabina, señor, tal como le he dicho. —Doughty examinaba

el contenido de una manera que demostraba que no estaba muy seguro de lo que iba a encontrar allí—. Aceite de oliva, señor. Y hierbas secas. Mejorana, tomillo, salvia. Y café..., sólo media libra, por lo que parece. Y pimienta. Y vinagre. Y...

—¿De dónde demonios ha sacado todo eso?

—Le escribí una nota al mayordomo del almirante, señor, y se la mandé por su timonel. No está bien que usted carezca de todas estas cosas, señor. Ahora ya puedo cocinar para usted adecuadamente.

—¿Lo sabe el almirante?

—Me sorprendería mucho que lo supiera, señor.

Había una expresión de superioridad en la cara de Doughty mientras decía aquello que súbitamente le reveló a Hornblower un mundo del cual había permanecido ignorante hasta entonces. Podía haber oficiales de bandera y capitanes, pero debajo de aquella brillante superficie estaba un círculo invisible de asistentes, con sus propios ritos secretos y sus contraseñas, llevando las vidas privadas de sus oficiales sin pedirles permiso.

—¡Señor! —ése era Bush, que entraba en la cabina a toda prisa—. El viento es del noroeste cuarta al oeste, señor. Parece como si fuera a rolar más todavía.

A Hornblower le costó un momento reorientar sus pensamientos, cambiar de asistentes y hierbas aromáticas a barcos y órdenes de navegación. Entonces volvió en sí y gritó sus órdenes.

—Llame a todos los hombres. Icen los masteleros. Que armen las vergas. Quiero estar navegando dentro de veinte minutos. Quince.

—Sí, señor.

La tranquilidad del barco se vio alterada por los silbatos y las maldiciones de los oficiales de mar, que empujaban a los hombres al trabajo. Las cabezas atontadas por la cerveza y el brandy se aclararon enseguida con el violento ejercicio y el frescor de la helada brisa nocturna. Los dedos entumecidos se agarraron a las drizas. Los hombres tropezaban y daban tumbos en la oscuridad y recibían puntapiés de los oficiales de mar, presionados por los segundos oficiales, presionados a su vez por Bush y Prowse. Los grandes y engorrosos bultos de las velas fueron arrastrados desde los botalones, donde estaban echados.

—Listos para largar velas, señor —informó Bush.

—Muy bien. Envíe a los hombres al cabrestante. Señor Foreman, ¿cuál es la señal nocturna para «estoy haciéndome a la mar»?

—Un momento, señor —Foreman no se había aprendido el libro de señales nocturnas tan completamente como debería en siete meses enteros—. Una luz azul y un fuego de bengala juntos, señor.

—Muy bien. Haga la señal. Señor Prowse, rumbo desde el Start a Ushant, por favor.

Eso haría saber a los hombres qué destino les aguardaba, si no lo habían adivinado aún. María no sabía nada en absoluto hasta que mirase la bahía de Tor al día siguiente y encontrara vacío el lugar que ocupaba el *Hotspur*.

Y todo lo que tendría para consolarse sería la breve nota que le había enviado antes de la cena; un consuelo muy frío, la verdad. No debía pensar en María ni en el niño.

El cabrestante resonaba mientras ellos iban izando el ancla de proa. Tendrían que izar el peso extra de la carronada del bote que lastraba aquel ancla; el trabajo adicional era el precio que tenían que pagar por la seguridad de los últimos días. Era una operación pesada y laboriosa.

—¿Hago izar el ancla pequeña, señor?

—Sí, por favor, señor Bush. Y puede poner el barco en marcha tan pronto como lo crea conveniente.

—Sí, señor.

—Haga esa señal, señor Foreman.

El alcázar se vio súbitamente iluminado, la siniestra luz azul mezclada con la igualmente siniestra escarlata del fuego de bengala. Las últimas chispas acababan de extinguirse apenas cuando llegó la respuesta desde el buque insignia, una luz azul que parpadeó tres veces mientras la tapaban momentáneamente.

—¡Recibido, señor!

—Muy bien.

Y ése fue el final de su estancia en puerto, de su visita a Inglaterra. Tardaría muchos meses en volver a ver a María; sería madre ya cuando se encontraran.

—¡Cazar las escotas!

El *Hotspur* estaba haciendo vía, volviéndose con un buen viento para doblar por barlovento Berry Head. La mente de Hornblower jugueteaba con un puñado de pensamientos dispersos mientras luchaba por controlar su avasalladora melancolía. Recordaba la breve conversación privada que había presenciado entre Cornwallis y su asistente. Estaba casi seguro de que este último le estaba diciendo a su almirante que había un paquete preparado para llevarlo al *Hotspur*. Doughty no era tan listo como pensaba. Esa conclusión le provocó una débil sonrisa mientras el *Hotspur* enfilaba las aguas del canal, con Berry Head a estribor.

CAPÍTULO 15



Ahora hacía frío, un frío terrible. Los días eran cortos y las noches muy, muy largas. Junto con el tiempo frío vinieron los vientos del este (una cosa traía la otra) y una inversión de la situación táctica. Porque aunque con el viento del este el *Hotspur* se vio liberado de la ansiedad de tener una costa a sotavento, sus responsabilidades aumentaron proporcionalmente. Ahora ya no había que anotar la dirección del viento cada hora por simple capricho; no era ya simple rutina de navegación. Soprase el viento desde una o desde diez cuartas del compás de treinta y dos, hasta el más palurdo de los franceses podría salir por el Goulet y entrar en el Atlántico. Si lo intentaban, la obligación del *Hotspur* era avisar inmediatamente para que la flota del canal formase en línea de batalla por si los franceses eran tan imprudentes como para desafiarles a la acción, y cubrir todas las salidas (por el Raz, el Iroise, el Four) en caso de que, como era más probable, intentaran simplemente escapar.

Aquel día la pleamar no llegó hasta las dos de la tarde, y hasta entonces el *Hotspur* no pudo aventurarse para hacer su reconocimiento diario más de cerca. Hacerlo más temprano sería arriesgarse a que una caída del viento les dejara a merced de la marea, que podía arrastrarles y dejarles indefensos, a tiro de las baterías de Petit Minou y los Capuchins... y la de Toulinguet. Y peor aún que las baterías eran los arrecifes, Pollux y las Jovencitas.

Hornblower salió a cubierta con las primeras luces (no demasiado temprano en ese día que casi era el más corto del año) para comprobar la posición del barco mientras Prowse tomaba mediciones del Petit Minou y el Grand Gouin.

—Feliz Navidad, señor —saludó Bush. Era típico del servicio militar que Bush tuviera que tocarse el sombrero mientras decía aquellas palabras.

—Gracias. Lo mismo le digo a usted, señor Bush.

Era típico, también, que Hornblower, aun siendo plenamente consciente de que estaban a 25 de diciembre, olvidara que era Navidad; las tablas de mareas no hacen referencia a las festividades religiosas.

—¿Ninguna noticia de su esposa, señor? —preguntó Bush.

—Todavía no —contestó Hornblower, con una sonrisa que era sólo medio forzada—. La carta que recibí ayer estaba fechada el dieciocho, pero todavía no hay noticias.

Era una indicación más de por dónde soplaba el viento que hubiera recibido una carta de María en sólo seis días; un barco de aprovisionamiento la había llevado con buen viento. Aquello implicaba también que pasarían seis semanas antes de que llegase su respuesta a María, y en seis semanas (incluso en una) todo podía cambiar,

y el niño podía haber nacido ya. Un oficial naval que escribe a su esposa tiene que mantener un ojo en la veleta exactamente igual que los lores del Almirantazgo cuando preparan sus órdenes para los movimientos de la flota. El día de Año Nuevo era la fecha que habían calculado María y la comadrona. Por entonces María estaría leyendo las cartas que él le había escrito hacía un mes. Deseaba haberle escrito con más cariño, pero no podía hacer nada para alterar o añadir algo a aquellas cartas. Todo lo que podía hacer era pasar parte de aquella mañana escribiendo una carta que pudiera compensar ampliamente las deficiencias de sus predecesoras (y Hornblower se dio cuenta, con una punzada de mala conciencia, de que ésa no era la primera vez que tomaba tal decisión) pero sería mucho más difícil que de costumbre, porque tenía que escribirla considerando cualquier posible eventualidad. Todas las eventualidades. Hornblower sintió en aquel momento la desazón de todos los futuros padres. Estuvo hasta las once ocupado con aquellos ejercicios literarios tan insatisfactorios, y una vez aliviada su culpabilidad volvió al alcázar para sacar el *Hotspur* aprovechando la última marea, con las costas que tan bien recordaba cerrándose a ambos lados. El tiempo era razonablemente claro; no era un día de Navidad resplandeciente, pero había muy poca niebla a mediodía, cuando Hornblower dio las órdenes para poner el *Hotspur* al paio, tan cerca como se atrevieron del arrecife de Pollux. El sordo retumbar de un cañón desde Petit Minou coincidió con sus órdenes. La batería reconstruida estaba disparando desde allí su habitual tiro de prueba de alcance, con la esperanza de que aquella vez llegase más lejos. ¿Reconocerían al barco que les había causado tanto daño? Era posible.

—Su saludo matinal, señor —dijo Bush.

—Sí.

Hornblower tomó el catalejo en sus manos enguantadas y sin embargo congeladas y lo apuntó hacia el Goulet como hacía habitualmente. Siempre había algo nuevo que observar allí. Aquel día había mucho.

—Cuatro barcos nuevos fondeados, señor —dijo Bush.

—Yo había contado cinco... ¿No es nuevo también ése... la fragata en línea con la cruz de la iglesia?

—No lo creo, señor. Ha cambiado de posición. Sólo hay cuatro barcos nuevos según mis cuentas.

—Tiene razón, señor Bush.

—Las vergas, señor. Y... señor, ¿puede mirar esas gavias?

Hornblower ya estaba mirando.

—No estoy seguro.

—Creo que son gavias recogidas del todo, señor.

—Es posible.

Una vela completamente recogida era mucho más delgada y menos visible, con la

parte suelta recogida en el seno junto al mástil, que una aferrada en la forma habitual.

—Subiré al calcés yo mismo, señor. Y el joven Foreman, que tiene buenos ojos. Me lo llevaré también.

—Muy bien. No, espere un momento, señor Bush. Iré yo. Quédese a cargo del barco, por favor. Pero puede mandar arriba a Foreman.

La decisión de Hornblower de subir probaba la importancia que concedía a la observación de los nuevos barcos. Era incómodamente consciente de su lentitud y torpeza, y sólo a regañadientes las exhibía ante sus subordinados, llenos de energía y ligeros de pies. Pero había algo en aquellos barcos...

Respiraba pesadamente cuando alcanzó el tope del mastelero de velacho, y le costó algunos segundos tranquilizarse lo suficiente para enfocar los barcos con el catalejo, pero había entrado en calor. Foreman estaba ya allí, y el vigía habitual se apartó de la vista de sus superiores. Ni Foreman ni el vigía estaban seguros de ver aquellas gavias recogidas.

Pensaban que era probable, pero no se comprometían.

—¿Ha averiguado algo más de esos barcos, señor Foreman?

—Bueno, no, señor. No diría eso.

—¿Cree usted que están aparejando?

—Quizá sí, señor.

Dos de los recién llegados eran pequeños barcos de doble cubierta (de sesenta y cuatro cañones, probablemente) y la fila más baja de portas de cada uno estaba muy por encima de la línea de flotación, mucho más de lo que cabía esperar. No era una cuestión de medida, en todo caso; era más bien una cuestión de intuición, de buen gusto. Aquellos cascos no eran del todo correctos, aunque Foreman, evitando comprometerse, estaba claro que no compartía su impresión.

El catalejo de Hornblower barrió las costas en torno al anclaje, buscando más datos. Vio los campamentos de tiendas que albergaban a las tropas. Estaba claro que los soldados franceses sabían cuidarse bien, construirse unos refugios adecuados; el humo de sus fogatas era claramente visible... Aquel día, por supuesto, estarían preparando su comida de Navidad. De allí procedería seguramente el batallón que les había perseguido hasta los botes el día que volaron la batería. El catalejo de Hornblower se paseaba por la costa, moviéndose de un lado a otro y retrocediendo de nuevo. Con la brisa que soplaba no podía estar seguro, pero le pareció que de dos filas de tiendas no salía ningún humo. Era todo un poco vago; ni siquiera podía estimar el número de efectivos que podían contener esas tiendas. Dos mil hombres, cinco mil, quizá, y dudaba también por la ausencia de humo.

—¡Capitán, señor! —Bush estaba gritando desde cubierta—. La marea está bajando.

—Muy bien. Ya bajo.

Estaba abstraído y pensativo cuando llegó a cubierta.

—Señor Bush, quiero pescado para la cena. Busque al *Duke's Freers*.

Tuvo que pronunciarlo de una manera que le asegurara que Bush le había entendido. Dos días después se encontró en su cabina bebiendo ron (fingiendo que bebía ron) con el capitán del *Deux Frères*. Le había comprado media docena de peces no identificados, que el capitán le recomendó diciéndole que eran muy sabrosos. «Carrelets», les llamaba el capitán. Hornblower tenía la vaga idea de que podían ser rodaballos. De cualquier modo, los pagó con una moneda de oro que el capitán deslizó sin comentario alguno en el bolsillo de sus pantalones de sarga cubiertos de escamas.

Inevitablemente, la conversación se desvió a las vistas desde el Goulet, y de lo general a lo particular, a los barcos recién llegados al fondeadero. El capitán les quitó importancia con un gesto.

—*Armés en flute* —dijo, con un tono informal.

«*En flute!*». Aquello lo explicaba todo. Aquello hacía encajar por fin las piezas del rompecabezas. Hornblower dio un trago demasiado grande a su vaso de ron con agua y luchó para contener la consiguiente tos, para que no se notara su vivo interés. Un barco de guerra con sus cañones eliminados tenía el aspecto de una flauta cuando sus portillas estaban abiertas: tenía una fila de agujeros vacíos en el costado.

—No para luchar —explicó el capitán—. Sólo como almacén, o tropas, o lo que se quiera.

Para tropas especialmente. Los suministros podían ser transportados mejor en barcos mercantes destinados a la carga, pero los barcos de guerra estaban adaptados para transportar a gran número de hombres: sus instalaciones de cocina y almacenamiento de agua estaban preparados teniendo en cuenta esa posibilidad. Con sólo unos cuantos marineros a bordo, los necesarios para manejar el buque, habría mucho espacio para los soldados. Los cañones no serían necesarios, y en Brest podrían emplearlos rápidamente para armar nuevos barcos. Quitar los cañones significaba un gran aumento del espacio disponible en cubierta, en el cual se podían colocar muchas tropas; cuantos más hubiera, más problemas tendrían con las provisiones y el agua, pero en un viaje corto no tendrían que sufrir mucho. Un viaje corto. No a las Indias Orientales, ni al cabo de Buena Esperanza, y ciertamente no a la India. Una fragata de cuarenta cañones armada *en flute* podía contener perfectamente mil soldados en su interior. Tres mil hombres, más unos cuantos cientos más en los buques de escolta armados. La escasez del número descartaba Inglaterra: ni siquiera Bonaparte, tan poco respetuoso de la vida humana, desperdiciaría unas fuerzas de aquella magnitud en una invasión de Inglaterra, donde había un ejército reducido, pero una milicia muy nutrida. Sólo había un objetivo posible: Irlanda, donde la población desafecta significaba una milicia débil.

—Entonces no son un peligro para mí —observó Hornblower, esperando que el intervalo durante el cual había estado haciendo esas deducciones no hubiera sido demasiado largo y resultase obvio lo que pensaba.

—Ni siquiera para este barco tan pequeño —estuvo de acuerdo el capitán bretón —, con una sonrisa.

A Hornblower le costó un enorme esfuerzo de disciplina continuar su entrevista sin permitir que aflorase su agitación. Quería ponerse en acción de inmediato, pero no se atrevía a parecer impaciente; el capitán bretón pidió otro vaso con tres dedos de ron y no tenía ninguna prisa. Afortunadamente, Hornblower recordó una admonición de Doughty, que le había insistido en la conveniencia de comprar sidra al mismo tiempo que el pescado, y Hornblower introdujo el nuevo tema en la conversación. Sí, accedió el capitán, tenía un barrilito de sidra a bordo del *Deux Frères*, pero no podía decir si contenía mucho líquido, porque habían bebido ya durante todo el día. Le podía vender lo que quedaba. Hornblower hizo un esfuerzo para regatear. No quería que el capitán bretón supiera que la información que acababa de suministrarle valía su peso en oro. Sugirió que la sidra, en cantidad desconocida, debía regalársela el capitán sin cobrarle nada, y el capitán, con un brillo avaricioso en sus ojos de pueblerino, rehusó indignado. Durante algunos minutos siguieron intercambiando argumentos mientras el ron iba bajando en el vaso del capitán.

—Un franco, entonces —ofreció Hornblower, al fin—. Veinte sueldos.

—Veinte sueldos y un vaso de ron —dijo el capitán.

Y Hornblower tuvo que aceptar ese nuevo retraso, pero era mejor mantener el respeto del capitán y no levantar sus sospechas.

Así que finalmente, con la cabeza dándole vueltas por el ron (una sensación que detestaba), Hornblower se sentó a escribir su despacho urgente, una vez vio que su invitado bajaba por la borda. Ninguna señal podía comunicar todo lo que quería decir, y ninguna señal hubiera sido tan secreta, tampoco. Tenía que elegir las palabras tan cuidadosamente como le permitiera el ron, mientras exponía sus sospechas de que los franceses podían estar preparando una invasión de Irlanda y daba sus razones para esas sospechas. Quedó satisfecho al final y escribió: «H. Hornblower, comandante», a los pies de la carta. Entonces volvió la hoja y escribió la dirección: «Contraalmirante William Parker, comandante del Escuadrón de la Costa», lo dobló y selló la carta. Parker pertenecía al extenso clan del mismo nombre. Ha habido innumerables almirantes y capitanes con el apellido Parker, ninguno de ellos especialmente distinguido. Quizás aquella carta alterase esa tradición.

La envió... un largo y arduo viaje en bote, y esperó impaciente la respuesta.

Señor:

Ha sido recibida su carta de esta fecha y le concederé mi plena atención.

Hornblower leyó aquellas pocas palabras de un vistazo; había abierto la carta en el alcázar sin esperar a retirarse con ella a su cabina, y se la metió en el bolsillo esperando que su expresión no traicionara su decepción.

—Señor Bush —dijo—, tendremos que mantener una vigilancia más estrecha que nunca del Goulet, sobre todo por la noche y con este tiempo.

—Sí, señor.

Probablemente Parker necesitaba tiempo para hacerse cargo de la información, y más tarde fraguaría un plan; hasta entonces, era el deber de Hornblower actuar sin órdenes.

—Llevaremos el barco hacia las Jovencitas cuando se pueda hacer sin ser vistos.

—¿Las Jovencitas? Sí, señor.

Bush le dirigió una mirada muy penetrante. Nadie en sus cabales (al menos nadie que no se viera absolutamente obligado a ello) arriesgaría su barco cerca de un lugar tan peligroso para la navegación, en condiciones de mala visibilidad. Quizá fuera así, pero la verdad es que sí que estaba obligado. Tres mil soldados franceses bien entrenados que desembarcaran en Irlanda podían hacer arder en llamas a ese acongojado país de punta a punta, unas llamas mucho más feroces que las de 1798.

—Lo intentaremos esta noche —dijo Hornblower.

—Sí, señor.

Las Jovencitas estaban justo enfrente, en medio del canal del Goulet; en cada lado había un paso navegable, un escaso cuarto de milla vacío, y por encima y por debajo de aquellos pasos corría la marea; los franceses probablemente sólo saldrían durante el reflujo. No, aquello no era cierto del todo, porque los franceses podían enfrentarse a la marea con un buen viento... con ese helado viento del este que soplaba. El Goulet tendría que ser vigilado en todas las condiciones, aun con mala visibilidad, y sería el *Hotspur* el que tendría que llevar a cabo esa vigilancia.

CAPÍTULO 16



—Le ruego que me disculpe, señor —dijo Bush, quedándose después de hacer el informe de cada tarde, y dudando antes de dar el siguiente paso que, estaba claro, tenía decidido.

—¿Sí, señor Bush?

—Sabe, señor, no tiene usted muy buen aspecto.

—¿Ah, no?

—Ha estado trabajando demasiado, señor. Día y noche.

—Es extraño que un marino diga eso, señor Bush. Y un oficial del rey.

—Y sin embargo es verdad, señor. No ha tenido usted una hora de sueño seguida desde hace días. Está usted más delgado que nunca, señor.

—Me temo que tendré que aguantar, sin embargo, señor Bush.

—Sólo puedo decir que desearía que no tuviera que hacerlo, señor.

—Gracias, señor Bush. De hecho, voy a echarme un rato ahora.

—Me alegro de oírlo, señor.

—Que me llamen cuando el tiempo muestre signos de espesar.

—Sí, señor.

—¿Puedo confiar en usted, señor Bush?

Aquello introdujo una sonrisa en aquella conversación demasiado seria.

—Puede hacerlo, señor.

—Gracias, señor Bush.

En cuanto salió Bush, se miró con interés en el espejo moteado y desportillado y observó su delgadez, las mejillas y las sienes hundidas, la nariz afilada y la barbilla puntiaguda. Pero aquél no era el Hornblower real. El real estaba dentro, sin dejarse alterar (hasta ahora, al menos) por la privación o la tensión. El Hornblower real le miraba desde aquellos hundidos ojos del espejo con una chispa de reconocimiento, una chispa que no era de malicia, sino de algo similar... una especie de diversión cínica... al ver a Hornblower buscando pruebas de la debilidad de la carne. Pero el tiempo era demasiado precioso para desperdiciarlo; el cansado cuerpo que el auténtico Hornblower tenía que arrastrar le pedía reposo. Y, en lo que respecta a la debilidad de la carne, cuán delicioso y reconfortante era apretar contra su estómago la botella de agua caliente que Doughty había puesto en su coy, sentirse caliente y relajado a pesar de la humedad de las ropas de cama y el frío inmisericorde que hacía en la cabina.

—Señor —dijo Doughty, entrando en la cabina tras lo que le pareció un intervalo de un minuto, pero que, según le indicaba su reloj, habían sido dos horas—. El señor

Prowse me envía. Está nevando, señor.

—Muy bien. Ya voy.

¿Cuán a menudo había oído esas mismas palabras? Cada vez que el tiempo se espesaba, sacaba el *Hotspur* por el Goulet, soportando la tensión de avanzar ciegamente en aquel espantoso peligro, vigilando viento y marea, haciendo los cálculos más elaborados, alerta para cualquier cambio de condiciones, listo para lanzarse fuera de nuevo al primer asomo de mejora, no sólo para evitar el fuego de las baterías, sino también para evitar que los franceses descubrieran la estrecha vigilancia a la que estaban siendo sometidos.

—Acaba de empezar a nevar, señor —estaba diciendo Doughty—. Pero el señor Prowse dice que seguirá nevando toda la noche.

Con ayuda de Doughty, Hornblower se había envuelto de forma mecánica en su ropa de cubierta sin darse cuenta de lo que estaba haciendo. Salió a un mundo distinto, sus pies hollaron una fina alfombra de nieve que cubría la cubierta y Prowse apareció en la oscuridad resplandeciendo con una blanca capa de nieve sobre su impermeable.

—El viento es del norte cuarta al noreste, señor, moderado. Queda todavía una hora de marea.

—Gracias. Que suban los hombres y envíelos a sus puestos, por favor. Pueden dormir en los cañones.

—Sí, señor.

—Dentro de cinco minutos no quiero oír ni un solo ruido.

—Sí, señor.

Sólo era la rutina corriente. Cuanta menos distancia pudiera ver, más preparado tendría que estar el barco para abrir fuego si un enemigo se aproximaba. Pero no había rutina alguna en sus deberes. Las condiciones a las que debían adaptarse cambiaban continuamente, el viento soplaba desde un punto diferente del compás y la marea era distinta. Aquélla era la primera vez que el viento venía de tan al norte. Aquella noche tendría que pasar rozando los bajíos de Petit Minou tan cerca como fuera posible, y entonces, ciñendo, con la última marea tras él, el *Hotspur* podría subir el canal del norte, con las Jovencitas a estribor.

A la tripulación todavía le quedaba buen humor; hubo bromas y gritos de sorpresa cuando salieron a la nieve desde la fétida calidez del entrepuente, pero las agudas órdenes pronto sofocaron todos los ruidos. El *Hotspur* estaba, mortalmente quieto, como un barco fantasma, una vez preparadas las vergas y dadas las órdenes al timonel, y entonces empezó a abrirse camino a través de la noche impenetrable, más impenetrable que nunca, con el aire lleno de copos de nieve que caían silenciosamente sobre ellos.

Una linterna cerrada en el pasamano de la borda a popa ayudaba a leer la

corredera, aunque las indicaciones de la corredera eran de menor importancia cuando la velocidad sobre el suelo podía variar tanto; instinto y experiencia eran más importantes en este caso. Había dos hombres en los cadenotes de babor con el escandallo. Hornblower en la banda de barlovento del alcázar podía oír una llamada en voz baja, aunque había un hombre allí para pasar la voz si fuera necesario. Cinco brazas. Cuatro brazas. Si la navegación no era correcta, embarrancarían antes de la siguiente medición. Encallados bajo los cañones del Petit Minou, arruinados y destruidos; Hornblower no podía evitar que se le agarrotaran las enguantadas manos, los músculos tensos. Seis brazas y media. Era lo que él había calculado, pero aun así era un alivio... Hornblower sintió un poco de desdén por sí mismo, por sentirse aliviado, por su falta de fe en sus propios juicios.

—Bolina franca —ordenó.

Estaban tan cerca de Petit Minou como era posible, a un cuarto de milla de aquellas colinas tan conocidas, pero no se veía absolutamente nada. Era como si hubiese un muro negro y sólido a una yarda de los ojos de Hornblower en cualquier dirección que mirase. Once yardas; estaban a punto de llegar al paso navegable en aquel momento. La última marea, dos días después de la marea de cuadratura más baja, y el viento del norte cuarta al noreste; la corriente sería de menos de un nudo, y el contraflujo fuera de Mengam, inapreciable.

—¡No hay fondo!

Más de veinte brazas; aquello estaba bien.

—Una buena noche para esas ranas, señor —murmuró Bush detrás de él. Había estado esperando ese momento. Ciertamente, era la noche adecuada para escapar, si los franceses se decidían a hacerlo. Conocían los tiempos del flujo y reflujo tan bien como él. Verían la nieve. Un tiempo cómodo para izar el ancla, ponerse en camino, y hacer el paso de Goulet con un viento favorable y con reflujo. Imposible para ellos escapar a los Four con aquel viento; el Iroise estaba protegido por el Escuadrón de la Costa (así lo esperaba él), pero en una noche tan oscura como aquella, lo intentarían preferiblemente por allí, hacia el difícil Raz du Sein.

Diecinueve brazas; estaban encima de las Jovencitas, y podía confiar en doblar Mengam por barlovento. Diecinueve brazas.

—Ahora deberíamos tener marea muerta, señor —murmuró Prowse, que acababa de mirar su reloj a la luz de la bitácora.

Estaban por encima de Mengam; el escandallo registraría diecinueve brazas casi fijas durante los siguientes minutos, y era el momento de llevar a cabo el siguiente movimiento, o el anterior más bien. Se representó el mapa mentalmente.

—¡Escuche! —el codo de Bush se clavó en las costillas de Hornblower con la urgencia del momento.

—¡Cesen ahí en el escandallo! —dijo Hornblower. Habló en un tono normal para

asegurarse de que le escuchaban; con el viento soplando hacia ellos, su voz no llegaría lejos en la dirección en la que estaba mirando.

Otra vez el mismo sonido. Se oyeron otros. Uno de ellos largo, monosilábico, traído por el viento, y los sentidos aguzados de Hornblower lo recogieron. Era un barco francés diciendo «seize», es decir, dieciséis. Los pilotos franceses todavía usaban la toise para medir las profundidades, una medida pasada de moda, y la toise era ligeramente mayor que la braza inglesa.

—¡Luces! —murmuró Bush, dándole otro codazo a Hornblower. Había brillos aquí y allá. El francés no había oscurecido su barco con tanta efectividad como el *Hotspur*. La luz bastaba para ver algo. Un barco fantasma deslizándose sobre un fondo blanquecino. Las gavias fueron visibles de pronto: debía de haber una fina capa de nieve sobre las superficies, cuyo brillo reflejaba las luces. Y entonces...

—Tres luces rojas en una fila en el mastelero de mesana —susurró Bush.

Ahora se veían bastante bien. Presumiblemente tapadas por delante con la luz dirigida a popa para guiar a los barcos que seguían. Hornblower sintió una súbita inspiración, tomó una decisión instantánea, un plan inmediato, para los siguientes cinco minutos y para más adelante.

—¡Rápido! —apremió bruscamente a Bush—. Coloque tres luces de la misma manera. Manténgalas tapadas, preparadas para mostrarlas.

Bush ya se había ido cuando dijo la última palabra, pero los pensamientos tuvieron que venir más rápido que el rayo. El *Hotspur* no se atrevía a virar por delante; debía virar por sotavento.

—¡Virar por sotavento! —le espetó a Prowse. No había tiempo para las cortesías que solía emplear.

Cuando el *Hotspur* viró en redondo, vio unirse las tres luces rojas hasta casi fundirse en una sola, y en aquel mismo momento vio un resplandor azul; el barco francés estaba alterando el rumbo para enfilarse el Goulet y encendía una luz azul como indicación para los barcos que le seguían. Pudo ver el segundo barco francés, un segundo fantasma débil... la luz azul lo desveló.

Pellew, en la vieja *Indefatigable*, cuando Hornblower estaba prisionero en El Ferrol, había confundido una vez a un escuadrón francés que escapaba de Brest imitando las señales francesas, pero aquello fue en las aguas relativamente abiertas del Iroise. Hornblower pensó usar una táctica similar, pero allí, en el estrecho Goulet, se podía emprender una acción más decisiva.

—Llévelo navegando de bolina por estribor —ordenó a Prowse, y el *Hotspur* viró más todavía, los invisibles hombres halando las invisibles brazas.

Allí estaba el segundo barco de línea francés completando su vuelta, con la proa del *Hotspur* apuntando casi recto hacia él.

—Un poco a estribor —la proa del *Hotspur* se balanceó—. Aguanta.

Quería estar tan cerca de su costado como pudiera sin chocar contra ellos.

—He enviado a un hombre de confianza arriba con las luces, señor —informó Bush—. Otros dos minutos y estarán listas.

—A los cañones —dijo bruscamente Hornblower, y entonces, habiendo concluido la necesidad de silencio, cogió el megáfono—. ¡Cubierta principal! ¡Preparen los cañones de estribor! ¡Sáquenlos!

¿Cómo estaría compuesto el escuadrón francés? Seguramente tendría una escolta armada, no para abrirse camino luchando a través de la flota del canal, sino para proteger los transportes, después de la huida, de cualquier fragata británica extraviada. Habría dos fragatas grandes, una en vanguardia y otra guardando la retaguardia, mientras que los barcos de en medio serían transportes indefensos, fragatas armadas *en flute*.

—¡A estribor! ¡Derecho!

Peñol contra peñol con el segundo barco de línea, bajando el Goulet junto a él, como dos barcos fantasmas unidos en medio de la nieve que caía. El estruendo de las cureñas había cesado.

—¡Fuego!

En los diez cañones, diez manos metieron los botafuegos y el costado del *Hotspur* ardió en llamas, iluminando las velas y el casco del francés con un brillante resplandor; con aquella luz instantánea, los copos de nieve fueron visibles durante un segundo como si estuvieran detenidos en el aire.

—¡Vamos, seguid disparando!

Del barco francés procedían gritos y aullidos desgarradores, y una voz en francés sonó casi junto a su oído. El capitán hablaba desde treinta yardas de distancia con el megáfono apuntando directamente hacia él. Sería una protesta. El capitán francés se preguntaría por qué un barco de los suyos le estaba disparando, porque allí no podía haber ningún barco inglés. Las palabras fueron abortadas abruptamente por el estampido y el relámpago del primer cañón de la segunda andanada, y los otros siguieron cuando los hombres cargaron y dispararon, tan rápido como podían. Cada relámpago hacía visible momentáneamente el barco francés, un cuadro parpadeante, intermitente. Aquellas balas del nueve estaban haciendo blanco en un barco repleto de hombres. En aquel preciso momento, mientras él estaba de pie en cubierta, unos hombres morían y agonizaban a montones al otro lado, sólo porque habían sido reclutados a la fuerza en el ejército de un tirano continental. Seguramente los franceses no podrían soportar aquello. Se acobardarían bajo aquel inesperado e inexplicable ataque. ¡Ah! El barco estaba dando la vuelta, aunque no había ningún sitio adonde ir excepto los acantilados y los bajíos de la costa cercana. Las tres luces rojas seguían en su mastelero de mesana. Por accidente o designio, el otro buque había caído. Debía seguirlo.

—Un poco a babor.

El *Hotspur* giró a estribor, los cañones ardiendo. Ya era suficiente.

—Un poco a estribor. Vía así.

Ahora el megáfono:

—¡Alto el fuego!

El silencio que siguió fue roto por el estrépito del barco francés que chocaba contra la costa, el estruendo de los palos que caían, los gritos de desesperación. Y en aquella oscuridad, después del brillo de los cañones, Hornblower estaba más ciego que nunca, y sin embargo debía actuar como si pudiera ver; no podía perder ni un momento.

—¡Gavias en facha! ¡Quédense junto a las brazas!

El resto de la línea francesa debía de estar acercándose, de buen o mal grado, pues con el viento sobre sus aletas, el reflujo bajo sus quillas y las rocas a cada lado no podían hacer otra cosa. Debía pensar más rápidamente que ellos. Aún tenía la ventaja de la sorpresa... El capitán francés del barco siguiente no había tenido tiempo todavía de pensar.

Las Jovencitas estaban a sotavento; no podía esperar más.

—¡Brazas, ahí!

Allá fue, echándose encima, cerca, más cerca, gritos de pánico desde su castillo de proa.

—¡Todo a estribor!

El *Hotspur* tenía la vía suficiente para responder a su timón; las dos proas oscilaron una junto a la otra; la colisión se evitó por los pelos.

—¡Fuego!

Las velas del francés flameaban; no lo estaban controlando adecuadamente, y con aquellas balas del nueve barriendo su cubierta, le costaría recuperarse. El *Hotspur* no debía pasar ante él; todavía tenía un poco de tiempo y un poco de espacio.

—¡Gavias en facha!

Su tripulación estaba perfectamente entrenada; el barco estaba trabajando como un mecanismo de precisión. Incluso los grumetes servidores de la pólvora, trepando y bajando por las escaleras en la profunda oscuridad, estaban desempeñando sus deberes con admirable exactitud, manteniendo los cañones bien provistos de pólvora en todo momento, porque los cañones no cesaban de disparar, retumbando ensordecedoramente y bañando a los franceses con una luz anaranjada mientras el humo se extendía pesadamente sobre el costado libre.

No podía esperar un momento más con las gavias en facha. Debía llenarlas y avanzar aunque aquello significase separarse.

—¡Brazas, ahí!

Hasta aquel momento no había notado el infernal estrépito de las carronadas del

alcázar detrás de él; estaban disparando rápidamente, barriendo la cubierta del transporte con metralla. A la luz de los disparos vio los mástiles del barco francés arrastrándose a popa mientras el *Hotspur* volvía a recuperar su vía. Entonces, al siguiente relámpago, vio algo más, otra imagen momentánea: el bauprés de un barco cruzando la cubierta del francés desde el lado libre. Se oyó un estruendo y gritos. El siguiente buque francés había embestido con la proa a su colega. El primer estruendo fue seguido por otros; se dirigió a popa para intentar ver algo, pero la oscuridad ya se había cerrado como un muro ante sus ojos ciegos. Sólo podía escuchar, pero lo que oyó le hizo adivinar toda la historia. El barco que había embestido estaba oscilando con el viento, su bauprés colgando entre obenques y drizas hasta que golpeó contra el palo mayor. Entonces caería el palo de trinquete y las vergas. Los dos barcos estaban juntos e indefensos, con las Jovencitas a sotavento. Ahora vio unas luces azules encendidas mientras trataban de controlar aquella situación desesperada; con los barcos oscilando, las luces azules y rojas de las vergas giraban unas alrededor de las otras como un sistema planetario. No tuvieron ninguna oportunidad de escapar. Mientras el viento y la corriente les sacaban de allí, creyó oír el estruendo que se produjo cuando embarrancaron en las Jovencitas, pero no estaba seguro, y no había tiempo (por supuesto que no) para pensar en ello. En aquel estadio de la marea había un reflujo que conducía al arrecife de Pollux y él debía evitarlo. Después saldría al Iroise, cuyas aguas consideraba tan peligrosas antes de haberse aventurado en el Goulet, y un número desconocido de barcos estaría ya acercándose desde Brest, advertidos por las bengalas y el tumulto de que un enemigo se había infiltrado entre ellos.

Dio un vistazo apresurado a la bitácora y estimó la fuerza del viento que soplaba contra sus mejillas. El enemigo (es decir, lo que quedaba de él), con este viento, correría hacia el Raz du Sein e intentaría evitar los bajíos de Trepieds. Debía situarse bien para interceptarles; el siguiente barco de la línea debía de estar cerca, en cualquier caso, pero en pocos segundos no estaría ya confinado al estrecho canal del Goulet. ¿Y qué estaría haciendo la primera fragata, la que había dejado pasar sin atacarla?

—¡Cadenotes, ahí! Lancen el escandallo.

Debía mantenerse a barlovento lo mejor que pudiera.

—¡No hay fondo! No hay fondo con este cabo.

Estaba lejos de Pollux, entonces.

—¡Basta ahí, con el escandallo!

Se quedaron de pie quietos a estribor; en la impenetrable oscuridad, podía oír a Prowse respirando pesadamente junto a él y todo lo demás era silencio. Tendría que tomar otra medición con la sonda dentro de poco. ¿Qué era aquello? El viento y el agua habían traído un sonido identificable a sus oídos, un ruido solemne, de un

cuerpo sólido cayendo en el agua. Era el sonido de una sonda lanzada al agua... y luego siguió, después del intervalo adecuado, el grito agudo del sondeador. Había un barco allí, a barlovento, y ahora, según iba disminuyendo la distancia entre ellos y sus oídos se concentraban en aquella dirección, pudo oír otros sonidos, voces, trabajo de vergas. Se inclinó por encima de la barandilla y habló en voz baja hacia el combés.

—Preparen sus cañones.

Allí estaba, divisándose débilmente a estribor.

—A estribor dos cuartas. Aguante.

Ellos vieron al *Hotspur* en aquel preciso momento; desde la oscuridad llegó el aullido de un megáfono, pero mientras ellos hablaban, Hornblower volvió a gritar en el combés:

—¡Fuego!

Los cañones dispararon tan juntos que notó cómo la ligera estructura del *Hotspur* escoraba un poco con la fuerza del retroceso, y de nuevo la forma de un barco se vio iluminada por el resplandor de la andanada. No podía obligarles a entrar en los bajíos; había demasiado espacio para ello. Tomó el megáfono.

—¡Eleven los cañones! ¡Apunten a los mástiles!

Podía inutilizarlo. El primer cañón de la nueva andanada disparó inmediatamente después de que él pronunciara las órdenes: algún idiota no había prestado atención. Pero los otros cañones dispararon después del intervalo necesario para retirar las cuñas, relámpago tras relámpago, estampido tras estampido. Una y otra vez. De repente, un nuevo fogonazo reveló un cambio en la forma de la gavia de mesana iluminada, y en el mismo momento aquella gavia de mesana se movió lentamente hacia abajo a popa del través. El francés había puesto todo en facha en un desesperado intento de escapar de su perseguidor, arriesgándose a ser barrido con los cañonazos y en la esperanza de pasar bajo la popa del *Hotspur* para ir con el viento. El *Hotspur* viraría a sotavento, colocaría al otro buque bajo el fuego de las andanadas de babor y le perseguiría hasta los Trepieds; el megáfono estaba ya en sus labios cuando la oscuridad ante él hizo erupción en un volcán de fuego.

El caos. De la noche negra y cubierta de nieve había llegado una andanada, barriendo el *Hotspur* de proa a popa. Junto con el sonido y el fogonazo llegó el estruendo de madera hecha astillas, el profundo ruido resonante cuando un proyectil hizo impacto en la culata de un cañón, el silbido de las astillas que volaban y enseguida el grito de un hombre herido, perforando el súbito silencio que siguió al estruendo.

Una de las fragatas armadas de la escolta (el líder de la línea, probablemente) había visto los disparos y estaba lo suficientemente cerca como para intervenir. Había cruzado ante la proa del *Hotspur* para disparar una andanada.

—¡Todo a estribor!

No podía virar por avante, aunque estuviera preparado para la eventualidad de perder la virada con los obenques destrozados, porque no se había librado del transporte todavía. Tenía que virar a sotavento, aunque eso significara colocarse a tiro de la artillería una vez más.

—¡Virar a sotavento!

El *Hotspur* viraba mientras sus últimos cañones disparaban contra el buque de transporte. Entonces llegó la segunda andanada desde delante, con una llamarada en la oscuridad, una fracción de segundo entre cada disparo, golpeando la maltratada proa del *Hotspur* mientras Hornblower, de pie, trataba de mantener el equilibrio y pensaba qué hacer a continuación. ¿Sería aquél el último disparo? Se oyó un nuevo y desgarrador estrépito, y gritos y aullidos que procedían de delante. Seguramente habría caído el palo de trinquete. Y ese otro ruido debía de ser la verga de velacho golpeando estruendosamente la cubierta.

—El timón no responde, señor —dijo el timonel.

Con el palo de trinquete caído, el *Hotspur* tendería a subir con el viento, aunque el pecio arrastrase a su costado actuando como ancla. Podía notar el viento soplando en su cara. Ahora el *Hotspur* estaba indefenso. Podía ser batido hasta la destrucción por un enemigo que le doblaba en tamaño, con cuatro veces su peso en metal, con escantillones dos veces más espesos que rechazarían el débil impacto del *Hotspur*. Tendría que luchar desesperadamente hasta la muerte. A menos... El enemigo pondría su timón a estribor para disparar al *Hotspur* desde la popa, o lo haría en cuanto pudiera averiguar en la oscuridad lo que había ocurrido. El tiempo pasaba muy rápido y el viento todavía soplaba, gracias a Dios, y el barco de transporte estaba cerca todavía, a estribor. Habló en voz alta por el megáfono:

—¡Silencio! ¡Silencio!

El ruido y estrépito de delante, en el lugar donde los hombres estaban luchando con los palos caídos, se apagó. Incluso el herido que gemía se calló. Aquello era disciplina, y sin necesidad de usar el gato de siete colas. Podía oír hasta el retumbar de las cureñas de la fragata francesa mientras sacaban los cañones para la siguiente andanada, y también oír las órdenes a gritos. La fragata francesa estaba volviendo para darles el *coup de grace* tan pronto como asegurase el blanco. Hornblower dirigió el megáfono derecho hacia arriba como si hablara hacia el cielo, y trató de mantener su voz serena y tranquila. No quería que le oyera la fragata francesa.

—¡Verga de la gavia de mesana! Destapen esas luces.

Era un momento delicado. Las luces podían haberse apagado, el hombre en la verga podía estar muerto. Tuvo que repetir la orden.

—¡Muestren esas luces!

La disciplina impidió al marinero que estaba allí gritar a su vez, y entonces fueron apareciendo... una, dos tres luces rojas a lo largo de la verga de mesana. Aun con el

viento en contra, oyó una orden como un rugido proferida desde la fragata francesa, con una voz llena de excitación, incluso de pánico. El capitán francés estaba ordenando a sus cañones que no dispararan. Quizá pensaba que había cometido algún espantoso error; quizás, en el desconcierto de la oscuridad, confundía el *Hotspur* con su reciente víctima, no lejos de allí. El caso es que no disparaba, que estaba alejándose hacia sotavento, y un centenar de yardas a sotavento en aquella oscuridad equivalía a una milla en condiciones normales.

—¡Tapen esas luces de nuevo!

No necesitaba dar al francés una señal para que apuntase o un objetivo contra el cual disparar de nuevo cuando pudiera controlar mejor la situación. Ahora, una voz habló en la oscuridad junto a él.

—Bush informando, señor. He dejado los cañones por el momento, si usted me lo permite, señor. Los velachos han caído todos sobre la batería de estribor. No se pueden disparar esos cañones de ningún modo todavía.

—Muy bien, señor Bush. ¿Cuáles son los daños?

—El palo de trinquete se ha roto a seis pies por encima de cubierta, señor. Todo ha caído en la banda de estribor. La mayoría de las cubiertas creo que han aguantado... está todo descolgado a un lado.

—Entonces tenemos que ponernos a trabajar... en silencio, señor Bush. Quiero que arrien primero hasta la última pulgada de lona, y luego arreglaremos los daños.

—Sí, señor.

Quitarle toda la lona al barco lo haría mucho menos visible a los ojos del enemigo, y reduciría el sotavento del *Hotspur* mientras llevaba su extraña ancla flotante. Al momento vino el carpintero desde abajo.

—Estamos haciendo agua muy rápido, señor. Dos pies en la bodega. Mis hombres están tapando un agujero de bala, a popa, por la santabárbara, pero debe de haber otro delante, en el pañol de cables y estachas. Necesitaremos hombres en las bombas, señor, y me gustaría tener una docena más en el pañol de cables.

—Muy bien.

Tantas cosas que hacer en una atmósfera pesadillesca de irrealidad, y entonces comprendió el porqué, en parte, de esa sensación de irrealidad. Seis pulgadas de nieve cubrían la cubierta, apilada en montones más espesos contra las superficies verticales, silenciando e impidiendo los movimientos. Pero la sensación de irrealidad la provocaba sobre todo el puro cansancio, nervioso y físico; había que ignorar el cansancio y el trabajo debía continuar, había que tratar de pensar con claridad en la gélida oscuridad, sabiendo que los bajíos del *Trepieds* estaban justo debajo a sotavento, en una marea en descenso. Largar las velas, una vez arreglados los daños, y descubrir por puro instinto marineramente cómo manejar el *Hotspur* con las velas izadas y sin el palo de trinquete, solamente con el viento en la cara y la ondulante aguja en la

bitácora para guiarle, y los bajíos esperándole por si fallaba en sus cálculos.

—Me gustaría largar la vela de abanico, señor Bush, por favor.

—Sí, señor.

Un trabajo peligroso para los marineros, que tenían que extender la vela de abanico bajo el bauprés en la oscuridad, con todos los estays habituales eliminados por la pérdida del palo de trinquete, pero tenía que hacerse para dotarlo de la fuerza de impulso necesaria y evitar que el *Hotspur* se volviera con el viento. Establecer la pesada vela mayor, porque no se podía confiar en el mastelero de mayor para maniobrar. Y entonces deslizarse hacia el oeste, con las bombas resonando lúgubrementemente, y la oscuridad convirtiéndose lentamente en gris oscuro, y el gris oscuro convirtiéndose lentamente en gris claro al llegar el amanecer y el final de la nevada. Entonces hubo luz suficiente para ver los destrozos en cubierta y la nieve pisoteada... ahora manchada de rosa aquí y allá, en amplias zonas. Y por fin llegó la visión de la *Doris*, y ayuda al alcance de la mano; casi se podía llamar seguridad, si no fuera porque después tendrían que enfrentarse a vientos contrarios y navegar, con un improvisado palo de trinquete en un barco rajado, a Plymouth para repararlo.

Cuando vieron a la *Doris* sacando sus botes, despachando más hombres, Bush pudo volverse hacia Hornblower y hacerle una observación convencional. Bush no era consciente de su aspecto, su cara tiznada de hollín, sus mejillas hundidas y su barba crecida, pero aun así la situación fue lo bastante extraña como para despertar el crudo sentido del humor de Bush.

—Feliz año nuevo, señor —dijo Bush, con una mueca como una calavera.

Era el día de año nuevo. Entonces los dos hombres tuvieron el mismo pensamiento de forma simultánea, y la mueca de Bush fue reemplazada por un rostro serio.

—Espero que su esposa...

Aquello le cogió por sorpresa, y no supo encontrar las palabras adecuadas.

—Gracias, señor Bush.

El niño tenía que nacer por año nuevo. María podía estar de parto en aquel preciso momento, mientras ellos hablaban.

CAPÍTULO 17



—¿Cenará a bordo, señor? —preguntó Doughty.

—No —replicó Hornblower. Dudó antes de pronunciar la frase que se le había ocurrido, pero finalmente decidió continuar—: Esta noche Horatio Hornblower cena con Horatio Hornblower.

—Sí, señor.

Jamás broma alguna tuvo tan poco eco como aquélla. Quizá (seguramente) era demasiado esperar que Doughty entendiera la alusión clásica, pero al menos podía haber sonreído, porque era obvio que su capitán había condescendido hasta el punto de hacer una broma.

—Necesitará su impermeable, señor. Está lloviendo muy fuerte todavía —observó Doughty, con su habitual tono casi impasible.

—Gracias.

Había llovido todos los días desde que el *Hotspur* atracó en Plymouth Sound. Cuando Hornblower salió del astillero, la lluvia repiqueteó con fuerza en su impermeable como si fuera granizo, y continuó así todo el camino hacia Driver's Alley. Llamó a la puerta y le abrió la hijita de la posadera, y mientras subía las escaleras hacia su alojamiento, oyó la voz del otro Horatio Hornblower que aireaba agudamente sus penas. Abrió la puerta y entró en la pequeña y caldeada habitación donde María estaba de pie con el niño asomado por encima de su hombro, los largos faldones colgando hasta debajo de su cintura. La cara de la mujer se iluminó de placer cuando le vio, y apenas pudo esperar a que él se quitara el empapado impermeable para echarse en sus brazos. Hornblower besó sus cálidas mejillas y trató de mirar al pequeño Horatio, pero el niño hundió la cara en el hombro de su madre y siguió gimoteando.

—Ha estado rebelde todo el día, cariño —se disculpó María.

—¡Pobrecillo! ¿Y tú, cómo estás, querida? —Hornblower se preocupaba mucho de tener a María en el centro de todos sus pensamientos cuando estaba con ella.

—Estoy bastante bien, cariño. Puedo subir y bajar las escaleras como un pájaro.

—Excelente.

María dio unas palmaditas en la espalda del bebé.

—Me gustaría mucho que fuera bueno. Que le sonriera un poco a su papá.

—¿Me dejas que lo coja?

—¡Oh, no!

María se mostró muy conmovida ante la idea de que un hombre cogiera a un bebé, aunque fuera su propio hijo, pero, de todos modos, era una conmoción

extasiada, y acabó por depositar el niño en sus brazos tendidos. Hornblower cogió a su hijo (siempre le resultaba extraño lo poco que pesaba aquel bulto de ropas) y miró los rasgos amorfos del bebé y su húmeda naricilla.

—¡Lo ves! —exclamó Hornblower. El acto de cambiar de manos había tranquilizado al pequeño Horatio, al menos durante un momento.

María se quedó allí, bañada en pura felicidad ante la visión de su marido llevando en brazos a su hijo.

Y las emociones de Hornblower eran curiosamente contradictorias: por una parte, asombro al encontrar placer en coger a aquel niño en brazos, porque le parecía difícil de creer que fuera capaz de unos sentimientos semejantes. María le acercó el sillón para que pudiera sentarse, y entonces, con gran afecto, le besó en la sien.

—¿Y qué tal va el barco? —preguntó, inclinándose hacia él.

—Está casi listo para hacerse a la mar —informó Hornblower.

El *Hotspur* había estado entrando y saliendo del astillero, habían limpiado el fondo, calafateado las grietas, remendado los agujeros de bala. Le habían colocado un nuevo palo de trinquete y los aparejadores habían levantado la obencadura. Sólo tenía que llenar de nuevo sus bodegas.

—Oh, no —dijo María.

—Hay viento estable del oeste —continuó Hornblower. Aquello no le impedía bajar por el canal, si podía llevar el *Hotspur* por el Sound... No se explicaba por qué había alimentado en María aquel atisbo de esperanza.

El pequeño Horatio empezó a llorar de nuevo.

—¡Pobrecillo! —dijo María—. Déjame que lo coja yo.

—No, yo puedo arreglármelas.

—No. No está bien... —era algo completamente inadecuado, para la mente de María, que un padre tuviera que ocuparse de las rabieta de su hijo. Se le ocurrió otra idea—. Querrás ver esto, cariño. Mi madre lo ha traído esta tarde de la biblioteca Lockhart.

Cogió una revista que había en una mesita auxiliar y se la cambió por el niño, al que sujetó de nuevo contra su pecho.

La revista era el último número del *Naval Chronicle*, y María, con su mano libre, ayudó a Hornblower a pasar las páginas.

—¡Aquí! —María señaló el párrafo interesante, que estaba casi en la última página. «El pasado 1 de enero...», empezaba, y era el anuncio del nacimiento del pequeño Horatio.

—La esposa del capitán Horatio Hornblower, de la Armada, ha tenido un hijo —leyó María—. Somos el pequeño Horatio y yo. Te estoy... más agradecida, cariño, de lo que pueda expresar nunca.

—Tonterías —replicó Hornblower. Eso era exactamente lo que opinaba él sobre

aquello, pero se esforzó por mirarla con una sonrisa que eliminara toda la dureza que pudiese haber en sus palabras.

—Ellos te llaman «capitán» —continuó María, con un interrogante en la observación.

—Sí —accedió Hornblower—. Es porque...

Se embarcó una vez más en la explicación de la profunda diferencia entre un comandante por rango (y capitán sólo por cortesía) y un capitán de rango. Ya le había explicado aquello mismo más de una vez.

—No creo que esté bien —decidió María.

—Hay pocas cosas en esta vida que estén bien, querida —replicó Hornblower, de forma un poco distraída. Estaba hojeando las otras páginas del *Naval Chronicle*, retrocediendo desde la última página, donde había empezado. Allí estaba el informe de Plymouth, y también una de las cosas que andaba buscando.

«Llegado el bergantín de Su Majestad *Hotspur* bajo aparejo provisional, desde la flota del canal. Entró inmediatamente en carena. El capitán Horatio Hornblower desembarcó inmediatamente con despachos». Y a continuación venían la información sobre leyes, y las cortes marciales navales, y el registro mensual de acontecimientos navales, y los debates navales en el parlamento imperial, y allí, entre los debates y la poesía, las cartas de la *Gazette*. Y allí estaba. Primero, en cursiva, la introducción.

Copia de una carta del vicealmirante sir William Cornwallis a sir Evan Nepean, fechada a bordo del navío de Su Majestad Hibernia, el día 2 del corriente.

A continuación venía la letra de Cornwallis.

Señor:

*Mediante la presente le transmito para información de sus señorías copias de las cartas que he recibido de los capitanes Chambers, de la *Naiad*, y Hornblower, del bergantín *Hotspur*, comunicándome la captura de la fragata nacional francesa *Clorinde* y el fracaso de un intento por parte de los franceses de escapar de Brest con una gran cantidad de tropas. La conducta de ambos oficiales me parece altamente meritoria. Incluyo también una copia de la carta que he recibido del capitán Smith, de la *Doris*.*

Le saluda con el más profundo respeto, su humilde servidor,

W. Cornwallis

A continuación venía el informe de Chambers. La *Naiad* había capturado la *Clorinde* cerca de Molene y habían luchado hasta detenerla, capturándola en cuarenta

minutos. Aparentemente, la otra fragata francesa que había salido con los transportes había escapado por el Raz du Sein y todavía no había sido capturada.

Entonces, al final, llegaba su propio informe. Hornblower sintió la excitación que ya había conocido antes al leer sus propias palabras en letra impresa. Las estudió de nuevo en esta ocasión y se sintió satisfecho, aunque no demasiado. Contaban, sin artificio alguno, cómo habían empujado hasta la costa a tres transportes franceses en el Goulet, y cómo el *Hotspur*, mientras atacaba a un cuarto, había entrado en combate con una fragata francesa y había perdido su palo de trinquete. Ni una palabra de salvar a Irlanda de una invasión; ni media frase acerca de la oscuridad y la nieve y los peligros de la navegación, pero los hombres que podían entender lo entenderían.

La carta de Smith desde la *Doris* era también breve. Después de reunirse con el *Hotspur*, habían continuado hacia Brest y habían encontrado una fragata francesa, armada *en flute*, encallada en los Trepieds con botes que desembarcaban sus tropas. Bajo el fuego de las baterías de costa francesas, la *Doris* había enviado sus botes y la había quemado.

—Hay otra cosa en el *Chronicle* que podría interesarte, querida —dijo Hornblower. Le tendió la revista, indicando su carta con el dedo.

—¡Otra carta tuya, cariño! —exclamó María—. ¡Qué contento debes de estar!

Ella leyó la carta rápidamente.

—No había tenido tiempo de leerla antes —repuso, levantando la vista—. El pequeño Horatio estaba tan pesado. Y... y... no entiendo todas esas cosas, querido. Espero que estés orgulloso de lo que hiciste. Creo que debes de estarlo, seguro.

Afortunadamente, el pequeño Horatio se echó a llorar en aquel momento y evitó que Hornblower tuviera que dar una respuesta concreta a esa observación. María tranquilizó al niño y siguió hablando.

—Los tenderos lo sabrán mañana y todos me hablarán de ello.

Se abrió la puerta y entró la señora Mason, con los pies metidos en unos chanclos que resonaban al andar y gotas de lluvia desprendiéndose de su chal. Ella y Hornblower cambiaron un cortés «buenas tardes» mientras ella se quitaba el abrigo.

—Déjame coger al niño —pidió la señora Mason a su hija.

—A Horry le han publicado otra carta en el *Chronicle* —le explicó María.

—¿De verdad?

La señora Mason se sentó junto al fuego al lado de Hornblower y estudió la página con más atención de la que le había dedicado María, aunque quizá sin comprenderla mejor.

—El almirante dice que tu conducta fue «muy meritoria» —dijo, levantando la vista.

—Sí.

—¿Entonces por qué no te hace capitán de verdad, de rango, como tú dices?

—La decisión no es suya —observó Hornblower—. Y de todos modos, dudo que lo hiciera.

—¿Los almirantes no pueden nombrar capitanes?

—No en aguas territoriales.

El poder casi omnipotente de promoción libre que se ejercía en los destacamentos lejanos se negaba a los comandantes en jefe en zonas próximas, donde se podía consultar de inmediato al Almirantazgo.

—¿Y qué pasa con el dinero de presa?

—No lo hay para el *Hotspur*.

—Pero... ¿no habéis capturado a esa Clorinde?

—Sí, pero nosotros no estábamos a la vista.

—Pero estuvisteis luchando, ¿no es así?

—Sí, señora Mason. Pero sólo los barcos a la vista pueden compartir el dinero de presa. Excepto los oficiales generales.

—¿Y tú no eres un oficial general?

—No. Oficial general significa «almirante», señora Mason.

La señora Mason aspiró por la nariz.

—Me parece todo muy raro. ¿Así que no vas a obtener provecho alguno de esa carta?

—No, señora Mason —al menos no de la forma a la que se refería la señora Mason.

—Ya va siendo hora de que consigas algún dinero de presa. Constantemente estoy oyendo hablar de barcos que han hecho miles. Ocho libras al mes para María, y con un niño —la señora Mason miró a su hija—. ¡A tres peniques la libra el cuello de cordero! Las cosas están muy caras, es tremendo.

—Sí, mamá. Horry me da todo lo que puede, estoy segura.

Como capitán de un barco por debajo del sexto rango, la paga de Hornblower era de doce libras al mes, y necesitaba uniformes nuevos. Los precios habían subido por la demanda en tiempos de guerra, y el Almirantazgo, a pesar de sus promesas, no había conseguido aumentar la paga de sus oficiales navales.

—Algunos capitanes sacan mucho —repuso la señora Mason.

Era el dinero de presa, y la posibilidad de ganarlo, lo que mantenía callada a la Armada bajo unas condiciones que, de otro modo, hubieran sido intolerables. Los grandes motines en Spithead y el Nore tenían menos de diez años de antigüedad. Pero Hornblower se dio cuenta de que se iba a ver envuelto en una discusión sobre el sistema del dinero de presa en breve si la señora Mason persistía en hablar tal como lo estaba haciendo. Afortunadamente, la entrada de la propietaria, que iba a poner la mesa para la cena, cambió el tema de conversación. Con otra persona en la habitación, ni María ni la señora Mason se atrevían a discutir sobre un tema tan

vulgar como el dinero, así que se pusieron a hablar de otras cosas. Se sentaron a cenar cuando la propietaria trajo una sopera humeante.

—La cebada perlada está allí, Horatio —dijo la señora Mason, supervisándole mientras él servía la comida.

—Sí, señora Mason.

Hornblower había aprendido a mantener la boca cerrada ante la tiranía cuando era teniente en el viejo *Renown*, bajo el mando del capitán Sawyer, pero por entonces ya casi había olvidado aquellas lecciones, y tendría que recordarlas dolorosamente. Se había casado por su propia voluntad (podía haber dicho «no» en el altar, se dijo) y ahora tenía que sacar el mejor partido posible a un mal negocio. Pelearse con su suegra no le ayudaría, precisamente. Era una lástima que el *Hotspur* hubiera llegado para carenar en el momento en que la señora Mason estaba de visita, para ver a su hija en su confinamiento, pero por desgracia, seguramente aquella coincidencia se repetiría durante los días (interminables días) por venir.

Carnero estofado, cebada perlada, patatas y col. Habría sido una comida muy agradable de no ser porque la atmósfera era desfavorable, y no sólo en sentido figurado. En la habitación, con aquel fuego de carbón, hacía un calor insoportable. Por culpa de la lluvia no se podía tender la colada en el exterior, y Hornblower dudaba de todos modos de que se pudiera tender nada en las proximidades de Driver's Alley sin vigilancia. Así que en un caballete en el otro extremo de la habitación colgaba la ropa del pequeño Horatio, y, no sabía por qué motivo, se había decidido que cada una de las prendas que llevaba el pequeño Horatio tenía que lavarse varias veces al día. Colgando en el caballete estaban los largos refajos bordados, y los de franela con sus bordes ondulados, y las camisitas de franela, y las fajas, así como innumerables pañales en retaguardia, sacrificados en defensa del cuerpo principal. El impermeable húmedo de Hornblower y el chal húmedo de la señora Mason ponían una nota de variedad en los olores de la habitación, y Hornblower sospechaba que el pequeño Horatio, ahora en una cuna junto a María, añadía aún otra más.

Hornblower pensaba en el aire puro y limpio del Atlántico y sentía que le ardían los pulmones. Hizo lo que pudo con la comida, pero no fue mucho.

—No estás comiendo bien, Horatio —observó la señora Mason, atisbando su plato con suspicacia.

—Supongo que no tengo mucha hambre.

—Demasiada comida de Doughty, supongo —dijo la señora Mason.

Hornblower sabía ya, sin haber dicho ella ni una palabra, que aquella mujer estaba celosa de Doughty e incómoda ante su presencia. Doughty servía los mejores manjares; Doughty conocía caprichosas recetas; Doughty necesitaba dinero para que las provisiones del *Hotspur* salieran de su aburrida rutina; Doughty (al menos en la

mente de las mujeres) menospreciaba Driver's Alley y la familia que había formado su capitán.

—No puedo soportar a ese Doughty —intervino María... ya estaba dicho.

—Es bastante inofensivo, querida —replicó Hornblower.

—¡Inofensivo! —la señora Mason dijo esa única palabra, pero Demóstenes no habría puesto más desprecio en una de sus filípicas; y sin embargo, cuando la posadera acudió a quitar la mesa, la señora Mason consiguió mostrarse más altiva aún.

Cuando la dueña abandonó la habitación, los instintos de Hornblower le guiaron a una acción de la cual realmente no era consciente. Abrió la ventana y dejó que el helado aire de la noche llenara sus pulmones.

—¡Vas a matar al niño! —exclamó la voz de María, y Hornblower se volvió en redondo, sorprendido.

María había cogido al pequeño Horatio de su cuna y estaba de pie, apretándolo contra su pecho, como una leona defendiendo su guarida de los manifiestos y bien conocidos peligros del aire nocturno.

—Perdona, querida —se disculpó Hornblower—. No sé en qué estaría pensando.

Sabía perfectamente bien que había que mantener a los niños pequeños en habitaciones bien caldeadas, y estaba muy contrito al pensar en el pequeño Horatio. Pero cuando se volvió y cerró la ventana de nuevo, su mente divagó hacia los Blackstones y las Jovencitas, hacia aquellos días duros y aquellas peligrosas noches en una cubierta que podía llamar suya propia. Estaba ansiando hacerse de nuevo a la mar.

CAPÍTULO 18



Con la llegada de la primavera, se despertó una nueva actividad en el bloqueo de Brest. En los puertos franceses, durante el invierno, se habían construido muchos barcos de fondo plano. La marina francesa, con unos efectivos de doscientos mil hombres, estaba todavía emplazada en la costa del canal, esperando una oportunidad para invadir, y necesitaban lanchas cañoneras a miles para transportarlos cuando llegase la oportunidad. Pero la costa de invasión desde Bolonia a Ostende no podía suministrar ni una décima parte, ni una centésima parte de los barcos que se precisaban. Éstos tenían que ser construidos en instalaciones adecuadas, y luego transportados por la costa hasta la zona de reunión.

En la mente de Hornblower, Bonaparte (el emperador Napoleón, como estaba empezando a llamarse a sí mismo ahora) estaba mostrando una cierta confusión de ideas al adoptar esas acciones. Los marineros y materiales de construcción de barcos eran bastante raros en Francia. Era absurdo desperdiciarlos en un trabajo de invasión cuando ésta era imposible sin una flota de cobertura, y la Armada francesa era demasiado pequeña para proporcionar esa flota. Lord St. Vincent había provocado sonrisas afirmativas en toda la Armada inglesa cuando dijo en la Cámara de los Lores con respecto a la Armada francesa: «No digo que no puedan venir, sólo digo que no pueden venir por mar». La broma había suscitado una imagen risible en las mentes de todos: Bonaparte tratando de transportar un ejército invasor mediante los globos de Montgolfier. La imposibilidad de tal intento no hacía sino subrayar la imposibilidad de que los franceses pudieran construir una flota con potencia suficiente para tomar el mando del canal, o para permitir siquiera el paso de las cañoneras.

Sólo cuando el verano estuvo bastante avanzado Hornblower entendió plenamente el dilema de Bonaparte. Éste tenía que persistir en su ridícula aventura, derrochando los bienes de su imperio en barcos y lanchas de desembarco, aunque lo más inteligente habría sido descartar todo el proyecto y dedicar sus recursos a algún plan más provechoso. Pero hacer eso sería admitir que Inglaterra era invencible, que nunca podría ser conquistada, y admitir tal cosa no sólo alentaría a sus potenciales enemigos continentales, sino que tendría un efecto muy desalentador en los propios franceses. Simplemente estaba obligado a continuar por ese camino, a seguir construyendo sus barcos y cañoneras para hacer creer al mundo que había una gran probabilidad de que Inglaterra fuera derrotada pronto, y así él quedaría como dominador de la tierra entera, señor de toda la raza humana. Y también existía alguna posibilidad de éxito, aunque no fuera ni una entre diez, ni una entre cien, ni una entre un millón. Alguna extraordinaria e impredecible combinación de buena suerte,

errores británicos, condiciones meteorológicas y circunstancias políticas podían darle una semana de tiempo, que era todo lo que necesitaba para conducir a su ejército al otro lado. Si las probabilidades eran mínimas, al menos la apuesta era fantástica. Podía atraer a un jugador como Bonaparte, aunque las circunstancias no le favorecieran.

Así que en todos y cada uno de los pequeños pueblecitos de pescadores, a lo largo de la costa de Francia, se construyeron barcos de fondo plano, que luego fueron arrastrados desde sus lugares de origen hacia el gran campamento militar de Bolonia, manteniéndose en los bajíos, moviéndose a remo más que navegando, refugiándose cuando era necesario bajo las baterías de costa, cada barco tripulado por cincuenta soldados y un par de marineros. Y como Bonaparte estaba moviendo todo ese aparato, la Armada se sentía obligada a interferir sus movimientos todo lo posible.

Así fue como el *Hotspur* se encontró momentáneamente separado de la flota del canal y formando parte de un pequeño escuadrón bajo las órdenes de Chambers, de la *Naiad*, que se dirigía hacia el norte de Ushant. Allí estaban haciendo lo que podían para evitar el paso de media docena de cañoneras a lo largo de la agreste y rocosa costa del norte de Bretaña.

—Señal del comodoro, señor —informó Foreman.

Chambers perdió bastante tiempo haciendo señales a su pequeño escuadrón.

—¿Y bien? —preguntó Hornblower. Foreman estaba consultando su libro de señales.

—«Sitúese a la vista manteniendo el este nordeste», señor.

—Gracias, señor Foreman. Recibido. Señor Bush, vamos a bracear en cuadro.

Un día muy agradable, con suaves brisas del sureste y ocasionales nubes blancas deslizándose por un cielo azul. El mar estaba verde y transparente, y a dos millas a lo lejos por el través estaba la costa con sus blancos rompientes. El mapa mostraba unos nombres extraños: Aber Wrack y Aber Benoit, que le hablaban de la relación entre la lengua bretona y la galesa. Hornblower dividió su atención entre la *Naiad* y la costa, mientras el *Hotspur* corría ante el viento, y experimentó un sentimiento como el del avaro que pierde parte de su oro. Habría que salir a sotavento tal como iban, pero cada hora que pasaran así podía significar un día entero de retroceder hacia barlovento. El punto estratégico decisivo estaba fuera de Brest, donde se encontraban los barcos franceses de línea, no allí, donde aquellas pequeñas cañoneras pasaban con grandes riesgos.

—Puede ponerlo a la capa de nuevo, señor Bush.

—Sí, señor.

Ahora estaban tan lejos de la *Naiad* que sería necesaria una vista muy aguda y un buen catalejo para leer sus señales.

—Somos como un foxterrier ante la madriguera de una rata, señor —observó

Bush, volviéndose hacia Hornblower tan pronto como el *Hotspur* se hubo puesto a la capa con la gavia a besar mástil.

—Exactamente —accedió Hornblower.

—Los botes están preparados y listos para ser lanzados, señor.

—Gracias.

Era posible que tuvieran que entrar como un rayo para atacar a las cañoneras cuando llegasen, justo por fuera del oleaje.

—El comodoro está haciendo señales, señor —informó Foreman de nuevo—. Oh, es para el lugre, señor.

—¡Allá va! —exclamó Bush.

El pequeño lugre armado se estaba moviendo hacia la costa.

—Es el hurón que va a la madriguera, señor Bush —dijo Hornblower, más hablador que de costumbre.

—Sí, señor. ¡Ahí hay un cañón! ¡Y allí otro!

Podían oír los estampidos, traídos por el viento, y ver las nubecillas de humo.

—¿Hay una batería allí, señor?

—Quizá. Quizá las cañoneras estén usando sus cañones.

Cada cañonera montaba uno o dos cañones pesados en la proa, pero tenían la desventaja de que media docena de descargas podían romper los pequeños barcos en pedazos por el retroceso. En teoría, aquellos cañones se usaban para limpiar las playas de las tropas de defensa donde se producía la invasión, y las cañoneras podían ser arrastradas a la playa con relativa seguridad.

—No sé qué es lo que está pasando —dijo colérico Bush. Un promontorio bajo interceptaba su visión.

—El fuego es duro —repuso Hornblower—. Tiene que haber una batería allí.

Se sintió irritado. La Armada estaba desperdiciando vidas y material en un objetivo nada valioso, en su opinión. Se golpeó las manos enguantadas una con otra en un esfuerzo por entrar en calor, porque el viento era considerablemente frío.

—¿Qué pasa? —exclamó Bush, apuntando su catalejo—. ¡Mire eso, señor! ¡Desarbolado, por Dios bendito!

Visible junto al promontorio se encontraba ahora una forma que no pudo reconocer en el primer momento. Era el lugre que derivaba, desarbolado e indefenso. Todo indicaba que había caído en una emboscada bien planeada.

—Todavía le están disparando, señor —indicó Prowse. Por el catalejo se veían las salpicaduras en torno al barco cuando las balas caían al mar.

—Tendremos que salvarlo —dijo Hornblower, tratando de mantener una voz neutra—. Pongámonos en rumbo, por favor, señor Prowse. Saldremos ahora.

Era extremadamente irritante tener que meterse en un peligro como aquél para resolver los errores de otras personas, de una expedición injustificada desde el

principio.

—Señor Bush, disponga un cable a popa listo para remolcar.

—Sí, señor.

—El comodoro está haciendo señales, señor —el que hablaba era Foreman—. Nuestro número. «Ayuden al barco dañado».

—Recibido.

Chambers había ordenado aquella señal antes de ver que el *Hotspur* ya estaba en movimiento.

Hornblower examinó la costa de aquel lado del promontorio. No había humo de cañonazos por allí, ni señal alguna de batería. Con suerte, todo lo que tendrían que hacer sería remolcar al lugre doblando el recodo. Abajo en el combés las voces de Bush y Wise estaban apremiando a un grupo de hombres para que llevaran a popa el pesado cabo. Las cosas estaban ocurriendo muy deprisa, tal como sucede siempre en los momentos cruciales. Se oyó un grito desde la arboladura y Hornblower alcanzó el megáfono.

—*Grasshopper!* ¡Atención para agarrar un cabo!

Alguien en el desarbolado lugre hizo ondear un pañuelo como respuesta.

—Ponga la gavia en facha, señor Prowse, y nos acercaremos a ellos.

Entonces fue cuando el *Grasshopper* se desintegró, voló en pedazos tras dos sordas explosiones y una nube de humo. Ocurrió justo debajo de los ojos de Hornblower, mientras él se inclinaba con su megáfono; un segundo antes, estaba allí el casco intacto del lugre, con los hombres vivos trabajando para arreglar los daños, y al siguiente, las explosiones y el humo, los fragmentos volando en todas direcciones, el humo arremolinándose. Tenía que haber sido un mortero desde la costa; había obuses o morteros montados allí. Lo más probable era que se tratase de una batería de campo de obuses, ligera y fácilmente transportable por campo abierto, llevada allí para proteger a las cañoneras. Seguramente era un proyectil de mortero lo que había caído en el lugre, haciendo volar su santabárbara.

Hornblower lo había visto todo, y cuando la nube de humo se dispersó, observó que la proa y la popa del barco no habían desaparecido de la vista. Flotaban en la superficie, inundadas, y Hornblower vio unas pocas figuras todavía vivas que subían al pecio entre los restos.

—¡Bajen el bote! Señor Young, vaya y recoja a esos hombres.

Aquello era lo peor que podía pasar. El fuego de mortero era una horrible amenaza para un barco de madera que podía arder fácilmente, con una llama inextinguible. Era de lo más irritante verse expuesto a esos peligros para no obtener ningún provecho. El bote de pescantes estaba de vuelta cuando el siguiente mortero pasó silbando por encima de sus cabezas. Hornblower reconoció la diferencia de sonido con un cañonazo; tenía que haberse dado cuenta antes. Un proyectil de obús

tenía un cinturón alrededor, una parte más gruesa en el centro que hacía que su vuelo, al arquearse en el cielo, emitiese un sonido especial y malévolos, como el que acababa de oír. Era el ejército francés el que estaba disparándoles. Luchar contra la Armada francesa era la esencia del deber del *Hotspur*, y entraba dentro de sus funciones, pero exponer preciosos barcos y marineros al ataque de soldados que casi no costaban nada a un gobierno que tenía establecido el reclutamiento obligatorio era un mal negocio, y exponerlos sin ninguna oportunidad de devolver el fuego era una absoluta locura. Hornblower tamborileó con sus dedos enguantados en la batayola, de muy mal humor, mientras Young remaba hacia los restos del naufragio, recogiendo a los supervivientes. Una mirada a la costa coincidió con la aparición de una nube de humo blanco. Era uno de los obuses, y antes de que el viento lo dispersara pudo ver claramente la dirección inicial del humo, hacia arriba. Los obuses apuntaban mejor en un ángulo de cincuenta grados, y al final de su trayectoria los proyectiles caían a sesenta grados. Éste se encontraba debajo de un terraplén bajo o en algún tipo de zanja; con el catalejo vio a un oficial de pie dirigiendo la operación del cañón que había a sus pies.

Entonces llegó el silbido del proyectil, no demasiado lejos por encima de sus cabezas. Incluso el chorro de agua que levantó cuando se sumergió en el mar era diferente en forma y duración de los provocados por una bala de cañón. Young acercó el bote al barco y lo enganchó; Bush tenía a sus hombres listos para izarlo con los aparejos, mientras Hornblower vigilaba la operación y se impacientaba a cada segundo de retraso. La mayoría de los supervivientes recogidos estaban heridos, algunos de ellos de forma espantosa. Tendría que ir a ver si eran adecuadamente atendidos (les haría una visita de cortesía) pero no antes de que el *Hotspur* estuviera a salvo, fuera de aquel peligro innecesario.

—Muy bien, señor Prowse. Póngalo viento en popa.

Las vergas crujió al virar en redondo; el timonel hizo girar la rueda, que ofrecía una firme resistencia, y el *Hotspur* lentamente cambió de rumbo y dejó atrás aquella espantosa. A continuación llegó una súbita sucesión de ruidos, todos bajos, todos diferentes, perfectamente diferenciados, aunque no pasaron ni dos segundos entre el primero y el último: el silbido de una bomba, un estrépito de madera a popa, una nota profunda al romperse la burda del mastelero de mayor, un impacto contra la batayola detrás de Hornblower y un golpe seco a tres yardas de sus pies, y allí en cubierta mismo se encontraba la muerte, una muerte siseante que corría hacia él. Al empinarse el barco, la muerte cambió de rumbo con la inclinación de la cubierta, corriendo a trompicones en línea curva, ya que el cinturón que rodeaba el proyectil desvió la trayectoria. Hornblower vio la delgada columna de humo y la mecha humeante, de un octavo de pulgada de largo. No había tiempo para pensar. Mientras aquel horrible objeto se bamboleaba todavía sobre el aro metálico, saltó hacia él y

con la mano enguantada apagó la mecha, frotándola para asegurarse de que la chispa se había apagado, frotándola una y otra vez, ya de forma innecesaria, antes de volverse a incorporar. Un marinero estaba de pie junto a él y Hornblower le hizo un gesto.

—¡Tire esa maldita cosa por encima de la borda! —ordenó. El hecho de que lanzara un juramento indicaba su mal humor.

Entonces miró a su alrededor. En el atestado alcázar estaban todos rígidos, inmóviles, en actitudes antinaturales, como si alguna cabeza de Gorgona les hubiera convertido en piedra. De repente, todos volvieron a la vida de nuevo, hablaron, se movieron y se relajaron... fue como si el tiempo se hubiera detenido momentáneamente para todo el mundo excepto para él mismo. El retraso lo puso de peor humor todavía, y lanzó imprecaciones a diestro y siniestro.

—¿En qué están pensando todos? ¡Cabo de derrota, enderece ese timón! ¡Señor Bush! ¡Mire esa gavia de mesana! ¡Mande a los hombres arriba inmediatamente! ¡Empalme esa burda! ¡Ahí, vamos! ¿No han enrollado esos amantes todavía? ¡Muévanse, maldita sea!

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor!

El auténtico coro de asentimientos tenía una nota extraña, y en medio de las prisas Hornblower vio primero a Bush a un lado y luego a Prowse al otro, ambos mirándole con una extraña expresión en la cara.

—¿Qué les ocurre? —exclamó abruptamente, y con la última palabra le sobrevino de pronto la comprensión.

Aquella forma de apagar la mecha les parecía algo monstruosamente desproporcionado, algo heroico, incluso magnífico. No lo veían con frialdad, como algo que había que hacer, es decir, la única cosa que se podía hacer. Ellos no sabían que su acción instintiva sobrevino después de haber observado que quedaba todavía un octavo de pulgada de mecha. Todo lo que sabían, y eso obraba en su favor, es que había actuado con mucha mayor rapidez que ellos. Pero no había sido valiente, desde luego, y mucho menos heroico. Les devolvió la mirada a sus subordinados, y con los sentidos todavía estimulados hasta el más alto grado, se dio cuenta de que en aquel momento se podía forjar una leyenda, que se contarían las historias más extravagantes acerca de aquel incidente, y de repente se sintió espantosamente incómodo. Se rió, y antes de que muriera su risa se dio cuenta de que era una risa medio inconsciente, la risa sin sentido de un idiota, y se enfadó mucho más consigo mismo, con Chambers, la *Naiad* y el mundo entero. Quería salir de aquella situación, volver a Brest, hacer bien su trabajo y no verse comprometido en esas acciones descabelladas que no adelantaban la derrota de Bonaparte ni una pizca.

Entonces le invadió otro pensamiento, al descubrir que la mecha había hecho un agujero en su guante derecho. Aquéllos eran los guantes que le había dado María

aquella oscura mañana, cuando se separó de ella en el George para hacerse a la mar en el *Hotspur*.

CAPÍTULO 19



En el *Iroise*, confortablemente abrigado del viento, el *Hotspur* estaba llenando sus bodegas de nuevo. Era la segunda vez después de su arreglo en Plymouth que había cumplimentado aquel laborioso proceso: volver a llenar sus barriles de agua con las mangueras, reemplazar los barriles de buey y cerdo vacíos por otros que traían los barcos de aprovisionamiento y conseguir todas las pequeñas mercancías que pudieron del buque almacén itinerante que había enviado Cornwallis con esta misión. Llevaba seis meses ininterrumpidos de navegación, y ahora estaba preparado para tres más.

Hornblower miró con un cierto alivio el buque almacén que se alejaba; aquellos seis meses en el mar apenas habían sido suficientes para limpiar su barco de todas las plagas que subieron a bordo en Plymouth: enfermedades, chinches, pulgas y piojos. Los chinches era lo peor: iban persiguiéndolos de un escondite en la madera a otro, los socarraban con estopa ardiendo, los tapiaban con pintura, una y otra vez, y siempre que pensaba que habían exterminado aquella plaga, algún desgraciado marinero se acercaba a su oficial de división y llevándose la mano a la frente, informaba: «Por favor, señor, creo que los tengo yo esta vez».

Tenía siete cartas de María para leer (había abierto la última para asegurarse de que ella y el pequeño Horatio estaban bien) y ya había completado su tarea cuando Bush llamó a su puerta. Sentado en el cuarto de derrota, Hornblower escuchó lo que Bush tenía que decirle: minucias solamente, y Hornblower se preguntó por qué molestaría Bush a su capitán con tales cosas. Entonces Bush sacó algo de su bolsillo y Hornblower, con un suspiro, supo que aquél era el verdadero motivo de su visita. Era el último número del *Naval Chronicle*, llegado a bordo junto con el correo. La cámara de oficiales se suscribía a él conjuntamente. Bush pasó las páginas y dejó la revista abierta ante él, señalando con un dedo nudoso el fragmento que había encontrado. A Hornblower sólo le costó un par de minutos leerlo. Era el informe de Chambers a Cornwallis de la refriega junto a Aber Wrack, que aparentemente había sido publicado en la *Gazette* para informar al público de las circunstancias en las cuales se había perdido el *Grasshopper*. El dedo de Bush señaló las cuatro últimas líneas. «El capitán Hornblower me informa de que el *Hotspur* no sufrió bajas aunque recibió el impacto de un proyectil de cinco pulgadas que causó unos daños considerables a bordo, pero que afortunadamente no llegó a explotar».

—¿Y bien, señor Bush? —Hornblower procuró que su voz mostrara una absoluta severidad, para advertir a Bush.

—Esto no es correcto, señor.

Aquel servicio rutinario tan cerca de casa tenía sus graves inconvenientes. Significaba que en sólo dos o tres meses la flota leía lo que había aparecido en la *Gazette* y los periódicos, y era extraordinario lo muy susceptibles que se mostraban los hombres acerca de lo que se escribía sobre ellos. Aquello podía alterar la disciplina, y Hornblower quería evitar esa posibilidad desde el principio.

—¿Podría explicarse mejor, señor Bush?

Pero Bush no estaba dispuesto a dejarse disuadir. Obstinadamente repitió:

—No es correcto, señor.

—¿No es correcto? ¿Quiere usted decir que no era un proyectil de cinco pulgadas?

—No, señor...

—¿Quiere decir que no causó daños considerables en los aparejos?

—Por supuesto que sí lo hizo, señor, pero...

—¿O quizá lo que quiere decir es que el proyectil realmente explotó?

—Oh, no, señor, yo...

—Bueno, entonces no comprendo qué es lo que encuentra usted objetable, señor Bush.

Era altamente desagradable mostrarse cortante y sarcástico con Bush, pero tenía que hacerlo. Sin embargo, Bush se mostró inusualmente obstinado.

—No está bien, señor. No es justo. No es justo para usted, señor, o para el otro barco.

—Tonterías, señor Bush. ¿Qué cree usted que somos? ¿Actores? ¿Políticos? Somos oficiales de Su Majestad, señor Bush, con un deber que cumplir, y no debemos pensar en nada más. Nunca vuelva a hablarme de este asunto, por favor, señor Bush.

Pero allí seguía Bush mirándole fijamente a los ojos, terco.

—No es justo, señor —repetía.

—¿No ha oído mi orden, señor Bush? No quiero oír ni una palabra más acerca de esto. Por favor, salga de esta cabina de inmediato.

Era horrible ver salir a Bush de la cabina arrastrando los pies, dolido y deprimido. El problema de Bush siempre fue que no tenía imaginación; no podía concebir el otro aspecto de la cuestión. Hornblower podía... podía ver ante sus ojos en aquel mismo momento las palabras que habría escrito si le hubiera hecho caso a Bush. «La bomba cayó en cubierta y con mis propias manos yo apagué la mecha cuando estaba a punto de explotar». Nunca habría escrito una frase semejante. Nunca habría buscado la admiración del público escribiendo una cosa así. Además, y lo que era más importante, desdeñaba la estima de un público que aplaudiera a un hombre que escribiera tales palabras. Si por azar sus hechos no hablaban por sí mismos, él nunca hablaría por ellos. La sola posibilidad le sublevaba, y se dijo que no era una cuestión

de gusto personal, sino una decisión muy sopesada, basada en lo que era mejor para el servicio; en aquel aspecto, estaba mostrando tan poca imaginación como Bush.

Entonces se obligó a recapacitar. Era todo mentira, una forma de engañarse a sí mismo, una negativa a enfrentarse a la verdad. Acababa de vanagloriarse para sí de que tenía más imaginación que Bush; más imaginación quizá, pero también mucho menos coraje. Bush no sabía nada del enfermizo terror, del terrible momento de miedo que Hornblower había experimentado cuando cayó el proyectil. Bush no sabía que su admirado capitán se había visto a sí mismo mentalmente destrozado, desgarrado en sangrientos pedazos por la explosión, y su corazón casi había cesado de latir... el corazón de un cobarde. Bush no sabía lo que era el miedo, y creía que su capitán tampoco. Y por lo tanto Bush nunca sabría por qué Hornblower había minimizado tanto el incidente de la bomba, y por qué se mostró tan irascible cuando lo discutieron. Pero Hornblower sí podía saberlo, y lo sabría tan pronto como fuera capaz de enfrentarse a los hechos.

Se gritaban órdenes en el alcázar, los pies descalzos se apresuraban corriendo por el entarimado, los cabos golpeaban contra la madera y el *Hotspur* empezaba a tomar un nuevo rumbo. Hornblower estaba en la puerta de la cabina intentando averiguar cuál era el sentido de toda aquella actividad que él no había ordenado, cuando se encontró cara a cara con Young.

—Señales desde el buque insignia, señor. «*Hotspur*, informe al comandante en jefe».

—Gracias.

En el alcázar, Bush se tocó el sombrero.

—He preparado el bote tan pronto como he leído la señal, señor —explicó.

—Muy bien, señor Bush.

Cuando un comandante en jefe solicitaba la presencia de un barco, no había que perder tiempo siquiera en informar al capitán.

—He acusado recibo de la señal, señor.

—Muy bien, señor Bush.

El *Hotspur* volvía su popa hacia Brest; con el viento confortablemente sobre su aleta, estaba dirigiéndose mar adentro, alejándose de Francia. Era significativo que el comandante en jefe solicitara la presencia de su puesto más lejano. Había solicitado a todo el barco, no simplemente al capitán. Tenía que haber algo importante en perspectiva.

Bush hizo que la tripulación rindiera honores a la bandera de Parker, la bandera del Escuadrón de la Costa.

—Espero que tenga un barco tan bueno como el nuestro para reemplazarnos, señor —dijo Bush, que evidentemente pensaba lo mismo que Hornblower; es decir, que aquella partida era sólo el principio de una larga ausencia del Iroise.

—Sin duda —repuso Hornblower. Se alegraba de que Bush no le guardara ningún rencor por su reciente reprimenda. Por supuesto, aquel súbito cambio en la rutina era estimulante en sí mismo, pero Hornblower, en un momento de lucidez, se dio cuenta de que Bush, después de toda una vida sujeta a los caprichos del viento y del clima, tendía a mostrarse también fatalista acerca de los impredecibles caprichos de su capitán.

Estaban en mar abierto, en el Atlántico, y allí en el horizonte había una larga fila de gavias en rígido orden: la flota del canal, cuyos hombres y cañones impedían a Bonaparte izar la tricolor en el castillo de Windsor.

—Nuestro número del comandante en jefe, señor. «Pasen sin saludar».

—Recibido. Señor Prowse, cambie el rumbo, por favor.

Un pequeño problema, establecer un rumbo perdiendo el mínimo tiempo posible, con el *Hibernia* ciñendo bajo poca vela y el *Hotspur* corriendo libremente a toda vela. Era un pequeño regalo para el orgullo de Prowse que le consultara, porque Hornblower tenía toda la intención de llevar a cabo la maniobra guiándose sólo por la vista. Sus órdenes al timón situaron al *Hotspur* en un rumbo convergente estable.

—Señor Bush, prepárese para llevar el barco ciñendo el viento.

—Sí, señor.

Una gran fragata estaba levantando espuma en la estela del *Hibernia*. Hornblower miró y volvió a mirar. Era la *Indefatigable*, la que fue una vez famosa fragata de Pellew... el barco en el cual él mismo había servido durante aquellos emocionantes años como guardiamarina. No tenía ni idea de que se hubiese unido a la flota del canal. Las tres fragatas a popa de la *Indefatigable* las reconoció de inmediato: la *Medusa*, la *Lively* y la *Amphion*, todas veteranas de la flota del canal. Una bandera se elevó en las drizas del *Hibernia*.

—«A todos los capitanes», señor.

—Prepare el bote de pescantes, señor Bush.

Era otro ejemplo de lo buen asistente que era Doughty que éste apareciera en el alcázar con la espada y el manto al cabo de unos segundos de haber sido leída la señal. Era muy deseable desatracar el bote al menos con tanta rapidez como los botes de las fragatas, aunque esto significase que Hornblower tuviera que perder más tiempo esperando en el bote, que se balanceaba y se movía, mientras sus superiores subían al *Hibernia* antes que él, pero la idea de que todo aquello presagiaba algo nuevo y una acción urgente mantuvo ilusionado a Hornblower durante aquella prueba.

En la cabina del *Hibernia* sólo tuvo que hacerse una presentación, la de Hornblower al capitán de la *Indefatigable*, Graham Moore. Moore era un robusto escocés extraordinariamente guapo; Hornblower había oído decir que era hermano de sir John Moore, el general más prometedor del ejército. A los otros ya los conocía, a

Gore de la *Medusa*, a Hammond del *Lively*, a Sutton de la *Amphion*. Cornwallis se sentó con la espalda pegada a la gran ventana de popa, con Collins a su izquierda y los cinco capitanes sentados frente a él.

—No perderemos tiempo, caballeros —dijo Cornwallis abruptamente—. El capitán Moore me ha traído despachos de Londres y tenemos que actuar con rapidez.

Aunque empezó con esas palabras, perdió un par de segundos paseando sus amables ojos azules por la fila de capitanes, antes de iniciar sus explicaciones.

—Nuestro embajador en Madrid... —empezó, y aquel nombre hizo que todos se pusieran rígidos en sus asientos; desde el inicio de la guerra, la Armada había esperado que España recuperase su antiguo papel de aliada de Francia.

Cornwallis habló con toda claridad, aunque muy deprisa. Los agentes británicos en Madrid habían descubierto el contenido de las cláusulas secretas del tratado de San Ildefonso firmado por Francia y España; el descubrimiento había confirmado las sospechas que llevaban albergando largo tiempo. Por aquellas cláusulas, España se comprometía a declarar la guerra a Inglaterra cuando Francia se lo requiriera, y hasta que se hiciera tal petición, estaba obligada a pagar un millón de francos al mes al tesoro francés.

—Un millón de francos al mes en oro y plata, caballeros —dijo Cornwallis.

Bonaparte necesitaba constantemente dinero en efectivo para sus gastos de guerra; España podía suministrarlo gracias a sus minas en México y Perú. Cada mes, carretas cargadas de lingotes de oro y plata trepaban por los Pirineos para entrar en Francia. Cada año, un escuadrón español traía los productos de las minas de América a Cádiz.

—La siguiente flota se espera este otoño, caballeros —explicó Cornwallis—. Normalmente, trae unos cuatro millones de dólares para la corona, y la misma cantidad aproximadamente para manos privadas.

Ocho millones de dólares, y el dólar de plata español valía, en una Inglaterra sometida al azote del papel moneda, sus buenos siete chelines. Casi tres millones de libras.

—El tesoro que no se envía a Bonaparte —dijo Cornwallis—, en su mayor parte va a reequipar la Armada española, que puede ser empleada contra Inglaterra cuando lo decida Bonaparte. Así que ya comprenderán por qué es deseable que la flota española no llegue a Cádiz este año.

—¿Así que estamos en guerra, señor? —preguntó Moore, pero Cornwallis meneó la cabeza.

—No. Voy a mandar un escuadrón para interceptar la flota, y espero que hayan adivinado ya que son sus barcos los que voy a enviar, caballeros. Pero no, no estamos en guerra. El capitán Moore, el de más rango, recibirá instrucciones de pedir a los españoles que cambien su rumbo y atraquen en puerto inglés. Allí se retirará el tesoro

de los barcos españoles, que quedarán libres. El tesoro no será saqueado. Será retenido por el gobierno de Su Majestad como prenda, para ser devuelto a Su Católica Majestad con la conclusión de una paz general.

—¿Y qué tipo de barcos son los suyos, señor?

—Fragatas. Barcos de guerra. Tres fragatas, quizá cuatro.

—¿Comandadas por oficiales navales españoles, señor?

—Sí.

—No accederán, señor. No van a violar sus órdenes sólo porque nosotros se lo digamos.

Cornwallis dirigió un momento la vista a los baos de cubierta que tenía encima.

—Tendrán órdenes escritas para obligarles.

—¿Entonces tendremos que luchar con ellos, señor?

—Si están tan locos como para resistirse.

—Y eso significará la guerra, señor.

—Sí. El gobierno de Su Majestad es de la opinión de que España, sin ocho millones de dólares, es menos peligrosa como enemigo declarado que como enemigo secreto con ese dinero a su disposición. ¿Está completamente clara la situación ahora, caballeros?

Resultaba obvia. Se comprendía mucho más rápidamente de lo que tardaba en resolverse el sencillo problema aritmético. Dinero de presa: un cuarto de tres millones de libras para los capitanes. Aproximadamente, ochocientas mil libras cada uno. Una enorme fortuna. Con esa suma, un capitán podía comprar una hacienda y quedarle todavía suficiente para proveer una renta de la cual vivir con dignidad, si la invertía en títulos del estado. Hornblower se dio cuenta de que cada uno de los otros cuatro capitanes estaba pensando en ello también.

—Veo que todos lo comprenden, caballeros. El capitán Moore les dará órdenes para el caso de que se separen, y preparará un plan para llevar a cabo la detención. El capitán Hornblower —todos los ojos se fijaron en él— se dirigirá inmediatamente con el *Hotspur* a Cádiz para obtener las últimas informaciones del cónsul de Su Británica Majestad allí, antes de reunirse con ustedes en la posición elegida por el capitán Moore. Capitán Hornblower, ¿sería tan amable de quedarse un rato cuando se retiren todos estos caballeros?

Era una forma extremadamente cortés de despedir a los otros cuatro, a los que Collins llevó aparte para entregarles sus órdenes, dejando a Hornblower cara a cara con Cornwallis. Los azules ojos de Cornwallis, según le constaba a Hornblower, eran siempre amables, pero aparte de eso generalmente no tenían expresión alguna. Como excepción, en aquella ocasión mostraban una chispa divertida.

—¿Nunca ha ganado un penique de dinero de presa en toda su vida, verdad, Hornblower? —preguntó Cornwallis.

—No, señor.

—Parece bastante probable que gane unos peniques ahora.

—¿Espera que los españoles luchen, señor?

—¿Usted no?

—Sí, señor.

—Sólo un idiota pensaría lo contrario, y usted no es ningún idiota, Hornblower.

Un hombre con ganas de congraciarse habría dicho: «Gracias, señor» ante aquella frase, pero Hornblower no hacía nada para congraciarse con nadie.

—¿Podemos luchar contra España y también contra Francia, señor?

—Creo que sí. ¿A usted le interesa más la guerra que el dinero de presa, Hornblower?

—Por supuesto, señor.

Collins estaba ya de vuelta en la cabina, escuchando la conversación.

—Se ha desempeñado bien en la guerra hasta ahora, Hornblower —dijo Cornwallis—. Está usted en camino de hacerse un nombre.

—Gracias, señor —aquella vez podía decirlo, porque un nombre no significaba nada.

—¿No tiene intereses en la corte? ¿Ningún amigo en el gabinete? ¿O en el Almirantazgo?

—No, señor.

—Hay un largo camino desde comandante a capitán, Hornblower.

—Sí, señor.

—Tampoco tiene usted jóvenes caballeros en el *Hotspur*.

—No, señor.

Prácticamente todos los capitanes de la Armada tenían varios chicos de buena familia a bordo, como voluntarios o asistentes, aprendiendo el oficio del mar. La mayoría de las familias tenían un hijo pequeño al que podían enviar, y era una forma de aprendizaje tan buena como cualquier otra. Aceptar esas cargas resultaba provechoso para el capitán en muchos aspectos, pero particularmente porque haciendo un favor de ese tipo podía esperar después algún favor recíproco de la familia. Incluso podía obtener un provecho económico, y frecuentemente lo hacía, apropiándose de la mezquina paga del voluntario y entregándole a cambio un poco de dinero para gastos.

—¿Y por qué no? —preguntó Cornwallis.

—Cuando entramos en servicio activo me enviaron cuatro voluntarios de la Academia Naval, señor. Y desde entonces no he tenido tiempo.

La razón principal por la que los capitanes detestaban a los jóvenes caballeros de la Academia Naval era precisamente por eso. Su presencia recortaba el número de voluntarios de los cuales el capitán se podía beneficiar.

—Fue usted poco afortunado —dijo Cornwallis.

—Sí, señor.

—Perdone, señor —interrumpió Collins, interviniendo en la conversación—. Aquí están sus órdenes, capitán, sobre sus actividades en Cádiz. Por supuesto, recibirá órdenes adicionales del capitán Moore.

—Gracias, señor.

Cornwallis todavía tuvo tiempo para un comentario más.

—Tuvo usted mucha suerte de que no explotara aquel proyectil el día que se perdió el *Grasshopper*, ¿verdad, Hornblower?

—Sí, señor.

—Es increíble —dijo Collins, contribuyendo a la conversación— el nido de murmuraciones que puede ser la flota. Están circulando los rumores más extravagantes acerca de ese obús.

Miraba fijamente a Hornblower, y éste le devolvió la mirada, desafiante.

—No puede hacerme usted responsable por ello, señor —dijo.

—Claro que no —intervino Cornwallis, conciliador—. Bueno, que tenga usted buena suerte, Hornblower.

CAPÍTULO 20



Hornblower volvió a bordo del *Hotspur* en un estado de ánimo muy optimista. Había una perspectiva inminente de conseguir ciento cincuenta mil libras en dinero de presa. Aquello tenía que satisfacer a la señora Mason, aunque Hornblower no quiso detenerse demasiado en la imagen de María como señora de una hacienda campestre. Podía evitar aquel tema pensando en el futuro inmediato, una visita a Cádiz, un contacto diplomático y luego la aventura de interceptar una flota española cargada de tesoros en el ancho Atlántico. Y por si todo eso no constituyera suficiente alimento para los placenteros sueños diurnos, podía recordar su conversación con Cornwallis. Un comandante en jefe en aguas propias tenía pocas posibilidades de ascender a alguien, pero seguramente su recomendación tendría algún peso. Quién sabe...

Bush, con la mano en el sombrero, dándole la bienvenida de nuevo a bordo, no sonreía. Tenía un aire preocupado, ansioso.

—¿Qué sucede, señor Bush?

—Algo que no le va a gustar, señor.

¿Iban a resultar vanos sus sueños? ¿El *Hotspur* tenía alguna grieta imposible de arreglar?

—¿Qué ocurre? —Hornblower reprimió el «demonios» que casi escapaba de sus labios.

—Su asistente está arrestado por motín, señor. —Hornblower no pudo decir nada, se limitó a quedarse mirando a Bush, mientras éste continuaba—: Golpeó a un oficial superior.

Hornblower no mostró su asombro ni su aflicción. Mantuvo la cara impasible como una máscara.

—¡Señal del comodoro, señor! —era Foreman, que irrumpía—. Nuestro número. «Manden bote».

—Recibido. ¡Señor Orrock! Saque el bote inmediatamente.

Moore, en la *Indefatigable*, ya había izado el ancho gallardete que le señalaba como oficial comandante de un escuadrón. Las fragatas estaban todavía al paio, juntas. Había capitanes suficientes allí para constituir una corte marcial, con poderes para colgar a Doughty aquella misma tarde.

—Ahora, señor Bush, venga y cuénteme lo que sepa de todo eso.

El costado de estribor del alcázar se despejó al momento, mientras Hornblower y Bush se dirigían hacia él. La conversación privada sólo era posible en un lugar así, en un barco tan pequeño como aquél.

—Lo que le puedo contar, señor —dijo Bush—, es esto...

Transportar las provisiones a bordo en el mar era un trabajo que debían realizar todos los hombres, e incluso cuando ya estaban a bordo, seguía siendo trabajo de todos distribuir las provisiones en el barco. Doughty, en el grupo de trabajo del combés, había protestado al recibir una orden de un segundo contramaestre, de nombre Mayne. Éste había usado su «espabilador», un trozo de cabo anudado que los oficiales de mar usaban cuando era necesario... con demasiada frecuencia, según el juicio de Hornblower. Y entonces Doughty le había golpeado. Había veinte testigos, y por si eso fuera poco, Mayne se había cortado el labio con los dientes y brotó sangre.

—Mayne siempre ha sido un pendenciero, señor —dijo Bush—. Pero esto...

—Sí —asintió Hornblower.

Sabía de memoria el artículo 22 del Código Militar. La primera parte hablaba de golpear a un oficial superior; la segunda, de peleas y desobediencia. Y la primera parte acababa con las palabras: «sufrirá pena de muerte». No se añadía nada que mitigara ese rigor, como «o algún castigo menor». Se había derramado sangre y había testigos presenciales. Aun así, algunos oficiales, en el toma y daca del trabajo duro a bordo de un barco, podían haber transigido con aquella situación de forma extraoficial, pero Mayne no.

—¿Dónde está Doughty? —preguntó.

—Preso, señor —era la única respuesta posible.

—¡Órdenes del comodoro, señor! —Orrock corría hacia ellos por la cubierta, empuñando una carta sellada que cogió Hornblower.

Doughty podía esperar; las órdenes, no. Hornblower pensó en volver a su cabina para leerlas tranquilamente, pero un capitán no tiene tranquilidad posible.

Rompió el sello y Bush y Orrock se retiraron para darle la pequeña privacidad necesaria, aunque todos los ojos en el barco estaban puestos en él. La primera frase era concisa y estaba bastante clara.

Señor:

Se le requiere y se le ordena que se dirija inmediatamente en el bergantín de Su Majestad *Hotspur* bajo su mando al puerto de Cádiz.

El segundo párrafo le requería ejecutar en Cádiz las órdenes que había recibido del comandante en jefe. El tercero y último párrafo señalaba una cita, una latitud y una longitud, así como una distancia y orientación del cabo San Vicente, y le indicaba que se dirigiera allí «con la máxima rapidez posible» tan pronto como hubiera llevado a cabo sus órdenes en Cádiz.

Volvió a leer, de forma innecesaria, el primer párrafo. La palabra «inmediatamente» figuraba en él.

—¡Señor Bush! Largar todas las velas. ¡Señor Prowse! Un rumbo a Finisterre a barlovento tan rápido como sea posible, por favor. Señor Foreman, señal al

comodoro. «*Hotspur a Indefatigable*. Requerido permiso para partir».

Sólo tuvo tiempo para ir y venir una vez por el alcázar y llegó la orden: «Comodoro a *Hotspur*. Afirmativo».

—Gracias, señor Foreman. Caña a la vía, señor Bush. Rumbo suroeste cuarta al sur.

—Suroeste cuarta al sur. Sí, señor.

El *Hotspur* viró, y cuando todas las velas empezaron a hincharse, cobró impulso con rapidez.

—Rumbo suroeste cuarta al sur, señor —dijo Prowse, volviendo sin aliento.

—Gracias, señor Prowse.

El viento estaba un poco a popa del través, y el *Hotspur* avanzaba a buena marcha mientras los hombres sudorosos en las brazas orientaban las vergas hasta un ángulo que satisficiera exactamente la vista cuidadosa de Bush.

—Izar los sobrejuanetes, señor Bush. Y las botavaras de las alas aparejadas, por favor.

—Sí, señor.

El *Hotspur* escoraba el viento, pero no de una forma débil y sin nervio, sino igual que una buena hoja de espada se curva bajo la presión. Un escuadrón de barcos de línea estaba justo a sotavento, y el *Hotspur* pasó junto a ellos, rindiéndoles honores. Hornblower podía imaginar los sentimientos de envidia en los pechos de los hombres que estaban allí anclados al ver a aquel pequeño y brioso bergantín alejándose en busca de aventuras. Pero ellos no sabían nada del año y medio pasado entre las rocas y bajíos del Iroise.

—¿Largamos las alas, señor? —preguntó Bush.

—Sí, por favor, señor Bush. Señor Young, ¿qué marca la corredera?

—Nueve, señor. Un poco más, quizá... nueve y cuarto.

Nueve nudos, y las alas todavía no estaban largadas. Aquello era fantástico, maravilloso, después de meses de confinamiento.

—Esta vieja dama no ha olvidado cómo se corre, señor —comentó Bush, con una sonrisa de oreja a oreja, sintiendo la misma emoción que él. Y Bush no sabía todavía que iban a buscar ocho millones de dólares. Ni... y en aquel momento todo el placer de Hornblower se evaporó de repente.

Cayó desde las alturas a las profundidades, como un hombre que cayera de la verga de sobrejuanete. Se había olvidado por completo de Doughty. Aquella palabra, «inmediatamente», en las órdenes de Moore, había prolongado la vida de Doughty. Con todos aquellos capitanes cerca y el comandante en jefe a mano para confirmar la sentencia, Doughty podía haber sido sometido a una corte marcial y condenado de inmediato. A estas horas podía estar muerto ya; ciertamente, habría muerto a la mañana siguiente. El capitán de la flota del canal no tendría misericordia con un

amotinado.

Ahora tenía que resolver aquel asunto él mismo. No era una emergencia desesperada; no se trataba de reprimir una conspiración. No tenía que usar sus poderes de emergencia para colgar a Doughty. Pero podía prever un espantoso futuro con Doughty preso y toda la tripulación del barco consciente de que entre ellos tenían a un hombre destinado a la horca. Sería un motivo de inquietud para todos. Y Hornblower se sentiría más intranquilo que nadie... excepto quizá Doughty. Hornblower se ponía enfermo ante la idea de colgar a Doughty. Supo de pronto que le había cogido mucho cariño. Sentía un auténtico respeto por la devoción y sentido del deber de Doughty; junto con su atención incansable, Doughty había conseguido con gran habilidad que su capitán se sintiera cómodo, habilidad comparable a la de aquellos marineros de dedos embreados que hacen largos empalmes sin titubear.

Hornblower se debatía con su desgracia. Por enésima vez en su vida decidió que el servicio al rey era como un vampiro, igual de espantoso y seductor. No sabía qué hacer. Pero primero tendría que averiguar algo más sobre lo sucedido.

—Señor Bush, ¿sería tan amable de pedir al sargento de marina que me traiga a Doughty aquí, a la cabina?

—Sí, señor.

Se oyó un entrechocar de hierros; ese sonido anunció la llegada de Doughty a la puerta de la cabina, con los grilletes en torno a las muñecas.

—Muy bien, sargento. Puede esperar fuera.

Los azules ojos de Doughty se clavaron en los suyos.

—¿Y bien?

—Lo siento, señor. Siento mucho haberle causado esta molestia.

—¿Por qué demonios hizo usted eso?

Siempre había existido una corriente de antipatía mutua (tal como Hornblower había adivinado) entre Mayne y Doughty. Mayne le había ordenado a Doughty que hiciera algún trabajo especialmente sucio, en un momento en que Doughty quería mantener las manos limpias para servir la cena de su capitán. La protesta de Doughty había sido la excusa instantánea para que Mayne empuñara su «espabilador».

—Yo... no puedo tolerar que me peguen, señor. Supongo que he pasado demasiado tiempo entre caballeros.

Entre caballeros, un golpe sólo podía ser contestado con sangre; entre las clases inferiores, había que recibirlo sin rechistar. Hornblower era el capitán de aquel barco, con poderes casi ilimitados. Podía decirle a Mayne que cerrara la boca, podía ordenar que le quitaran los hierros a Doughty y que el incidente quedase olvidado. ¿Olvidado? ¿Y permitir que la tripulación creyese que se podían devolver los golpes a los oficiales con toda impunidad? ¿Permitirles creer que el capitán actuaba con favoritismo?

—¡Maldita sea! —estalló Hornblower, golpeando la mesa con el puño.

—Puedo enseñarle a alguien para que ocupe mi puesto, señor —dijo Doughty—, antes... antes...

Ni siquiera Doughty podía decir las palabras.

—¡No! ¡No! ¡No! —No podía dejar que Doughty correteara por el barco con todos aquellos ojos morbosos clavados en él.

—Puede intentarlo usted con Bailey, señor, el asistente del alojamiento de proa para suboficiales. Es el mejor, dentro de lo malo.

—Sí.

No facilitaba precisamente las cosas que Doughty se mostrara tan cooperador. Y entonces vio un rayo de luz, una débil esperanza de solución, aunque igual de insatisfactoria que las demás. Estaban a trescientas leguas o más de Cádiz, pero había buen viento.

—Tendrá que esperar el juicio. ¡Sargento! Llévese a este hombre. No es necesario que lleve los grilletes, y yo daré las órdenes precisas para que haga ejercicio.

—Adiós, señor.

Era horrible ver a Doughty con aquel aspecto impasible tan cuidadosamente cultivado en su trabajo de sirviente, y sin embargo saber que éste ocultaba una espantosa ansiedad. Hornblower tuvo que olvidarlo, de algún modo. Tuvo que salir a cubierta mientras el *Hotspur* se deslizaba rápidamente con las velas desplegadas hasta la última pulgada, corriendo por el mar como un caballo de pura sangre al fin suelto después de una larga temporada en el establo. La oscura sombra no se podía olvidar, pero al menos se podía aligerar un poco bajo aquel cielo azul, las blancas nubes y los arco iris de gotas que levantaba la proa, mientras corrían a través del golfo de Vizcaya con una misión mucho más estimulante para la tripulación del barco dado que no podían adivinar cuál era.

Estaba la distracción (la irritación) de someterse a los torpes cuidados de Bailey, a quien había mandado llamar desde el alojamiento de suboficiales. Estaba la satisfacción de pasar limpiamente ante el cabo Ortegá, y volar a lo largo de la costa de Vizcaya a la vista de la bahía de El Ferrol, donde Hornblower había pasado algunos meses en cautividad (trató en vano de reconocer los Dientes del Diablo, donde recobró la libertad) y luego rodeando el extremo más alejado de Europa y estableciendo un nuevo rumbo, con el viento milagrosamente todavía a favor, mientras seguían avanzando, ahora ciñendo, para doblar por barlovento el cabo de Roca.

Hubo una noche en que el viento sopló contrario, pero suavemente, y Hornblower saltó de la cama una docena de veces ardiendo de impaciencia cuando el *Hotspur* tenía que cambiar de bordada a babor y avanzar directamente hacia fuera de tierra, pero luego llegó el maravilloso amanecer y el viento sopló suavemente del sudoeste,

y luego desde el oeste con una fuerte brisa. Ésta permitió que se largaran las alas, el *Hotspur* se encaminó al sur y a mediodía alcanzó una posición con el cabo de Roca justo fuera de la vista a sotavento.

Aquello significaba otra noche rota para Hornblower, que tuvo que efectuar el vital cambio de rumbo ante el cabo San Vicente y dirigirse, con el viento confortablemente en la aleta de babor del *Hotspur* y toda la lona todavía desplegada, directamente hacia Cádiz. Por la tarde el *Hotspur* seguía corriendo a una velocidad que a menudo alcanzaba los once nudos y el vigía informó de una mancha de tierra, situada baja, a babor, y los navíos de cabotaje (que levantaban a toda prisa los colores neutrales portugueses y españoles a la vista de aquel barco británico de guerra) se hicieron más frecuentes. Diez minutos después, otro grito desde el mástil indicó que la recalada era perfecta, y otros diez minutos más tarde el catalejo de Hornblower, apuntando bien hacia estribor, pudo captar la resplandeciente blancura de la ciudad de Cádiz.

Hornblower tendría que haber estado encantado de su logro, pero como siempre, no hubo tiempo para felicitarse. Debían hacerse los preparativos para pedir permiso a las autoridades españolas para entrar en el puerto. Debía hacer frente a la excitante perspectiva de entrar en contacto con el representante británico y (ahora o nunca) tomar una decisión acerca de su plan para Doughty. El recuerdo de Doughty le había importunado durante aquellos gloriosos días de lona tendida, distrayéndole de sus ensoñaciones de riqueza y promoción y de sus planes acerca de la conducta a seguir en Cádiz. Era como las tramas secundarias en las obras de Shakespeare, que salían continuamente desde las profundidades para asumir por un momento igual importancia que el desarrollo de la trama principal.

Sin embargo, como se decía Hornblower sin parar, debía ser ahora o nunca. Tenía que decidir y actuar en aquel mismo momento; más temprano hubiera sido prematuro, y si esperaba sería demasiado tarde. Se había arriesgado a morir bastante a menudo al servicio del rey, quizás el servicio le debiera una vida a cambio... una justificación muy débil, reconoció a regañadientes, aunque finalmente tomó una decisión. Cerró el catalejo con la misma resolución orgullosa con que se había enfrentado al enemigo en el Goulet.

—Avisé a mi asistente —dijo.

Nadie podía adivinar que el hombre que decía unas palabras tan banales estaba preparando una grave falta contra el deber.

Bailey, con aire desmañado y figura de jovenzuelo a pesar de sus años, se llevó la mano a la frente para saludar a su capitán, a la vista y (más importante aún) al alcance del oído de una docena de individuos en el alcázar.

—Espero al cónsul de Su Majestad para cenar conmigo esta noche —dijo Hornblower—. Quiero ofrecerle algo especial.

—Bueno, señor... —dijo Bailey, que era exactamente todo lo que esperaba Hornblower que dijera.

—Venga, hable —gruñó Hornblower.

—No sé exactamente, señor —dijo Bailey. Ya había sufrido antes la ira de Hornblower, espontánea durante los últimos días, no así ahora.

—Maldita sea, hombre, déme alguna idea.

—Hay un poco de buey frío, señor...

—¿Buey frío? ¿Para el cónsul de Su Majestad? Tonterías.

Hornblower dio un corto paseo por cubierta sumido en profundas meditaciones, y luego volvió a hablar de nuevo.

—¡Señor Bush! Debo tener a Doughty libre de su confinamiento esta noche. Este idiota no me sirve para nada. Que se presente ante mí en la cabina en cuanto yo tenga un momento libre.

—Sí, señor.

—Muy bien, Bailey. Vaya abajo. Ahora, señor Bush, sea tan amable de preparar una carronada de estribor para los saludos. Y ¿no es ése el lugre del guardacosta que se acerca a nosotros?

El sol que se ponía por el oeste bañaba los blancos edificios de Cádiz con una romántica tonalidad rosada mientras el *Hotspur* se dirigía hacia allí, y sus funcionarios de sanidad y sus autoridades navales y militares subieron a bordo para comprobar que Cádiz estuviera a salvo de infecciones y violaciones de su neutralidad. Hornblower pudo practicar un poco su español (algo oxidado ahora, ya que no hablaba español desde la última guerra, y más aún por su reciente uso del francés) pero a pesar de estar oxidado, seguía siendo muy útil para las formalidades, mientras el *Hotspur*, bajo las gavias, se deslizaba hacia la entrada de la bahía que tan bien recordaba a pesar de los años que habían transcurrido desde su última visita, con la *Indefatigable*.

La brisa vespertina llevaba el sonido de las salvas de salutación por la bahía, mientras la carronada del *Hotspur* hablaba y Santa Catalina replicaba, y el piloto español guió al *Hotspur* entre los cerdos (Hornblower sospechó que esos cerdos eran en realidad cerdos marinos, marsopas en español) y los hombres se preparaban para arriar las velas y echar el ancla. Había barcos de guerra anclados ya en la bahía, y no de la Armada española, cuyos mástiles y vergas Hornblower podía reconocer en los puertos interiores.

—Estados Unidos —dijo el oficial naval español, indicando con un gesto la fragata más cercana.

Hornblower vio las barras y estrellas, y el ancho gallardete que colgaba del tope del mastelero de mayor.

—¡Señor Bush! Preparados para rendir honores al pasar.

—La *Constitution*. Comodoro Preble —añadió un oficial español.

Los americanos tenían su propia guerra, en Trípoli, allá lejos en el Mediterráneo, y presumiblemente ese Preble (Hornblower no estaba seguro del nombre exacto al oírlo) era el último de una serie de comandantes en jefe americanos. Los tambores resonaron y los hombres se alinearon y los sombreros se levantaron como saludo, mientras el *Hotspur* pasaba.

—La fragata francesa Felicité —siguió el oficial español, indicando el otro buque de guerra.

Veintidós portas por banda... una de las grandes fragatas francesas, pero no había que prestarle mayor atención. Como enemigos en una bahía neutral, se soslayarían el uno al otro, como harían dos caballeros si por desgracia coincidían en el intervalo entre el desafío y el duelo. Afortunadamente, no tuvo que dedicarle más pensamientos, tampoco, porque la vista de la *Constitution* modificaba sus planes... la trama secundaria estaba introduciéndose en la trama principal de nuevo.

—Puede anclar aquí, capitán —dijo el oficial español.

—¡Caña a sotavento! ¡Señor Bush!

El *Hotspur* volteó, sus gaviotas fueron aferradas con meritoria rapidez, y el cable del ancla resonó al pasar a través del escobén. La operación se llevó a cabo de forma impecable, esforzándose en ello al estar a la vista de los navíos de otras tres naciones. Un sordo cañonazo resonó en la bahía.

—¡El cañonazo de la noche! Recojan los colores, señor Bush.

Los oficiales españoles estaban de pie alineados formalmente, con los sombreros en la mano, mientras saludaban diciéndoles adiós. Hornblower adoptó sus maneras más corteses y se quitó el sombrero con una educada reverencia mientras les daba las gracias y les escoltaba hasta el costado.

—Aquí viene ya su cónsul —anunció el oficial naval justo antes de marcharse.

En la oscuridad creciente, un esquife a remos se dirigía hacia ellos desde la ciudad, y Hornblower casi interrumpió su adiós final mientras trataba de recordar qué honores debería dispensar a un cónsul que venía a bordo después de la puesta de sol. El cielo del atardecer tenía un color rojo sangre, la brisa cayó, y la bahía se quedó sofocada y sin aire, un contraste después de los deliciosos aires del Atlántico. Y ahora tenía que tratar con secretos de estado y con Doughty.

Pasando revista a todas sus preocupaciones, recordó otra. Ahora tendría que interrumpir sus cartas a María; podrían pasar meses antes de que ella tuviera noticias suyas de nuevo, y ella quizá temiera lo peor. Pero no había tiempo que perder. Tenía que actuar.

CAPÍTULO 21



Al caer el viento, el *Hotspur* estaba meciéndose sujeto al ancla, y ahora desde la ventana de popa del cuarto de derrota era visible la USS *Constitution*, iluminado y flotando en la marea muerta.

—Por favor, señor —dijo Doughty, tan respetuoso como siempre—, ¿qué lugar es éste?

—Cádiz —replicó Hornblower. Su sorpresa fue sólo momentánea, ante la ignorancia de un prisionero confinado abajo... Era posible que incluso algunos de los marineros de la tripulación tampoco lo supieran. Señaló por la ventana de la cabina—. Y ésta es una fragata americana, la *Constitution*.

—Sí, señor.

Hasta que Hornblower vio la *Constitution* anclada allí, había imaginado un futuro oscuro para Doughty, como refugiado sin dinero en el puerto de Cádiz, sin atreverse a embarcar como marinero en ningún barco mercante por miedo de ser apresado y reconocido, en el peor de los casos muriéndose de hambre como mendigo, en el mejor, alistado como soldado en el astroso ejército español. Un futuro mejor que la horca, de todos modos. Ahora tenía ante él otras posibilidades mejores. Los barcos de guerra siempre estaban faltos de hombres, aunque Preble no necesitara un buen asistente.

Bailey entró en la cabina con la última botella de clarete.

—Doughty la decantará —dijo Hornblower—. Y, por favor, Doughty, asegúrese de que los vasos estén limpios. Los quiero brillantes.

—Sí, señor.

—Bailey, adelántese al fogón. Compruebe que hay un buen fuego preparado para el asado.

—Sí, señor.

Era algo muy sencillo, mientras todos los movimientos estuvieran bien cronometrados. Doughty se dedicó a decantar el clarete y Bailey salió a toda prisa.

—Por cierto, Doughty, ¿sabe usted nadar?

Doughty no levantó la cabeza.

—Sí, señor —su voz era apenas un susurro—. Gracias, señor.

Ahora los golpecitos en la puerta, que ya esperaba.

—El bote se acerca, señor.

—Muy bien, ya voy.

Hornblower salió apresuradamente a cubierta y caminó por la pasarela para saludar al visitante. La oscuridad había caído ya, y la bahía de Cádiz estaba muy

tranquila, casi como un espejo oscuro.

El señor Carrón no perdió ni un mintuo; corrió a popa delante de Hornblower con unas zancadas que igualaban a las de Hornblower en su apresuramiento.

Cuando se sentó en una silla en el cuarto de derrota pareció llenar completamente aquel pequeñísimo espacio, porque era un hombre muy corpulento. Se enjugó la frente con un pañuelo y se ajustó la peluca.

—¿Un vaso de clarete, señor?

—Gracias. —El señor Carrón fue directo al grano mientras Hornblower aún llenaba los vasos—: ¿Viene usted de la flota del canal?

—Sí, señor, con órdenes del almirante Cornwallis.

—Entonces ya sabrá cuál es la situación. ¿Sabe algo de la flota? —Carrón bajó la voz al decir las últimas palabras.

—Sí, señor. Estoy aquí para llevar noticias frescas al escuadrón de fragatas.

—Tendrán que actuar. Madrid no muestra signo alguno de ceder.

—Muy bien, señor.

—Godoy está aterrorizado por Boney. El país no quiere enfrentarse con Inglaterra, pero Godoy preferiría luchar a ofenderle.

—Sí, señor.

—Estoy seguro de que sólo están esperando que llegue la flota y España nos declarará la guerra. Boney quiere usar la Armada española para que le ayuden en sus planes de invadir Inglaterra.

—Sí, señor.

—Y no es que estos españoles le vayan a ayudar mucho. No hay ni un solo barco aquí listo para hacerse a la mar. Pero está la Felicité. Cuarenta cañones. Lo habrá visto usted, claro está.

—Sí, señor.

—Advertiré a la flota si se huele lo que está en el aire.

—Por supuesto, señor.

—Mis últimas noticias son de hace menos de tres días. El correo ha venido a toda prisa desde Madrid. Godoy no sabe aún que hemos averiguado cuáles son las cláusulas secretas del tratado de San Ildefonso, pero lo adivinará pronto por el endurecimiento de nuestra actitud.

—Sí, señor.

—Así que cuanto antes se vaya usted, mucho mejor. Aquí está el despacho para el oficial al mando del escuadrón. Lo he preparado en cuanto le he visto a usted entrar en la bahía.

—Gracias, señor. Es el capitán Graham Moore, de la *Indefatigable*.

Hornblower se guardó el despacho en el bolsillo. Había notado hacía un rato que en la cabina próxima se oían voces y ruidos, y adivinó la razón. Llamaron a la puerta

y la cara de Bush apareció en la puerta.

—Un momento, por favor, señor Bush. Ya debería usted saber que estoy ocupado. ¿Sí, señor Carrón?

Bush era el único hombre de todo el barco que se atrevería a interrumpirle en aquel momento, y sólo si pensaba que el tema era urgente.

—Será mejor que salga ahora mismo.

—Sí, señor. Esperaba que pudiera usted cenar conmigo esta noche.

—El deber antes que el placer, aunque se lo agradezco mucho. Cruzaré la bahía ahora y haré los arreglos necesarios con las autoridades españolas. La brisa de tierra empezará a levantarse enseguida, y les sacaré de aquí.

—Sí, señor.

—Prepárelo todo para levar anclas. ¿Conoce la ley de las veinticuatro horas?

—Sí, señor.

Bajo las leyes de la neutralidad, un barco de una nación contendiente no podía abandonar una bahía neutral hasta que hubiera transcurrido un día entero después de la partida de un barco de otra nación contendiente.

—Los españoles no la aplicarán con la *Félicité*, pero sí con usted si les da la oportunidad. Dos tercios de la tripulación de la *Félicité* están en las tabernas de Cádiz en este mismo momento, así que puede aprovechar esta oportunidad. Estaré aquí para recordarles la ley de las veinticuatro horas si tratan de seguirle. Esto al menos les retrasará. Los españoles no quieren ofendernos mientras la flota esté todavía en alta mar.

—Sí, señor. Entendido. Gracias, señor.

Carrón estaba ya levantándose y Hornblower siguió su ejemplo.

—Llame al bote del cónsul —dijo Hornblower al salir al alcázar. Bush seguía queriendo decirle algo, pero Hornblower no le prestó atención.

Incluso cuando Carrón se fue, dio una orden a Bush que le distrajo.

—Quiero que el ancla de proa sea virada sobre la cadena, señor Bush, y vire a pique el ancla mayor.

—Sí, señor. Perdone, señor, pero...

—Quiero que lo hagan en silencio, señor Bush. Nada de silbatos, ni gritos que se puedan oír desde la *Félicité*. Ponga a dos hombres de confianza en el cabrestante con lona vieja para que ahoguen los trinquetes del cabrestante. No quiero oír ni un ruido.

—Sí, señor. Pero...

—Vaya y encárguese de esto personalmente, por favor, señor Bush.

Nadie más se atrevería a interrumpir al capitán mientras paseaba por el alcázar en aquella cálida noche. Tampoco pasó mucho tiempo antes de que el práctico del puerto llegase a bordo; Carrón, efectivamente, había conseguido acelerar el lento proceso de la burocracia española. Las gavias fueron cazadas, el ancla salió y el *Hotspur* se

deslizó lentamente fuera de la bahía ante los primeros y suaves soplos de la brisa nocturna de tierra, mientras Hornblower vigilaba estrechamente al práctico. Podía ser una solución del problema de los españoles que el *Hotspur* embarrancase mientras se hacía a la mar, y Hornblower decidió que eso no iba a pasar. Sólo después de que el práctico les hubiera abandonado y el *Hotspur* se encaminara rumbo al sur pudo dedicarle un momento a Bush.

—¡Señor! Doughty se ha ido.

—¿Ido?

Estaba demasiado oscuro en el alcázar para que se pudieran ver los rasgos de Hornblower, y trató de hacer que su voz sonase natural.

—Sí, señor. Debió de deslizarse desde la ventana de popa de su cabina, señor. Supongo que bajó hasta el agua por los pinzotes del timón, justo por debajo de la bovedilla, donde nadie podía verle, y entonces seguramente se fue nadando, señor.

—Esto es indignante, señor Bush. Alguien lo pagará muy caro.

—Bueno, señor...

—¿Sí, señor Bush?

—Parece que fue usted quien le dejó solo en la cabina cuando llegó a bordo el cónsul, señor. Él aprovechó la oportunidad.

—¿Quiere decir que es culpa mía, señor Bush?

—Bueno, sí, señor, podríamos decirlo así.

—Hum... Quizá tenga usted razón —Hornblower hizo una pausa, tratando de parecer natural—. Dios, es irritante que haya ocurrido esto. Estoy furioso conmigo mismo. No sé cómo he podido ser tan estúpido.

—Supongo que tenía usted muchas cosas en que pensar, señor.

Era desagradable oír a Bush defender a su capitán mientras éste se condenaba a sí mismo.

—Eso no es ninguna excusa. Nunca me lo perdonaré.

—Le pondré una «D» en la lista de dotación, señor.

Las crípticas iniciales de las listas contaban diferentes historias: L de «licenciado», «M» de «muerto», y «D» de «desertor».

—Pero tengo buenas noticias, señor Bush. De acuerdo con mis órdenes debo informarle de esto por si algo me ocurre, pero no debe usted comentar lo que voy a decirle ante la tripulación.

—Por supuesto, señor.

Tesoro, dinero de presa, doblones y dólares. Una flota española cargada de tesoros. Si algo podía apartar la mente de Bush del tema de la huida de Doughty de la justicia era precisamente ése.

—¡Serán millones, señor! —exclamó Bush.

—Sí. Millones.

Los marineros de los cinco barcos podían compartir un cuarto del dinero de presa (la misma suma que sería dividida entre cinco capitanes) y que significaba seiscientas libras por hombre. Los tenientes, suboficiales y capitanes de infantes de marina podían compartir una octava parte. Quince mil libras para Bush, aproximadamente.

—¡Una fortuna, señor!

La parte de Hornblower sería de diez de esas fortunas.

—¿Recuerda, señor, la última vez que capturamos una flota? En el 99 creo que fue, señor. Algunos de nuestros hombres cuando tuvieron su dinero de presa se compraron relojes de oro y los tiraron luego en Gosport Hard, sólo para demostrar lo ricos que eran.

—Bueno, puede pensar en todo esto por la noche, señor Bush, yo también lo haré. Pero recuerde, ni una palabra a nadie.

—No, señor. Por supuesto que no.

Las perspectivas podían fallar. La flota podía evadir la captura y escapar a Cádiz. Podía dar la vuelta. A lo mejor nunca se había hecho a la mar. Entonces sería mejor que el gobierno español (y el mundo entero) no supieran nunca que se había intentado una cosa semejante.

Esos pensamientos y esas ideas tendrían que haber sido estimulantes, interesantes, placenteras, pero aquella noche para Hornblower no hubo nada por el estilo. Eran frutos del mar Muerto, que se convertían en cenizas en su boca. Hornblower gritó a Bailey y le despidió; luego se sentó en su coy, demasiado deprimido incluso para animarse al notar el balanceo del coy bajo su peso, que indicaba que el *Hotspur* se había hecho de nuevo a la mar destinado a una misión excitante y provechosa. Se sentó con la cabeza agachada, muy deprimido. Había perdido su integridad, y aquello significaba que había perdido el respeto por sí mismo. En su vida había cometido errores cuyo recuerdo todavía le dolía, pero esta vez había llegado demasiado lejos. Había incumplido su deber. Había consentido (realmente, había planeado) la huida de un desertor, de un criminal. Había violado su solemne juramento, y lo había hecho por simples razones personales, por pura indulgencia. No por el bien del servicio, ni por la causa de su país, sino porque era un sentimental de corazón blando. Estaba avergonzado de sí mismo, y la vergüenza era aún mayor cuando su análisis implacable le llevaba la conclusión de que, si pudiera revivir las horas pasadas, volvería a hacer de nuevo lo mismo.

No había excusa alguna. La que había usado antes, eso de que el servicio le debía una vida después de todo el peligro que había corrido, era una tontería. La circunstancia atenuante de que la disciplina no sufriría, gracias a la nueva y excitante misión, no tenía peso alguno. Era un traidor y como tal se condenaba a sí mismo; peor aún, era un hipócrita, que había llevado a cabo su plan con la absoluta falta de remordimientos que indicaba al conspirador nato. Aquella primera palabra que había

acudido a él era la correcta: integridad, y él la había perdido. Hornblower se lamentó por su integridad perdida como Niobe se había lamentado por sus niños muertos.

CAPÍTULO 22



Las órdenes del capitán Graham Moore para la disposición del escuadrón de fragatas que debía interceptar la flota eran tan adecuadas que hasta recibieron, aun a regañadientes, la aprobación de Hornblower. Los cinco barcos avanzaban en línea al norte y sur del límite de visibilidad. Con quince millas entre barco y barco, y los barcos situados más al norte y más al sur vigilando sus respectivos horizontes, se podía cubrir una extensión de mar de noventa millas de ancho. Mientras había luz de día, corrían hacia América; durante la noche desandaban su rumbo hacia Europa, de modo que si por desgracia la flota alcanzaba la línea en la oscuridad, el intervalo durante el cual pudiera ser detectada se prolongara lo más posible. La posición al amanecer iba a estar en la longitud del cabo San Vicente (a 9 grados al oeste) y la posición al ponerse el sol sería tan lejos hacia el oeste como las circunstancias aconsejasen.

Pero este asunto de detectar la aguja de la flota en el pajar del Atlántico era un poco más simple de lo que podía parecer a simple vista. En primer lugar, debido a las engorrosas leyes españolas, la flota tenía que descargar en Cádiz, y no podía hacerlo en ningún otro sitio. En segundo lugar, la dirección del viento era una indicación importante del punto del compás desde el cual podía aparecer la flota. En tercer lugar, la flota, después de una larga travesía por mar, probablemente no sabía muy bien cuál era su longitud; por el sextante estarían razonablemente seguros de su latitud, y podían contar con recorrer las etapas finales de su rumbo a lo largo de la latitud de Cádiz (36° 30' al norte) para evitar las costas portuguesas por una parte y la costa africana por otra. Así que en el centro de la línea británica, de frente en la latitud 36° 30' al norte, estaba el comodoro en la *Indefatigable*, con los otros barcos situados al norte y al sur del suyo. Una bandera durante el día o un cohete por la noche advertirían a todos los barcos de la línea de la aproximación de la flota, y no sería difícil para el escuadrón concentrarse rápidamente junto al barco de las señales, a ciento cincuenta millas de Cádiz, con mucho tiempo y espacio disponible para forzar sus peticiones.

Una hora antes del amanecer, Hornblower salió a cubierta, tal como había hecho cada dos horas durante la noche... y cada dos horas durante todas las últimas noches, también. Hasta entonces la noche había sido muy clara y tranquila, y lo seguía siendo.

—Viento de nordeste cuarta al norte, señor —informó Prowse—. El cabo San Vicente al norte, a unas cinco leguas.

Una brisa moderada; se podrían largar todas la velas hasta el sobrejuanete, aunque el *Hotspur* estaba bajo gaviatas, ciñendo por babor. Hornblower enfocó su catalejo por

encima de la aleta de estribor, hacia el sur, en la dirección donde debía estar la *Medusa*, el siguiente en la línea; el *Hotspur*, tal como correspondía a su poca importancia, era el barco más al norte, en el punto donde era menos probable que apareciera la flota. No había todavía luz suficiente para que la *Medusa* fuera visible.

—Señor Foreman, suba, por favor, con su libro de señales.

Estaba claro que todos los marineros y oficiales del *Hotspur* debían de estar extrañados de aquella rutina diaria, esa constante supervisión de un simple trecho de agua. Las mentes ingeniosas podían incluso adivinar cuál era el verdadero objetivo del escuadrón. Eso no se podía evitar.

—¡Allí está, señor! —exclamó Prowse—. Hacia el suroeste. Estamos un poco en cabeza de nuestra posición.

—Fachear la gavia de mesana, por favor.

Debían de estar a un par de millas por delante de su posición... No estaba mal, después de una larga noche. Era bastante fácil retroceder para recuperar la posición exacta, al norte desde la *Medusa*.

—¡Cubierta, allí! —Foreman gritaba desde el mastelero de mayor—. El *Medusa* está haciendo señales. «Comodoro a todos los barcos».

La *Medusa* estaba transmitiendo la señal de la *Indefatigable*, fuera de la vista, hacia el sur.

—Viren a sotavento —continuó Foreman—. Rumbo oeste. Gavias.

—Señor Cheeseman, sea tan amable de acusar recibo.

Cheeseman era el segundo oficial de señales, y estaba aprendiendo su oficio como ayudante de Foreman.

—Envíe a los hombres a las brazas, señor Prowse.

Debía de ser una experiencia gratificante para Moore maniobrar una línea de barcos de sesenta millas de largo izando y arriando banderas.

—¡Cubierta! —había un tono diferente en la voz de Foreman, que no era el de la rutina habitual—. Velas a la vista por la proa, casi a barlovento, señor. Llegando con el viento, rápido.

El *Hotspur* estaba esperando todavía la señal de la *Medusa* para que les indicase el momento exacto de virar a sotavento.

—¿Qué le parece, señor Foreman?

—Es un barco de guerra, señor. Es una fragata. Me parece francesa, señor. Debe de ser la *Félicité*, señor.

Podía ser muy bien la *Félicité*, saliendo de Cádiz. Por entonces podían haber llegado fácilmente noticias a Cádiz acerca del cordón inglés en alta mar. La *Félicité* había salido; podía advertir y desviar a la flota, si conseguía atravesar la línea británica. O podía quedarse en el horizonte hasta que la flota apareciera, y entonces interferir en las negociaciones. Bonaparte podía lucirse, y aparecería reflejado en el

Moniteur. La heroica Armada francesa corriendo en ayuda de una flota neutral oprimida. Y la presencia de la *Félicité* podía tener un gran peso en la balanza si llegaba el momento de la lucha: una gran fragata francesa y cuatro grandes fragatas españolas contra una gran fragata británica, tres pequeñas y un bergantín.

—Subiré y le echaré un vistazo yo mismo, señor —ése era Bush, en el lugar correcto y en el momento adecuado, como de costumbre. Subió por los flechastes con la agilidad de un marinero joven.

—¡Señales abajo, señor! —chilló Foreman.

El *Hotspur* debía levantar su timón en aquel momento, para que los cinco barcos virasen a sotavento juntos.

—No, señor Prowse. Esperaremos.

En el horizonte, la *Medusa* viró. Ahora estaba ante el viento, aumentando rápidamente la distancia del *Hotspur* en el rumbo contrario.

—¡Es la *Félicité* con toda seguridad, señor! —gritó Bush.

—Gracias, señor Bush. Por favor, sea tan amable de bajar enseguida. ¡Tambor! Todos a sus puestos. Zafarrancho de combate. Señor Cheeseman, envíe esta señal: «Avistada fragata francesa a barlovento».

—Sí, señor. La *Medusa* está alejándose de la vista rápidamente.

—Ice la señal de todos modos.

Bush había bajado como un rayo e intercambió una mirada fugaz con Hornblower, antes de correr a supervisar el zafarrancho de combate. Durante un momento sus ojos albergaron una chispa inquisitiva. Sólo el barco, aparte de Hornblower, conocía el objetivo del escuadrón británico. Si el *Hotspur* se separaba de los otros barcos cuando la flota se avistara, perdería su parte del dinero de presa. Pero el dinero de presa era sólo uno de los factores; la flota era el objetivo prioritario. El *Hotspur* podía hacer caso omiso de las señales de la *Medusa* y apartarse del objetivo a su propio riesgo... al riesgo de Hornblower. Y Bush conocía también la disparidad de fuerzas entre el *Hotspur* y la *Félicité*. Una batalla andanada contra andanada sólo podía acabar con la mitad de la tripulación del *Hotspur* muerta y la otra mitad como prisionera de guerra.

—La *Medusa* está fuera de la vista, señor. No han dado acuse de recibo —aquél era Foreman, todavía arriba.

—Muy bien, señor Foreman. Puede bajar.

—Puede verlo desde cubierta, señor —dijo Prowse.

—Sí. —En el horizonte, las gavias y los juanetes del francés estaban claramente a la vista. Hornblower encontró un poco difícil mantenerlos firmemente en el campo de visión del catalejo. Estaba temblando de excitación; sólo podía esperar que su cara no revelase lo ansioso y preocupado que se sentía.

—Todos en sus puestos, señor —informó Bush.

Los cañones fueron colocados en batería, y los excitados artilleros en sus puestos.

—¡Se está alejando! —exclamó Prowse.

—¡Ah!

La *Félicité* había virado ciñendo por estribor, para permitirle al *Hotspur* pasar lejos, a popa. Estaba declinando la batalla.

—¿No va a luchar? —exclamó Bush.

Las tensiones de Hornblower se estaban relajando un poco ante aquella prueba de la exactitud de su juicio. Se había dirigido hacia la *Félicité* con la intención de entablar un largo duelo. Esperaba tirar unos cuantos palos de la *Félicité* y desarbolarlo, de modo que se retrasara en su misión de advertir a la flota. Y el francés había leído sus pensamientos. No quería arriesgarse a recibir daños cuando su misión todavía no estaba cumplida.

—Cambie de bordada, por favor, señor Prowse.

El *Hotspur* giró como un mecanismo de relojería.

—¡Bolina franca!

Ahora se disponía a cruzar por la proa de la *Félicité* en un rumbo agudamente convergente. El francés, declinando el enfrentamiento, había pensado deslizarse por el flanco de la línea británica para escapar a mar abierto y unirse a los españoles, y Hornblower estaba sobrepasándole. Hornblower vigilaba las gavias en el horizonte, y las vio moverse.

—¡Está virando!

Aquello le iría muy bien. Lejos, más allá de las gavias, había una débil línea azul en el horizonte, la escarpada costa del sur de Portugal.

—No ganaremos el barlovento de San Vicente con este rumbo —dijo Prowse.

Lagos, San Vicente, Sagres: grandes nombres de la historia del mar, y aquella costa saliente rechazaría la *Félicité* y le impediría evadir la acción. Tendrían que luchar pronto, y Hornblower se imaginaba ya la clase de batalla que se iba a librar.

—¡Señor Bush!

—¡Señor!

—Quiero dos cañones que apunten directamente a popa. Tendrá que cortar los yugos de popa. Póngase al trabajo inmediatamente.

—Sí, señor.

—Gracias, señor Bush.

Los barcos de vela siempre tenían dificultades para disparar directamente hacia delante o hacia atrás; no se había encontrado todavía ninguna solución satisfactoria a esa dificultad. Los cañones generalmente eran tan útiles en la andanada que resultaba un desperdicio situarlos en los extremos del barco, y la construcción del barco estaba preparada para ello. Llamar a los carpinteros significaba abandonar todas las ventajas de esas circunstancias perfeccionadas por los constructores de barcos a través de los

siglos. El *Hotspur* se debilitaba a cambio de una momentánea ventaja en una situación peculiar. Bajo sus pies, Hornblower sintió el crujido de la madera y la vibración de las sierras trabajando.

—Mande al cañonero a popa. Tendrá que atar aparejos y culatas antes de mover los cañones.

La línea azul de la costa estaba ahora mucho más definida; la alta silueta del San Vicente estaba a plena vista. Y la *Félicité* se encontraba ahora totalmente a la vista y la larga, larga línea de cañones en su costado asomando y preparados para la acción. Su gavia flameó y se puso al paio. Ahora estaba desafiándoles a la acción, ofreciendo batalla.

—¡Arriba el timón, señor Prowse! ¡Gavia en facha!

Cada minuto que ganaran era muy valioso. El *Hotspur* se puso al paio también. Hornblower no tenía intención de entablar una batalla a la desesperada; si el francés podía esperar, él también. Con aquella suave brisa y aquel mar moderado, el *Hotspur* tenía una gran ventaja sobre el barco francés, y no estaba dispuesto a desperdiciarla. El *Hotspur* y la *Félicité* se observaban como dos pugilistas que dan saltitos en las esquinas del ring. El día era precioso, el cielo estaba azul y el mar también. Era un mundo maravilloso que quizá tuviera que abandonar pronto. El retumbo de los cañones le indicó que las cureñas al menos estaban siendo colocadas en posición, y en aquel momento pensó en María y en el pequeño Horatio... locuras; apartó instantáneamente aquellos pensamientos de su mente.

Los segundos fueron pasando; quizás el capitán francés estuviera manteniendo consejo en su alcázar, quizá simplemente dudase, incapaz de decidirse en aquel momento en que el destino de las naciones estaba en un precario equilibrio.

—Mensaje del señor Bush, señor. Un cañón listo para la acción, señor. El otro estará listo en cinco minutos.

—Gracias, señor Orrock. Dígale al señor Bush que coloque a los dos mejores artilleros allí.

Las gavias de la *Félicité* estaban hinchándose de nuevo.

—¡Todos a las brazas!

El *Hotspur* se dirigió hacia su enemigo. Hornblower no pensaba perder innecesariamente ni una pulgada de espacio para maniobrar.

—¡Todo a barlovento!

La distancia de tiro era muy larga al virar el *Hotspur*.

La proa de la *Félicité* apuntaba directamente hacia ellos; la popa del *Hotspur* estaba de cara a su enemigo, con los barcos exactamente en línea.

—Dígale al señor Bush que abra fuego.

Antes incluso de que el mensaje llegase hasta Bush, éste, abajo, había actuado ya. Sonó el estruendo de los cañones, el humo que brotaba bajo la bovedilla,

arremolinado por encima del alcázar y con el viento detrás. Hornblower, con el ojo pegado al catalejo, no vio nada, sólo las bellas líneas de la proa de la *Félicité*, su bauprés, en un ángulo muy agudo, su blanca lona. Los cañones retumbaron bajo sus pies mientras los volvían a sacar de nuevo. ¡Bang! Entonces Hornblower lo vio. Situado como estaba por encima del cañón, mirando recto a lo largo de la línea de tiro, vio el proyectil, un perezoso trazo de lápiz contra el cielo azul, arriba y luego abajo, antes de que el humo trazara también su camino. Seguramente daría en el blanco. El humo le impidió ver el segundo disparo.

El largo cañón del nueve británico era el mejor en cuestión de precisión. El ánimo estaba muy bien alineada y el tiro se podía apuntar con más precisión que los proyectiles más grandes. Incluso una bala del nueve, volando a mil pies por segundo, podía causar grandes estragos. ¡Bang! El francés se sentiría muy desgraciado al recibir esta clase de castigo sin poder devolver el golpe.

—¡Mire ahí! —dijo Prowse.

El contrafoque de la *Félicité* estaba deformado, aleteando al viento; a primera vista, costaba ver lo que había pasado.

—Su contrafoque se ha partido, señor —opinó Prowse.

Al cabo de un momento se vio que Prowse tenía razón, cuando la *Félicité* arrió el contrafoque. La pérdida de la vela no representaba una gran diferencia, porque el estay del trinquete era la pieza más importante en el elaborado sistema de frenos y balances (como la Constitución francesa antes de que Bonaparte se hiciera con el poder) que mantenía los mástiles de un barco en posición bajo la presión de las velas.

—Señor Orrock, corra abajo y dígame al señor Bush: «bien hecho».

¡Bang! Cuando el humo se disipó, Hornblower vio a la *Félicité* al paio, y mientras su costado se presentaba a la vista, desapareció en una gran nube de humo. Se oyó el horrible aullido de una bala de cañón que pasaba por alguna parte, cerca; dos chorros de agua surgieron desde la superficie del mar, uno en cada aleta, y eso fue todo lo que vio u oyó Hornblower de la andanada. No se podía esperar que una tripulación excitada, disparando desde un barco que viraba, lo hiciera mejor, aun con veintidós cañones.

Un grito de euforia se elevó desde la tripulación del *Hotspur*, y Hornblower, al volverse, vio que todos los hombres inactivos estaban asomados a las portillas, mirando a popa, al francés. No tenía nada que objetar a aquello, pero cuando miró de nuevo hacia la *Félicité* vio algo que hizo que los hombres volvieran apresuradamente al trabajo. El francés no había guiñado simplemente para disparar su andanada; estaba al paio, con la gavia de mesana contra el mástil, para empalmar el estay del trinquete. Así sus cañones no los alcanzarían. Pero no había que perder ni un segundo, con el *Hotspur* con el viento y la distancia aumentando casi irremisiblemente.

—¡Preparen sus cañones a babor! ¡Todos los marineros a las brazas! ¡Todo a estribor!

El *Hotspur* viró suavemente por babor. Estaba en la aleta de babor de la *Félicité*, donde ningún cañón francés podría alcanzarles. Bush llegó corriendo desde popa para vigilar las cañoneras; fue de cañón en cañón, asegurándose de que la elevación y la dirección eran correctas, mientras el *Hotspur* disparaba una andanada hacia su enemigo indefenso. A muy larga distancia, pero algunos de aquellos disparos debían de haber causado daños.

Hornblower vigiló el cambio de rumbo de la *Félicité* mientras el *Hotspur* se encontraba a su popa.

—¡Preparados para virar después de la siguiente andanada!

Los nueve cañones rugieron y el humo estaba todavía disipándose en el combés cuando el *Hotspur* viró de bordada.

—¡Cañones de estribor!

Los hombres excitados corrieron por cubierta para apuntar bien; otra andanada, pero la gavia de mesana del *Félicité* estaba girando.

—¡Todo a barlovento!

En el momento en que el hostigado francés se colocó de nuevo con el viento, el *Hotspur* se le adelantó. Ambos barcos estaban de nuevo en línea y Bush corría a popa para supervisar el fuego de los cañones de popa una vez más. Aquello era una venganza por la acción de la *Loire*, hacía tanto tiempo. Con aquella moderada brisa y mar lisa, el manejable bergantín tenía muchas ventajas sobre la gran fragata; lo que había ocurrido hasta el momento era sólo una muestra de lo que iba a seguir durante aquel día de hambre y agotamiento, sol brillante y mar azul y negro humo de pólvora.

La posición a sotavento que mantenía el *Hotspur* era una decidida ventaja. A sotavento por encima del horizonte estaba el escuadrón británico; el francés no se atrevería a perseguirles durante largo tiempo en esa dirección, a menos que se encontrara atrapado entre el viento y una abrumadora fuerza hostil. Además, el francés tenía una misión que cumplir; estaba ansioso por encontrar y advertir al escuadrón español, aunque cuando consiguió suficiente espacio para doblar por barlovento el San Vicente y apartarse, su fastidioso y pequeño enemigo se pegó a él, disparando a su maltratada popa, abriendo agujeros en sus velas, cortando sus jarcias.

Durante aquel largo día, la *Félicité* disparó muchas andanadas, todas a larga distancia, y generalmente con mala puntería, mientras el *Hotspur* corría fuera de la línea de tiro. Y durante todo aquel largo día, Hornblower estuvo de pie en el alcázar, vigilando los cambios del viento, gritando órdenes, manejando su pequeño barco sin desfallecer, con precisión e ingenio inagotables. Ocasionalmente, algún disparo de la *Félicité* daba en el blanco; bajo los propios ojos de Hornblower una bala del dieciocho entró por una porta y convirtió a cinco hombres en una sanguinolenta masa

de carne. Aunque el *Hotspur* no sufrió grandes daños hasta mucho después del mediodía, cuando el viento roló hacia el sur y el sol fue deslizándose lentamente hacia el oeste. Con el cambio de viento su posición se fue haciendo cada vez más precaria, y con el paso del tiempo la fatiga fue nublando su mente.

A sus buenos tres cuartos de milla la *Félicité* al fin acertó un importante golpe, de la andanada que disparó mientras ellos guiñaban ampliamente fuera de su curso. Sonó un estruendo arriba y Hornblower vio el palo mayor partido en dos mitades, cortado limpiamente cerca del centro, las dos mitades colgando de las jarcias con un ángulo diferente y absurdo y amenazando con caer como una flecha sobre la cubierta.

Había que solucionar aquel nuevo problema, estudiar aquella amenaza colgante y dar al timón una orden adecuada, que estabilizase las velas flameantes y aliviara la tensión.

—¡Señor Wise! ¡Coja a todos los hombres que necesite y asegure esos restos!

Entonces pegó de nuevo el catalejo a su ojo dolorido para ver lo que iba a hacer la *Félicité*. Podía forzar una acción cercana si tomaba ventaja instantánea de aquella oportunidad. Tendría que luchar ahora hasta el último aliento. Pero el catalejo le reveló algo diferente. Tuvo que volver a mirar antes de confiar en su entumecido cerebro y sus cansados ojos. La *Félicité* había hinchado las velas. Con todas las velas desplegadas, estaba alejándose hacia el anochecer. Había dado media vuelta y estaba huyendo hacia el horizonte de aquel tormento que había minado por completo su espíritu en nueve continuas horas de batalla.

Los hombres vieron aquello, vieron cómo se iba y alguien lanzó un hurra cuyo eco corrió a lo largo de la cubierta. Hubo risas y sonrisas que revelaron unos dientes extrañamente blancos como contraste con las caras ennegrecidas por la pólvora. Bush apareció desde el combés, con la cara tan negra como los demás.

—¡Señor! —dijo—. No sé cómo felicitarle.

—Gracias, señor Bush. Puede supervisar a Wise. Ahí están las dos botavaras de las alas que quedan... Refuerce el palo mayor con ellas.

—Sí, señor.

A pesar de sus rasgos ennegrecidos, a pesar de la fatiga que ni siquiera Bush podía ocultar, de nuevo había una curiosa expresión en su cara, inquisitiva, admirativa, sorprendida. Estaba impaciente por decir un montón de cosas. Le costó un obvio esfuerzo de voluntad volverse sin decirlas; Hornblower lanzó una frase final a la espalda de Bush que se alejaba:

—Quiero que el barco esté listo para la acción de nuevo antes del atardecer, señor Bush.

Gurney, el artillero, estaba informando.

—Hemos gastado todo el sollado superior de pólvora, señor, y estamos ya en el segundo sollado. Eso significa una tonelada y media de pólvora. Cinco toneladas de

munición, señor. Hemos usado todos los proyectiles; mis compañeros están preparando otros ahora mismo.

El carpintero acudió a continuación, y luego Huffnell, el sobrecargo, y Wallis, el cirujano; había que hacer arreglos para alimentar a los vivos y para enterrar a los muertos.

Los muertos, hombres a quienes él conoció muy bien. Hubo amargas lamentaciones y un profundo sentido de pérdida personal cuando Wallis leyó los nombres. Marineros buenos y no tan buenos, vivos aquella misma mañana y ahora desaparecidos de este mundo por cumplir con su deber. No debía seguir pensando en aquello, en absoluto. Él estaba entregado a una labor muy dura, dura y despiadada como el acero, como las balas de cañón.

A las nueve de la noche, Hornblower se sentó y tomó la primera comida que había probado desde la noche antes, y mientras recibía los desangelados cuidados de Bailey, pensó una vez más en Doughty, y de éste pasó (en una asociación perfectamente natural) a pensar en los ocho millones de dólares españoles en dinero de presa. Su cansada mente había purgado todos los pensamientos de pecado. Ya no tenía que clasificarse entre los capitanes hipócritas de los que había oído hablar, entre los oficiales especuladores que había conocido. Podía concederse la absolución, aunque fuera a regañadientes.

CAPÍTULO 23



Con sus maltratados costados y su palo mayor remendado, el *Hotspur* se dirigió hacia el lugar de la cita señalado en caso de separación. Incluso en aquella agradable latitud del sur de Europa, el invierno estaba recrudesciendo. Las noches eran frías y el viento soplaba helado, y el *Hotspur* tuvo que soportar una borrasca de veinticuatro horas mientras seguía avanzando; el cabo San Vicente, a quince leguas al norte, era el lugar de la cita, pero no había signo alguno del escuadrón de fragatas. Hornblower paseó por la cubierta mientras trataba de decidir qué hacer, calculando a qué distancia a sotavento podía haber arrastrado a la *Indefatigable* y sus colegas la reciente borrasca, y mientras imaginaba qué sería lo que su deber exigiría que hiciese a continuación. Bush le veía andar a distancia; aunque conocía el secreto de la flota, consideró que era mejor no interrumpirle. Entonces, al fin, llegó el aviso del vigía.

—¡Velas! ¡Velas a barlovento! ¡Cubierta, allí! Ahí hay otro. Parece una flota, señor.

Ahora Bush pudo reunirse con Hornblower.

—Espero que sean las fragatas, señor.

—Quizá. —Hornblower preguntó al hombre en el tope del mastelero de gavia—: ¿Cuántas velas ahora?

—Ocho, señor. Señor, parecen barcos de línea, algunos de ellos, señor. Sí, señor, uno de triple cubierta y otros de doble cubierta.

Un escuadrón de barcos de línea dirigiéndose hacia Cádiz. Posiblemente eran franceses... A veces algunos barcos de la Armada de Bonaparte esquivaban el bloqueo. En ese caso, era su deber identificarles, aun arriesgándose a la captura. Lo más probable es que fueran británicos, y Hornblower tuvo un repentino presentimiento de lo que su presencia podría implicar de confirmarse su suposición.

—Nos dirigiremos hacia ellos, señor Bush. ¡Señor Foreman! Ice la señal de reconocimiento.

Allí estaban las gavias ahora, seis barcos de línea navegando en línea, con una fragata en cada flanco.

—El barco en cabeza responde 264, señor. Es la señal de reconocimiento para esta semana.

—Muy bien. Ice nuestro número.

El mar estaba gris aquel día, y el cielo gris parecía reflejar la depresión que estaba invadiendo a Hornblower.

—El *Dreadnought*, señor. El almirante Parker. Su bandera está ondeando ahora.

Así que Parker se había separado de la flota de Ushant. La desagradable convicción de Hornblower aumentaba cada vez más.

—Señal al *Hotspur*, señor. «Capitán venga a bordo».

—Gracias, señor Foreman. Señor Bush, prepare el bote.

Parker le dio la misma impresión gris que el tiempo cuando Hornblower fue conducido a popa, al alcázar del *Dreadnought*. Sus ojos y su cabello e incluso su cara (en contraste con las oscuras caras que le rodeaban) eran de un gris neutro. Pero iba muy bien vestido, así que Hornblower se sintió una especie de zarrapastroso en su presencia, y deseó también que el afeitado de aquella mañana hubiera sido más apurado.

—¿Qué está usted haciendo aquí, capitán Hornblower?

—Estoy en el punto de cita señalado por el escuadrón del capitán Moore, señor.

—El capitán Moore está ya en Inglaterra.

Las noticias no alteraron a Hornblower, porque era precisamente lo que esperaba oír, pero tenía que responder algo.

—¿De verdad, señor?

—¿No ha oído usted las noticias?

—No he oído nada desde hace una semana, señor.

—Moore capturó la flota española con el tesoro. ¿Dónde estaba usted?

—Tuve un encuentro con una fragata francesa, señor.

Una simple mirada al *Hotspur* al paio junto a la aleta del *Dreadnought* podía captar el remendado palo mayor y los parches en sus costados.

—Se ha perdido una fortuna en dinero de presa.

—Eso creo, señor.

—Seis millones de dólares. Los españoles lucharon, y una de sus fragatas voló con todos los hombres dentro antes de que las otras se rindieran.

En un barco en acción el entrenamiento y la disciplina tenían que ser perfectos; un momento de descuido por parte de un grumete servidor de pólvora o un cargador podía conducir al desastre. Los pensamientos de Hornblower sobre aquel tema le impidieron aquella vez incluso dar una réplica para continuar la conversación, y Parker siguió sin esperarla.

—Así que estamos en guerra con España. Los españoles nos declararán la guerra tan pronto como oigan estas noticias... es probable que ya lo hayan hecho. Este escuadrón se ha destacado de la flota del canal para empezar el bloqueo de Cádiz.

—Sí, señor.

—Será mejor que vuelva usted al norte detrás de Moore. Informe a la flota del canal en Ushant para pedir nuevas órdenes.

—Sí, señor.

Los fríos y grises ojos no revelaban el menor vestigio de humanidad. Un granjero

miraría a una vaca con mayor interés que aquel almirante a un simple comandante.

—Buen viaje, capitán.

—Gracias, señor.

El viento soplaba hacia el norte del oeste; el *Hotspur* tendría que alejarse bastante para doblar San Vicente por barlovento, y más todavía para asegurarse de doblar por barlovento el cabo Roca. Parker y sus barcos tenían buen viento hacia Cádiz y aunque Hornblower diera sus órdenes en el momento en que alcanzase la cubierta, estarían en el horizonte casi tan pronto como el *Hotspur* hubiera izado su bote y hubiera virado a estribor, ciñendo, para empezar el viaje de vuelta a Ushant. Y mientras el navío surcaba el mar amurado a estribor, su movimiento se veía acompañado por un nuevo sonido. Cada vez que la cresta de una ola lo alcanzaba y empezaba a bajar su proa, se oía un golpe súbito y sordo y se notaba una pequeña sacudida a través de la estructura del barco, que se repetía cuando había completado el descenso y empezaba a levantarse de nuevo. Aquello ocurría dos veces cada ola, de modo que los oídos y la mente llegaban a esperararlo a cada movimiento de subida y bajada. Era el palo mayor remendado, sujeto entre las dos botavaras. No importa lo tirante que estuviera el cabo que lo unía, siempre quedaba un poco de juego, y los pesados penoles se inclinaban hacia delante y hacia atrás con un sordo golpe, dos veces cada ola, hasta que la mente y el oído llegaban a cansarse de aquel monótono e incesante repiqueteo.

Al segundo día, Bailey le proporcionó una momentánea distracción a Hornblower mientras el *Hotspur* todavía estaba dirigiéndose al Atlántico para salir a alta mar.

—Estaba en el bolsillo de su camisa de dormir, señor. Lo he encontrado cuando iba a lavarla.

Era un trozo de papel doblado con una nota escrita a mano, y aquella nota tenía que haber sido escrita la tarde que el *Hotspur* se encontraba en la bahía de Cádiz... Estaba claro que Bailey no creía necesario lavar las camisas de dormir muy a menudo.

Señor:

En las provisiones de cabina quedan pocas alcaparras y cayena.

Gracias, señor. Muchas gracias.

Su humilde y obediente servidor,

J. Doughty

Hornblower arrugó el papel. Era muy doloroso recordar el incidente de Doughty. Aquélla tenía que ser la última vez.

—¿Ha leído usted esta nota, Bailey?

—No, señor. No sé leer, señor.

Era muy normal que hubiera analfabetos en la Armada, pero Hornblower no se sintió realmente satisfecho hasta echar un vistazo a la lista de dotación del barco y ver la «X» detrás del nombre de Bailey. La mayoría de los escoceses sabían leer y escribir... Era una suerte que Bailey fuera una excepción.

Así que el *Hotspur* continuó ciñendo, primero en la bordada de estribor y luego en la de babor, cargando velas muy suavemente en su palo mayor herido, mientras se dirigía hacia el norte por el gris Atlántico al menos hasta doblar Finisterre y así poder correr dos cuartas libremente, derecho hacia Ushant, a lo largo de la hipotenusa del golfo de Vizcaya. Nevaba el día de año nuevo, igual que había nevado el día de año nuevo anterior, cuando el *Hotspur* rechazó el intento de invasión de Irlanda de Bonaparte. Estaba lloviendo y hacía frío, y el mal tiempo limitaba mucho el horizonte cuando el *Hotspur* alcanzó la latitud de Ushant y se abrió camino suavemente hacia adelante en busca de la flota del canal. El *Thunderer* apareció en la niebla y dejó paso al *Majestic*, y el *Majestic* les pasó hasta que la palabra de bienvenida «*Hibernia*» volvió como respuesta al saludo de Bush.

Pasó sólo un corto espacio de tiempo desde que las noticias de la llegada del *Hotspur* llegaron al almirante hasta que llegó el siguiente saludo; la voz de Collins, claramente reconocible a pesar del megáfono:

—¿Capitán Hornblower?

—Sí, señor.

—¿Sería tan amable de pasar a bordo?

Hornblower estaba listo aquella vez, tan bien afeitado que casi llevaba las mejillas en carne viva, con su mejor casaca puesta y dos copias de su informe en el bolsillo.

Cornwallis tiritaba, hundido en una silla en su cabina, con un grueso chal por encima de los hombros y otro tapándole las rodillas, y presumiblemente con una botella de agua caliente en los pies. Con aquellos chales y la peluca parecía una viejecita, hasta que le miraba a uno con aquellos ojos azul porcelana.

—Y ahora, ¿qué demonios le ha ocurrido a usted esta vez, Hornblower?

—Aquí tengo mi informe, señor.

—Déselo a Collins. Y ahora cuénteme.

Hornblower le contó los hechos lo más brevemente que pudo.

—Moore estaba furioso porque usted les abandonó, pero yo creo que le excusará cuando oiga todo esto. ¿La *Medusa* no acusó recibo de su señal?

—No, señor.

—Hizo usted muy bien en perseguir la *Félicité*. Yo respaldaré su informe al respecto. Moore tendría que estar muy contento de que hubiera un barco menos para repartir su dinero de presa.

—Estoy seguro de que ni siquiera pensó en ello, señor.

—Espero que tenga razón. Pero usted, Hornblower, podía haber hecho oídos

sordos a la *Félicité*... hay precedentes en la Armada de ese tipo de cosas. Y entonces podía haberse quedado con Moore y compartir el dinero.

—Si la *Félicité* hubiera escapado por el cabo de San Vicente, no habría ningún dinero de presa, señor.

—Ya lo veo. Entiendo —los ojos azules brillaron con una chispa maliciosa—. Le pongo a usted en el camino de una gran riqueza y la desdeña.

—No es eso, señor.

Hornblower tuvo la súbita revelación de que Cornwallis le había seleccionado deliberadamente a él y al *Hotspur* para acompañar a Moore y compartir el dinero de presa. Todos los barcos hubieran estado ansiosos por ir, así que era posible que aquello fuera una recompensa por los meses de vigilancia en el Goulet.

Entonces Collins intervino en la conversación.

—¿Cómo están sus bodegas?

—Llenas, señor. Comida y agua para sesenta días más con raciones completas.

—¿Y cómo anda de pólvora y munición? —Collins golpeó con un dedo el informe de Hornblower, que había estado leyendo.

—Tengo lo suficiente para otro encuentro, señor.

—¿Y su barco?

—Hemos tapado los agujeros de bala, señor. Podemos cargar velas en el palo mayor mientras no sople un viento demasiado fuerte.

Cornwallis habló de nuevo.

—¿Le rompería el corazón si le envío de vuelta a Plymouth?

—Por supuesto que no, señor.

—Eso me parece muy bien, porque le voy a enviar a reparar.

—Sí, señor. ¿Cuándo debo partir?

—¿Está usted tan impaciente que no puede ni quedarse a cenar?

—No, señor.

Cornwallis rió abiertamente.

—No querría ponerle a prueba.

Miró hacia arriba, al registrador de rumbos en los baos por encima de su cabeza. Los hombres que habían pasado su vida entera combatiendo los caprichos del viento sentían aquel respeto, todos por igual: cuando soplaba un buen viento, era una verdadera locura perder siquiera una hora con cualquier pretexto frívolo.

—Será mejor que salga ahora mismo —continuó Cornwallis—. ¿Sabe usted que tengo un nuevo segundo al mando?

—No, señor.

—Lord Gardner. Ahora que tengo que luchar contra los españoles y contra Napoleón, necesito un vicealmirante.

—No me sorprende, señor.

—Si sale con este mal tiempo, no tendrá que saludarle. Eso ahorrará al rey un poco de esa pólvora suya que usted está tan ansioso por quemar. Collins, déle sus órdenes al capitán Hornblower.

Así que volvía una vez más a Plymouth. A casa con María.

CAPÍTULO 24



—Realmente, fue un espectáculo magnífico —dijo María.

El *Naval Chronicle*, que Hornblower estaba hojeando mientras conversaba con ella, usaba idénticas palabras: «magnífico espectáculo».

—Estoy seguro de que lo fue, querida.

Ante sus ojos se encontraba una descripción del desembarco del tesoro español en Plymouth, de las fragatas capturadas por el escuadrón de Moore. Por supuesto, había que adoptar precauciones militares para apilar en carretas y transportar por las calles un tesoro de millones de libras en oro y plata hasta la ciudadela. Pero la fanfarria que se organizó excedía las necesidades militares. El Segundo Regimiento de Dragones proporcionó escolta montada, el Setenta y Uno de a pie marchó junto a las carretas, la milicia local se alineó por las calles, y todas las bandas militares de millas a la redonda tocaron marchas patrióticas. Y cuando el tesoro fue trasladado a Londres, las tropas lo acompañaron, así como las bandas, de modo que todas las ciudades por las que pasaba el convoy presenciaron el mismo espectáculo magnífico. Hornblower sospechaba que el gobierno parecía deseoso de llamar la atención de todo el mundo hacia ese incremento de la riqueza del país, en un momento en que España se había añadido a la lista de enemigos de Inglaterra.

—Dicen que los capitanes recibirán cientos de miles de libras cada uno —observó María—. Supongo que nunca tendremos tan buena suerte de ganar algo así, ¿verdad, cariño?

—Siempre es posible —dijo Hornblower.

Era asombroso, pero de lo más conveniente, que María no se diera cuenta de la conexión entre la reciente acción del *Hotspur* con la *Félicité* y la captura de la flota por parte de Moore. María era astuta y despierta, pero se alegraba de dejar los detalles navales a su marido, y nunca se le ocurrió preguntarle cómo era posible que el *Hotspur*, destinado a la flota del canal de Ushant, se encontrara lejos del cabo de San Vicente. La señora Mason habría sido más inquisitiva, pero gracias a Dios había vuelto a Southsea.

—¿Qué le ocurrió a Doughty? —preguntó María.

—Desertó —respondió Hornblower. Afortunadamente de nuevo, María no estaba interesada en todas las implicaciones de la desertión y no preguntó más.

—No lo siento, cariño —admitió—. La verdad es que nunca me gustó ese hombre. Pero me temo que le echarás de menos.

—Me las arreglo bastante bien sin él —respondió Hornblower. No tenía sentido comprar alcaparras y Cayena durante su estancia en Plymouth; Bailey no hubiera

sabido qué hacer con ellas.

—Quizás un día de estos pueda ser yo la que cuide de ti, en lugar de esos asistentes —dijo María.

Había una nota de ternura en su voz, y ella se le acercó.

—Nadie podría hacerlo mejor que tú, amor mío —respondió Hornblower Tenía que decirlo. No podía herirla. Había contraído matrimonio voluntariamente, y tenía que continuar interpretando su papel. Le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí.

—Eres el más encantador de los maridos, cariño —dijo María—. Soy tan feliz contigo...

—No tan feliz como me siento yo al oírte decir eso —replicó Hornblower. Y era el hipócrita intrigante el que hablaba de nuevo, el sutil villano... el hombre que había tramado la huida de Doughty de la justicia. No; tenía que recordar que su conciencia estaba limpia ya a aquel respecto. Había purgado aquella indulgencia suya con la sangre que había derramado a bordo de la *Félicité*.

—A menudo me pregunto por qué... —siguió María, con un tono diferente en la voz—. Me pregunto por qué eres tan amable conmigo, cuando pienso en... en ti, cariño, y en mí.

—Tonterías —replicó Hornblower, procurando que su voz adquiriese un tono jocosos—. Siempre puedes estar segura de mis sentimientos hacia ti, querida. Nunca lo dudes.

—Cariño... —susurró María, y su voz cambió de nuevo, la nota de ansiedad desapareció y volvió la ternura. Se fundió en sus brazos—. Me siento tan contenta de que hayas podido quedarte tanto tiempo en Plymouth esta vez...

—Tengo buena suerte, querida.

Reemplazar los yugos que Bush había hecho cortar tan despreocupadamente en la popa del *Hotspur* para la lucha con la *Félicité* había resultado un trabajo bastante laborioso. La popa del *Hotspur* tuvo que ser reconstruida casi por completo.

—Y el pequeñín ha estado durmiendo como un corderito toda la tarde —siguió María. Hornblower esperó que eso no significara que iba a estar llorando toda la noche.

Un golpecito en la puerta hizo que María se soltara del abrazo de Hornblower.

—Un caballero desea verle —dijo la voz de la posadera.

Era Bush, con su chaquetón de marinero y un pañuelo, quien estaba de pie tímidamente en el umbral.

—Buenas tardes, señor. Su humilde servidor, madame. Espero no molestar.

—Por supuesto que no —declaró Hornblower, preguntándose qué ventolera podía haber llevado a Bush allí, y muy consciente de que el comportamiento de Bush era un poco extraño.

—Venga, hombre, entre usted. Déjeme su casaca... ¿o tiene usted prisa?

—No, señor, no es demasiado urgente —dijo Bush torpemente, permitiendo con un cierto apocamiento que le quitaran la casaca—. Pero he creído que le gustaría oírlo.

Se quedó de pie mirándolos a ambos, sin dirigir los ojos a ningún lugar en concreto, aunque consciente de que el silencio de María podía significar que para ella no era bien recibido. Pero entonces María arregló la situación.

—¿Por qué no se sienta usted, señor Bush?

—Gracias, madame.

Sentado, los miró alternativamente a ambos de nuevo. En aquel momento Hornblower se dio cuenta de que Bush estaba un poco borracho.

—Bueno, ¿qué ocurre? —preguntó.

La cara de Bush se iluminó con una sonrisa de éxtasis.

—Derechos del Almirantazgo, señor —declaró.

—¿Qué quiere usted decir?

—Moore y las fragatas... quiero decir, el capitán Moore, por supuesto, le ruego que me disculpe, señor.

—¿Qué pasa con ellos?

—Yo estaba en la taberna de Lord Hawke, señor (suelo ir allí por las tardes) y el miércoles pasado llegaron periódicos de Londres. Y allí estaba, señor. Derechos del Almirantazgo.

Nafragios, ballenas varadas, pecios y objetos arrojados a la costa. Los derechos del Almirantazgo cubrían ese tipo de cosas, que eran requisadas para la corona, y, a pesar del nombre, no tenían ninguna relación con los lores. La sonrisa de Bush se convirtió en una franca carcajada.

—Les ha venido muy bien, ¿verdad, señor?

—Tiene usted que explicarse un poco mejor.

—Todo aquel tesoro que capturaron con la flota, señor. No hay dinero de presa, en absoluto. Todo va al gobierno como derechos del Almirantazgo. Las fragatas no van a ver ni un penique. Ya lo ve, señor, era en tiempo de paz.

Ahora Hornblower lo comprendió todo. En caso de que se declarase la guerra contra otro país, los barcos de éste que estuvieran en puertos británicos eran apresados por el gobierno como derechos de Almirantazgo. El dinero de presa entraba en una categoría diferente, las presas tomadas en el mar en tiempo de guerra eran derechos de la corona, y estaban específicamente garantizados a los captores por una orden del consejo por la que la corona renunciaba a sus derechos a favor de ellos. El gobierno había actuado de forma perfectamente justificada desde el punto de vista legal. Y no importaba lo mucho que pudiera enfurecer aquella acción a las tripulaciones de las fragatas, haría reír mucho al resto de la Armada, como había

hecho reír a Bush.

—Así que no nos perdimos nada, señor, por su noble acción. Noble... Siempre he querido decirle que aquello fue muy noble, señor.

—Pero ¿por qué dice que no perdisteis nada? —preguntó María.

—¿No lo sabe, señora? —inquirió Bush, volviendo su vacilante mirada hacia ella. Vacilante o no, y estuviera borracho o no, Bush se dio cuenta de que María desconocía la oportunidad que se había perdido el *Hotspur*, y estaba lo bastante sobrio para deducir que era poco aconsejable entrar en explicaciones.

—¿Qué es lo que hizo el capitán Hornblower que fue tan noble?

—Cuanto menos se diga, mejor, madame —repuso Bush. Metió la mano en su bolsillo y laboriosamente extrajo una pequeña botella—. Me he tomado la libertad de traer esto, madame, para que podamos brindar a la salud del capitán Moore, la *Indefatigable* y los derechos del Almirantazgo. Es ron, madame. Con agua caliente, limón y azúcar compone una bebida muy adecuada para esta época del año.

Hornblower captó la mirada de María.

—Es demasiado tarde esta noche, señor Bush —agregó—. Beberemos y brindaremos mañana. Le ayudaré a ponerse la casaca.

Cuando se hubo marchado Bush (a quien el hecho de que su capitán le ayudara a ponerse la casaca le turbó tanto que le dejó casi mudo), Hornblower se volvió hacia María.

—Sabrá volver al barco perfectamente —dijo.

—Así que has hecho algo noble, cariño —exclamó María.

—Bush estaba borracho —replicó Hornblower—. Sólo decía tonterías.

—Me imagino que siempre pienso en ti como una persona noble —dijo María, con los ojos brillantes.

—Tonterías —insistió Hornblower.

María fue hacia él, poniéndole las manos en los hombros, y se acercó para volver al interrumpido abrazo.

—Por supuesto, debes tener muchos secretos para mí —dijo—. Lo entiendo. Eres un oficial del rey, además de mi querido esposo. —Ahora ella estaba en sus brazos y levantó la cara para mirarle—. No es un secreto que te amo, querido, mi noble amor. Más que a mi propia vida.

Hornblower sabía que era verdad. Sintió aquella ternura hacia ella surgiendo en su interior. Pero ella seguía hablando.

—Y algo más, que no es un secreto —siguió María—. Quizá lo hayas adivinado ya. Creo que sí.

—Eso creo —asintió Hornblower—. Me haces muy feliz, querida esposa.

María sonrió, con el rostro transfigurado.

—Quizás esta vez sea una niña. Una niñita encantadora.

Hornblower lo había sospechado ya, tal como dijo ella. No sabía si ese conocimiento le hacía feliz, aunque dijo que sí lo era. Sólo pasarían un par de días antes de que el *Hotspur* se hiciera de nuevo a la mar, de vuelta al bloqueo de Brest, de vuelta a los monótonos peligros del Goulet.

CAPÍTULO 25



El *Hotspur* estaba en el Iroise, y el barco de provisiones se aproximaba para abarloar y empezar de nuevo la farragosa tarea de transportar las mercancías. Después de sesenta días de tareas de bloqueo había mucho que hacer, aunque el alegre y soleado día de verano facilitase un poco las cosas. Los topes se colocaron por encima de la borda y llegó el primer bote de camino desde el barco de provisiones con el oficial encargado de iniciar los arreglos.

—Aquí está el correo, señor —dijo el oficial, entregando a Hornblower el pequeño paquete de cartas destinadas a la tripulación del barco—. Pero hay una carta del comandante en jefe, señor. Me la han entregado desde el *Hibernia*, cuando pasaba por entre el Escuadrón Exterior.

—Gracias —dijo Hornblower.

Pasó el paquete a Bush para que lo repartiera. Habría cartas de María en él, pero una carta del comandante en jefe tenía prioridad sobre las demás. Allí estaba el encabezamiento formal:

*Horatio Hornblower Esq.
Comandante
Bergantín de Su Majestad Hotspur*

La carta estaba cerrada con un sello informal, que rompió al instante.

Mi querido capitán Hornblower:

Espero que tenga la bondad de visitarme en el Hibernia, ya que tengo noticias para usted que deseo comunicarle personalmente. Para evitar que el Hotspur abandone su posición, y para ahorrarle un largo viaje en bote, podría usted venir en el barco de provisiones que le ha llevado esta carta. Por lo tanto, está usted autorizado a dejar al mando a su teniente de navío, y ya encontraremos el medio de devolverle a su barco cuando este asunto haya concluido. Espero el momento de verle con gran placer.

Su humilde servidor,

W. Cornwallis

Dos segundos de asombro, y después un momento de horrible duda que hizo a Hornblower arrancar las otras cartas de manos de Bush y buscar apresuradamente

entre ellas las de María. «Mejor comunicárselo personalmente...». Hornblower sintió un súbito y secreto miedo de que algo le hubiese ocurrido a María y Cornwallis hubiese asumido la responsabilidad de darle él mismo las malas noticias. Pero había una carta de María de hacía sólo ocho días, y estaba bien, y también el pequeño Horatio y el niño que esperaba. Cornwallis no podía tener otras noticias más recientes. Hornblower se tuvo que limitar a releer la carta y sopesar cada palabra como un amante que recibe su primera carta de amor. Toda la carta tenía un tono muy cordial, pero Hornblower se dijo que si le convocaran para echarle una reprimenda estaría redactada exactamente en los mismos términos. Excepto la primera palabra, «mi», que se apartaba de la práctica oficial... aunque podía ser un simple lapsus. Y la carta le hablaba de «noticias», también. Hornblower dio vueltas por cubierta, riéndose de sí mismo. Realmente se estaba comportando como un joven enamorado. Si después de todos aquellos años de servicio no había aprendido a esperar pacientemente una hora ante una crisis, es que no había aprendido ni siquiera la primera lección de la Armada. Las provisiones se fueron cargando a bordo lentamente. Había que firmar los recibos y atajar las últimas preguntas precipitadas de gente temerosa de aceptar responsabilidades.

—Decídanlo ustedes mismos —exclamó Hornblower—. El señor Bush les dirá qué hacer, y espero que les eche un buen rapapolvo.

Por fin se encontraba ya en una cubierta extraña, mirando con gran curiosidad el manejo de un barco diferente mientras el barco de provisiones se alejaba y salía del Iroise. El capitán del barco le ofreció la comodidad de su cabina y le sugirió que probara el nuevo cargamento de ron, pero Hornblower no podía aceptar la oferta. Apenas podía permanecer quieto, a popa junto al pasamanos, mientras gradualmente dejaban la costa detrás, se abrían camino a través del Escuadrón de la Costa y establecían un rumbo hacia las distantes gavias del cuerpo principal de la flota del canal.

La gran silueta del *Hibernia* se cernía ante ellos, y Hornblower se encontró subiéndolo por la borda y saludando a la guardia. Newton, el capitán del barco, y Collins, el capitán de la flota, estaban en cubierta y le recibieron de forma bastante cordial. Hornblower esperaba que no notasen su excitación cuando les devolvió el saludo. Collins se dispuso a acompañarle a la cabina del almirante.

—Por favor, no se preocupe, señor. Ya encontraré el camino —protestó Hornblower.

Cornwallis estaba sentado ante un escritorio, y su teniente de bandera en otro, pero ambos se levantaron al entrar él y el teniente se deslizó discretamente a través de una puerta con una cortina en el mamparo, mientras Cornwallis estrechaba la mano de Hornblower. No podía ser que después de aquel recibimiento siguiera una reprimenda, aunque Hornblower se sentó en el borde de la silla que Cornwallis le

ofreció. Cornwallis se sentó más cómodamente, aunque erguido y con la espalda bastante recta, como era su costumbre.

—¿Y bien? —dijo Cornwallis.

Hornblower se dio cuenta de que Cornwallis estaba tratando de ocultar su estado de ánimo, de que había (¿o quizá no?) una chispa especial en sus ojos azul porcelana. Todos aquellos años como comandante en jefe no habían conseguido convertir al almirante en un buen actor. O quizá sí. Hornblower sólo podía esperar; no se le ocurría ninguna respuesta adecuada a aquella lacónica pregunta.

—He recibido un informe de la Oficina de la Armada sobre usted —dijo Cornwallis al fin, severamente.

—¿Sí, señor? —Hornblower encontró fácilmente la respuesta para esa frase. La Oficina de la Armada se ocupaba de aprovisionamientos, suministros y cosas por el estilo. No podía ser nada importante.

—Han llamado mi atención sobre el consumo de suministros del *Hotspur*. Creo que me sale usted muy caro, Hornblower. Pólvora, munición, velas, cordaje... Ha estado usted gastando muchas de esas cosas como si el *Hotspur* fuese un barco de línea. ¿Tiene usted algo que decir?

—No, señor —no tenía que ofrecer una defensa que era obvia, al menos para Cornwallis.

—Ni yo tampoco —Cornwallis sonrió repentinamente, mientras decía aquello, y su expresión cambió—. Y eso es lo que les diré a los de la Oficina de la Armada. El deber de un oficial naval es disparar y que le disparen.

—Gracias, señor.

—He hecho todo lo necesario para transmitir esa información.

La sonrisa desapareció de la cara de Cornwallis, y se vio reemplazada por un aire sombrío, una cierta tristeza. De repente pareció mucho más viejo. Hornblower estaba preparado para levantarse de su silla. Supuso que Cornwallis le había mandado llamar para que aquella censura de la Oficina de la Armada se viera desprovista de acidez. En el servicio, a veces se consigue anticipar las crisis y convertirlas por tanto en anticlímax. Pero Cornwallis siguió hablando; la tristeza de su expresión iba acompañada por la tristeza del tono de su voz.

—Ahora podemos dejar los asuntos oficiales —dijo— y pasar a los asuntos personales. Estoy a punto de arriar mi bandera, Hornblower.

—Siento oír eso, señor —podía sonar a simple cortesía, pero no lo era. Hornblower era sincero, lo sentía de verdad, y Cornwallis no podía pensar que no fuera así.

—A todos nos llega nuestro momento —continuó—. Cincuenta y un años en la Armada.

—Años duros también, señor.

—Sí. Durante dos años y tres meses no he puesto el pie en tierra.

—Pero nadie más podía haber hecho lo que ha hecho usted, señor.

Nadie más podía haber mantenido la flota del canal como un cuerpo de lucha durante aquellos primeros años de hostilidades, rechazando todos los intentos de Bonaparte de escapar a su aplastante poder.

—Me halaga usted —replicó Cornwallis—. Es muy amable por su parte, Hornblower. Gardner va a ocupar mi puesto, y él lo hará tan bien como yo.

Incluso en la tristeza de aquel momento, la mente siempre atenta de Hornblower tomó nota del uso de aquel nombre sin el formal «lord» o «almirante». Le habían admitido en la intimidad de un comandante en jefe, aunque fuera uno a punto de retirarse.

—No puedo decirle cuánto lo siento, de todos modos, señor —repuso.

—Intentemos animarnos un poco —dijo Cornwallis.

Los azules ojos miraban fijamente a Hornblower. Aparentemente, lo que observaban era especialmente gratificante. La expresión de Cornwallis se suavizó. Apareció en ella algo que casi podía llamarse afecto.

—¿Todo esto no significa nada para usted, Hornblower? —preguntó.

—No, señor —replicó Hornblower, extrañado—. Sólo lo que ya he dicho. Es una verdadera lástima que usted se retire, señor.

—¿Nada más?

—No, señor.

—No sabía que se pudiera ser tan desinteresado. ¿No recuerda usted cuál es el último privilegio que se concede a un comandante en jefe que se retira?

—No, señor. —Era verdad cuando lo dijo. Al cabo de un segundo se dio cuenta—. Oh, por supuesto...

—Ahora está empezando a hacerse la luz. Se me permite hacer tres promociones. De guardiamarina a teniente. De teniente a comandante. De comandante a capitán.

—Sí, señor —Hornblower apenas pudo pronunciar esas palabras; tuvo que tragar saliva.

—Es un buen sistema —opinó Cornwallis—. Al final de su carrera como comandante en jefe uno puede hacer esas promociones sin miedo ni favoritismo. No tiene nada más que esperar en este mundo, y por lo tanto puede hacer algo para el siguiente, seleccionando solo por el bien del servicio.

—Sí, señor.

—¿Tengo que continuar? Voy a promoverle a usted a capitán.

—Gracias, señor. No puedo... —era verdad. No podía hablar.

—Tal como he dicho, tengo en mente lo mejor para el servicio. Usted es la mejor elección que puedo hacer, Hornblower.

—Gracias, señor.

—Tenga en cuenta que éste es el último servicio que puedo hacerle. Dentro de quince días ya no seré nadie. Me ha dicho usted que no tiene amigos en los altos cargos.

—Sí, señor. No, señor.

—Y los mandos todavía se obtienen por favor. Espero que lo comprenda, Hornblower. Y espero que tenga mejor suerte en materia de dinero de presa. Hice lo que pude por usted.

—Prefiero ser un capitán pobre que otra cosa y rico, señor.

—Excepto quizás almirante —dijo Cornwallis. Sonreía ampliamente.

—Sí, señor.

Cornwallis se levantó de su silla. Ahora era de nuevo el comandante en jefe, y Hornblower comprendió que debía irse. Cornwallis adoptó el tono elevado para las llamadas de la Armada.

—¡Avisé al capitán Collins!

—Debo darle las gracias, señor, con toda sinceridad.

—No me dé más las gracias. Ya me las ha dado lo suficiente. Si alguna vez se convierte en almirante y puede hacer favores, entenderá por qué.

Collins había entrado y estaba esperando junto a la puerta.

—Adiós, Hornblower.

—Adiós, señor.

Sólo un apretón de manos, ni una palabra más. Hornblower siguió a Collins al alcázar.

—Tengo un barco de transporte de agua aquí para usted —repuso Collins—. En un par de bordadas llegarán al *Hotspur*.

—Gracias, señor.

—Estará usted en la *Gazette* dentro de tres semanas. Tiempo suficiente para hacer sus arreglos.

—Sí, señor.

Saludos, el pitido de los silbatos, y Hornblower bajó por la borda y fue conducido a remo hacia el lanchón. Le costó un gran esfuerzo mostrarse cortés con el capitán. La pequeña tripulación había izado las grandes velas al tercio antes de que Hornblower se diera cuenta de que era un proceso interesante que tendría que haber observado de cerca. Con las velas al tercio orientadas planas y en ángulo, el pequeño lanchón se colocó con el viento y navegó hacia adelante, hacia Francia.

Aquellas últimas palabras de Collins todavía resonaban en la mente de Hornblower. Tendría que dejar el *Hotspur*, tendría que decirle adiós a Bush y a los demás, y la perspectiva le provocó una tristeza que casi hizo desaparecer el júbilo que sentía. Por supuesto, tenía que dejarlo; el *Hotspur* era un barco demasiado pequeño para que lo mandara un capitán de rango. Tendría que esperar otro destino; al ser el

capitán más joven de la lista, probablemente recibiría el barco más pequeño y menos importante de sexto rango de la Armada. Pero ya era capitán. María estaría encantada.



C. S. FORESTER (El Cairo, 1899 - Fullerton, California, 1966). Escritor inglés cuyo nombre completo era Cecil Scott Forester. Pese a esto, su verdadero nombre era otro, Cecil Louis Troughton Smith, y lo de Forester era todo un alias. Nació en El Cairo, Egipto donde su padre se encontraba destinado como funcionario del Gobierno británico, cursó estudios de Medicina que dejó inacabados.

Su primera novela *Payment Deferred* (1926), fue llevada al cine, al igual que varios de sus principales títulos posteriores, tales como *Orgullo y pasión* (1933) y *La Reina de África* (1935), clásico de la novela de aventuras contemporánea y estupendo temple narrativo que narra la peripecia de una vieja lancha a través de los rápidos de un río africano, cuando en Europa ha estallado una contienda remota cuya resonancia hermanará, extraña y conmovedoramente, los destinos de dos seres dispares en apariencia y secretamente fraternos y complementarios en lo esencial. Pero C. S. Forester es principalmente conocido por su saga protagonizada por el capitán Horatio Hornblower (1937-1957), un ciclo narrativo escrito a partir del epistolario que se conserva en el National Maritime Museum.

C. S. Forester, cuyas novelas emanaban brío, emotividad y tierna ironía, formó junto a Patrick O'Brian y Alexander Kent, el grupo de autores más reconocido de novela histórica marinera.